LA RED DE SEDA

"EL PODER NO SE MUEVE. SE TEJE."



J. QUIROGA

LA RED DE SEDA

J. Quiroga

Copyright © 2026 J. Quiroga

All rights reserved.

ISBN:
ISBN-13:

PREFACIO

NOTA DE ADVERTENCIA

Lo que el lector encontrará en las siguientes páginas no es una mera invención literaria. Los nombres han sido protegidos y las localizaciones alteradas por seguridad, pero los mecanismos que aquí se describen son exactos.

En apenas unos meses, el **16 de diciembre**, está previsto que culmine una operación logística y geopolítica que cambiará el curso de la historia reciente. Para que este movimiento sea posible, se ha estado tejiendo una red invisible, silenciosa y de una resistencia absoluta. Una arquitectura de rutas y vacíos legales diseñada para que nadie pueda escapar de ella.

Hexagrama 57: Sun / Lo Suave

Lo suave. Éxito por lo pequeño.
Es propicio tener a dónde ir.
Es propicio ver al gran hombre.

Arthur Vance

Lugar: Despacho de la estación de la CIA, Embajada de EE. UU., Madrid.

Fecha: Viernes, 11 de septiembre, 09:15.

La luz del despacho era clínica. Sin ventanas. El tiempo solo existía en su reloj.

El terminal encriptado emitió un zumbido seco. Vance descolgó.

—Adelante.

—La temperatura en Hong Kong es la adecuada, Arthur.

El cifrado limaba la voz de Harris hasta dejarla sin aristas. No se hablaban desde hacía años.

—¿Qué falta?

—Masa. Y alguien dispuesto a moverla sin hacer preguntas.

Vance se recostó en la silla. El cuero crujió suavemente.

—Inventario.

—Excedente del este —respondió Harris—. Óptica, comunicaciones, drones. Nada que no pueda perderse en tránsito. El problema es el recorrido. Pekín está mirando donde antes no miraba.

—Entonces no usemos un recorrido —dijo Vance—. Usemos a alguien que crea que ya lo tiene.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Un tercero?

—Un operador privado. Con volumen suficiente para absorber ruido y con incentivos para no mirar dentro de la carga.

—¿Nombre?

Vance miró la mancha de humedad en la pared. No respondió de inmediato.

—Una red en crecimiento. Están comprando capacidad en el sur de Europa. Demasiado deprisa.

—¿Controlable?

—No hace falta —sonrió Vance—. Solo hace falta que sea predecible.

Otra pausa.

—¿Y la atribución?

—Se quedará donde siempre se quedan estas cosas —dijo Vance—. En quien esté más cerca cuando empiece el incendio.

El zumbido de la línea se mantuvo unos segundos.

—La ventana se cierra el 31 de diciembre —dijo Harris—. Si no hay movimiento antes de enero, perdemos el terreno.

—¿Fecha?

—Dieciséis de diciembre. A partir de ahí, el coste se dispara.

Vance dudó un segundo antes de responder. No por la operación, sino por el margen. Tomó un bolígrafo. Escribió el número en un bloc vacío.

16.

—Llegamos.

—Necesito confirmación.

—La tienes.

Silencio.

—Arthur… esta vez no podemos permitirnos ruido.

Vance apoyó el bolígrafo sobre el papel.

—El ruido no es el problema —dijo—. El problema es quién aparece en el informe.

No hubo respuesta inmediata.

—Adelante, entonces.

La línea se cortó.

Vance dejó el auricular en su base con cuidado. Abrió el dossier de Sinosur. La fotografía de Chen Wei ocupaba la primera página. La observó unos segundos, como quien evalúa un activo antes de ponerlo en circulación.

Cerró la carpeta.

El 16 de diciembre ya no era una fecha. Era un punto de no retorno.

Se levantó, se ajustó el nudo de la corbata y salió del despacho sin mirar atrás.

EL CONTRATO INVISIBLE

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, planta 21. Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Lunes, 21 de septiembre, 20:45.

El teléfono emitió un clic seco al bloquearse.

—Hecho —dije a la habitación vacía.

Al otro lado de la línea, a dos mil kilómetros de distancia, en la Hamburgo ordenada y glacial, el director de compras de Maersk probablemente descorchaba una botella de Riesling. Se creía un negociador implacable. Pensaba que, tras cuarenta minutos de tensión controlada, me había arrancado un descuento del cuatro por ciento en las tarifas de flete del Mediterráneo Oriental.

Pobre imbécil.

Desconocía que, antes incluso de descolgar, ya había inflado un doce por ciento el margen operativo en la previsión trimestral. Lo calculé al vuelo, ajustando la fluctuación del búnker y los cuellos de botella del Suez.

Dejé el iPhone sobre la mesa.

Tres millones y medio de euros de beneficio neto concentrados en una sola llamada.

Fernando Garrido estaría satisfecho. Los accionistas estarían eufóricos. Y mi bono de fin de año acababa de asegurar que pudiera pagar dos veces por adelantado la hipoteca del ático en El Viso o comprar otro Porsche condenado a llenarse de polvo en el garaje.

Me levanté, notando la punzada en las lumbares tras catorce horas clavado a la silla, y caminé hacia el ventanal.

Madrid se extendía a mis pies, veintiún plantas más abajo. La noche de finales de septiembre había traído un viento seco y prematuramente frío. Pero allí dentro, en la burbuja sellada de la Torre de Cristal, el clima era una ficción irrelevante.

Abajo, el Paseo de la Castellana palpitaba en una corriente continua de luces rojas y blancas.

Desde arriba, la ciudad no importaba. Las bolsas de basura no se veían. El olor a fritanga de los bares, ni el de orina de los callejones atravesaban el cristal triple. Los mendigos dormidos sobre cartones en los cajeros no existían.

Me aflojé el nudo de la corbata Hermès de seda azul. Me apretaba siempre al final del día, como si la garganta se hinchara de tragar palabras huecas, sonrisas profesionales y bilis corporativa.

Me giré para contemplar mi dominio. Me era más familiar que mi propia casa.

El despacho era frío, preciso. Todo estaba ahí para intimidar. Una lámpara Arco proyectando su curva perfecta sobre un sofá que nadie usaba jamás. Y la estantería.

La estantería no era un mueble; era mi manifiesto.

No contenía novelas ni biografías ni poesía. Contenía la autopsia de mi vocación.

En la empresa me llamaban "el Arquitecto". Como si fuera tan raro que un arquitecto trabajase en logística. Garrido había fomentado el apodo desde el primer día. Me gradué en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, fui el número uno de mi promoción. Mis compañeros soñaban con museos de titanio, hospitales luminosos, escuelas sostenibles.

A mí todo aquello me producía una alergia intelectual profunda.

Las personas son caóticas. Irracionales. Ensucian las líneas limpias y arruinan cualquier geometría con su mera presencia. Las paredes estáticas me aburrían.

Por eso mi Proyecto de Fin de Carrera no fue un edificio habitado. Fue la optimización espacial y volumétrica de la Terminal Sur del Puerto de Valencia. Rediseñé el apilamiento de los TEUs y las rutas matemáticas de las grúas pórtico. El tribunal, compuesto por arquitectos puristas, me concedió la matrícula de honor con una mezcla de resistencia e intimidación.

Por eso, en la balda izquierda, convivían el pesado tomo de *S, M, L, XL* de Rem Koolhaas con manuales de *Lean Management*. Y a

la derecha, mis herramientas actuales: el Código Aduanero de la Unión Europea y un ejemplar manoseado de *The Box*, la historia de cómo un cajón de acero conquistó el planeta.

Yo no diseñaba espacios habitables. Diseñaba vacíos legales.

Esa era mi arquitectura.

Pero ahora, a las nueve menos cuarto de la noche, el precio de diseñar ese vacío era el silencio absoluto.

No había nadie con quien celebrar los tres millones y medio. Mi secretaria se había marchado a las seis. Los analistas junior estarían tres plantas más abajo, cenando sushi barato frente a sus monitores, quejándose de mi tiranía en algún grupo de WhatsApp cuya existencia fingía ignorar.

Volví al escritorio. Abrí el cajón superior derecho.

Solo había una fotografía.

Lucía y yo en Formentera. Hace seis años.

Ella reía con la cabeza echada hacia atrás, el pelo mojado pegado a las mejillas, sosteniendo una cerveza barata bajo el sol de agosto. Yo aparecía de perfil, mirándola a ella, no a la cámara. En aquella época no compraba trajes a medida. No tenía ojeras crónicas ni ansiolíticos en el neceser. Éramos ingenuos. Peligrosamente felices.

Lucía... Acaricié la foto. La perdí no porque dejara de quererla, sino porque le apliqué la misma lógica que en Múnich. Lucía necesitaba tiempo. Yo no tenía ninguno.

Miré la foto bajo la luz blanca del flexo.

Un segundo: su risa.

Dos: el olor a crema solar.

Tres: el vacío frío en el lado izquierdo de la cama.

Cerré el cajón de golpe.

Saqué mi teléfono personal. Ninguna notificación. Ningún mensaje. Nada. Solo la hora: 20:52. Y la batería agonizando al catorce por ciento.

—Bueno —murmuré.

Salí de mi despacho y caminé por el pasillo oscuro hasta la zona de descanso. Abrí la nevera comunitaria. Allí estaba, solitario

en el estante: el *tupper* de plástico con tapa azul que Rosita me había preparado el día anterior con el cocido de mi madre.

Me quedé mirándolo. Adoraba la comida de mi madre. Era el único rastro de calor real que me quedaba, pero me daba una rabia inmensa comérmelo allí. Hacerlo a las nueve de la noche, solo, frente al ventanal de esta pecera de cristal y bajo luces fluorescentes, me parecía un sacrilegio. Una forma de manchar el único rincón limpio de mi vida.

Cerré la puerta de la nevera con un suspiro. *Me lo comeré mañana*, pensé. *El cocido no se pone malo de un día para otro*.

Me di la vuelta y me acerqué a la máquina de vending. Pulsé B-4. Un sándwich de jamón y queso cayó con un ruido hueco.

Lo desenvolví frente al ventanal. El olor a pan procesado y conservantes llenó el aire. Di un mordisco. Sabía a cartón húmedo. Exactamente a la textura del éxito que había construido.

Sentado en el sofá del *office* miré por la ventana. Abajo, Madrid seguía brillando. Millones de vidas entrelazadas en bares, atascos y camas compartidas.

Tragué.

—Buen trabajo, Cristian —me dije al reflejo del cristal.

Nadie respondió.

Fernando Garrido

Lugar: Despacho de Dirección General, planta 22. Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Lunes, 21 de septiembre, 21:15.

El tubo fluorescente empotrado en el falso techo emitía un zumbido irregular, un bzzz intermitente que arañaba el silencio absoluto de la planta veintidós. Tendría que volver a avisar que lo cambiaran.

Fernando Garrido levantó la vista del monitor. La luz parpadeó dos veces antes de estabilizarse en un blanco clínico. Garrido exhaló despacio y se rascó la barba canosa, perfectamente recortada. Le ardían los ojos. Llevaba más de doce horas frente a la pantalla y la acidez estomacal —un viejo compañero desde sus años como auditor junior— comenzaba a subirle por el esófago con la lentitud espesa de la lava fría.

Alargó la mano hacia la taza que se había preparado hacía horas y dio un sorbo.

El café estaba completamente frío.

Hizo una mueca y tragó. Odiaba el café frío, pero necesitaba cafeína. Dejó la taza y se frotó la base del cuello con los nudillos, notando los nudos de tensión bajo la tela de la camisa. A sus cincuenta y ocho años, dirigir las operaciones europeas de IberGlobal tenía un precio que el cuerpo empezaba a cobrarle sin descuentos: insomnio, gastritis y una soledad densa, compacta.

En la pantalla del ordenador acababa de entrar un correo con encriptación interna. El remitente era Cristian Martínez. El asunto, una secuencia de caracteres: REF-MSK-4%.

Garrido no necesitó abrirlo. El Arquitecto lo había vuelto a hacer.

Se recostó en el sillón haciendo crujir el cuero bajo su peso.

Ocho años.

Habían pasado ocho años desde la tarde en que reclutó a Cristian.

Aquel día llovía sobre Múnich. Garrido, entonces director de Expansión de IberGlobal, había volado a Alemania con un único objetivo. Sus cazatalentos le habían hablado de un prodigio español que operaba en Kessler & Partners, la consultora más implacable de Baviera.

Garrido se citó con él en el bar de un hotel cerca de Marienplatz. Buscaba un arma. Alguien capaz de ver una plantilla de cinco mil empleados y no ver familias.

Garrido recordaba perfectamente la voz plana, sin inflexiones emocionales, con la que aquel joven consultor destripó sobre la mesa el sistema logístico nacional que IberGlobal pretendía monopolizar. Cristian desplegó un modelo para el puerto de Valencia y explicó cómo, eliminando descansos del personal de estiba, sobornando estratégicamente a dos inspectores de aduanas y rediseñando la rotación de contenedores, se podía reducir el coste operativo en un veintidós por ciento.

Cuando Garrido, a modo de prueba, le preguntó con falsa incomodidad si no creía que su modelo ignoraba el bienestar de los trabajadores y el factor humano, Cristian ni siquiera parpadeó antes de dar un sorbo a su agua con gas.

—Yo no diseño para hacer feliz a la gente —respondió—. Diseño para optimizar el flujo. Las personas son fricción biológica en un modelo matemático.

Fricción biológica. El concepto quedó ahí flotando en el aire. A Garrido se le erizó la piel.

No de horror. De fascinación.

Había visto en aquellos ojos oscuros la amoralidad perfecta. No nacía de la codicia vulgar ni de la violencia, sino de la ingeniería pura. Los alemanes de Kessler & Partners lo habían vaciado, pero Garrido quería ser el dueño de ese cascarón.

Lo contrató esa misma tarde, triplicando su sueldo alemán para traerlo de vuelta a Madrid.

Le dio un despacho, bonos obscenos y, año tras año, se encargó de pulir su ego mientras se aseguraba de que su interior

siguiera vacío. Le enseñó a vestir, a beber, a moverse en los palcos VIP. Le explicó que el sistema corporativo español estaba podrido desde la base y que la única forma de sobrevivir era ser lo bastante hábil como para no contagiarse. Solo los idiotas caen, y siempre es para salvar a otro más listo.

El zumbido del fluorescente volvió a intensificarse durante un segundo. Resopló.

Esa misma mañana, Garrido había recibido una llamada desde una línea no registrada. Chen necesitaba rutas invisibles por Europa. Necesitaba a alguien que no hiciera preguntas.

Chen no era un ejecutivo; era un depredador con traje de inversor. Pero el contrato garantizaba a IberGlobal una inyección de capital que los haría intocables.

Empujó la taza de café frío a un lado. Era inbebible.

Cristian se creía invulnerable desde la planta veintiuna.

Pero el Arquitecto no era más que una herramienta afilada. Una que él había comprado y afilado durante ocho años.

Garrido deslizó la silla hacia la cajonera blindada bajo el ala izquierda del escritorio. Introdujo un código de seis dígitos en el teclado digital y abrió el cajón inferior.

Era el Archivo Gris.

El depósito físico de las palancas, debilidades y puntos de ruptura de los hombres y mujeres que sostenían su imperio.

Sacó una carpeta de cartón grueso. En la portada, un nombre escrito con letra precisa: Cristian Martínez.

Dentro no había evaluaciones de desempeño. Había informes de detectives privados, facturas médicas, actas notariales. Garrido se detuvo en el documento de separación entre Cristian y Lucía.

Sonrió.

Lucía había sido el último anclaje de Cristian con algo parecido a la humanidad. Sin ella, el Arquitecto estaba limpio. Aislado en su ático de El Viso, anestesiado por el trabajo y la soledad. Exactamente como Garrido lo necesitaba.

Cerró la carpeta y la devolvió a la oscuridad del cajón blindado.

Cristian debía permanecer así.

Apagó el monitor.

Cristian Martínez

Lugar: Planta 21 y 22, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 08:30.

Llegué a la Torre de Cristal con la falta de sueño latiéndome en las sienes. El aire acondicionado del vestíbulo me recibió con su habitual olor a ozono y esterilidad corporativa.

Subí en el ascensor hasta la planta veintiuna. Mientras caminaba por el pasillo hacia mi despacho, mi mente ya estaba desglosando el impacto del acuerdo de anoche: calculaba mentalmente cómo la nueva tarifa de fletes alteraría la rotación de contenedores en las terminales del Mediterráneo Oriental durante el próximo trimestre.

Sin embargo, antes de que pudiera quitarme la chaqueta del traje, la voz de Carmen, mi asistente, me frenó en seco desde su cubículo.

—Cristian, no te sientes —dijo, levantando la vista de su monitor—. Garrido te quiere en la veintidós. Ahora mismo.

Fruncí el ceño, deteniéndome con la mano en el picaporte de mi puerta.

—Acabo de llegar. ¿Es por lo de Maersk? Los márgenes operativos ya están subidos a la intranet.

—No lo sé. Solo me ha dicho que subas antes de sentarte.

Asentí con un movimiento de cabeza, di media vuelta y volví a llamar al ascensor.

La planta veintidós era un ecosistema distinto. El ruido de los teclados y los teléfonos desaparecía, ahogado por gruesas alfombras y paneles insonorizados de madera de nogal. Era el olimpo de IberGlobal.

La puerta del despacho de Dirección General estaba entreabierta. Entré. La luz blanca y afilada de la mañana madrileña entraba a raudales por los inmensos ventanales, recortando la

silueta de Fernando Garrido. Estaba de pie frente a la elegante máquina de café espresso de diseño italiano que ocupaba una esquina de su mueble bar.

—Pasa, Cristian. Cierra la puerta —dijo, sin darse la vuelta—. ¿Un café?

—Llevo tres desde que me levanté —respondí, acercándome a la mesa de reuniones—, pero me tomaré el cuarto sin problema.

Garrido soltó una carcajada, carente de humor real, y colocó una taza bajo el surtidor. La máquina ronroneó, moliendo el grano, y el aroma espeso y amargo del café arábica llenó el espacio.

Me tendió la taza humeante. La tomé, sintiendo el calor irradiar a través de la porcelana.

—El cierre de Maersk fue impecable —comenzó Garrido, apoyándose en el borde de su escritorio—. Un trabajo excelente. Pero eso ya es el pasado. Hoy tenemos sobre la mesa un pez que podría tragarse a los alemanes de un solo bocado.

Di un sorbo al café. Demasiada máquina para un café tan mediocre.

—Te escucho.

—Chen Wei —pronunció el nombre con una mezcla de respeto reverencial y calculada cautela—. El presidente del Grupo Sinosur.

Mantuve mi expresión neutral, aunque mi cerebro hizo saltar los engranajes al instante. Sinosur era un conglomerado asiático gigantesco con tentáculos en la construcción de infraestructuras portuarias, navieras y fondos de capital de riesgo. Un gigante logístico que movía un volumen de TEUs anuales capaz de alterar el PIB de países enteros.

Por un segundo imaginé esos TEUs, no como un número, sino como algo real, contenedores metálicos cargados por miles de barcos. Una flota que inundaba el océano.

—Chen está en Madrid —continuó Garrido—. Y nos ha invitado a una cena privada esta noche. Digo "nos" porque le he hablado de ti.

Parpadeé, genuinamente sorprendido. La taza se detuvo a medio camino de mis labios.

—¿De mí? Yo no soy un relaciones públicas, Fernando. Yo optimizo cadenas de suministro.

—Exactamente —Garrido esbozó una sonrisa felina—. Y eso es exactamente lo que le he vendido. A Chen no le interesan los ejecutivos de traje. Necesita a alguien que entienda la logística a nivel estructural. Le dije que tengo en mi equipo a un Arquitecto capaz de diseñar corredores de transporte invisibles. Rutas donde la mercancía puede triangularse entre tres puertos y cambiar de jurisdicción aduanera sin levantar una sola bandera roja en los controles europeos.

Chen Wei era la cumbre absoluta de nuestro sector. Trabajar para él no era hacer simple consultoría; era rediseñar el mapa del comercio global.

Garrido se dio la vuelta, caminó hacia su mesa y cogió una gruesa carpeta negra de cuero. Me la tendió por encima de la mesa.

La agarré. Pesaba.

—Ahí tienes su perfil, filiales opacas, estructura de mando y un análisis de sus últimos movimientos en el Sudeste Asiático —dictó Garrido—. Estúdiatelo a fondo. Esta noche a las nueve en el hotel Palace. No vayas a esa cena como un empleado de IberGlobal, Cristian. Ve como el hombre que tiene la llave del engranaje que él necesita.

Apreté la carpeta contra mi costado, sintiendo el tacto del cuero frío bajo los dedos. La escala del desafío hizo que una sacudida de adrenalina me limpiara el cansancio de golpe.

—Me lo sabré de memoria antes de comer —dije, terminándome el café de un trago y dejando la taza vacía sobre la mesa.

Garrido asintió, satisfecho.

Chen Wei

Lugar: Despacho principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 09:00.

El silencio dentro de la mansión era una entidad física, una barrera de triple acristalamiento y muros de hormigón armado que aislaba la habitación del resto del mundo. A esa hora, el sol de finales de septiembre ya había superado la copa de los árboles, y el inmenso ventanal del despacho dejaba entrar una luz blanca y afilada que cortaba la penumbra en ángulos precisos.

Chen Wei estaba de pie frente a una mesa de madera de ébano macizo. Llevaba una camisa de seda negra, abotonada hasta el cuello, y pantalones de lino oscuro. Su postura era de una rectitud militar, los hombros relajados pero el núcleo de su cuerpo perfectamente alineado.

Sobre la superficie de la mesa, un pliego de papel Xuan blanco e inmaculado esperaba, sujeto en sus extremos por dos pisapapeles de bronce fundido.

A la derecha del papel descansaba una piedra de entintar rectangular. Era una pieza antigua, tallada en pizarra de Duanxi, fría al tacto y pesada, con una suave depresión en el centro. Chen alargó la mano derecha y tomó un pequeño cuenco de porcelana blanca. Vertió unas gotas de agua destilada sobre la losa oscura. El líquido formó un pequeño charco transparente.

Luego, tomó la barra de tinta.

Era un bloque sólido, una aleación prensada de hollín de pino, aceite de sésamo y cola de hueso, curada durante años. Se llevó la barra cerca del rostro por una fracción de segundo. El olor era terroso, denso, cargado de un rastro de almizcle y madera quemada.

Chen apoyó el extremo de la barra sobre la piedra húmeda.

Comenzó a frotar.

El sonido era un roce áspero, un shhh, shhh monótono y rítmico que se convirtió en el único pulso de la habitación. Presionaba con las yemas de los dedos pulgar, índice y medio, manteniendo la barra en un ángulo exacto de noventa grados respecto a la piedra.

El movimiento era circular, implacable, sin acelerones ni pausas. Con cada rotación, la fricción arrancaba micropartículas del bloque sólido.

El agua destilada, antes cristalina, comenzó a enturbiarse. Primero adquirió un tono grisáceo, como el humo diluido. Con la treintena de rotaciones, el gris se oscureció, volviéndose denso. A las cien rotaciones, el agua pura había dejado de existir. La depresión de la piedra albergaba ahora un charco de tinta negra, brillante, espesa como el alquitrán y absolutamente opaca.

Chen detuvo el movimiento. Levantó la barra. La base de esta estaba húmeda, reblandecida por la fricción. La dejó descansar sobre un soporte de madera tallada.

Tomó el pincel. El mango era de bambú moteado, suave y ligero; las cerdas, una mezcla cónica de pelo de comadreja y cabra. Lo sumergió lentamente en la piedra de entintar. Observó cómo la capilaridad natural del pelo absorbía el líquido negro, hinchándose, engordando con la tinta hasta quedar saturado. Escurrió el exceso contra el borde de la pizarra con un giro experto de muñeca, afilando la punta del pincel hasta convertirla en una aguja perfecta.

Se situó frente al papel Xuan.

Bajó la respiración. Sus latidos se espaciaron. El mundo exterior —el tráfico lejano de la autopista A-1, los vigilantes que patrullaban el perímetro de la finca con armas automáticas, las triangulaciones financieras que su empresa matriz estaba ejecutando en los paraísos fiscales de las Antillas—, todo desapareció.

Chen dejó caer el brazo. La punta del pincel tocó el papel blanco.

El papel de arroz absorbió la humedad al instante. Chen movió la muñeca y el codo, nunca los dedos. El trazo inicial fue grueso, horizontal, una barra sólida y pesada que ancló el carácter. Levantó ligeramente la presión y el pincel bailó, descendiendo en

una curva afilada. Presión, giro, liberación. El bambú se movía con la precisión letal de un escalpelo. La tinta negra rasgaba la blancura del papel, dejando una estela brillante que se volvía mate a medida que las fibras la engullían.

El negro devorando al blanco. Sin borrones. Sin dudas.

En menos de cinco segundos, levantó el pincel. El carácter estaba terminado.

網 (Wǎng).

Chen se quedó mirando el glifo asimétrico pero perfectamente equilibrado. Las líneas oscuras y densas contenían la brutalidad del hollín, atrapada en la geometría del trazo. El papel, que unos minutos antes era una superficie pura e intacta, ahora estaba marcado de forma irreversible.

Un leve destello verde parpadeó en la consola del intercomunicador integrado en la mesa de ébano, seguido de un sutil zumbido.

Chen depositó el pincel sobre su soporte. Pulsó el botón con el dedo índice, que aún conservaba una levísima, casi invisible mancha negra en la cutícula.

—Señor —la voz de Goran, su jefe de seguridad, sonó metálica a través del altavoz encastrado—. Disculpe la interrupción. El señor Garrido acaba de confirmar la asistencia de su Director de Operaciones a la cena de mañana por la noche. Cristian Martínez estará allí.

Chen miró el carácter recién pintado. La tinta aún estaba húmeda.

—Excelente, Goran —respondió Chen, con una voz plana, desprovista de urgencia o satisfacción—. Avisa a Mei. Quiero que asista a la presentación.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Asegúrate de que no haya cámaras ni dispositivos de grabación en el perímetro del restaurante. Que la red esté asegurada.

—Ya nos hemos ocupado de ello. El salón privado está peinado.

Chen soltó el botón, cortando la comunicación.

Volvió a centrar su atención en sus herramientas. Tomó un cuenco de cerámica que contenía agua limpia y sumergió el pincel manchado en él. El agua se tiñó de negro al instante, formando volutas oscuras que giraron caóticamente antes de oscurecer todo el recipiente. Todo tenía que estar en su lugar. Todos. Su causa era mucho más grande que los peones necesarios para llevarla a cabo. Eso lo incluía él mismo.

Con movimientos metódicos y silenciosos, Chen secó el pincel con un paño de algodón. Dejó las herramientas exactamente en los mismos ángulos y posiciones en los que las había encontrado. Todo en el despacho volvió a su estado de orden absoluto y milimétrico. Todo, excepto el cuenco del agua sucia y el trozo de papel irremediablemente marcado, que permanecían sobre la mesa como los únicos testigos de la mañana.

Mei Lin

Lugar: Vestidor, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 19:00.

El aire en el vestidor estaba cargado con el olor agridulce y denso del sándalo.

Estaba sentada frente al inmenso espejo biselado, rodeada de focos blancos. La superficie de la mesa estaba cubierta de pequeños frascos de cristal opaco y paletas de colores neutros. Levanté el delineador. Acerqué el pincel a mi ojo izquierdo y tracé una línea única, afilada y precisa sobre las pestañas, elevándola ligeramente al final. El clásico "ojo de gato". Un diseño que aportaba la mezcla exacta de elegancia exótica y misterio que se requería para las cenas de negocios.

Terminé el segundo ojo y parpadeé.

La mujer que me devolvió la mirada desde el espejo era impecable. Llevaba puesto el vestido de seda cruda color burdeos oscuro que había elegido para la ocasión. Se adhería a mi cuerpo como una segunda piel, sin dejar margen al pudor, pero actuando, paradójicamente, como mi armadura táctica.

Mientras los hombres me miraran a mí, no mirarían los números de Wei. Yo era la distracción brillante.

Mantuve la mirada fija en mi propio reflejo. *La Flor de Hielo.*

Así me llamaba Wei en la intimidad. Sonreí con una levísima ironía al recordar el origen de aquello. En nuestros primeros meses juntos, cuando me sacó del infierno de Macao, yo era joven y albergaba ilusiones absurdas. Había intentado volcar toda mi gratitud en forma de pasión desbordante. Recuerdo aquellas noches en las que buscaba desesperadamente su calor, convencida de que mi amor podría curar las heridas invisibles que él llevaba por dentro. Quería tener una vida normal. Anhelaba la locura del

enamoramiento, la calidez de un hogar común, incluso llegué a fantasear con la idea de tener hijos suyos corriendo por los pasillos.

Pero Wei no necesitaba ser curado, y mucho menos necesitaba a una esposa convencional que le exigiera imposibles. Cuando me di cuenta de que mi insistencia por arrastrarlo hacia un amor terrenal solo lo alejaba, dejé de intentarlo. Me sequé las lágrimas, guardé mis fantasías infantiles en un cajón y me adapté a él. El día que me vestí en silencio, serena y dueña de mis emociones, él me miró con una profunda y silenciosa admiración. *«Mi Flor de Hielo»*, me llamó.

Ese día comprendí que nuestra intimidad no se construiría sobre caricias ardientes, sino sobre una lealtad absoluta y un respeto de acero. Éramos iguales. Dos supervivientes que habían cerrado la puerta al mundo exterior para protegerse mutuamente.

A través del espejo, vi la puerta del vestidor abrirse sin hacer ruido.

Wei entró en la habitación. Llevaba un esmoquin de corte inglés que le sentaba perfecto. Se detuvo justo detrás de mí. Percibí su presencia inmediata, esa gravedad tranquila que solo él sabía proyectar y que a mí me anclaba a la tierra.

Levantó las manos en el reflejo del espejo. Llevaba algo oscuro y brillante colgando de los dedos.

Sentí el peso antes siquiera de ver la joya. Un frío compacto, un leve choque térmico contra la piel de mi nuca cuando él dejó caer el collar. Eran cinco hileras de zafiros negros talla esmeralda, engarzados en platino sólido. Wei abrochó el cierre de seguridad en la base de mi cuello con un doble clic metálico.

Dejó sus manos apoyadas sobre mis hombros desnudos. Sus dedos eran fríos, ásperos en las yemas. Cerré los ojos un segundo, disfrutando de ese contacto silencioso que lo decía todo entre nosotros.

—Perfecta —murmuró. Su aliento cálido, mezclado con sándalo y menta, acarició mi oído.

Wei siempre me hacía sentir intocable. Recordé sus palabras de años atrás, cuando el jefe de la Tríada al que mi padre me había vendido apareció muerto. Wei me había acariciado la mejilla,

limpiando el rastro de mis lágrimas, y me había dicho: *«En este mundo de apariencias, la belleza es algo por lo que los hombres matan, Mei. No eres consciente de tu poder, de cómo puedes doblegar a los hombres más poderosos del planeta con solo sostenerles la mirada. Ya han muerto varios por ti. Úsalo»*.

Y eso hacía. Él nunca dejaría que me hicieran daño, ya me lo había demostrado. A cambio, yo le entregaba mi belleza como un arma más de su arsenal.

Abrí los ojos y miré nuestro reflejo conjunto. El anhelo de la maternidad y del amor pasional que tuve de joven se había ido apagando con el tiempo, diluyéndose hasta convertirse en un eco lejano. A veces sentía melancolía al ver a otras mujeres, o cuando veía un bebé, pero se desvanecía rápido. Había ayudado a construir este muro de hielo a mi alrededor, y dentro de él me sentía a salvo. Tenía una vida sin sobresaltos, llena de un respeto reverencial y de una protección que nadie más podía ofrecerme.

Wei presionó ligeramente mis hombros, sacándome de mis pensamientos, y yo me levanté de la silla.

Mientras caminábamos por el pasillo de la primera planta, mis tacones repiqueteando sobre el suelo negro a su lado, mi mente voló a miles de kilómetros de distancia. A Londres.

Mi hermano pequeño, Jian. Él era la única brasa de calor humano convencional que me quedaba. Estudiaba ingeniería gracias a Wei, quien lo había apadrinado con la misma devoción protectora que me profesaba a mí. Wei le estaba dando el futuro brillante que a nosotros nos había sido negado.

Al llegar al pie de la gran escalera, Goran nos esperaba con las manos entrelazadas a la espalda para abrirnos la puerta hacia la noche madrileña. Levanté la barbilla, sintiendo el peso elegante de los zafiros. Estaba lista.

Zhào Ruì

Lugar: Furgoneta de mantenimiento, calle Velázquez, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 20:30.

La furgoneta Mercedes Sprinter, camuflada con el logotipo de una empresa ficticia de reparaciones eléctricas, llevaba aparcada en el mismo chaflán del Barrio de Salamanca desde las seis de la tarde.

Zhào Ruì llevaba dos horas y media inmovilizado en la zona de carga.

El interior del vehículo era un horno recubierto de paneles aislantes negros. A pesar de que el calendario marcaba el inicio del otoño, el asfalto de Madrid seguía irradiando el calor acumulado durante el día. Zhào no encendía el motor para usar el aire acondicionado; las vibraciones del motor y la condensación bajo el chasis habrían delatado su presencia a cualquier equipo de contravigilancia mínimamente entrenado.

El olor a cables recalentados, sudor viejo y té llenaba el minúsculo espacio. El ruido exterior le llegaba sofocado, envuelto en una capa de algodón sónico: el ronroneo lejano de los motores de los coches de lujo bajando por la calle Velázquez, el traqueteo de una maleta rodante sobre los adoquines, la sirena intermitente de una ambulancia a varias manzanas de distancia.

Sentado en una silla plegable frente a un panel de aluminio atornillado a la chapa, Zhào mantenía la vista clavada en dos monitores de catorce pulgadas. La iluminación de las pantallas teñía sus facciones angulosas y cansadas de un tono azulado y cadavérico.

En el monitor de la izquierda, una cámara oculta en el faro trasero izquierdo de la furgoneta, enfocaba directamente a la puerta de caoba del número 42 de la calle Velázquez. Era la entrada a El Club, un restaurante privado donde las membresías se aprobaban

por heráldica y patrimonio, y donde los contratos más herméticos del país se firmaban entre copas de vino de mil euros.

En el monitor de la derecha, una cascada de líneas de código verde descendía velozmente sobre un fondo negro. El escáner de frecuencias, conectado a la antena disimulada en el techo del vehículo, estaba barriendo el espectro electromagnético en un radio de doscientos metros.

Zhào sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se secó la frente. Una gota de sudor le escocía en el ojo derecho.

Lo había enviado a Madrid siguiendo el rastro de un único hombre: Chen Wei, el dragón de seda.

Las órdenes de Zhào eran absolutas: auditar los movimientos de Chen Wei y encontrar la manera de perforar su armadura.

El problema era que Chen era un espectro paranoico. No dejaba rastros digitales. No firmaba nada. No se comunicaba por canales abiertos. Su círculo de confianza era de una lealtad impenetrable.

Zhào miró la pantalla izquierda.

Un Audi A8 negro, con los cristales traseros completamente tintados, frenó suavemente frente a la puerta del restaurante. El chófer bajó rápidamente para abrir la puerta trasera.

El primer hombre en salir fue Fernando Garrido. El director de IberGlobal se ajustó la chaqueta del traje, mirando a ambos lados de la calle.

Zhào no le prestó demasiada atención. Garrido era un perro viejo, un cobarde corporativo que se escondería detrás de sus abogados al menor indicio de problemas. No le servía.

Tras él, salió Cristian Martinez.

Zhào acercó el rostro a la pantalla. Cristian era más joven de lo que aparentaba en su expediente. Llevaba un traje a medida de corte italiano, de un tono gris marengo perfecto. Su postura era recta, calculada. No había ansiedad en sus movimientos, sino la tensión fría de un resorte mecánico. El hombre que no entendía de ideologías ni de lealtades de sangre, solo de sistemas y optimización de flujos.

Zhào observó cómo Garrido y Cristian cruzaban la puerta del club y desaparecían en su interior.

Cerró los ojos un segundo. La mesa estaba puesta. Chen Wei iba a desplegar su red esta noche en ese reservado, buscando a alguien capaz de construirle las rutas invisibles que necesitaba en Occidente. Y ese joven arquitecto iba a ser la pieza clave del nuevo engranaje.

Cristian Martínez

Lugar: Restaurante privado *El Club*, calle Velázquez, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 21:15.

El reservado del Palace era una jaula tapizada de seda. Fernando Garrido había sido relegado al otro extremo de la mesa por los escoltas, dejándome a solas frente a Chen Wei.

Chen no tocaba el vino. Bebía agua caliente con una rodaja de limón. Su quietud era la de un depredador que no necesita jadear para cazar. Me diseccionaba en silencio.

—Garrido dice que es usted un "Arquitecto" —comenzó Chen. Su español era preciso, sin una sola arista suelta—. Que entiende la estructura del mundo.

—La logística es un mapa de fricciones, señor Chen —respondí. Un latido sordo empezó a martillearme las sienes—. Mi trabajo es encontrar la ruta de menor resistencia.

Chen dejó la taza. El clic de la porcelana contra el mantel sonó como un gatillo. Sacó un iPad con funda de cuero negro y lo deslizó por la mesa. El dispositivo pesaba en mis manos mucho más de lo que debería.

—Menos teoría, Martínez. Demuéstreme el movimiento.

En la pantalla brillaba el manifiesto del *Sinosur Dragon*. Posición: Mar de China Meridional. Tres contenedores "fantasma" en la bodega cuatro. Una patrullera continental se acercaba para una inspección aleatoria. Seis horas para el contacto.

—Dígame cómo los hace desaparecer sin detener el buque —ordenó Chen. Sus ojos absorbían la luz sin reflejar nada—. Tiene treinta segundos. Si se equivoca, señor Martínez, ese barco no será el único que tenga que aligerar carga esta noche.

La amenaza me vació el estómago de golpe. Los escoltas dieron un paso al frente. Sentí la boca seca, pastosa.

—No los esconda —dije, forzando la voz a no temblar—. Cámbielos de naturaleza. El *Dragon* es un carguero de ciclo combinado. Use los depósitos de GNL de popa. Ordene una purga de lastre. Simule una avería. El barco escorará y los inspectores no subirán a bordo por riesgo de seguridad. Mientras esperan, reasigne los ID de esos contenedores como "unidades de almacenamiento de purga". El software de la patrullera leerá maquinaria, no carga.

Chen sostuvo mi mirada.

—Incorrecto —soltó con una frialdad absoluta—. Durante seis minutos, el calado no cuadrará con el AIS. Cualquier inspector con ojos verá que el barco flota demasiado alto. Está muerto, Martínez.

Garrido se tensó en su silla. Abrió la boca para intervenir: —Chen, quizás podríamos...

Chen levantó un solo dedo sin desviar la vista de la mía. Garrido se tragó las palabras. El silencio era asfixiante.

—Inyecte un desfase en la telemetría del sensor de calado —improvisé, sintiendo el sudor frío bajarme por la espalda—. Que el satélite reciba datos antiguos. Un *lag* de seis minutos es puro ruido en esta zona. Para cuando la señal se refresque y el calado cuadre, la patrullera ya habrá pasado de largo.

Chen permaneció inmóvil. Cinco segundos que parecieron una condena. De pronto, retiró el iPad con un movimiento fluido. Los escoltas regresaron a las sombras. El aire volvió a entrar en mis pulmones. Me fijé en mis manos: tenía los nudillos blancos y no recordaba en qué momento había empezado a apretar el borde de la mesa.

—No me ha preguntado qué hay en esos contenedores —observó él.

—Me da igual el inquilino mientras la estructura aguante.

Chen Wei esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. Levantó su taza de agua caliente.

—La invisibilidad no es un privilegio, señor Martínez. Es una condición. En esta estructura, o pasas desapercibido o desapareces. Bienvenido al servicio de Sinosur.

Bebí mi vino. Sabía metálico. Había pasado el examen, pero al mirar a Chen, comprendí que yo solo era otra unidad en su sistema.

Y que, en cuanto el calado dejara de cuadrar, él mismo se encargaría de borrarme del manifiesto.

Cristian Martínez

Lugar: Restaurante privado *El Club*, calle Velázquez, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 21:05.

El aire en el reservado, hasta ese momento denso por la tensión de la negociación logística, pareció enfriarse de golpe cuando las dobles puertas se abrieron.

Garrido se puso en pie casi instintivamente, con un movimiento torpe y apresurado. Yo me levanté un segundo después, más despacio.

Su llegada, exactamente quince minutos tarde, no era fruto del tráfico madrileño. En el nivel en el que operaba el presidente de Sinosur, la impuntualidad era un instrumento de precisión. Era una entrada coreografiada, un golpe de efecto diseñado para romper el ritmo de la mesa justo cuando yo acababa de exponer mi diseño.

La mujer que cruzó el umbral desafiaba la gravedad de la habitación. Llevaba un vestido de un color burdeos muy oscuro, de una tela vaporosa y ligera que parecía flotar alrededor de su figura antes de caer con elegancia.

El contraste era magnético. Chen Wei era un bloque de poder calculador y elegante que absorbía la energía; ella era una superficie pulida que capturaba toda la escasa luz de las lámparas de pared. Su cabello oscuro caía pesado y liso sobre sus hombros, resaltando el brillo frío de una imponente gargantilla de piedras oscuras, engarzada en metal blanco.

—Señores, mi esposa, Mei Lin —dijo Chen. Su voz no mostró ninguna inflexión de cariño convencional. Sonó exactamente igual que cuando nombró el tonelaje de su carguero en el Mar de China.

Mei se detuvo junto a la silla vacía que quedaba a la izquierda de su marido. Hizo una inclinación de cabeza levísima, apenas un milímetro. Sus ojos barrieron la mesa. Pasaron por Garrido sin detenerse, y luego se detuvieron un segundo en mí.

La luz cálida del salón iluminó su rostro. Fue en ese momento cuando me fijé en el detalle. No era su piel de porcelana, ni la perfección de sus facciones lo que me atrapó. Fue un pequeño lunar oscuro, casi minúsculo, situado en el borde exterior de su pómulo izquierdo, junto a la línea del cabello. Ese pequeño rasgo de pigmentación era la única prueba de que la mujer frente a mí era un ser humano y no una obra de arte inalcanzable.

—Señora Chen —murmuró Garrido, ofreciendo su mano por encima del mantel.

—Mei, por favor —respondió ella. Su voz era suave, pero tenía una textura impecable y fría. No le dio la mano a Garrido. Simplemente se sentó con una elegancia marcial, obligando al director general de IberGlobal a retirar el brazo con disimulo.

El *maître* apareció, llenando la copa de Mei con agua mineral antes de desaparecer de nuevo tras las puertas.

Me senté lentamente. Confieso que había esperado algo distinto. Dada la absoluta perfección matemática y el control milimétrico de Chen, me habría imaginado que su esposa sería el contrapeso: alguien más normal, menos calculada, la típica esposa trofeo de la alta sociedad a la que yo estaba acostumbrado. Pero no. Mientras se acomodaban en la mesa, me di cuenta de que funcionaban como un equipo asombrosamente compenetrado. Tenían un ritmo propio, un lenguaje común hecho de silencios y posturas.

Y yo no podía dejar de mirarla.

Sabía que era peligroso. Sabía que observar de esa manera a la esposa del hombre que tenía mi futuro en sus manos era de una imprudencia temeraria, pero nunca en mi vida había visto una belleza con semejante magnetismo. Mantenía la vista en mi copa o en los papeles, pero mis ojos volvían a ella en ráfagas cortas, furtivas, intentando descifrarla.

En una de esas miradas de reojo, sucedió.

Mei me estaba mirando. Fijamente.

El corazón me dio un vuelco repentino. Presa del pánico de haber sido descubierto, bajé la mirada de inmediato hacia mantel.

Me quedé así un par de segundos, sintiendo el calor en la base del cuello.

Lentamente, reuniendo una valentía estúpida, volví a levantar la vista, esperando que ella ya estuviera mirando a su marido o a su copa de agua.

No lo había hecho. Seguía clavando sus ojos oscuros en mí, sin parpadear.

Atrapado, incapaz de sostener la gravedad de su mirada pero sin poder apartarme, esbocé una sonrisa torpe, casi adolescente. Ella no reaccionó. Ni un músculo de su rostro se movió. Simplemente siguió mirándome, inescrutable.

Entonces, Chen tomó su taza de agua caliente.

—Como le explicaba, señor Martinez —retomó Chen, ignorando la pausa y volviendo exactamente a la ecuación logística que habíamos dejado a medias antes de que se abrieran las puertas —, alterar la memoria del sistema aduanero desde un puerto franco en el norte de África requerirá que IberGlobal asuma ciertos... compromisos extraoficiales. Necesitaré que garanticen que nuestras filiales no dejen rastro digital.

Garrido intervino, tratando de recuperar el control de su propia mesa.

—Eso implicaría puentear a nuestro departamento de *Compliance*, señor Chen. Es arriesgado.

—El riesgo es el impuesto que se paga por el monopolio, señor Garrido —replicó Chen con frialdad—. El señor Martinez entiende perfectamente este concepto. ¿Verdad, Arquitecto?

El uso de mi apodo interno me golpeó de nuevo.

Asentí despacio, pero mi atención estaba dividida. Mientras Chen y Garrido hablaban con naturalidad de cruzar la línea hacia un delito federal a gran escala, yo sentía el peso magnético de la mujer sentada al otro lado de la mesa. El contrato logístico más grande de mi carrera estaba desplegado frente a nosotros, un laberinto de millones de euros, pero por primera vez en mi vida profesional, la arquitectura de las rutas marítimas había pasado a un segundo plano.

Cogí mi copa de vino y di un trago largo.

Cristian Martínez

Lugar: Restaurante privado *El Club*, calle Velázquez, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 23:10.

Los platos de postre habían sido retirados en silencio por los camareros, dejando sobre la mesa de caoba únicamente las copas de coñac. Fernando Garrido sonreía con la satisfacción de un hombre que acaba de asegurar su jubilación dorada, pero la atención de Chen Wei seguía centrada exclusivamente en mí.

El presidente de Sinosur entrelazó sus dedos sobre la mesa. Sus ojos oscuros me evaluaron de nuevo.

—El diseño logístico que ha propuesto es brillante, señor Martinez. Impecable —dijo Chen, su tono pausado dominando la acústica de la sala—. Pero existe una restricción operativa que no ha calculado.

Fruncí el ceño ligeramente, repasando mentalmente las variables de aduanas, los tiempos de tránsito y los puertos francos. Todo encajaba.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Al idioma —respondió Chen—. Las comunicaciones internas de mi matriz, los manifiestos de origen y las directrices de mis filiales operan exclusivamente en mandarín. Por motivos de seguridad estructural, no permitimos que traductores externos tengan acceso a los documentos originales antes de que sean... purificados para las aduanas europeas. Si usted va a ser el Arquitecto de esta nueva ruta, necesita entender el material con el que está construyendo. Necesita aprender chino.

Garrido se removió en su asiento, interviniendo de inmediato. —Podemos contratar a lingüistas con contratos de confidencialidad blindados, señor Chen.

—Los contratos de confidencialidad se rompen, señor Garrido —le interrumpió Chen con una suavidad letal—. El señor Martinez

aprenderá la estructura de nuestro idioma. No necesito que recite poesía de la dinastía Tang, pero debe ser capaz de descifrar nuestros códigos logísticos por sí mismo.

Asentí despacio. Mi agenda corporativa ya era asfixiante, pero si este era el peaje para manejar la cuenta de Sinosur, lo pagaría encantado.

—Buscaré un tutor privado mañana a primera hora —dije.

Chen esbozó una sonrisa cortés, apenas una línea fina en su rostro inescrutable. —No será necesario. El mandarín comercial, con la encriptación que utilizamos, no se enseña en ninguna academia de Madrid. —Giró levemente la cabeza hacia la mujer sentada a su izquierda—. Mi esposa, Mei, es filóloga. Es, con absoluta certeza, la mejor profesora que podría encontrar. Ella se encargará de su instrucción.

El aire pareció abandonar mis pulmones.

Mi cerebro, entrenado para procesar datos y probabilidades, sufrió un cortocircuito absoluto. Parpadeé, intentando que mi rostro no reflejara el impacto de la noticia.

Clases. Con ella. Iba a estar a solas con la mujer que llevaba dos horas monopolizando cada rincón de mi subconsciente. Iba a dedicarme su tiempo. Iba a poder escuchar su voz. La idea, lejos de parecerme una carga profesional, me inundó de una ilusión casi estúpida. Quería verla.

Giré el rostro hacia Mei. Ella me sostuvo la mirada con la misma intensidad que me había paralizado al principio de la cena.

—Me encantaría, señor Martinez —dijo ella.

Fueron solo cinco palabras, pero la forma en que pronunció mi apellido, con un timbre suave y melódico, me atravesó el pecho. La comisura de sus labios se elevó ligeramente.

Fue una sonrisa breve, elegante, dirigida a mí. Si con el rostro inexpresivo y protocolario me había parecido la mujer más fascinante que había visto en mi vida, al sonreír, su belleza se volvió absolutamente devastadora. Iluminó sus facciones, suavizando la perfección matemática de su rostro y dotándola de una calidez que me desarmó por completo.

Sentí un calor repentino. Mis manos, ocultas bajo el mantel, se tensaron. Yo era un hombre de números, de sistemas, un técnico que calculaba todo al milímetro. Había estado casado, conocía la rutina de las relaciones, pero esto escapaba a cualquier métrica.

No era amor. Era algo más peligroso. Lo que me estaba aplastando las costillas en ese momento era otra cosa. Era algo totalmente incontrolable. Un magnetismo primario, puramente animal, que me arrastraba hacia ella con una fuerza sobre la que no tenía ningún control ni ninguna intención de resistirme.

—Será un honor, Mei —logré responder. Mi voz sonó más ronca de lo habitual, despojada de su habitual barniz frío.

Chen Wei asintió, satisfecho con el acuerdo.

Levanté mi copa de coñac para sellar el final de la velada.

David Velasco

Lugar: Restaurante privado *El Club*, calle Velázquez, Madrid.
Fecha: Martes, 22 de septiembre, 23:15.

El aire en el salón privado estaba saturado. A pesar de los silenciosos extractores ocultos tras las cornisas, el humo denso de los puros Cohiba que Chen Wei y Fernando Garrido habían encendido tras los postres flotaba a la altura de los ojos. Se mezclaba con el olor agridulce de los posos de café y la evaporación del coñac de las copas, creando una atmósfera densa, casi masticable.

David Velasco estaba sentado en el extremo izquierdo de la mesa, la posición geográficamente reservada para el "analista legal". Como Director de Cumplimiento Normativo de IberGlobal, su función en aquellas cenas de alto nivel solía ser muy específica: asentir con la cabeza en los momentos adecuados, tomar notas mentales de las promesas de Garrido y proporcionar un barniz de sofisticación jurídica a estructuras logísticas que a menudo bordeaban el fraude aduanero.

Pero aquella noche David llevaba dos horas observando, en un silencio tenso, a su mejor amigo.

Cristian estaba sentado frente a él. Había dejado su copa de vino a medio terminar, una anomalía que a cualquier otro comensal le habría pasado desapercibida. Estaba participando activamente en la conversación con Chen, debatiendo sobre los cuellos de botella marítimos en el Estrecho de Malaca y la conveniente porosidad de las inspecciones en los puertos francos del norte de África. Hablaba con una brillantez gélida, utilizando esa jerga arquitectónica y numérica que siempre lo había caracterizado.

Garrido sonreía, dando caladas cortas y satisfechas a su puro, convencido de que Cristian estaba cerrando un acuerdo magistral que le aseguraría un bonus obsceno para el próximo trimestre.

Pero David conocía a Cristian desde hacía diez años.

La mente de David viajó por un instante lejos de la opulencia de aquel club, aterrizando en un piso interior e infecto de Malasaña, con humedades en el techo y ventanas que daban a un patio de luces con olor a lejía. Se conocían desde la universidad. David estudiaba Derecho; Cristian, Arquitectura. Habían sobrevivido a base de macarrones con atún durante las semanas en que las becas del Ministerio se retrasaban. David recordaba perfectamente la noche en que el padre de Cristian murió de un infarto fulminante. Habían pasado la madrugada entera sentados en las sillas del Hospital Clínico. Cristian no había derramado una sola lágrima; se había limitado a mirar el goteo del suero intravenoso, contando los segundos entre gota y gota.

Había sido David quien le prestó a Cristian una de sus corbatas y le hizo el nudo Windsor el día que decidió venderse a una consultora alemana e irse a vivir a Múnich. Fue Cristian quien le pidió a Garrido que lo contrataran cuando volvió a Madrid.

David sabía leer los silencios de Cristian mejor que nadie. Y lo que estaba viendo ahora, bajo esa máscara de consultor impecable, le estaba revolviendo la bilis.

Bajo la superficie de control absoluto que Cristian proyectaba hacia Chen y Garrido, su cuerpo estaba emitiendo señales de alarma.

La mano izquierda de Cristian, oculta por el mantel, descansaba sobre su propio muslo. Su dedo pulgar frotaba compulsivamente la yema del dedo índice, como si estuviera intentando quitarse una mancha invisible de polvo. Era exactamente el mismo tic nervioso que Cristian había desarrollado durante la brutal semana de los exámenes finales de Estructuras II en la carrera, la única vez en diez años que David lo había visto dudar del colapso de sus propios pilares.

Además, su respiración estaba desacompasada. Aunque su voz sonaba monótona, profunda y profesional, sus inspiraciones eran superficiales y demasiado rápidas. Solo utilizaba la parte superior del pecho.

David desvió la mirada hacia Chen Wei. El magnate estaba recostado en su silla, exhalando una columna de humo hacia el techo, observando a Cristian con una atención analítica y calculadora. Lo miraba como un gran maestro de ajedrez evalúa el valor de una pieza.

Y luego estaba ella. Mei Lin.

La mujer de Chen casi no había hablado desde las presentaciones. Se mantenía erguida en su silla, bebiendo minúsculos sorbos de agua mineral. Emanaba una elegancia marcial, gélida e impenetrable.

Pero David, entrenado por su profesión para detectar anomalías y fallas estructurales en cualquier sistema, notó la extraña corriente de tensión que fluía por encima del mantel.

Cristian la estaba mirando.

Eran vistazos furtivos, fracciones de segundo robadas entre una cifra de fletes y un cambio de jurisdicción aduanera, pero estaban cargados de una fascinación cruda y temeraria. No había cálculo en esos ojos, había un deseo imprudente. Cristian, el hombre de hielo que nunca perdía el control, se estaba dejando arrastrar por un magnetismo suicida hacia la esposa del hombre más poderoso de la sala.

—Entonces, ¿estamos, señor Velasco? —preguntó de repente Chen, girando la cabeza hacia David.

David parpadeó, sacudido bruscamente de su evaluación psicológica. Todos en la mesa lo estaban mirando.

—¿Estamos de acuerdo en la estructuración legal de la matriz, señor Velasco? — volvió a preguntar Chen, con una mirada un tanto divertida. Era evidente que lo había pillado distraído.

David se aclaró la garganta mientras se colocaba bien en la silla.

—La estructura de empresas pantalla en jurisdicciones *offshore* es legal, siempre que la tributación del beneficio final recaiga teóricamente en la matriz española, señor Chen —respondió David en modo automático, activando su escudo de jerga de *Compliance*—. Tendremos que diseñar un flujo de facturación de servicios intangibles entre la filial europea y sus nodos asiáticos que

justifique el movimiento de capital sin levantar alertas tempranas en la Agencia Tributaria. Pero es... jurídicamente viable.

—Me alegra escuchar eso —Chen esbozó una leve sonrisa. No fue un gesto amigable; fue una simple confirmación mecánica de que las piezas encajaban—. El señor Martinez diseñará las rutas logísticas para evitar la fricción aduanera, y usted, señor Velasco, nos construirá los escudos legales para defenderlas. Hacen un excelente equipo.

Garrido soltó una carcajada de asentimiento. Cristian inclinó levemente la cabeza a modo de aceptación, pero el roce compulsivo de su pulgar bajo el mantel se aceleró.

David cogió su vaso de agua mineral. Le temblaba ligeramente el pulso, y el hielo chocó contra el cristal. A lo largo de su carrera, había diseñado docenas de estructuras fiscales opacas para proteger el dinero de los clientes de IberGlobal. Era el juego sucio habitual. Era lo que le pagaba el piso en el centro y las vacaciones en Cerdeña.

Pero esta noche el instinto visceral que le había salvado de tantos problemas le gritaba desde la base del cráneo, exigiendo que se levantara y saliera corriendo.

Chen Wei no era un cliente buscando un resquicio legal para ahorrar en impuestos de importación. Era un agujero negro que se tragaría todo lo que gravitara a su alrededor. Y Garrido, cegado por la ambición, acababa de empujar a Cristian directamente hacia su interior.

David miró a Cristian una última vez mientras el *maître* abría las puertas dobles para indicarnos que nuestros abrigos estaban listos. Quería darle una patada bajo la mesa. Quería agarrarlo por las solapas y gritarle que el proyecto que acababa de aceptar lo iba a sepultar en vida.

Pero el contrato ya estaba verbalizado.

Mei Lin

Lugar: Parte trasera del Mercedes-Maybach, calles de Madrid.

Fecha: Martes, 22 de septiembre, 23:45.

El interior del Maybach era una cápsula insonorizada que se deslizaba por las calles de Madrid con la suavidad de un espectro. Detrás de los cristales tintados, las luces anaranjadas de las farolas pasaban como ráfagas sobre la tapicería, iluminando intermitentemente el rostro de Chen Wei.

Mi marido estaba recostado contra el asiento, con la mirada fija en el respaldo del conductor, pero la leve tensión en las comisuras de sus labios delataba su satisfacción. El acuerdo estaba cerrado. El Arquitecto había superado la prueba.

—Tiene una mente estructural fascinante —murmuró Chen, rompiendo el silencio pesado del habitáculo—. No ve contenedores, ve huecos en la matriz. Es exactamente el tipo de perfil que Sinosur necesita para operar bajo el radar en Europa. Tenemos que tenerlo bien atado, Mei.

Asentí despacio, manteniendo las manos cruzadas sobre el regazo, sintiendo aún el peso frío de los zafiros en mi nuca.

—Y se nota que le gustas —añadió Chen, con la misma naturalidad clínica con la que habría comentado el clima o una fluctuación en la bolsa.

No había celos en su voz. Para Chen, los celos eran una emoción mundana, un desperdicio de energía. Mi belleza era simplemente otra herramienta de negociación en su inmenso tablero, y acababa de confirmar que funcionaba a la perfección con nuestra nueva adquisición.

—Sí —respondí en un susurro neutro.

Giré el rostro hacia la ventanilla, pero en el reflejo oscuro del cristal no vi las calles de la ciudad, sino la imagen que había

quedado grabada en mi retina durante la cena.

Cristian Martínez.

La forma en que me había mirado. Una mirada imprudente, casi temeraria, despojada por un instante de todo su barniz de consultor de élite. Cuando lo sorprendí observándome y no aparté los ojos, vi cómo el pánico inicial en su rostro dejaba paso a una sonrisa torpe, desarmada, conmovedora.

Cerré los ojos en la oscuridad del coche, dejando que ese recuerdo se expandiera.

Por un segundo, mi mente, habitualmente sellada bajo capas de escarcha y deber, se desvió hacia un territorio desconocido. Imaginé a Cristian acortando la distancia de esa mesa inmensa. Imaginé el calor de su cuerpo contra el mío, la fuerza de sus manos sujetándome el rostro, la presión de su boca sobre mis labios...

Una punzada de calor, densa y repentina, me recorrió la entrepierna.

Apreté los muslos, sorprendida por la intensidad de la respuesta de mi propio cuerpo. Era un latido primitivo, una humedad repentina que me subió en un rubor traicionero al pecho. Hacía años que no sentía algo así. Con Chen, el sexo era un trámite estéril, un acuerdo de mantenimiento; mi cuerpo había olvidado lo que era el deseo y la lujuria pura.

Abrí los ojos y tomé una respiración lenta y controlada para estabilizar mi pulso.

¿Por qué me había resultado tan atractivo? Yo estaba acostumbrada a convivir con la elegancia matemática, a rodearme de hombres poderosos que parecían esculpidos en mármol y hielo. Cristian era distinto. Tenía una belleza salvaje, menos pulida. Emanaba una innegable masculinidad latina, con esa mandíbula tensa, el cabello oscuro ligeramente desordenado y una mirada que ardía con una fuerza casi vulgar. Era un estereotipo andante, el clásico hombre pasional del sur, impulsivo y terrenal, el polo opuesto a la deidad fría que me acompañaba en el asiento de al lado ¿Podía caer en más los clichés sobre él? Pero la realidad era que funcionaba. Me había encendido.

Chen movió una mano, ajustándose el puño de la camisa, y su voz me sacó de golpe de mis pensamientos febriles.

—Tiene que seguir sintiendo esa atracción por ti durante las clases —dictaminó Chen, mirando al frente, trazando ya la estrategia de control emocional—. Alimenta esa fascinación. Que sienta que tiene una oportunidad remota, que eres un trofeo que podría llegar a alcanzar si hace bien su trabajo.

—Lo haré —dije, recuperando la frialdad calculada de siempre.

—Pero contrólalo bien —me advirtió, girando por fin la cabeza para mirarme a los ojos—. Mejor que no se enamore. El amor vuelve a los hombres estúpidos y erráticos. Y yo necesito a mi Arquitecto con el cerebro muy despierto.

Sostuve su mirada, sintiendo el leve rastro de calor que aún me latía en el cuerpo, contrastando con la frialdad absoluta de las instrucciones de mi marido.

—¿Enamorarse? —pregunté, escéptica ante la posibilidad de que un hombre como Cristian perdiera la cabeza hasta ese punto.

Chen esbozó una sonrisa lenta.

—Todos se enamoran de ti, Mei.

Cristian Martínez

Lugar: Piso en el barrio de Chamberí, Madrid.
Fecha: Domingo, 27 de septiembre, 14:00.

El olor a sofrito, laurel y pimentón me golpeó en el pecho en el instante en que se abrió la puerta de madera maciza del cuarto derecha.

—¡Mi niño! —exclamó Rosita, abriendo los brazos con esa calidez desbordante y genuina que no se podía comprar en ninguna escuela de negocios.

Me dejé abrazar, hundiendo el rostro por un segundo en su hombro. Rosita era ecuatoriana, menuda y de sonrisa infinita. Llevaba cuatro años cuidando de mi madre y gobernando la casa con mano de hierro y corazón de tía postiza.

—Hueles a estrés, Cristian —me regañó con cariño, cogiéndome el abrigo y la bufanda—. Pasa, pasa, que tu madre ya tiene la mesa puesta y lleva toda la mañana en la cocina.

El piso de Chamberí era amplio, luminoso y con techos altos de moldura clásica. Lo había comprado al contado con el primer bonus millonario que cobré en IberGlobal.

Caminé por el pasillo hasta el salón. Mi madre estaba terminando de colocar los cubiertos sobre la mesa. Llevaba el pelo blanco perfectamente peinado y una blusa elegante. Al verme, se le iluminaron los ojos, pero al momento puso cara de preocupación.

—Mírate esas ojeras —dijo, acercándose para agarrarme la cara entre sus manos y darme dos besos sonoros—. Estás en los huesos, hijo. ¿En esa oficina vuestra no os dan tiempo ni para masticar?

—Estoy bien, mamá. Solo ha sido una semana complicada con el trabajo —respondí, dándole un beso en la frente y dejándome arrastrar hacia la silla.

Nos sentamos a comer. Rosita sirvió los platos rebosantes y se sentó con nosotros. Durante la primera media hora, me dediqué a escuchar y a asentir mientras mi madre me contaba los cotilleos de la comunidad de vecinos y los últimos achaques de sus amigas del barrio.

Pero poco después mi madre dejó el tenedor sobre el plato y me miró fijamente, con esa mezcla de decepción y tristeza que solo una madre sabe calibrar a la perfección.

—Ayer hablé con Lucía —soltó, sin anestesia.

Me tensé. Bebí un sorbo de agua para ganar tiempo. —Mamá, ya hemos hablado de esto.

—No, Cristian, no hemos hablado nada. Yo la llamo porque le tengo cariño. Esa chica vale oro —su voz se volvió más aguda, cargada de un reproche genuino—. No entiendo a qué juegas. Llevabais siete años juntos. Era la mujer de tu vida, te centraba, te cuidaba... y de repente, cada uno por su lado.

—Nuestras carreras iban en direcciones diferentes. No teníamos tiempo. Era lo mejor para los dos.

—Tonterías —me cortó mi madre, negando con la cabeza—. Yo a tu edad ya te tenía a ti, y tu padre y yo trabajábamos de sol a sol. Las carreras no abrazan por las noches, hijo. Yo quería nietos. Quería veros formar una familia, no verte envejecer solo en ese ático que tienes.

Tragué saliva, sintiendo la punzada de culpa bajándome por la garganta.

Rosita, notando la tensión, se levantó discretamente para recoger los primeros platos.

Mi madre suspiró, su enfado se desinfló tan rápido como había llegado. Su mirada vagó hacia el aparador del salón, donde descansaba una fotografía enmarcada en plata.

Era una foto de mi padre. Llevaba su viejo mono azul de trabajo, manchado de grasa industrial, y sonreía con orgullo, con la fábrica metalúrgica de fondo. Fue de cuando ganaron la huelga. Después de un mes sin cobrar. Había sido el delegado sindical durante quince años. Un hombre que se partió la espalda y la voz peleando por los derechos de los suyos, hasta que un grupo de

ejecutivos en un despacho decidió que la planta ya no era rentable. Lo echaron a la calle con una prejubilación miserable. Un mes después, su corazón, que había aguantado tantas huelgas y crisis, no pudo soportar la humillación y se paró para siempre.

—Si tu padre te viera... —murmuró mi madre, con los ojos repentinamente brillantes, la voz teñida de una devoción absoluta—. Si viera lo lejos que has llegado. Mi niño, con sus trajes caros, en los despachos más altos de Madrid.

Se giró hacia mí y me acarició el dorso de la mano.

—Estaría tan orgulloso de ti, Cristian. De como me cuidas. Me has puesto esta casa preciosa, tengo a Rosita que es un ángel... No dejas que me falte de nada. Tu padre siempre quiso esto para nosotros. Que no tuviéramos que fregar escaleras ni pedir limosna a ningún patrón. Lo lograste, hijo.

Sonreí. Fue una sonrisa mecánica, ensayada, que no llegó a mis ojos.

La disonancia cognitiva casi me asfixió allí mismo. Mi madre veneraba la memoria de un líder sindicalista, un mártir de la clase obrera aplastado por los recortes corporativos, y me miraba a mí, su hijo, como si yo fuera el vengador que había triunfado en el sistema para salvarla.

Yo no había vencido al sistema. Me había convertido en una de sus herramientas más afiladas.

Mientras le devolvía la sonrisa a mi madre, dándole un apretón cariñoso en la mano, sentí el peso oscuro de mi propia hipocresía en el fondo del estómago.

Mei Lin

Lugar: Sala de reuniones B, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Lunes, 5 de octubre, 15:30.

La sala de reuniones B estaba insonorizada. Tras las paredes de cristal esmerilado, el frenesí de IberGlobal era una coreografía de sombras sin sonido. Dentro, el aire estaba estancado, cargado con el olor a madera seca y a algo tenso, casi químico, que emanaba del cuerpo de Cristian.

Él estaba sentado frente a mí, con las mangas de la camisa dobladas con una precisión que rozaba lo patológico. Me observaba como quien intenta entender un mecanismo antes de tocarlo.

Me giré hacia la pizarra negra mate. El sonido de la tiza fue un trazo áspero que cortó el silencio. Dibujé un carácter complejo, dejando que el polvo blanco manchara mis yemas.

—洗货 (Xǐ huò) —pronuncié.

Cristian frunció el ceño.

—*¿Xǐ huò*? —repitió buscando en el diccionario— Según esto significa "limpieza de inventario". Rebajas.

—En el diccionario de Sinosur, significa otra cosa —me acerqué a la mesa, invadiendo su espacio hasta que el calor de su piel se hizo perceptible y le cerré el diccionario—. Significa el arte de que un contenedor cargado de precursores químicos en Cantón se convierta en fertilizante orgánico al cruzar el paralelo 40.

Él dejó de jugar con su bolígrafo. Su postura se volvió rígida. —No me está enseñando fonética, Mei. Me está dando el código para un fraude de origen.

—Le estoy enseñando el único lenguaje que Chen Wei respeta —apoyé las manos en el borde de la mesa, inclinándome sobre él—. Si usted va a ser el creador de nuestras rutas, debe saber que no

existen los sinónimos. Un acierto en el *Xǐ huò*, y el beneficio neto se triplica.

En ese instante, una sombra se detuvo tras el cristal de la puerta. Vimos la silueta de un ejecutivo junior. La manilla de la puerta bajó con un clic metálico. Estaba cerrada por dentro, pero el sonido cortó el aire como un disparo.

Cristian pegó un respingo. Sus ojos delataron un pánico eléctrico. Yo no me moví. Mantuve mi mirada clavada en la suya, a escasos centímetros de su rostro, mientras la manilla volvía a su sitio y la sombra se alejaba.

—Se ha asustado —observé con una frialdad pedagógica—. Se ha asustado porque aún cree que tiene algo que proteger. Pero en esta sala ya solo queda el Jú (局).

Me alejé un paso para escribir el nuevo carácter. —El Jú es la disposición de las piezas antes de moverlas. Es la disposición de todas las piezas antes de que el primer barco zarpe. Si usted no entiende el *Jú*, solo es un peón con un título caro.

Cristian tardó un segundo en recuperar el aliento. Tenía los poros de la frente perlados de sudor. —¿Y cuál es mi pieza en ese tablero? —preguntó con la voz baja.

Regresé a su lado. Me incliné tanto que mi aliento rozó su oído. —Usted es quien diseña el 暗道 (Àndào).

Él me miró sin comprender, sin tocar el diccionario, atrapado por mi proximidad. —¿Àndào? —repitió, intentando memorizar el sonido.

—Significa "Ruta ciega" —susurré—. Pero en el mundo de mi marido tiene una acepción más profunda: Pasaje secreto. Es el camino que nadie puede ver, el que usted va a construir para nosotros detrás de los muros del sistema aduanero.

Cristian no apartó la mano de la mesa cuando mis dedos rozaron el puño de su camisa. Se quedó allí, inmóvil, procesando que acababa de recibir las llaves de un reino ilegal. Aceptó el silencio. Aceptó la cadena. Fue suficiente.

Cristian Martínez

Lugar: Pista de squash, Club Deportivo Metropolitan, Madrid.
Fecha: Lunes, 5 de octubre, 19:30.

El latigazo de la raqueta contra la pelota de goma resonó en la caja de cristal.

La pequeña esfera negra rebotó contra la pared frontal a más de ciento cuarenta kilómetros por hora. David se lanzó hacia la izquierda, arrastrando las zapatillas sobre el parqué pulido con un chirrido agudo, pero llegó tarde. La pelota murió en la esquina inferior.

—Punto y partido —dije, bajando la raqueta, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndome en la garganta.

Estaba empapado en sudor. Llevábamos cuarenta minutos jugando a un ritmo brutal, intentando quemar la toxicidad acumulada en los despachos de IberGlobal. Yo había jugado con agresividad, golpeando la bola con una rabia sorda que no terminaba de comprender, empujado por la adrenalina residual que la clase de esta tarde con Mei Lin me había dejado en el cuerpo.

David se apoyó con las dos manos en las rodillas, resoplando. Su camiseta gris estaba oscurecida por el esfuerzo.

—Estás jugando como un desquiciado —jadeó, enderezándose despacio—. Llevas toda la tarde intentando atravesar la pared a pelotazos.

—Solo estoy practicando mi ángulo de tiro —respondí, esbozando una sonrisa a medias mientras caminaba hacia la puerta de cristal para salir de la pista.

Nos sentamos en el banco de madera del pasillo exterior y sacamos nuestras botellas de agua. Bebí casi media botella de un trago, sintiendo el frío del líquido chocar contra mi estómago caliente. David se secó la cara con una toalla pequeña y me miró de reojo.

—¿Qué tal tu madre? —preguntó de repente, rompiendo nuestro silencio jadeante—. Hace tiempo que no la veo.

—Bien —sonreí levemente, recordando la comida del domingo —. Fui a verla ayer. Justo se acordaba de aquella tarde que viniste a casa y jugamos a la canasta. Todavía se parte de risa de lo malo que eras.

David soltó un bufido, frotándose el cuello con la toalla. —Ese juego es una puta mierda, Cristian. Las reglas no tienen ningún sentido.

—Las reglas son perfectas. Lo que pasa es que mi madre es cinturón negro con la canasta y te pasó por encima sin piedad.

David soltó una risa corta que se desvaneció casi al instante. Su expresión cambió por completo, perdiendo la relajación y adoptando esa mirada seria y escrutadora

—He estado revisando el informe de Sinosur por mi cuenta —dijo de pronto, bajando la voz, asegurándose de que el pasillo estuviera vacío—. Sin pasar por el registro oficial de *Compliance*.

Dejé la botella a un lado y la sonrisa se me borró de la cara. —David, ya firmamos la evaluación preliminar de riesgos. Garrido dio luz verde.

—Garrido ve los ceros del bonus y se vuelve ciego —replicó David, inclinándose hacia adelante—. Cristian, he estado cruzando los datos de las filiales operativas de Chen en Rotterdam y Amberes. Hay anomalías contables. El volumen de carga declarada no cuadra con el valor asegurado de los contenedores.

—Es una optimización fiscal —lo interrumpí, utilizando el cinismo habitual de nuestro sector—. Todos los gigantes asiáticos subdeclaran valor para ahorrarse aranceles en Europa. No es nuestro problema.

—No es solo evasión de aranceles —insistió David, negando con la cabeza—. Chen Wei no se lleva bien con su propio gobierno. Está bajo la lupa del Partido en Pekín. Sus empresas europeas actúan como pantallas opacas. Estoy casi seguro de que está utilizando esas rutas trianguladas para pasar material restringido o tecnología sensible hacia Hong Kong sin que el continente lo detecte. Y nosotros le vamos a construir la autopista invisible para

que lo haga. Nos necesita para que, si alguna aduana hace saltar las alarmas, sea IberGlobal quien aparezca en los papeles, no él. Esto ya ya lo ha hecho, no es la primera vez. Para él somos algo desechable. Su cortafuegos.

Solté un suspiro de cansancio. David siempre anticipaba el escenario penal más oscuro. Era su oficio.

—David, escucha lo que estás diciendo —dije, mirándolo fijamente—. Esa es exactamente la razón por la que nos pagan las tarifas que nos pagan. Nuestro trabajo es esquivar restricciones. Todas las multinacionales mueven mercancía que los gobiernos preferirían fiscalizar, auditar o prohibir. Las tabacaleras, las tecnológicas, las armamentísticas... todos usan puertos francos y todos borran el rastro digital. Chen solo lo hace a una escala mucho mayor. El riesgo está calculado y tasado en el contrato.

David me miró en silencio durante un largo segundo. Dejó la toalla sobre el banco y se giró completamente hacia mí.

—El riesgo logístico y penal, sí. Ese podemos intentar gestionarlo —dijo, bajando aún más la voz, adoptando un irritante tono paternal—. Lo que no podemos gestionar es tu instinto suicida.

Fruncí el ceño. —¿De qué coño hablas?

—Hablo de la cena en El Club. Hablo de ella. De Mei Lin.

El nombre cayó entre nosotros como una piedra pesada. Sentí una sacudida eléctrica en el estómago. Un calor traicionero y súbito me subió calentándome las orejas. Me odié profundamente por reaccionar así.

—Te estás volviendo paranoico —murmuré, apartando la vista para mirar mis zapatillas, fingiendo atarme un cordón que ya estaba atado.

—¿Ves? Te gusta. Lo sabía —David soltó una risa amarga y sin humor—. Cristian, te pasaste la mitad de la puta cena mirándola. Y ella a ti. No soy ciego. Y te aseguro que, si yo me di cuenta, Chen Wei también.

Me incorporé, la sangre latiéndome en las sienes, e intenté mantener la fachada gélida del Arquitecto. —Solo me va a dar clases de mandarín comercial, David. Es un trámite. Dos horas, tres días a la semana. En una sala de cristal en la planta veintiuna.

—Me da igual si es en una sala de cristal o en un monasterio —me cortó David, agarrándome del brazo con una fuerza inesperada —. No puedes liarte con la mujer de Chen Wei. ¿Te crees que un tipo con su historial es el típico millonario al que le da igual que le metan los cuernos? A mí no me pareció ese tipo de hombre. Me pareció el tipo de hombre que te ahoga en hormigón armado y te tira en altamar. Ten cuidado, por favor.

Me solté de su agarre con un movimiento brusco, intentando restarle hierro al asunto, aunque la advertencia de David había tocado una fibra demasiado real en mi interior. El recuerdo de Mei a escasos centímetros de mí esta misma tarde, de su perfume, de su desafío silencioso, seguía quemándome.

—Que sí, joder. Relájate —dije, cogiendo la bolsa de deporte y colgándomela al hombro, forzando una sonrisa incrédula—. Como si yo tuviera alguna posibilidad con una mujer como esa.

Mei Lin

Lugar: Cuarto de baño principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.

Fecha: Lunes, 5 de octubre, 21:00.

El agua caía con fuerza desde la alcachofa de lluvia del techo. El vapor saturaba el aire, empañando los espejos y convirtiendo el cuarto de baño en una cámara aislada del resto de la mansión.

Apoyé ambas manos contra la pared de piedra y dejé caer la cabeza hacia adelante. El agua casi hirviendo me resbalaba por la espalda, pero no era suficiente para limpiar lo que se me había quedado adherido a la piel.

No era el polvo de la tiza. Era él.

Cerré los ojos, buscando el vacío mental, el blanco absoluto que Chen me había enseñado a invocar, pero la oscuridad solo sirvió para proyectar su imagen con una nitidez insoportable. Cristian. La forma en que se había arremangado la camisa esta tarde. La tensión de los tendones en sus antebrazos al apoyarse sobre la mesa de cristal. Su olor a madera seca, café y adrenalina. Y, sobre todo, esa mirada.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del agua me recorrió la espina dorsal.

El calor, ese latido denso y primario que había logrado sofocar a duras penas en la sala de juntas, regresó ¿Por qué?

Mi respiración se volvió superficial. Tragué saliva, intentando contenerlo, repitiéndome que yo era la Flor de Hielo, que mi cuerpo era un templo sellado y bajo control. Pero el recuerdo de su voz grave…

Renuncié a luchar.

Deslicé mi mano derecha por mi vientre, bajando despacio hasta la entrepierna, buscando el epicentro de aquel incendio. Estaba empapada, y no solo por el agua de la ducha. Al primer

contacto de mis propios dedos, mis rodillas temblaron. Dejé escapar un suspiro irregular, echando la cabeza hacia atrás mientras la lluvia artificial me golpeaba el rostro.

Mi mente ya no estaba en la ducha de La Moraleja. Estaba en la sala de cristal de la planta veintiuna. En mi fantasía, Cristian rodeaba la mesa. No le importaba el *Jú*, no le importaba Chen Wei ni los millones de euros en rutas marítimas. Me acorralaba contra la pizarra negra, atrapándome con el peso de su cuerpo, besándome con una urgencia cruda, desesperada.

Aceleré el ritmo de mis dedos, guiada por una necesidad que rozaba la agonía. Mis caderas se movían solas. El agua me cegaba, el sonido del chorro amortiguaba mi respiración agitada, que pronto se convirtió en pequeños jadeos ahogados.

De repente, la contención de años se quebró.

El orgasmo me golpeó con una fuerza salvaje, un espasmo violento y oscuro que me arrancó un gemido gutural desde el fondo de la garganta. Las piernas me fallaron, obligándome a deslizarme hasta caer de rodillas bajo el agua. Me abracé a mí misma, temblando incontrolablemente mientras las réplicas del placer me sacudían el vientre.

Y en ese instante de vulnerabilidad absoluta, arrodillada en el suelo de la ducha, lo sentí.

Me sentí viva.

La costra de hielo se había roto y debajo de ella palpitaba una mujer de carne, sangre y fuego. Sentí que todavía era capaz de amar con furia, de ser pasional, de entregarme sin cálculos ni estrategias. Me invadió un hambre terrible, atroz y desoladora por tener eso. Por tenerlo a él. Quería ser ensuciada por algo humano, quería dejar de ser una pieza perfecta en el tablero de otro hombre.

Pero entonces, el silencio letal de la casa pareció filtrarse a través del ruido del agua.

Chen.

Una punzada de miedo, helada y afilada, me atravesó el estómago, matando el latido del placer al instante. Abrí los ojos de golpe.

Me llevé las manos temblorosas al rostro, apartándome el pelo mojado.

¿Qué estás haciendo, Mei? No podía fallarle a Chen Wei. Era impensable. Él me había salvado de los bajos fondos de Macao, había protegido a mi hermano Jian, me había dado un estatus de intocable.

¿Por qué me sentía así? ¿Qué tenía ese consultor español, ese arquitecto de aduanas, para haber dinamitado mi control en tan solo un par de horas?

Me puse en pie despacio, apoyándome en la pared, sintiendo cómo el frío regresaba a mis venas, expulsando el calor. Cerré el grifo. El silencio absoluto de la mansión cayó sobre mí con todo su peso.

Jian Lin

Lugar: Habitación de estudiantes, South Kensington, Londres.

Fecha: Sábado, 10 de octubre, 22:15.

Fuera, la lluvia de Londres caía con una insistencia gris sobre las calles de South Kensington. Dentro, el resplandor azulado del portátil bañaba las paredes blancas con un brillo espectral. Sobre el escritorio, una caja de pizza de Domino's acumulaba grasa fría junto a un manual de Macroeconomía de la LSE que Jian no había abierto en tres días.

En la pantalla, un vídeo de Twitter grabado con pulso errático mostraba el distrito de Mong Kok. Una hilera de chubasqueros negros y máscaras de gas baratas resistía una carga de los antidisturbios.

Jian se miró las manos. Estaban limpias. Demasiado suaves. Eran las manos de un activo protegido, financiadas por un cuñado al que apenas conocía y una hermana que le pedía por teléfono que "estuviera a salvo", como si la seguridad fuera un fin en sí mismo. Para Jian, en aquel cuarto de Londres, la seguridad se sentía como un error. Una forma de irrelevancia.

Recordó la mugre de los callejones de Macao, el olor a pescado podrido, la silueta de su padre vendiéndolos a las Tríadas. Chen los había sacado de allí. Le había dado un futuro.

«El mundo no se cambia con pancartas en la calle, Jian», le había dicho Chen Wei la última vez que pasearon juntos por los jardines de La Moraleja. *«Se cambia controlando lo que llega a los puertos. Un revolucionario sin logística es solo un mártir ruidoso. Yo te daré la educación y tú me ayudarás a cambiar la historia».*

Una vibración hizo saltar el teléfono sobre la colcha. No era una notificación estándar, sino la aplicación de mensajería encriptada que Chen Wei le había instalado personalmente en Madrid para poder hablar de forma segura. El "canal privado".

El mensaje era una sola línea:

«¿Crees que la historia la escriben los que analizan los hechos o los que los provocan?»

A Jian se le aceleró el pulso. Mei le hablaba como a un niño que debía ser preservado; Chen no. Sus dedos no dudaron sobre la pantalla táctil.

«Los que los provocan», escribió.

La respuesta llegó al segundo.

«Entonces, actúa. Entiende la estructura. La superficie es ruido; busca la raíz».

Debajo del mensaje apareció un enlace de la red Tor. Una dirección .onion de dieciséis caracteres alfanuméricos.

Jian hizo clic. El navegador saltó a través de servidores encriptados en tres continentes antes de abrir la página. No encontró banderas ni consignas revolucionarias. Lo que vio fue algo mucho más denso: manifiestos operativos, manuales de interferencia de señales y hojas de ruta de suministros que Sinosur movía en la sombra de los puertos asiáticos.

Era la estructura. El lugar donde las ideas se convertían en acero y protocolos de transporte.

Jian se inclinó hacia la pantalla, ignorando la comida fría y los libros de texto. El miedo seguía ahí, pero ahora estaba canalizado por un propósito técnico. Sus dedos temblaban ligeramente sobre el teclado.

Mei Lin

Lugar: Sala de reuniones B, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 14 de octubre, 19:30 PM.

A través del cristal de la sala, las luces de Madrid se extendían en el horizonte, pero aquí dentro, el aire olía a ozono y al café amargo que Cristian Martínez no dejaba de beber.

Él estaba sentado frente a su cuaderno, con la espalda demasiado recta.

—Lea —le ordené, cruzándome de brazos.

Cristian se aclaró la garganta. Evitó mi mirada, concentrándose en los caracteres que había trazado con una caligrafía rígida.

—*Wǒ shì Cristian. Wǒ shì jiànzhùshī. Wǒ xǐhuān wùliú...* — Hizo una pausa, frustrado—. Soy Cristian. Soy arquitecto. Me gusta la logística.

Solté un suspiro. Me acerqué a la pizarra y, con un movimiento seco, borré el rastro de la sesión anterior.

—Le pedí un texto personal, Martínez. No un inventario de activos —dije, tomando la tiza.

Dibujé el carácter *Liǔ* (柳) con tres trazos fluidos. El polvo del yeso me manchó los dedos.

—Sauce. El sauce sobrevive porque acepta la fuerza del viento. La roca se quiebra porque insiste en su forma. En mi mundo, la rigidez es un defecto fatal. No sea roca**.**

—A veces la rigidez es lo único que impide que el techo te aplaste —replicó él. Su voz tenía una vibración defensiva.

—Un edificio rígido es solo una tumba esperando su turno.

Me colgué el bolso al hombro.

—Repita el ejercicio. Busque algo que no sea una cifra de beneficios o un proyecto logístico. Algo personal.

Salí de la sala sin esperar respuesta. Necesitaba el aire frío del pasillo para despejar el rastro de su presencia. Sin embargo, al llegar al ascensor, me di cuenta de que me había dejado el teléfono.

Regresé.

La puerta de la sala estaba entreabierta. Cristian ya no estaba, pero su chaqueta seguía colgada de la silla y cuaderno estaba abierto bajo el foco del flexo junto a mi teléfono. Me acerqué a cogerlo, pero mis ojos cayeron en la última página. Ya no había caracteres chinos. Solo una caligrafía rápida, nerviosa:

"Mi madre tiene las manos ásperas porque nunca dejó de trabajar para que yo pudiera proyectar estructuras inútiles. Tengo miedo de que, si este edificio cae, ella sea la primera en quedar bajo los escombros".

Me quedé inmóvil. El silencio de la sala se volvió asfixiante.

Alargué la mano y arranqué la hoja. Doblé el papel en cuatro y lo guardé en el compartimento más profundo de mi bolso.

Mei Lin

Lugar: Vestidor de la mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Jueves, 15 de octubre, 02:30 AM (Después de la cena en El Club).

El silencio de la mansión me daba tristeza, nunca supe porqué. Me senté frente al tocador, los espejos multiplicaban mi cansancio.

Me miré al espejo y, por un instante, no vi mi reflejo. Vi a mi abuela en Macao, aceptando el silencio a cambio de arroz; vi a mi madre, una sombra que se desvanecía en los pasillos de una casa que nunca fue suya. Generaciones de mujeres que envejecieron esperando algo que nunca llegó.

Tomé un pincel de caligrafía y un trozo de papel de arroz. Con un trazo tembloroso, escribí el carácter *wàng* (忘). Olvido.

Se suponía que mi misión era que Cristian olvidara su ética y ganar su lealtad. Pero al mirar la tinta fresca, comprendí que la que estaba olvidando era yo, desde hacía mucho. Estaba olvidando a sentir y ni me había dado cuenta.

Rasgué el papel. El sonido fue pequeño, pero definitivo. Guardé un trozo en el cajón secreto del joyero.

—Esto no será para Jian —susurré a la habitación vacía—. Esto será para mí.

Mi hermano tenía que poder sentir. Amar. Ser padre algún día. Ser lo que yo nunca iba a ser.

Cristian Martínez

Lugar: Terminal de Contenedores TCB, Puerto de Barcelona.
Fecha: Viernes, 16 de octubre, 11:30.

El viento del Mediterráneo arrastraba un olor áspero, una mezcla industrial de salitre, gasoil y óxido.

Estaba de pie en el muelle de carga de la Terminal Sur. Las inmensas grúas pórtico *Super Post-Panamax* de color azul eléctrico se movían sobre raíles de acero con un chirrido sordo y agudo, levantando cajas metálicas de treinta toneladas como si fueran piezas de un juego de construcción. Los camiones articulados pasaban a escasos metros, haciendo temblar el hormigón bajo la suela de mis zapatos.

Yo llevaba puesto un chaleco reflectante amarillo sobre mi abrigo de lana y un casco de seguridad blanco, exigencias innegociables del protocolo de riesgos laborales. Me sentía fuera de lugar, pero la visita a pie de obra era estrictamente necesaria. Estábamos haciendo la primera prueba de carga física para el nuevo corredor logístico de Sinosur.

Junto a mí, sosteniendo una tablet industrial y un albarán de estiba impreso, estaba Santiago. "El Abuelo".

Santiago llevaba treinta y cinco años trabajando en la terminal. Era un hombre con la piel curtida como el cuero viejo, los nudillos destrozados por la artrosis y una barba encanecida y descuidada. Había algo en su aspecto, en la dignidad cansada de su postura y en la forma en que entornaba sus ojos grises bajo el borde del casco, que me recordaba demasiado a mi padre. Demasiado.

—Esta operativa no tiene ningún sentido, Cristian —dijo Santiago, elevando la voz para hacerse oír por encima del estruendo de un contenedor al chocar contra el chasis de un camión—. Llevo toda la mañana cruzando el plan de descarga con las órdenes de trabajo.

—Es un transbordo directo a ferrocarril, Santiago —respondí, intentando mantener mi tono aséptico y didáctico para ignorar el fantasma de mi padre que se manifestaba en él—. Ahorramos dos movimientos de patio por contenedor al no bajarlos a la zona de apilamiento. Está optimizado matemáticamente para reducir los tiempos de tránsito en un siete por ciento.

—Me limpio el culo con las matemáticas —dijo Santiago, clavándome esos ojos grises, endurecidos por los años. El parecido con mi padre se hizo aún más doloroso—. Pasar las cajas desde el gancho de la grúa directamente a los vagones de la vía 4 significa que no pisan la zona de tránsito aduanero. Se saltan el arco perimetral de rayos X y el control aleatorio de la Guardia Civil. Eso no es optimizar tiempos, chaval. Eso es hacerles un pasillo ciego.

Sentí el frío del viento colándose por el cuello de mi camisa.

No era un error de comprensión de Santiago. Era exactamente la arquitectura que yo había diseñado. Chen Wei necesitaba que ciertos envíos estratégicos hacia Asia entraran y salieran de Europa sin ser escaneados. Yo había alterado los algoritmos del software de gestión de la terminal para que el sistema interpretara esos contenedores como "tránsito urgente de bajo riesgo", desviándolos automáticamente a las vías de tren secundarias y evitando el Nivel Rojo de inspección.

Pero no había contado con que un veterano testarudo a dos años de la jubilación se pusiera a leer los datos físicos del sensor en lugar de confiar ciegamente en la pantalla del ordenador.

—Santiago —empecé, modulando mi voz para apagar el incendio—, es un proyecto piloto. Estamos probando la elasticidad de la cadena de suministro. El despacho a libre práctica ya está firmado en origen. Si hay alguna discrepancia documental, la responsabilidad legal es de IberGlobal, no tuya. Solo tienes que dar el levante informático y dejar que la grúa trabaje.

Santiago escupió al suelo, a escasos centímetros de mis zapatos.

—Hace diez años, pillaron a un chaval de mi cuadrilla pasando fardos de tabaco por un agujero como este. Le cayeron tres años de cárcel. Yo no sé qué lleva esa gente de Sinosur en esas cajas verdes,

ni me importa, pero el registro oficial no cuadra. El pesaje VGM de la grúa marca tres toneladas más por TEU de lo que dice el conocimiento de embarque. Lo he visto con mis propios ojos en el *spreader*. Van pasados de peso. Y yo no doy el levante a mercancía fantasma.

El viejo me devolvió el portapapeles con el albarán impreso, dándome un golpe seco en el pecho con el plástico rígido.

—Dile a Garrido que busque a otro que le selle el papelito. Yo esta tarde desvío los contenedores de Sinosur al patio principal y los paso por el escáner de Aduanas. Y si a los de Madrid no les gusta, que vengan ellos a mover los hierros.

Santiago se dio la vuelta y se alejó caminando con paso pesado hacia la caseta de control, esquivando un tractor de terminal.

Me quedé solo en el muelle. El ruido ensordecedor del puerto me envolvía. Las paranoias sobre Chen que David me soltó en la pista de squash resonaron en mi cabeza.

Miré el albarán en mi mano. Si esos contenedores pasaban por el escáner de la Guardia Civil esta tarde, el corredor de Chen moriría antes de nacer. El acuerdo saltaría por los aires, las alarmas de seguridad nacional se activarían, y yo acabaría en un calabozo de la Audiencia Nacional sin que a Sinosur le temblara el pulso.

El factor humano. Siempre la maldita variable humana arruinando la pureza geométrica del sistema.

No había tiempo para intentar sobornar a Santiago; era demasiado viejo y tenía demasiados principios para aceptar dinero rápido. Exactamente igual que el hombre que me había criado a base de madrugones y monos de trabajo manchados de grasa.

Saqué el teléfono. Me pesaba en la mano como si estuviera hecho de plomo. Por primera vez en mi carrera, mi pulgar dudó un instante sobre la pantalla. Marqué el número directo de Recursos Humanos y escuché el tono de llamada mientras observaba la inmensa grúa pórtico, que seguía moviéndose ajena al drama que se desarrollaba a sus pies, una máquina perfecta que no hacía preguntas.

—Sí, soy Martinez —dije, cuando descolgaron al otro lado. Me obligué a tragar el nudo áspero que me asfixiaba la garganta

Cristian Martínez

Lugar: Caseta de control, Terminal de Contenedores TCB, Barcelona / Tren AVE, Barcelona-Madrid.

Fecha: Viernes, 16 de octubre, 12:15.

El burofax llegó a la impresora de la caseta de control a las doce y cuarto.

Yo estaba de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados, manteniendo una distancia profiláctica. Santiago me ignoraba.

El zumbido del cabezal de impresión rasgó la atmósfera cargada de humo de tabaco negro que impregnaba la pequeña oficina de chapas metálicas. Vi a Santiago sentado frente a su escritorio de formica barata, revisando unos almanaques de mareas y cuadrantes de estiba. No levantó la vista hasta que el papel terminó de escupirse sobre la bandeja de plástico.

Vi como Santiago cogía el papel, ajustándose las gafas de cerca. Sus ojos grises, cansados y rodeados de arrugas profundas, escanearon el documento legal con el membrete de IberGlobal y la firma digital del departamento de Recursos Humanos de Madrid.

El viejo capataz leyó el texto dos veces. La furia y la indignación que había mostrado en el muelle se esfumaron, sustituidas por una comprensión súbita y devastadora. El parecido con mi padre ya no era solo físico.

Se quitó las gafas lentamente, dejándolas sobre el escritorio.

Santiago levantó la vista y me miró.

—Prejubilación forzosa —me murmuró, su voz ronca sonando hueca en el habitáculo—. Treinta y cinco años partiéndome la espalda en este muelle, y me sacáis por la puerta de atrás con un despido disciplinario encubierto.

—Es un acuerdo económico muy generoso, Santiago —dije. Me obligué a utilizar mi voz de fría y ecualizada, porque si dejaba asomar un solo ápice de humanidad, me desmoronaría allí mismo—.

Te conservan el ochenta por ciento del salario base hasta la edad legal de jubilación. No tienes que volver a pisar el puerto. Fírmalo. Yo me encargaré personalmente de que Recursos Humanos retire el cargo de insubordinación de tu expediente. Te irás limpio.

No había odio en sus ojos. Había algo mucho peor: lástima. Una lástima profunda, pesada y silenciosa hacia el joven de traje italiano que estaba de pie frente a él, vendiendo su alma por un algoritmo.

Cogió un bolígrafo Bic mordisqueado del cubilete. No discutió. Apoyó el bolígrafo sobre la línea de puntos.

El sonido de la punta metálica rasgando el papel al firmar fue rápido y agudo.

Empujó el documento hacia el borde de la mesa, se levantó pesadamente, cogió su chaqueta del respaldo de la silla y pasó a mi lado sin mirarme y sin decir una palabra más.

Cristian Martínez

Lugar: Tren AVE, Barcelona-Madrid.
Fecha: Viernes, 16 de octubre, 17:00 PM.

Los contenedores de Chen Wei habían pasado del barco a la vía 4 sin que un solo sensor de aduanas parpadeara. El diagrama no goteaba. La red logística ciega funcionaba con precisión.

Cinco horas después, yo era otra cifra silenciosa en el vagón Preferente del AVE. El paisaje aragonés pasaba como un borrón ocre a trescientos kilómetros por hora. A mi alrededor, el silencio solo lo rompía el tecleo rítmico y murmullos de otros ejecutivos.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Número oculto. Dudé un momento, pero contesté.

—Señor Martínez —la voz de Chen Wei cortó el rumor del tren —. Buenos días. Espero que el viaje esté siendo plácido.

—Sin incidencias por ahora—respondí.

—Me alegra oírlo. El trabajo en la terminal ha superado mis expectativas. Ha demostrado usted que entiende la diferencia entre un delineante y un arquitecto. El arquitecto sabe que los pilares se asientan sobre lo que otros están dispuestos a sacrificar.

Apoyé la frente contra el cristal frío. Vi los ojos grises de Santiago, los ojos de mi padre, devolviéndome la mirada desde el muelle.

—Ha pasado usted la evaluación, Cristian —continuó Chen, y el uso de mi nombre de pila sonó como el cierre de un contrato—. Ahora comenzamos el trabajo real. El envío por el cual lo he contratado.

Cerré los ojos.

—Mañana un coche le recogerá en su domicilio —dijo Chen—. Quiero hablarle de lo que vamos a preparar. Ropa informal. ¿Entendido?

—Entendido.

—Ah. Y no mencione esto a Garrido. Todavía no. Es como si no hubiese hablado conmigo. Esta conversación no ha existido.

La línea se cortó con un clic seco antes de que pudiera responder.

Me quedé mirando mis manos. Estaban vacías, pero sentía el peso de una responsabilidad que no aparecía en mi contrato.

Abrí el cuaderno sobre la mesa plegable. Tomé mi Montblanc.

«Algeciras era el siguiente envío que teníamos programado. Tiene que ser distinto, anoté. *Las firmas de prejubilación deben ir antes de los fletes. Eliminar contacto visual. Menos barro, más datos. Si el factor humano se gestiona desde el Excel, el sistema no se calienta».*

De repente, el bolígrafo se me resbaló de la mano y rodó por la mesa de plástico. Me llevé la palma a la boca, ahogando un sonido que era mitad tos, mitad bilis. El asco me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago, una reacción biológica que mi cerebro no pudo interceptar.

Me apreté contra la ventanilla. Recordé a mi madre, lo que me dijo el domingo pasado: «Tu padre estaría tan orgulloso de ti, Cris... Siempre quiso esto para nosotros».

Se me cortó la respiración. Un sudor agrio me empapó la nuca.

¿Orgulloso?

El tren entró a toda velocidad en un túnel y la oscuridad convirtió el cristal en un espejo negro. Mi reflejo apareció proyectado frente a mí: pálido, tenso, con la mandíbula rígida. Parecía un plano mal trazado, una figura que no encajaba en sus propias cotas.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho de Fernando Garrido, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Viernes, 16 de octubre, 20:15 PM.

Fernando me sirvió un coñac en una copa de cristal Baccarat con una soltura profesional, desactivando cualquier alarma de compliance . Todavía tenía el sabor ácido de las arcadas en la base de la lengua, pero Garrido actuaba como si acabáramos de ganar la Champions.

—Siéntate, Cristian. Tenemos que hablar de la gestión de tu éxito —dijo, señalando el sofá de cuero.

Me senté, sintiendo que el cuerpo me pesaba más de lo habitual. La voz de Chen Wei todavía me resonaba en la cabeza: la fase de evaluación había terminado.

—El diseño de las rutas de Chen va a generar unos flujos que tu nómina de IberGlobal no puede absorber —continuó Garrido, sentándose frente a mí—. Estamos hablando de comisiones de siete cifras. Si ese capital entra en tu cuenta del BBVA, saltaría una alerta automática en la Agencia Tributaria.

—Soy consciente de la parte fiscal, Fernando —respondí, manteniendo la voz plana—. Es algo que ya tenía en cuenta.

—Por eso mismo —Garrido dejó su copa sobre la mesa con un chasquido seco—. No quiero que dependas de la suerte; quiero que estés blindado. IberGlobal ofrece a su alta dirección un servicio premium de gestión de activos. No es una cuenta de ahorros, Cristian. Es una estructura de contención.

Se inclinó hacia delante. Sus ojos brillaban con una fijeza estudiada.

—Nuestros abogados en Zúrich han configurado una cuenta puente. El dinero se moverá a través de sociedades *holding* en las Antillas Neerlandesas vinculadas a la matriz de Sinosur. No habrá

transferencias directas, solo compensaciones de activos intangibles. Para el sistema, ese dinero es ruido de fondo. Para ti, es un patrimonio estanco.

—¿Gestionado por quién? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Por el bufete de Sinosur, bajo mi supervisión. Es un círculo cerrado, Cris. Una ruta ciega para tu propio capital. Tú nos das el diseño técnico, y nosotros nos encargamos de que el barro del puerto nunca te manche los zapatos.

Entendí el mecanismo de inmediato. No era un servicio de banca privada; era un grillete de oro. Al poner mis beneficios bajo el control de sus abogados, Garrido no me estaba protegiendo de Hacienda; me estaba quitando la llave de la celda. Si intentaba salirme del diagrama, solo tenían que pulsar un botón en Suiza para que mi patrimonio se evaporara o para que una inspección de oficio me cayera encima como un bloque de hormigón.

—Es un seguro de vida —añadió Garrido, leyendo mi silencio —. Porque en este juego, Cristian, la pobreza es la única condena de la que no puedes apelar.

Miré el ámbar del coñac. Sabía que estaba firmando mi propia servidumbre, pero la alternativa era volver a la mediocridad de los informes de viabilidad de naves industriales.

—Adelante con el servicio premium —suspiré.

Garrido sonrió y me tendió una carpeta de cuero con los documentos de transferencia de poderes. Saqué mi Montblanc y firmé sin releer.

Cristian Martínez

Lugar: Mansión de Chen Wei, La Moraleja, Madrid.
Fecha: Sábado, 17 de octubre, 10:30 AM.

Un hombre que doblaba mi peso me esperaba frente al portal. No bajó del coche; se limitó a desbloquear el cierre centralizado con un chasquido metálico que se sintió como el encaje de una cerradura. El interior del sedán olía a cuero nuevo y a un silencio presurizado. El conductor no me dirigió la palabra ni la mirada en todo el trayecto hacia el norte, pero su presencia ocupaba todo el habitáculo. Era una masa de músculo y calma que conducía con una precisión que yo yo no había visto nunca.

Entramos en La Moraleja. La mansión de Chen no gritaba riqueza; susurraba control. Se ocultaba tras setos de tres metros de altura y una puerta de acero negro que se deslizó sin ruido. No vi armas, pero los dos hombres que custodiaban el vestíbulo tenían esa rigidez en los hombros que delata el peso del hierro bajo la sisa de la chaqueta. Las cámaras no eran simples dispositivos; eran ojos negros que seguían mi trayectoria con una cadencia robótica.

Chen Wei me recibió en un salón de mármol blanco, bañado por una luz cenital. No vestía el traje gris de la oficina, sino una camisa de lino que suavizaba su silueta. Su sonrisa parecía, por primera vez, algo más que un gesto de cortesía.

—Bienvenido a mi casa, Cristian —dijo, estrechándome la mano con firmeza—. Espero que no haya tenido problemas con Goran durante el trayecto. Es un poco seco a veces, pero es el mejor en lo suyo.

—Ningún problema, señor Chen —respondí.

Me fijé en su forma de moverse. No imponía autoridad; la hacía innecesaria. Era una claridad absoluta, una ausencia de dudas que me hizo entender, por un instante, por qué nadie le discutía. Era más cómodo someterse a esa lógica que intentar combatirla.

—Venga conmigo. Olvidemos el trabajo un momento.

Me guio por una galería flanqueada por vitrinas de cristal. Se detuvo frente a un lienzo de sombras violentas que dominaba la pared principal. Era un Goya. Una de las pinturas negras. No supe si miraba el cuadro o si el cuadro me estaba midiendo a mí. Había algo en esas figuras deformadas que no encajaba en ninguna proporción. Como una estructura diseñada para fallar, un recordatorio de que bajo cualquier cimiento siempre late el caos.

—Pintaba el alma —murmuró Chen—. Goya entendió sin la razón es cuando la gente ve monstruos ¿Sabe? Nadie se considera un monstruo. Todo el mundo se considera que es una buena persona y que todo lo que hace está totalmente justificado —dijo riendo sin ganas.

Caminamos hacia un salón con vistas a un jardín de arena y piedra. Chen se sentó frente a una mesa de madera oscura. Mientras hablaba, estiró el brazo y movió apenas un milímetro una de las piedras negras del jardín zen que se veía tras el cristal. La piedra quedó perfectamente alineada con el resto. No había margen para el error.

—En China, los imperios nunca fueron como los vuestros —dijo, mientras un sirviente dejaba un servicio de té—. Los emperadores despreciaban a los comerciantes; los consideraban parásitos que solo movían el dinero de otros. Nunca tuvimos un imperio burgués. Hasta ahora.

Chen me sostuvo la mirada. Sus ojos tenían el brillo del metal frío.

—Hoy, el imperio es la ruta. Barcelona fue una calibración, Cristian. El nodo real es Algeciras. El envío pasará por Getafe antes de bajar al sur. Mis hombres están a su disposición, pero no puede haber fisuras en la cadena. Lo que vamos a mover hacia Hong Kong puede cambiar el curso de la historia. No exagero. Estamos construyendo el mañana.

Sentí una presión en el esternón. Getafe, Algeciras, Hong Kong. El mapa se desplegaba frente a mí como una estructura demasiado pesada para los cimientos que yo había proyectado. Pero ya no sentía rechazo. Sentía la fascinación del ingeniero que por fin

tiene acceso a una obra sin límites presupuestarios. Aunque prefería no saber que era lo que íbamos a enviar, sabía que cuanto menos supiera mejor.

Chen se levantó y me tendió la mano de nuevo.

—Bienvenido, Cristian.

Acepté el apretón y sentí que el gesto no era un saludo, sino un encaje. Un ajuste de piezas definitivas. En mitad de aquel lujo silencioso, comprendí que ya no era el diseñador de rutas. Solo era un componente más de un mecanismo que acababa de ponerse en marcha, y por primera vez, no quería estar en ningún otro lugar.

Cristian Martínez

Lugar: Sala de reuniones B, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Lunes, 19 de octubre, 08:30 AM.

Había dormido mal, acosado por el fantasma de Santiago y la certeza de que mi diseño en Barcelona no era una abstracción, sino una demolición humana. Al entrar en la sala de reuniones que teníamos reservada, Mei Lin ya estaba allí. Llevaba un traje sastre color carbón y una blusa de seda blanca abotonada hasta el cuello. Estaba de pie frente al ventanal, observando el tráfico de la Castellana como quien supervisa un hormiguero. Al escuchar la puerta, se giró.

Nos sentamos a la mesa de cristal. Durante media hora, repasamos vocabulario de aduanas con una frialdad anodina. Pero la tensión seguía allí, vibrando en el aire. De repente, Mei cerró su cuaderno. Sacó de su bolso una caja rectangular de palisandro negro y la deslizó sobre la mesa hasta que tocó mis dedos.

—Un obsequio de mi marido —dijo, con ese tono monocorde que me ponía los pelos de punta—. Por lo de Barcelona. Su planificación fue... eficiente.

Miré la madera pulida sin tocarla. El protocolo de *Compliance* de IberGlobal me gritó al oído. Aquello no era un regalo; era un recibí. La prueba física de un soborno. Un collar con correa. Empujé la caja de vuelta.

—No puedo aceptarlo, Mei. Política de empresa. Mi tarifa ya está cubierta por el contrato.

Mei no retiró la mano. Detuvo el movimiento de la caja presionando con sus dedos pálidos sobre la madera. Me miró fijamente y la máscara de profesora se desintegró.

—Entonces, no lo acepte como un regalo de Sinosur, Cristian —murmuró. Bajó la voz, arrastrando mi nombre como si fuera una

confesión—. Tómelo como algo personal. De mi parte. Por ser un alumno tan... aplicado.

El cambio de frecuencia me produjo un cortocircuito. Fue un latigazo de calor, una respuesta que no pude interceptar. El cuerpo tomando decisiones por su cuenta, ignorando cualquier protocolo de seguridad. Me quedé sin aire. Mi arquitectura de consultor se desmoronó bajo la mesa.

Acepté la caja, esta vez sin resistencia. Al tacto, la madera estaba fría y perfectamente pulida. La abrí con un movimiento lento, casi ritual. Dentro, descansando sobre un lecho de seda gris, la pluma parecía absorber toda la luz de la sala. Era una pieza de ingeniería pura. El negro era tan profundo que no proyectaba reflejos; era un vacío sólido de una densidad asombrosa. Parecía perfecta, o eso aparentaba bajo la claridad artificial de la sala.

Mei se acercó por detrás. Sentí el calor de su cuerpo antes de que su aliento me rozara la oreja. No se apartó; se quedó lo suficientemente cerca para que su voz fuera solo una vibración en mi cuello.

—Es una Namiki Emperor —susurró— revestida de laca *urushi*. No es una herramienta para escribir notas, Cristian. Es un instrumento de voluntad.

Alargué los dedos y toqué la laca. Era cálida, casi orgánica.

—En el viejo imperio, quien empuñaba esta pluma decidía qué existía y qué desaparecía. Una firma con ese plumín de oro puede levantar un puerto en mitad del desierto o borrar a un hombre sin dejar rastro. Tener una de estas significa que ya no eres un espectador. Significa que tu trazo es la ley. Mi marido te está entregando la autoridad para rediseñar la realidad, Martínez.

Cerré los ojos un segundo, embriagado por el olor de su perfume y el peso del oro. La admiración técnica por el objeto se mezcló con el vértigo de lo que representaba. Chen Wei no me había dado un regalo; me había dado un mando a distancia. Cerré el estuche de un golpe seco. El chasquido del palisandro selló el pacto.

—¿Entiende ahora por qué no puede rechazarla? —murmuró ella.

Solo podía pensar en darme la vuelta y besarla.

—Entiendo —respondí. Mi voz era apenas un raspado en la garganta.

Mi cuerpo me traicionó. Noté como una erección involuntaria hinchaba mi entrepierna. Mei notó el cambio en mi respiración y miró hacía abajo. Esbozó una sonrisa mínima, felina, y se separó de mi espalda solo para rodear la mesa.

—Levántese, por favor —ordenó con un susurro. Me tendió la tiza blanca—. Vaya a la pizarra. Quiero que escriba el carácter de lealtad: *Zhōng*.

El pánico me cerró la garganta. Estábamos en una pecera de cristal, expuestos a todo el pasillo de la planta 21. Me puse en pie despacio, conteniendo el aire. Me acerqué a ella para coger la tiza. Mei no apartó la vista por cortesía. Al contrario. Su mirada descendió. Se detuvo. Evaluó mi evidente bulto.

Volvió a subir la vista hasta mis ojos. Su rostro se iluminó con una complicidad peligrosa que anuló cualquier resistencia. Me tendió la tiza y sus dedos rozaron los míos. El contacto fue una descarga eléctrica.

—Adelante —susurró—. Escriba.

Me giré hacia la pizarra negra. Tenía la mano temblando. El impulso no admitía negociación. El cuerpo pedía ignorar las cámaras y al personal que pasaba por el pasillo, y reducir la seda blanca de su camisa a nada. Apreté la tiza contra la superficie mate y, con la presión en mis pantalones, tracé el símbolo de la lealtad. La cara me ardía.

Mei se quedó detrás de mí, observándome con una sonrisa de satisfacción.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho de abogados, calle Almagro, Madrid.
Fecha: Lunes, 19 de octubre, 10:30.

El olor a cuero caro y a cera para muebles del despacho de abogados me provocaba un dolor de cabeza punzante, justo en la base de la nuca.

Estaba sentado en el extremo de una inmensa mesa de reuniones de caoba. Frente a mí, a una distancia que parecía diseñada para enfatizar el frío de la transacción, estaba Lucía.

Hacía cuatro meses que no nos veíamos en persona. Desde aquella mañana de junio en la que ella empaquetó su ropa en un par de maletas, dejó sus llaves sobre la isla de mármol de la cocina y salió por la puerta, harta de mis excusas y mis ausencias. Me había dejado a solas en nuestro ático en El Viso, un inmenso cubo de doscientos metros cuadrados que, sin ella, de repente se había vuelto ridículamente grande, frío y silencioso.

La observé mientras mi abogado —un tipo estirado del bufete que trabajaba para IberGlobal y que cobraba por hora lo que ella ganaba en un mes como profesora de instituto— le explicaba la terminología legal del convenio regulador de mutuo acuerdo.

Lucía llevaba una blusa de algodón sencilla y una chaqueta de punto. Tenía el pelo castaño recogido de forma práctica, sin pretensiones. Era una mujer normal. Terrenal. Y, sin embargo, mientras la miraba, me di cuenta con una frialdad espantosa de que ya no me resultaba atractiva en absoluto. Mi cerebro, infectado por un nuevo estándar de perfección, la escaneaba y solo encontraba vulgaridad, domesticidad y rutina.

Un pensamiento intrusivo cruzó mi mente: *Mei.* Su imagen con su traje sastre color carbón se superpuso a la figura de la mujer con la que había compartido mi vida durante siete años. Recordé el magnetismo letal de la sala de reuniones hacía apenas un par de

horas. A su lado, cualquier otra persona me parecía un borrador mal trazado. Era absurdo. Era enfermizo. Pero la atracción de Mei me estaba arrastrando incluso allí, en medio de la disolución de mi propio matrimonio.

Lucía mantenía las manos fuertemente entrelazadas sobre su regazo. La noté tensa, agotada. Entendía perfectamente por qué se había ido. Se había cansado de las noches en vela esperándome, de los fines de semana cancelados por "crisis de operaciones", de intentar conversar con un hombre que la miraba como si estuviera calculando el coste de oportunidad de escucharla. Hacía bien en huir de mí. Especialmente ahora.

—Con la rúbrica en la página catorce, damos por concluida la disolución del régimen de gananciales —dijo mi abogado, deslizando el grueso documento hacia Lucía con un gesto que rezumaba suficiencia corporativa.

La abogada de Lucía le asintió levemente, dándole luz verde.

Lucía cogió el bolígrafo. Vi cómo le temblaban un poco los dedos al apoyar la punta sobre el papel. Trazó su firma rápida y mecánicamente.

—Ya está —dijo, empujando la carpeta de vuelta hacia el centro de la mesa de caoba.

El abogado giró el documento hacia mí. Metí la mano en el bolsillo interior de mi americana y saqué la pequeña y pesada *Namiki Emperor* de laca negra que Mei me había entregado esa misma mañana.

El tacto cálido de la herramienta actuó como un detonador biológico.

Al desenroscar el capuchón, el recuerdo de lo que había pasado un par de horas antes en la oficina me asaltó con una nitidez brutal. Vi los ojos oscuros de Mei descendiendo por el nudo de mi corbata, clavándose descaradamente en la tensión de mi pantalón. Recordé su evaluación lenta, su sonrisa felina, el hambre y el desafío en su mirada al tenderme la tiza, completamente fascinada por mi erección.

Un latigazo de calor repentino me golpeó la base de la columna y bajó directamente hacia mi entrepierna.

Me tensé en la silla, apretando las piernas bajo la mesa de caoba con un movimiento brusco. El pánico me cerró la garganta. Estaba aterrorizado ante la posibilidad ridícula e inapropiada de tener otra erección violenta allí mismo, frente a mi casi exmujer y dos abogados estirados, solo por sostener la puta pluma que ella me había dado.

Apreté la mandíbula, clavé el plumín de oro de 18 quilates en el papel y firmé lo más rápido que pude, usando el regalo del Chen para cortar el último hilo de humanidad que me ataba a mi vida anterior.

Los abogados comenzaron a recoger sus papeles. Respiré hondo, intentando controlar el pulso, y levanté la vista. Mis ojos se cruzaron con los de Lucía.

—He liquidado tu parte de la hipoteca del ático, el dinero ya está transferido en tu cuenta —le dije, con una voz que intentaba ser suave, aunque me salió tensa—. Yo me quedaré con el piso por ahora. Si necesitas algo más, cualquier cosa... habla con Fernando Garrido. Él gestionará mis cuentas personales a partir de hoy.

Lucía se quedó helada. La sorpresa rompió la coraza de indiferencia que había mantenido durante toda la reunión.

—¿Garrido? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Desde cuándo tu jefe te gestiona las cuentas personales, Cris?

Aparté la mirada casi al instante, centrando mi atención en abrocharme el botón central de la americana. Fue un gesto instintivo, una evasión patética.

—Es un servicio premium que IberGlobal ofrece a la alta dirección —respondí, repitiendo el argumentario que Garrido me había dado para justificar que mi patrimonio iba a ser absorbido por la red opaca de Sinosur como garantía de lealtad.

Lucía se inclinó hacia adelante, ignorando a los dos abogados presentes en la sala. Me estudió con una intensidad que me incomodó profundamente.

—Estás diferente, Cris —me dijo, bajando la voz, dejando que la pregunta flotara en el aire cargado del despacho—. Estás gris. Tu piel está translúcida. No parece que vayas a cerrar un acuerdo, parece que vayas a un funeral. ¿En qué diablos te has metido?

Me tensé. El músculo de mi mandíbula vibró.

Por una brevísima fracción de segundo, el terror más absoluto me subió por la garganta. La imagen de Santiago firmando su prejubilación forzosa. El peso de los contenedores fantasma llenos de contrabando. Los ojos calculadores de Chen Wei. Y esa atracción suicida e incontrolable por Mei Lin que me estaba devorando vivo. Lucía lo había visto. Había visto el cadáver en el que me estaba convirtiendo.

Pero el Arquitecto cerró las compuertas blindadas de inmediato. Mi rostro volvió a ser una máscara lisa y perfecta.

Me puse en pie, alisándome las solapas del traje, y le dediqué una sonrisa vacía, digna de una junta de accionistas.

—Estoy optimizando mi carrera, Lucía. Eso es todo. Que te vaya muy bien.

Cristian Martínez

Lugar: Discoteca Joy Eslava, zona VIP, Madrid.
Fecha: Viernes, 23 de octubre, 03:15.

El bajo de la música electrónica vibraba con tanta fuerza que hacía temblar el líquido ambarino dentro de mi vaso de tubo.

Estábamos en el reservado principal de la Joy Eslava, rodeados de sofás de terciopelo rojo gastado, cortinas pesadas y una nube constante de humo de tabaco. A pesar de que la ley antitabaco llevaba más de una década prohibiendo fumar en locales cerrados, nuestra mesa estaba flanqueada por ceniceros de cristal llenos de colillas de *Marlboro* y puros *Cohiba*. A los porteros de abajo no les importaba, y a los dueños de la discoteca, menos. Era un recordatorio visual y asfixiante de una verdad estructural que yo acababa de hacer mía: la ley era una restricción diseñada exclusivamente para los pobres.

La discoteca, a esa hora de la madrugada, era un ecosistema de impunidad, un purgatorio de luz estroboscópica donde los ejecutivos de la Castellana venían a ahogar el estrés en ginebra cara y pupilas dilatadas.

Habíamos alquilado el reservado entero para celebrar el "cierre del trimestre operativo". Esa era la versión oficial para los analistas *junior* de IberGlobal que sudaban en la pista de baile de abajo.

La versión real estaba en mi teléfono móvil.

Saqué el dispositivo del bolsillo interior de la americana. Hice sombra con la mano libre para bloquear los destellos de los láseres del techo y desbloqueé la pantalla. Abrí la aplicación encriptada de la cuenta puente en Zúrich que Garrido me había ayudado a configurar, lejos de los radares de la Agencia Tributaria.

Ahí estaba. Una transferencia internacional procedente de una sociedad *holding* registrada en las Antillas Neerlandesas, una de las

ramificaciones de Sinosur.

Setecientos cincuenta mil euros.

Llevaba mi nombre. Era mi comisión personal por haber diseñado el transbordo directo de Barcelona y por haber triturado la carrera y la dignidad de Santiago sin levantar una sola alerta en el sistema aduanero. El primer pago del contrato invisible.

El número en la pantalla no parecía real. Era simplemente un conjunto de píxeles iluminados en un servidor suizo, pero su peso gravitacional era inmenso. Ese dinero no solo liquidaba el ático en El Viso; pagaba el aislamiento. Pagaba mi transformación definitiva de Arquitecto corporativo a peón voluntario en el *Jú* de Chen Wei.

Guardé el teléfono en el bolsillo, sintiendo el calor de la batería de litio contra mis costillas, justo al lado de donde ahora guardaba la pluma *Namiki* de laca negra.

A mi izquierda, Fernando Garrido, con la corbata aflojada y la camisa manchada de sudor, intentaba contarle un chiste a dos relaciones públicas de la discoteca que fingían reírse mientras calculaban mentalmente el límite de sus tarjetas de crédito. A mi derecha, David Velasco bebía en silencio.

David no estaba celebrando. Sostenía su vaso de *Macallan* con ambas manos, mirando hacia la pista de baile con la expresión pétrea de quien asiste a un accidente de tráfico a cámara lenta. No había dejado de mirarme así desde la cena en El Club. Él conocía el diseño que yo había implementado. Sabía lo del despido de Santiago. Y, sobre todo, veía la caída libre en la que me había metido sin frenos.

Agarré mi propia copa de ron y la levanté.

—¡Por las rutas despejadas, David! —grité, forzando una sonrisa amplia, eufórica, por encima del atronador ritmo de la música. Necesitaba que él también lo celebrara. Necesitaba que mi mejor amigo se manchara un poco de la misma euforia sintética que yo estaba usando para no pensar en los ojos grises del capataz ni en el fantasma de mi padre.

David giró lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos cruzaron el humo del reservado, fríos y dolorosamente sobrios a pesar del alcohol.

No brindó. No sonrió. Se limitó a asentir una sola vez, un gesto minúsculo y fúnebre, antes de darle un sorbo largo a su whisky.

La negativa de David me golpeó como un latigazo. El rechazo del único amigo que me quedaba en aquel mundo de cristal agrietó la fachada que tanto me estaba costando mantener. Intenté ignorarlo. Me giré hacia la mesa baja del reservado, cubierta de cubiteras plateadas, botellas de champán francés a medio empezar y los malditos ceniceros desbordados. Agarré una botella de *Laurent-Perrier* por el cuello húmedo y me serví directamente en mi copa manchada de ron, mezclándolo todo en un brebaje dulce, espeso y nauseabundo.

Le di un trago largo.

Cerré los ojos y dejé que la vibración de los graves me atravesara los zapatos de diseño y subiera por mis piernas. Estaba en la cima. Tenía el respeto del imperio logístico más temible de Asia, más dinero del que mi padre había visto en toda su vida de madrugones y grasa industrial, y un poder sobre el tablero europeo que la central de Múnich envidiaría.

Pero cuando la luz estroboscópica parpadeaba, iluminando el reservado en ráfagas de luz blanca y quirúrgica, solo sentía el sabor a cartón humedecido en la garganta.

Bebí otro trago de la mezcla, sintiendo las náuseas subir. Deseaba desesperadamente que el alcohol borrara, al menos por esta noche, la monstruosidad en la que me estaba convirtiendo. Quería dejar de pensar en Santiago. Quería olvidar el divorcio firmado con la pluma que me había dado Mei. Sobre todo, quería ahogar el recuerdo de la sonrisa felina de Mei Lin, el hambre en sus oscuros ojos recorriendo mi cuerpo, y la certeza absoluta y aterradora de que estaba dispuesto a dejar que el mundo entero se quemara solo por la remota posibilidad de acostarme con ella.

No aguantaba un minuto más ahí dentro.

Dejé la copa a medio terminar sobre la mesa, le di una palmada en el hombro a un Garrido eufórico que ni se giró a mirarme, y salí del reservado sin despedirme de David. Necesitaba aire. Necesitaba salir de esa pecera.

Me abrí paso a empujones por la pista de baile abarrotada y salí a la calle Arenal.

El frío cortante de la madrugada madrileña me golpeó en la cara, despejándome el sopor del ron de golpe. Saqué mi teléfono del bolsillo para pedir un Uber que me llevara al ático. Quería meterme en la cama, cerrar los ojos y apagar el cerebro.

Pero antes de que pudiera abrir la aplicación de transporte, la pantalla se iluminó con un mensaje entrante de un número desconocido.

Era una fotografía.

Tardé un par de segundos en procesar lo que estaba viendo. Era una imagen en alta resolución de David. Estaba sentado en nuestro reservado, sosteniendo su vaso de *Macallan* con ambas manos, exactamente en la misma postura en la que yo lo había dejado hacía menos de tres minutos. La foto había sido tomada desde un ángulo elevado, justo desde el balcón opuesto de la discoteca.

Un segundo mensaje de texto entró justo debajo de la imagen.

«Tu amigo bebe demasiado y sonríe muy poco, Cristian. Asegúrate de que entienda nuestro ecosistema. El coche te espera en la esquina de San Martín para llevarte a casa. Ya sabes que cuidamos de los nuestros»

Un bloque de hielo me sustituyó el estómago.

Levanté la vista lentamente, apartando los ojos de la pantalla. Allí, aparcado en doble fila a escasos veinte metros, bajo la luz mortecina de una farola, estaba el inmenso Mercedes Maybach negro de Chen Wei.

Goran estaba de pie junto a la puerta trasera abierta. No llevaba abrigo a pesar del frío. Me miraba fijamente, con las manos cruzadas a la espalda, esperando con paciencia profesional a que la presa se metiera sola en la jaula.

Miré el teléfono de nuevo. Luego al coche.

Y mientras caminaba despacio hacia el interior de aquel coche oscuro sentí el peso muerto de la pluma *Namiki* contra mis costillas.

LA INCUBADORA DE LA GUERRA

Cristian Martínez

Lugar: Sala de reuniones B, Planta 21. Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Lunes, 26 de octubre, 17:45.

Era nuestra quinta clase. Llevábamos casi dos horas. El aire acondicionado de la sala de reuniones B seguía calibrado en ese frío estéril y perfecto que IberGlobal consideraba óptimo para la productividad. Pero yo estaba sudando. Mei Lin estaba de pie junto a la pizarra, impecablemente vestida con un traje de lino color carbón abotonado hasta la clavícula. A simple vista, a través de los cristales esmerilados de la sala que nos exponían a los pasillos de la planta 21, éramos solo una profesora estricta y un alumno aplicado.

Pero dentro del cubículo insonorizado, el aire pesaba.

—*Guānxi* —pronunció Mei.

El roce seco de la tiza blanca contra la pizarra me puso en tensión. Escribió los dos caracteres con una caligrafía rápida, agresiva.

—Se traduce habitualmente en las escuelas de negocios occidentales como "red de contactos" o "conexiones" —continuó, girándose hacia mí. Sus pozos de obsidiana se clavaron en mi rostro. No había rastro de la esposa dócil; había una intensidad analítica y depredadora que me obligaba a mantener la columna rígida—. Es una traducción estúpida. Una simplificación para mentes que solo entienden de balances trimestrales.

Comenzó a caminar lentamente por el borde de la inmensa mesa de cristal, acortando la distancia entre nosotros.

—Los occidentales creen que las redes son líneas rectas que unen un punto con otro para intercambiar favores proporcionales —dijo, su voz bajando un semitono, volviéndose más íntima, más peligrosa—. Pero el *Guānxi* no es una línea recta. Es un sistema de deuda moral recíproca y asimétrica. Si alguien te hace un favor, o te

entrega algo de valor, no le pagas de vuelta. Te conviertes en su deudor hasta que él decida cobrar. Y cuando cobre, el precio jamás será proporcional.

Tragué saliva.

—Entonces, es un sistema de rehenes —dije, apoyando los codos en la mesa, intentando que mi voz sonara firme, como la del ejecutivo calculador que se suponía que era.

Mei se detuvo a escasos palmos de mi silla. Mantenía la tiza blanca entre los dedos índice y pulgar de su mano derecha. El olor a sándalo invadió mi espacio vital, mezclado con el calor limpio de su propia piel.

—Es un sistema de gravedad, Cristian —susurró—. Los cuerpos más pesados atraen a los más pequeños y los obligan a orbitar.

Mei dio un paso más. Su mano derecha, la que sostenía la tiza, se apoyó sobre la mesa de cristal templado, rozando deliberadamente el borde de mi bloc de notas.

Bajé la mirada hacia su mano. Un polvo finísimo y blanco cubría las yemas de sus dedos y se había introducido en las grietas microscópicas de sus nudillos.

Instintivamente, miré mis propias manos, apoyadas sobre la mesa. Estaban limpias de tiza, por supuesto. Pero debajo de esa limpieza cosmética, estaban manchadas de algo mucho más oscuro.

Levanté la vista despacio. Mei estaba siguiendo la trayectoria de mis ojos. Se dio cuenta de que estaba mirando el polvo blanco en su piel.

Mei retiró la mano del cristal lentamente. La restregó contra el borrador de fieltro negro, intentando limpiar el polvo blanco de sus dedos, pero el rastro seguía allí, incrustado en los pliegues de su piel.

—La clase ha terminado por hoy —dijo, rompiendo el contacto visual. Su voz volvió a ser la de una profesora estricta, alta y clara.

Recogió sus papeles sin hacer el más mínimo ruido y salió por la puerta.

Yo no me moví. Me quedé sentado en la silla de cuero, sintiendo el aire acondicionado soplar contra mi nuca sudada. Mantuve la vista clavada en la marca de polvo blanco que su mano había dejado sobre la superficie de mi mesa.

Cristian Martínez

Lugar: Club Deportivo Metropolitan, Zona de Aguas, Madrid.
Fecha: Miércoles, 28 de octubre, 21:00.

La sauna del Metropolitan solía estar desierta a esa hora. Yo estaba sentado en el tablón superior de madera de abeto, desnudo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.El vapor de eucalipto era un muro a noventa grados que te obligaba a respirar despacio si no querías quemarte la tráquea. Intentaba que el calor extremo dilatara mis poros y me limpiara el sudor frío y tóxico que llevaba pegado al cuerpo desde la última clase con Mei.

La puerta de cristal templado gimió sobre sus bisagras.

Un hombre entró en la cabina de madera. Era asiático, de constitución fibrosa y atlética, con el pelo corto y negro pegado al cráneo por la humedad. Llevaba una toalla blanca anudada a la cintura. Mi cerebro lo escaneó por puro instinto: no era un ejecutivo de la zona de Azca. Su cuerpo no tenía la blandura de los despachos; los músculos de su espalda y sus hombros estaban definidos con la precisión de un depredador acostumbrado a la escasez.

El hombre no se sentó en los tablones inferiores, donde la temperatura era más soportable. Subió directamente al nivel superior y se sentó a dos metros de mí, en el extremo opuesto del banco.

Cerré los ojos, molesto por la intrusión. La regla no escrita de la sauna es el silencio absoluto.

Bajo el olor industrial del eucalipto, capté un rastro absurdo e incongruente que provenía de su piel. Lavanda.

—El reajuste en la Terminal Sur de Barcelona y la prejubilación del capataz Santiago fue un movimiento logístico brillante —dijo el hombre.

Su español era perfecto. Sin rastro de acento. Pronunciado en un tono neutro, grave y sostenido que atravesó el siseo de las piedras calientes.

Abrí los ojos de golpe. Me incorporé, tensando la mandíbula. Un latigazo de adrenalina me heló la sangre a pesar de estar a noventa grados. Miré al hombre. Él no me miraba a mí. Tenía la vista fija en la pared de madera de enfrente, con las manos descansando relajadas sobre sus muslos.

—¿Quién es usted? —pregunté. Mi voz sonó mucho menos autoritaria de lo que pretendía.

—Un observador, señor Martínez —respondió, girando lentamente el cuello hacia mí. Sus ojos eran oscuros, afilados—. Trabajo para gente que tiene un profundo interés en que las aduanas europeas mantengan sus niveles de exigencia habituales. Gente a la que no le gustan las alteraciones para construirle túneles ciegos a Chen Wei.

El pulso me latió en las sienes con violencia. Intenté calcular la distancia hasta la puerta de cristal, pero estaba en desventaja táctica: acorralado en el tablón superior, desnudo, mareado por el calor y frente a un hombre que claramente sabía cómo bloquear una salida.

—No sé de qué me está hablando —mentí, adoptando el tono que usaba con los auditores de IberGlobal.

—No insulte mi inteligencia.

El hombre se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—IberGlobal es un cascarón vacío sostenido por consultores que juegan a ser criminales —continuó, con calma—. Pero Chen Wei no está jugando. Lo que usted diseñó en Barcelona era solo la prueba de concepto. Chen lo va a utilizar para perforar toda la matriz logística del Mediterráneo. Lo va a manchar, lo va a aislar y, cuando el sistema falle o la policía empiece a hacer preguntas, lo va a desechar con la misma frialdad con la que usted desechó a ese pobre viejo en el puerto.

Tragué saliva. La garganta me ardía.

—¿Es usted de la policía? —pregunté, apretando los puños sobre mis rodillas.

—Soy su salvavidas, Martinez. Y he venido a ofrecerle una salida de su propia trampa —se puso en pie con una agilidad silenciosa. Su piel apenas transpiraba—. Usted es un hombre inteligente. Ha calculado el margen de beneficios y las variables de riesgo de la ruta, pero ha olvidado calcular la tasa de supervivencia de los peones en el tablero de Sinosur.

Se acercó a las piedras calientes y vertió un cazo de agua sobre ellas. El siseo llenó la cabina, elevando la temperatura de golpe. Yo tuve que entrecerrar los ojos; él ni parpadeó.

—Puede detener esto ahora. Puede alterar el Algoritmo de Enrutamiento en su próximo diseño para Algeciras. Un error intencionado de calibración. Aumente el peso del nodo aduanero para que la mercancía de Chen salte en los escáneres regulares. Si lo hace, Chen pensará que usted es un inútil, el acuerdo de confidencialidad se caerá, e IberGlobal lo devolverá a sus inofensivas hojas de cálculo en la planta veintiuna.

—¿Y si no lo hago? —la pregunta salió de mi boca impulsada por el ego profesional. La simple idea de sabotear el proyecto de Chen me revolvía el estómago.

El hombre se detuvo junto a la puerta de cristal, con la mano apoyada en el tirador de madera. Se giró a medias. El vapor se arremolinaba a su alrededor, devorando los contornos de su cuerpo.

—Si no lo hace, y la red de Chen Wei se consolida gracias a sus rutas... entonces yo dejaré de ser un observador. Y le aseguro, señor Martínez, que nadie le ha enseñado cómo gestionar el nivel de riesgo que yo puedo generar en su vida.

Empujó la puerta. El aire gélido del pasillo entró en tromba, chocando violentamente contra el calor de la sauna y creando una niebla espesa que lo engulló por completo. Cuando la puerta volvió a cerrarse con un chasquido húmedo, el hombre de la lavanda se había desvanecido.

Me quedé solo, respirando de forma entrecortada, con los pulmones ardiendo. Empecé a temblar. El olor a lavanda se había

quedado flotando en el vapor, mezclado con el eucalipto, como una promesa de asfixia.

Cristian Martínez

Lugar: Gradas de la pista de squash 3. Club Deportivo Metropolitan, Madrid.

Fecha: Jueves, 29 de octubre, 19:15.

El eco sordo de la pelota de goma rebotando contra el cristal de la pista contigua llenaba el silencio entre nosotros. Estábamos sentados en la grada vacía, con la ropa de deporte pegada al cuerpo.

Acababa de contarle lo de la sauna. Pero no le había contado lo más importante.

Miré de reojo a David mientras se pasaba la toalla por el cuello. *«Su amigo bebe demasiado y sonríe muy poco»*. Si le contaba lo de la foto, David no se quedaría de brazos cruzados: iría a la policía, o peor, entraría en el despacho de Fernando Garrido exigiendo cancelar el contrato.

Para protegerlo, tenía que aislarlo de la verdad.

—Un asiático cachas que sabe exactamente cómo funciona un algoritmo de enrutamiento aduanero —resumió David, apoyando los codos en las rodillas y mirándome de hito en hito—. Y que en lugar de amenazarte de muerte directamente, te pide que sabotees tu propio diseño para que salte la aduana.

—Quería que pareciera un error mío —asentí, pasándome las manos por la cara—. Si la mercancía salta en los escáneres por una mala calibración, IberGlobal rompe la cláusula de confidencialidad. El acuerdo se cae y Sinosur se queda sin puerta de entrada a Europa.

—Piénsalo fríamente, Cristian. —David bajó la voz hasta convertirla en un murmullo tenso—. Si esto fuera espionaje industrial corporativo, te habrían intentado sobornar o hackear el servidor para robarte la matriz. Y si fueran simples matones de barrio, te habrían roto las dos piernas en el parking para mandarle un mensaje a tu jefe. Pero este tipo... este tipo quiere que el fracaso de Chen parezca

un error técnico y legal. Necesita que el sistema aduanero lo expulse de forma "limpia".

—¿Competencia? —pregunté, sintiendo un escalofrío.

—¿Pero de qué tipo? —David se rascó la cabeza—... ¿Un cártel rival? ¿Otra mafia logística?

No supe que decirle.

—En serio, ¿qué cojones crees que está moviendo Chen Wei por nuestras rutas para que un cártel rival te acorrale en una puta sauna? —insistió David, apretando la mandíbula—. Ese tipo tiene que ser el perro de presa de los que quieren quitarle el territorio. No sé si esto se nos queda grande.

Tragué saliva. Me negaba a aceptar que había diseñado la obra maestra de mi carrera para acabar de polvorín entre mafias cuyo cargamento ni siquiera quería conocer.

—No voy a sabotear mi propio diseño —respondí, mi voz sonando más terca que valiente—. Sea como sea tengo un compromiso con Chen.

David me soltó una mirada cargada de incredulidad y lástima.

—Esto ya no va de tu ego profesional, Cris. ¿Y si estás en medio de una guerra de mafias asiáticas? Estás jodido, tío.

Asentí despacio, bajando la mirada hacia el suelo de la pista. David no tenía ni idea de cuánta razón tenía, ni de lo jodidos que estábamos los dos.

—Lo controlaré —mentí—. Encontraré una salida lógica a todo esto.

—Más te vale —susurró David.

David me miró un momento, apretó los labios y negó con la cabeza. Se puso de pie y colgándose la bolsa de deporte al hombro —. Ten cuidado.

Me quedé solo en la grada. La pelota seguía rebotando en la pista contigua, un golpe sordo y rítmico que sonaba como una cuenta atrás.

Cristian Martínez

Lugar: Sala de reuniones B, Planta 21. Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Viernes, 30 de octubre, 16:30.

—*Jìngzhēng zhě* —pronuncié, forzando la entonación del segundo tono.

Mei dejó la tiza sobre la mesa. Llevaba una blusa de seda color perla que se adhería a su piel, y una falda tubo oscura.

—"Competidor" —tradujo ella, cruzándose de brazos—. Es correcto. Aunque su pronunciación sigue siendo demasiado rígida, señor Martínez.

—Intento adaptarme al vocabulario que voy a necesitar —me eché hacia atrás en la silla de cuero, buscando su mirada—. En la logística global, Sinosur debe tener muchos *Jìngzhēng zhě*. Mucha gente interesada en que las rutas del señor Chen fracasen. Cárteles rivales. Mafias logísticas a las que estamos puenteando con las zonas ciegas.

Mei ladeó la cabeza. Sus ojos me escanearon de arriba abajo, evaluando el peso exacto de mis palabras.

—El mercado es agresivo. Siempre —dijo, con una voz aterciopelada y plana.

—No hablo de agresividad comercial, Mei —usé su nombre de pila de forma deliberada—. Hablo de amenazas físicas. De matones que te acorralan en lugares privados para mandar un mensaje a tu jefe. Necesito saber si estoy en peligro. Necesito saber si hay piezas en el tablero de las que no me habéis informado.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó con interés.

—No —mentí—. Pero me imagino que podría pasar.

Ella no parpadeó. No hubo sorpresa, ni negación, ni una sola alteración en su respiración. En lugar de retroceder, apoyó ambas manos en el borde de mi mesa y se inclinó hacia mí. El escote de la

blusa de seda cedió un par de centímetros, ofreciéndome una visión fugaz pero calculada del nacimiento de sus pechos. El olor a sándalo me golpeó la cara.

Mi garganta se secó al instante.

—Usted piensa demasiado, Cristian —susurró, su rostro a menos de dos palmos del mío—. Y el exceso de pensamiento genera una paranoia innecesaria.

Mei levantó una mano y rozó el nudo de mi corbata con el dorso de sus dedos fríos. Un escalofrío me bajó por la espina dorsal.

—Mi marido no colecciona simples empleados —continuó, trazando lentamente la línea de mi clavícula por encima de la camisa —. Usted le ha caído en gracia. Chen ve en su mente de Arquitecto el potencial exacto para rediseñar el mapa. La historia. Ya no se trata de sus ambiciones individuales o de los márgenes de beneficio de IberGlobal. Ahora forma parte de un diseño inmenso. Algo mucho más importante.

Otra vez la historia. No quería saber que era lo que estaban moviendo, pero definitivamente no era algo inocente.

Sus dedos descendieron hasta detenerse justo sobre el bolsillo interior de mi americana, donde descansaba la pluma *Namiki*. Presionó ligeramente contra mi pecho. Su mirada bajó un segundo hacia mi regazo, comprobando el efecto físico inevitable que su cercanía estaba provocando en mí de nuevo, y volvió a clavar sus ojos en los míos, satisfecha de lo que estaba consiguiendo. Tenía sus labios tan cerca que me tuve que esforzar para no besarla.

—Mientras usted haga lo que tiene que hacer con la ruta de Algeciras, no tiene de qué preocuparse —murmuró, con los labios casi rozando mi oreja—. Está protegido. No solo por el imperio de Sinosur, sino por todo el peso legal y económico de Occidente. Nadie tocará a quienes nos son leales. Usted... y su querido amigo David, están perfectamente a salvo.

El nombre de David, pronunciado con esa suavidad letal, me congeló la sangre en las venas.

—Chen y yo tenemos grandes esperanzas puestas en usted — remató ella, retirando la mano de mi pecho.

Se apartó lentamente y volvió a la pizarra como si nada hubiera pasado.

Me quedé clavado en la silla, con el corazón bombeando a mil por hora y la respiración atrapada en los pulmones.

Mei Lin

Lugar: Salón de té, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Viernes, 30 de octubre, 22:30.

El agua hirviendo cayó sobre las hojas prensadas de té. Chen Wei manejaba la tetera de arcilla de Yixing sin derramar una sola gota.

Estábamos solos en la estancia, rodeados por el aroma denso de la madera de palisandro y el sándalo.

—Está asustado —rompí el silencio, manteniendo las manos cruzadas sobre el regazo—. Alguien le ha amenazado.

Chen tapó la tetera y la dejó reposar. Su rostro no alteró ni un músculo.

—¿A quién culpa? —preguntó, con voz neutra.

—A la competencia. Teme que se trate de cárteles logísticos rivales o matones europeos intentando boicotear a Sinosur.

Chen esbozó una levísima sonrisa.

—Los occidentales siempre imaginan la amenaza en forma de matones con bates de béisbol —murmuró, sirviendo el té en dos tazas minúsculas de porcelana—. No entienden el peso de la paciencia burocrática.

—Están aquí, Wei —dije, bajando la voz por puro instinto, a pesar de saber que la casa estaba insonorizada—. Si presionan a Martínez lo suficiente, el pánico podría hacerle ceder.

Chen deslizó una de las tazas por la mesa hasta dejarla frente a mí.

—No lo hará —dictaminó con una seguridad absoluta—. Un hombre ordinario puede renunciar a su dinero si el miedo es el adecuado. Pero el ego de un creador funciona con otras leyes. La ruta ciega de Algeciras es una obra maestra matemática. Destruirla con sus propias manos le causaría más dolor que cualquier tortura.

Cristian hará exactamente lo que necesitamos que haga. Y tú te asegurarás de ello.

Cogí la taza, sintiendo el calor de la porcelana contra mis dedos.

—Le he garantizado nuestra protección —dije—. Le he dicho que todo Occidente está de su lado.

—Excelente.

Chen tomó un sorbo de su té, mirando hacia el ventanal que daba al jardín.

Miré a Chen, asintiendo. Pero por dentro, una punzada de culpa me atravesó el estómago.

Pensé en Cristian. El calor que irradiaba su pecho a través de la camisa. La forma en que su cuerpo había reaccionado a mi cercanía.

Él no era una máquina, como Chen. Era caos. Era sangre caliente.

Llevé la taza de té a mis labios, cerrando los ojos un segundo.

Cristian Martínez

Lugar: Baño principal, Ático en El Viso, Madrid.
Fecha: Viernes, 6 de noviembre, 06:45.

La lluvia golpeaba los inmensos ventanales de mi ático con una violencia rítmica. Había dejado la ducha abierta con el agua hirviendo durante veinte minutos. No para lavarme, sino porque el ruido blanco del agua aliviaba ligeramente el zumbido de mi cabeza.

Estaba de pie frente al espejo empañado, vestido con un traje *Ermenegildo Zegna* gris marengo.

Habían pasado nueve días desde el encuentro en la sauna del Metropolitan. Nueve días en los que no había dormido más de tres horas seguidas. El tipo de la lavanda no había vuelto a aparecer, pero su amenaza flotaba en cada cruce de pasillos en IberGlobal, en cada notificación del móvil.

Esa misma mañana, a las diez, tenía que estampar mi firma en los planos definitivos de distribución para la nueva Terminal Sur de Algeciras.

Me vestí de forma mecánica.

El diseño de esa terminal era mi obra maestra de la corrupción espacial. Había alterado las variables del algoritmo de enrutamiento para crear un laberinto logístico perfecto: dársenas de descarga dispuestas en ángulos muertos para las cámaras de la Guardia Civil, pasillos de tránsito con cuellos de botella estructurales para retrasar inspecciones sorpresa, y naves de almacenamiento ciego donde el tonelaje real podía camuflarse entre la mercancía declarada.

Si no firmaba esos planos, el engranaje de Sinosur se detenía. Si los firmaba, materializando el contrabando, la "competencia" me haría pedazos.

Estaba acorralado.

Levanté las manos hacia el cuello de mi camisa. Agarré la corbata de seda. Crucé el extremo ancho sobre el estrecho. Primera vuelta. Mis dedos, habitualmente precisos, se movían con torpeza.

Crucé la seda por detrás. Segunda vuelta.

De pronto sentí que el oxígeno no bajaba de mi garganta. Tiré del extremo ancho a través del bucle y ajusté el nudo contra mi nuez. Me ahogaba.

Me aflojé el nudo de un tirón violento. El primer botón de la camisa saltó por los aires. El pequeño disco de nácar rebotó contra el lavabo de mármol con un clic afilado y cayó al suelo.

Respiraba mal. Superficial. Me apoyé en el mármol, clavando la vista en mis propios ojos inyectados en sangre a través del vaho del espejo.

Abrí el cajón derecho con dedos temblorosos. Aparté las cuchillas de afeitar y agarré el frasco naranja de *alprazolam*. Mi receta privada para los "picos de estrés trimestral". El tapón de seguridad se atascó por el sudor de mis palmas. Gruñí, apretando la mandíbula, y forcé el plástico hasta que cedió.

Volqué el frasco. Cayeron tres pastillas blancas. Cogí una y me la llevé a la boca. Ni siquiera abrí el grifo. Tragué en seco.

El químico rasposo se atascó a medio camino en mi esófago. El pánico me invadió. Me estaba ahogando de verdad. Tosí.

Abrí el grifo del agua fría al máximo. Junté las manos y me eché agua directamente a la boca abierta. El líquido helado empujó la pastilla hacia abajo, pero empapó el cuello de la camisa *Zegna* y arruinó la seda de la corbata.

Me quedé allí, apoyado en el borde, goteando, mirando cómo el agua desaparecía por el sumidero de acero inoxidable.

La pastilla tardaría veinte minutos en adormecer mi sistema nervioso. Veinte minutos hasta que pudiera cambiarme, hacer un nudo nuevo y salir bajo la lluvia para entregarle mi alma a Chen Wei, firmando los planos de nuestra propia ruina.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, Planta 21. Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Viernes, 6 de noviembre, 10:15.

El alprazolam había convertido el mundo en un acuario sucio. Me sentía lento, con una desconexión pastosa entre lo que mis ojos veían y lo que mis manos hacían. El pánico de las seis de la mañana se había transformado en una náusea sorda que subía y bajaba al ritmo de mi respiración.

Sobre la mesa, los planos de Algeciras parecían una sentencia de muerte redactada de forma impecable.

Cogí el teléfono. Mis dedos se sentían torpes, como si llevara guantes de látex invisibles. Busqué el contacto de David. Pulsé el icono de llamada antes de que mi cerebro pudiera detener el movimiento.

Un tono. Solo uno.

Colgué de golpe, arrojando el móvil sobre la mesa como si quemara. El corazón me dio un vuelco violento, rompiendo la calma química de la pastilla. Me quedé mirando el aparato, esperando que devolviera la llamada, que David me rescatara. No lo hizo. El silencio de la planta 21 se cerró sobre mí.

La pluma Namiki Emperor pesaba.

Acerqué el plumín al primer folio. Mi mano, por primera vez en mi carrera, no era firme. La punta de oro rascó el papel con un sonido seco, desagradable. El trazo de mi firma salió tembloroso, deforme. En el segundo documento, apreté demasiado y una gota de tinta negra se expandió sobre el papel, formando un borrón que parecía una herida abierta en el papel.

Me quedé mirando la mancha. Era la firma de un hombre que se estaba ahogando.

Marqué el número de Chen Wei. Tardé tres intentos en acertar con los dígitos.

—La ruta... —me aclaré la garganta, que se sentía como si estuviera llena de arena—. Está terminada.

Hubo un silencio.

—¿Los parámetros de Algeciras? —preguntó Chen. Su voz desgastaba sin esfuerzo.

—Están... están según el diseño. He firmado —mi voz flaqueó en la última palabra—. He recibido amenazas, señor Chen. Un tipo en la sauna... me dijo que saboteara el flujo.

—Lo sé —respondió él, y su falta de sorpresa fue aterradora —. El mercado intenta resistirse. Pero usted ha elegido el *Jú*.

—Me dio los detalles de mi algoritmo —insistí, buscando una reacción humana que no llegó.

—Usted es intocable mientras sea útil, señor Martínez. Descanse. Nuestro sistema le protege.

Clic.

Me quedé con el auricular pegado a la oreja, escuchando el vacío. El alprazolam me estaba abandonando, dejando paso a una frialdad eléctrica. Dejé lentamente el móvil como si fuese un animal muerto.

El aparato vibró sobre la mesa. Un mensaje de un número oculto.

Era una foto. Estaba granulada, tomada desde un ángulo cenital forzado. Se veía mi coronilla, mi mano derecha y el preciso instante en que la tinta del borrón se expandía sobre el papel de alto gramaje.

Debajo, el texto en mandarín y su traducción:

«欢迎加入 (Huānyíng jiā rù). Bienvenido al interior. No vuelva a dudar».

Alcé la vista hacia la rejilla de ventilación del techo. Tras el metal perforado, ví el destello minúsculo de una lente. Bajé la cabeza, ocultando el rostro entre las manos, pero ya no servía de nada.

Zhào Ruì

Lugar: Barrio de Usera, Madrid.
Fecha: Viernes, 6 de noviembre, 17:40.

Zhào Ruì se pasó las manos por la cara, sintiendo la textura áspera de la barba de dos días. El zumbido de los servidores portátiles llenaba la habitación. Las cortinas gruesas bloqueaban cualquier atisbo de la tarde madrileña, sumiendo el piso en una penumbra iluminada únicamente por el resplandor azulado de los monitores. El olor a cable recalentado y té intentaba imponerse en la estancia, pero al llevarse las manos a la nariz y respirar hondo, solo encontró lavanda. El jabón artesanal que había usado en la ducha de madrugada seguía en sus poros. Un recuerdo constante de Jia.

Miró la pantalla principal. Hacía tres meses que habían logrado instalar una puerta trasera de solo lectura en los servidores de la Autoridad Portuaria española. No podían alterar los datos, pero Zhào podía monitoriar los datos que se publicaran oficialmente.

A las 17:35, el piloto de la interfaz parpadeó en verde.

El código de enrutamiento para la nueva concesión de la Terminal Sur de Algeciras acababa de ser volcado en el sistema central. El autor de la actualización aparecía validado con un certificado digital: *C. Martínez - IberGlobal*.

Zhào abrió el archivo encriptado y dejó que el software de análisis devorara las líneas de código. Tardó menos de quince segundos en escupir el resultado.

Era perfecto. Sin errores. Diseñado para no ser detectado.

Se recostó en la silla de oficina y exhaló lentamente. Le había dado a Martínez la oportunidad de sabotear la máquina desde dentro, de romper su pacto con Sinosur y volver a su vida corporativa aséptica. Había intentado salvarle la vida.

Pero la actitud del occidental era predecible.

Zhào abrió el cajón de la mesa de aluminio y sacó su cuaderno *Moleskine* negro.

Buscó la página donde había anotado el perfil psicológico de Cristian Martínez semanas atrás. Debajo de *"Ansiedad latente. Objetivo viable"*, escribió una nueva línea con su pluma de punta fina.

«Fase de contención terminada. El objetivo se ha integrado en la estructura hostil.»

Dejó la pluma sobre el cuaderno abierto. Sintió una punzada de lástima, fría y distante. Martínez creía que Chen Wei lo protegería del mundo.

Zhào ya no podía tratarlo como a un civil equivocado o a una simple grieta en el muro. A partir de ese momento, Cristian Martínez era un combatiente enemigo.

Cerró el cuaderno con un golpe seco. En la pantalla, la firma de Cristian seguía brillando, una mancha negra sobre el blanco. Zhào apagó el monitor.

Chen Wei

Lugar: Comedor privado, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Jueves, 12 de noviembre, 21:30.

El comedor de la mansión estaba iluminado únicamente por las velas de cera de abejas dispuestas sobre la larga mesa de roble macizo. Chen Wei no soportaba la luz eléctrica fluorescente cuando discutía sobre temas importantes.

A su derecha, Mei Lin cenaba en absoluto silencio. Llevaba un vestido de seda esmeralda y el cabello recogido con alfileres de plata. Su respiración era superficial, perfecta. Un adorno exigido por el protocolo para que los occidentales se sintieran cómodos.

Frente a ella, a la izquierda de Chen, estaba Arthur Vance. El expediente que Chen había comprado al Ministerio de Seguridad del Estado (MSS) años atrás indicaba que Vance era un agregado cultural de la embajada de Estados Unidos. La realidad operativa era que dirigía la estación de la CIA en la Península Ibérica.

Vance era un hombre de unos cincuenta años, de pelo ralo, que comía su lubina salvaje con la actitud relajada de quien cree que el imperio al que representa es invulnerable. Pero sus ojos, cuando se posaban en Chen, tenían la frialdad de ya haber hecho todas las cuentas.

—La lubina está exquisita, Wei —dijo Vance, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta de hilo—. Tus chefs tienen un talento notable.

—El talento se compra, Arthur —respondió Chen, con su voz monocorde y plana—. Lo que no se puede comprar con facilidad es la infraestructura ciega.

Vance dejó la servilleta sobre la mesa. Su sonrisa afable desapareció, dando paso al oficial de inteligencia.

—Hablemos de esa infraestructura. Barcelona funcionó. Algeciras está en marcha. La fluidez es la que necesitamos.

—Mis rutas ciegas están operativas —confirmó Chen—. Los contenedores se declararán como componentes industriales de bajo valor. La mercancía llegará sin que los radares chinos parpadeen.

Vance asintió lentamente, girando su copa de vino tinto por el tallo. No felicitó. Solo verificó.

—El problema no es la ruta. Es la sombra. El MSS está en Madrid. Tienen a sus activos olfateando las aduanas españolas, buscando alguna grieta. —Vance le clavó la mirada, evaluando su reacción—. Si la inteligencia china intercepta uno de esos contenedores y rastrea el envío hasta Sinosur... Washington te desconocerá, Wei. No podemos permitirnos un incidente diplomático. Si el Partido Comunista te detecta, te cortaremos la cuerda.

Chen escuchó la amenaza sin alterar su pulso. Vance pensaba que estaba un paso por delante.

—No subestimes la estructura que he levantado, Arthur. Sé perfectamente que el MSS está en Madrid. Los estaba esperando.

—¿Y no te preocupa?

—En absoluto. —Chen apoyó las yemas de sus dedos sobre el mantel—. La infraestructura que hemos construido en IberGlobal no es solo un túnel; es un cortafuegos hecho de carne y papel. El hombre que firma los manifiestos es un consultor español convencido de que controla el sistema. Se llama Cristian Martínez.

Chen miró a Mei Lin por una fracción de segundo. Las largas pestañas de su esposa temblaron imperceptiblemente al escuchar aquel nombre, pero ella no levantó la vista del plato.

—Si los activos de Pekín muerden, morderán la red de IberGlobal —continuó Chen, devolviendo su atención a Vance—. Encontrarán a un directivo europeo corrupto. Las firmas son suyas. El diseño técnico es suyo. Nosotros somos simples clientes estafados.

Vance se tomó un segundo antes de responder. Sus dedos rozaron la base de la copa, un gesto mínimo que podía ser duda o podía ser cálculo. La tensión en sus hombros se mantuvo un momento más, como si estuviera probando la consistencia del material antes de certificarlo.

—Un chivo expiatorio de lujo —murmuró, levantando la copa —. Brindo por tu Arquitecto, entonces.

Chen no brindó. Hizo un leve gesto con la mano en dirección a las sombras de la habitación. Goran avanzó en silencio y depositó una pequeña caja de cuero rojo junto a la copa de Vance.

—Un regalo para el director de su estación en Langley —dijo Chen—. Un Patek Philippe Nautilus de oro rosa. Para que recuerden que nosotros controlamos el tiempo de esta operación, no ellos.

Vance guardó la caja en el bolsillo interior de su chaqueta. Mientras sus dedos rozaban el terciopelo, pensó en el dossier de Sinosur que había cerrado aquella mañana de septiembre, en la foto de Chen que había evaluado como un activo. "Ambicioso", resaltado en fluorescente amarillo.

* * *

Mei Lin

Lugar: Baño de la suite principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.

Fecha: Viernes, 13 de noviembre, 01:15.

Estaba encerrada en mi cuarto de baño, apoyada sobre la encimera de mármol negro. Entraba un aire frio por la ventana abierta. La única luz provenía de los focos indirectos del espejo. Sostenía el encendedor Dupont de oro macizo que Chen había dejado olvidado sobre la cómoda tras la cena. Con el pulgar derecho mantenía la válvula de gas abierta; con la mano izquierda, sostenía por una esquina mi pañuelo blanco.

Acerqué la tela a la llama.

La seda ardía despacio. Se retorcía, ennegreciéndose, liberando un humo denso con olor a cabello quemado.
Observé cómo el fuego devoraba el tejido y borraba las manchas de tiza y sudor de la tarde.

Había sido una clase patética y reveladora. Cristian estaba perdiendo el control por completo. La fachada del consultor implacable se había desmoronado bajo el asedio del fantasma que lo amenazaba en la sombra y el peso de su propia firma en los planos de Algeciras. Durante toda la hora, había estado sudando, incapaz de retener el vocabulario básico y con la mirada perdida en los ventanales.

En un momento dado, la tiza se le había resbalado de los dedos, manchando la manga de su carísima chaqueta azul marino y la superficie de cristal de la mesa. Saqué mi pañuelo para limpiar el yeso. Él extendió la mano al mismo tiempo.

Nuestros dedos chocaron.

No fue un roce fugaz. Durante un segundo interminable, Cristian no retiró la mano. Sus dedos se aferraron a los míos bajo el

pequeño trozo de seda blanca. Sentí la aspereza de sus nudillos y el calor de su piel contra mi muñeca.

No me miró con el deseo depredador de las semanas anteriores. Me miró con un terror absoluto y primitivo. Fue la mirada de un hombre que se está ahogando en medio del océano y que, por un instante, encuentra un trozo de madera flotando al que agarrarse. Me estaba pidiendo ayuda. Me estaba suplicando, en un silencio ensordecedor, que le dijera cómo sobrevivir a la trituradora en la que él mismo se había metido.

Mantuve mi rostro convertido en una máscara de hielo y tiré del pañuelo, rompiendo el contacto.

El fuego alcanzó el centro de la seda, quemándome levemente la yema del dedo índice. Solté la tela, que cayó en el fondo del lavabo. Se redujo a cenizas oscuras en cuestión de segundos. El olor a pelo quemado llenó el baño, anulando momentáneamente el omnipresente aroma a sándalo. Respiré hondo, absorbiendo la crudeza de la combustión.

EL humo se escapó por la ventana abierta.

Abrí el grifo. El agua arrastró las cenizas negras, disolviéndolas hasta que no quedó ni rastro del pañuelo.

Cerré el grifo. Me miré en el espejo.

Esperaba ver a la «Flor de Hielo», la imagen imperturbable que Chen había pulido con indiferencia y refinamiento durante años. Pero, por un instante, la luz vaciló o mi cansancio me traicionó. El reflejo que me devolvió el cristal no fue el mío. Volví a ver a mi madre. O quizás a mi abuela. Era una mujer mayor, anónima, con los hombros hundidos por una derrota que no se medía en batallas perdidas, sino en décadas de sumisión y lealtad a un marido que no la deseaba. Vi un rostro marchito por el hábito de no decir nunca lo que piensa. Y supe que ese rostro era el mío, esperándome al final del camino si no cambiaba ahora.

Un escalofrío me recorrió la columna. Involuntariamente, mi mano bajó hacia mi vientre. No fue un movimiento consciente. Solo una contracción de los músculos, un gesto primario que mi cuerpo ejecutaba antes de que mi mente pudiera interceptarlo. Como si supiera algo que yo aún no estaba lista para nombrar.

Me lavé las manos meticulosamente con jabón neutro, frotando la yema del dedo índice donde el fuego me había rozado, asegurándome de borrar la memoria táctil del pulso de Cristian.

No podía salvarlo. O eso me decía a mí misma mientras me secaba las manos con una toalla limpia. Pero la declaración ya estaba hecha en el espejo. Mi hermano Jian era mi única debilidad.

Mientras él estuviera a salvo, yo dejaría que el mundo entero ardiera. Y si era necesario, yo misma sería la cerilla.

Jian Lin

Lugar: Apartamento de estudiantes, Hackney, Londres.
Fecha: Domingo, 22 de noviembre, 02:15.

Jian Lin se frotó los ojos irritados. Tecleó una última línea de código en la terminal cifrada y pulsó Enter.

La barra de progreso de la red Tor tardó cuatro segundos en completarse. El dinero, ochenta mil libras esterlinas, acababa de saltar de una cuenta interpuesta en las Islas Caimán a una cartera de criptomonedas opaca en Europa del Este.

Jian soltó un suspiro de alivio, viendo cómo los números desaparecían de la pantalla para convertirse en armas.

Acababa de autorizar la compra de doscientas radios de frecuencia encriptada, cincuenta drones de reconocimiento óptico y un lote de armamento ligero. No era chatarra de conflictos antiguos; era material de última generación fabricado por la OTAN y destinado a la defensa de Ucrania. En la práctica, la red de oficiales logísticos ucranianos corruptos desviaba un porcentaje del inventario para venderlo al mejor postor en el mercado negro antes siquiera de que llegara al frente.

El intermediario en la Dark Web había confirmado la recepción de los fondos. La mercancía estaba asegurada y lista para ser movida hacia el Sudeste Asiático.

Jian cerró la interfaz. No sabía cómo cruzarían las aduanas. No sabía cómo llegarían a Hong Kong. No le importaba. «Cuanto menos sepas, mejor», le había dicho su cuñado la última vez que se vieron. «Tú céntrate en tu educación y en mover el dinero en la sombra. De la guerra en el mundo real me encargo yo».

El teléfono móvil encriptado vibró sobre la mesa. Un mensaje de texto a través de una aplicación segura.

Jian lo abrió. Era Chen.

«Las transferencias para tu matrícula de primavera han sido ejecutadas. Céntrate en la termodinámica. Estás construyendo los cimientos de tu mente; no te saltes ningún paso. Mei y yo estamos muy orgullosos de ti.»

Chen nunca le exigía nada que no fuera excelencia. Le estaba enseñando a cambiar el mundo.

Tecleó la respuesta con dedos rápidos. *«Gracias, Wei. Todo controlado. No os fallaré.»* Sus dedos, esta vez, no temblaron.

Envió el mensaje y apagó la pantalla del teléfono.

Jian alargó la mano y abrió el primer cajón de su escritorio. Sacó una fotografía enmarcada en plata. Eran Chen Wei y Mei Lin el día de su boda privada. En la imagen, su hermana lucía radiante, segura de sí misma, envuelta en seda y apoyada en el hombro de Chen con la confianza de quien ha encontrado a su igual.

Mei Lin

Lugar: Despacho de Cristian Martínez, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Viernes, 13 de noviembre, 10:48.

El silencio en el despacho de Cristian era artificial, filtrado por el triple acristalamiento que nos aislaba del mundo. Sobre la mesa de cristal, los gráficos de dispersión de Sinosur brillaban en la pantalla de la tablet, pero mi atención estaba en otra parte.

—No es solo memorizar el trazo, Cristian —dije, intentando mantener ese tono profesional que empezaba a sentirse como una armadura demasiado pesada—. El chino se interpreta. Si no entiendes la intención detrás de la presión del trazo, no entiendes nada.

Cristian estaba sentado a mi lado, tan cerca que podía percibir el calor que emanaba de su cuerpo y el aroma amargo del café que acababa de beber. Sus dedos tamborileaban con nerviosismo sobre la mesa. Estaba bloqueado con el carácter *Wēijī* (Crisis).

—Peligro y oportunidad —repitió él, frustrado, soltando el lápiz digital sobre la pantalla—. No consigo que el segundo radical tenga sentido. La mano se me va. Es una contradicción que mi cerebro no sabe procesar.

Lo miré de reojo. Vi la tensión en su cuello, la vulnerabilidad en su gesto. Y entonces extendí la mano y, con una lentitud deliberada, cubrí la suya.

Sentí un respingo eléctrico recorrer su brazo, pero no se apartó. Mi palma se amoldó a su dorso; su piel estaba ligeramente húmeda y ardiente. Deslicé mis dedos entre los suyos, guiando su mano para que volviera a sujetar el lápiz.

—Siente la presión —susurré. Mi voz sonó más ronca de lo habitual—. El trazo hacia abajo es el peligro. El trazo ascendente es

la oportunidad. Tienes que ser firme en ambos.

Cristian giró la mano bajo la mía, entrelazando nuestros dedos. Cerró el puño suavemente, atrapando mi mano contra la suya sobre el cristal de la mesa. Me quedé helada, pero no hice amago de soltarme. Al contrario, me presioné más contra él.

Yo seguí hablando, intentando explicar la etimología del símbolo, pero mis palabras eran solo un ruido de fondo. Solo era consciente del latido desbocado de su pulso contra mi muñeca y de la forma en que su pulgar acariciaba rítmicamente el borde de mi mano.

Él tampoco escuchaba. Su mirada estaba fija en mi boca, en mis ojos, con una intensidad que hacía que el aire en el despacho pareciera cargado de electricidad estática. El tiempo se dilató, transformando la oficina en un espacio fuera de la realidad, donde no existían ni Chen Wei, ni Sinosur, ni nada. Solo existía ese calor compartido.

De repente, la lucidez me golpeó como un impacto de agua helada. *¿Qué estoy haciendo?*

Me solté de su agarre con una brusquedad que hizo que el lápiz rodara por la mesa y chocara contra el borde. Me puse en pie de un salto, alisándome la falda con movimientos espasmódicos.

—Es suficiente por hoy —dije, recuperando mi máscara de "Flor de Hielo" a duras penas. Mi corazón martilleaba contra mis costillas—. Estudia los términos.

—Mei... —Cristian se levantó también, con el rostro encendido y la respiración alterada—. Espera.

—Tengo que irme. El coche me espera abajo.

Recogí mi bolso y salí del despacho sin mirar atrás, caminando con una urgencia que rozaba la huida. Al llegar al ascensor y quedarme sola en la cabina de acero y espejo, sentí que las piernas me temblaban.

Bajé la mirada hacia mi cuerpo. Me sentía extraña, vibrante. Al caminar, noté una humedad cálida y persistente entre mis muslos, un deseo físico tan potente y olvidado que me dejó sin aliento. Mi propio cuerpo me estaba traicionando. La coraza empezaba a cuartearse desde dentro.

Mientras el ascensor descendía a toda velocidad hacia el garaje, me miré la palma de la mano. Todavía podía sentir la textura de la piel de Cristian. Acababa de encender una hoguera, y sabía que, tarde o temprano, las llamas lo consumirían todo.

Mei Lin

Lugar: Vestidor principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Viernes, 13 de noviembre, 11:37.

El silencio de la mansión me recibió como una bofetada. Subí las escaleras evitando mirar las sombras que los jarrones de la dinastía Ming proyectaban sobre el mármol; me sentía observada por los objetos, por las paredes, por el propio espíritu de Chen Wei. Necesitaba encerrarme. Necesitaba que el aire dejara de vibrar con la frecuencia de la voz de Cristian.

Me encerré en el vestidor. Al cruzar el umbral, las luces se encendieron.

Me detuve frente al espejo de cuerpo entero. Mi reflejo era una mentira perfecta: el traje de Givenchy impecable, el moño sin un solo cabello rebelde, la piel pálida y tersa. Era la pieza blindada que el imperio de Chen necesitaba. Pero debajo de la tela cara, mi cuerpo aún ardía.

Levanté la mano derecha y la miré fijamente. La sensación de mi palma cubriendo la suya, la presión deliberada de mis dedos entrelazándose con los suyos. Había buscado ese calor con una sed que me aterraba.

Cerré los ojos y, por un instante, el vestidor desapareció. Volví a ver a Jian en Macao, riendo bajo la lluvia, prometiéndome que siempre estaríamos juntos. Aquel Jian era luz y pureza; lo que yo acababa de hacer en el despacho de Cristian era prender fuego a la única balsa que nos mantenía a salvo.

—¿En qué me estoy convirtiendo? —susurré. Mi voz sonó pequeña, asustada, rebotando contra las hileras de bolsos y vestidos inútiles.

Apoyé las palmas sobre el cristal frío del espejo, buscando que el frío filtrara a través de mi piel para apagarme.

—Jian. Jian me necesita —me recordé, apretando los dientes hasta que me dolió la mandíbula—. Y Wei... No puedo hacerle esto a Wei.

Pero la armadura se había fundido. Cristian no solo había sujetado mi mano; había despertado a un animal que llevaba años hambriento.

—Y yo... yo solo puedo pensar en sus manos.

Me obligué a enderezar la espalda. Inspiré profundamente, buscando en mis pulmones ese aire gélido que me permitía sobrevivir a las noches con Chen. Traté de componer la máscara. Intenté esbozar esa sonrisa glacial, la que indicaba que el contacto en el despacho había sido una táctica, un movimiento de control, y no una rendición.

Pero la sonrisa no salió. Los músculos de mis labios temblaron, negándose a obedecer a una voluntad que ya no era absoluta. El gesto se quebró a mitad de camino, transformándose en una mueca de vulnerabilidad y deseo que me resultó insoportable. Una sola lágrima, caliente y pesada, resbaló por mi mejilla, trazando un surco en la perfección del maquillaje.

Me quedé allí, bajo la luz blanca y despiadada, dándome cuenta de que la fachada de Chen Wei ya no tenía una grieta, sino un abismo.

Cristian Martínez

Lugar: Polígono Industrial Cobo Calleja, Fuenlabrada, Madrid.
Fecha: Martes, 17 de noviembre, 11:00.

El cielo de noviembre escupía una llovizna fina y fría que convertía el asfalto del polígono Cobo Calleja en una pista de patinaje. Aparqué lejos de la entrada principal, encajonado entre dos furgonetas de reparto abolladas.

Ajusté el cuello de mi gabardina antes de salir. El aire olía a cartón mojado, a fritos rancios y a tubo de escape. El intestino grueso de la logística europea, el lugar donde la fricción se medía en billetes pequeños y favores oscuros.

Caminé hacia la nave 114. La fachada era de chapa ondulada azul, despintada por el sol.

Chen me había llamado la noche anterior exigiendo "acelerar la permeabilidad" de la aduana para el primer envío de contenedores. Necesitaba un factor humano: alguien en el puerto que mirara hacia otro lado cuando el peso de la mercancía hiciera saltar las alarmas. Necesitaba a Paco.

Un intermediario logístico. El hombre que conectaba empresas de transporte con los guardias civiles y funcionarios de aduanas más flexibles de la costa sur.

Entré por una puerta lateral. El interior era cavernoso, un laberinto de palets cargados de ropa al por mayor y carcasas de teléfonos. Al fondo, en una oficina acristalada sobre un altillo, lo vi.

Subí las escaleras metálicas. Cada paso resonaba con un eco hueco. Aún sentía los restos del alprazolam en la sangre.

Paco estaba sentado detrás de una mesa de melanina, comiendo un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Voluminoso, la camisa abierta, una cadena de oro brillando sobre la piel sudada. Al verme, dejó el bocadillo y se limpió las manos en los muslos.

—Cristian —dijo, forzando una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Los de corbata no soléis bajar al barro.

—Necesito que la vía tres del escáner primario esté despejada la madrugada del jueves —dije, manteniendo la voz baja y monótona—. Mantenimiento del sistema. Sin perros, sin inspección secundaria.

Paco tragó grueso. Miró hacia la nave vacía.

—Está jodido, Cris. Asuntos Internos anda olfateando por el sur. Me costará el triple inyectar liquidez en ese turno.

Abrí el maletín. Saqué un sobre grueso de papel manila, precintado con cinta aislante, y lo dejé caer sobre la mesa. El sonido sordo de los billetes apagó el repiqueteo de la lluvia.

—Cincuenta mil. Quince para ti, treinta y cinco para el turno de aduanas.

Paco no acercó las manos. Un sudor frío le perló la frente.

—He oído cosas en el puerto, Cris. El tonelaje no cuadra con componentes industriales. Las cajas pesan como muertos. Y los tíos que supervisan no son chinos. Son tipos enormes, con acento del este.

David tenía razón. No sabía qué demonios movía Chen, pero si el matón de la lavanda se enteraba de esta ruta vendría a por mí. No tenía opción.

Me acerqué a la mesa, apoyando los nudillos a escasos centímetros de su bocadillo.

—No te pago para que evalúes la carga. Te pago para que mantengas la cañería limpia. —Mi voz se volvió gélida—. ¿O prefieres que Hacienda revise las transferencias de tu exmujer en Andorra?

El rostro de Paco palideció. Su boca se abrió, pero no salió ningún sonido.

—El jueves. Vía tres despejada —repetí, empujando el sobre hasta que rozó su mano inerte.

—Vía tres... despejada —susurró, sin levantar la vista.

Salí de la oficina. Bajé las escaleras metálicas rápidamente, huyendo del eco de mis propios pasos.

En el exterior, la llovizna helada me golpeó la cara. Respiré hondo. Solo era un matón más con un traje a medida.

Liu

Lugar: Nave Logística Trans-Iberia, Polígono Los Olivos, Getafe, Madrid.

Fecha: Jueves, 19 de noviembre, 14:30.

Liu se ajustó la faja lumbar sobre el mono azul de trabajo y se secó la frente con el dorso de la mano, manchándose de grasa. Allí, en el sur de Madrid, solo era "Wang". Para los demás, "el chino". Un inmigrante indocumentado más que cobraba en negro por cargar palets. El ruido mecánico de las carretillas elevadoras resonaba en las paredes de chapa. Olía a gasoil, a polvo y a sudor.

El Ministerio de Seguridad del Estado lo había infiltrado hacía tres semanas. Su supervisor en España, Zhào Ruì, había sido muy claro: *«IberGlobal está certificando rutas para Sinosur. Tienen un activo despejando el camino burocrático. Quiero saber qué pesa de verdad lo que va dentro de esas cajas».*

Liu empujó una transpaleta manual hacia el fondo del pasillo K, la zona de almacenamiento temporal donde descansaban los contenedores que saldrían hacia Algeciras al día siguiente.

Miró a ambos lados. El encargado de turno estaba fumando en el muelle de carga. Las cámaras de seguridad del pasillo tenían un ángulo muerto de treinta y dos grados justo detrás de la columna maestra de hormigón. Liu había calculado ese vector en su primer día.

Aparcó la transpaleta, ocultándose en la sombra de la columna, y sacó un *smartphone* modificado, recubierto por una funda rugerizada industrial, del bolsillo de su mono.

Se agachó frente a una de las grandes cajas de madera prensada con el sello de Sinosur. La etiqueta aduanera, firmada digitalmente por la consultora IberGlobal, rezaba: *«Componentes electrónicos de bajo voltaje. Categoría C. Destino: Hong Kong»*.

Liu empujó la caja con el hombro. Sus músculos protestaron. Aquello no tenía la inercia de una caja llena de microchips o placas base. El centro de gravedad era denso, muerto, pesado como el plomo. Liu reconoció el peso. No era la primera vez que palpaba una caja de munición.

Activó la cámara de su terminal y escaneó el código *DataMatrix* del albarán secundario, una pequeña pegatina medio rasgada que venía de origen.

En su pantalla apareció una cadena alfanumérica cifrada. El software del teléfono, conectado a los servidores de Pekín, cruzó el identificador con las bases de datos de aduanas de Europa del Este.

La barra de progreso parpadeó durante tres segundos de latencia.

Match encontrado.

La pantalla se iluminó con el verdadero registro logístico del código: un cargamento clasificado procedente de Odesa. Fusiles de asalto de calibre 5.56, ópticas térmicas y componentes para drones de grado militar.

Zhào Ruì tenía razón. El magnate Chen Wei estaba utilizando la arquitectura logística de los europeos para mover un arsenal hacia Asia por la puerta de atrás. Era su billete de regreso a Pekín. Solo necesitaba exportar el registro y enviárselo a Zhào.

—¡Eh, tú! ¿Qué coño haces parado ahí?

Liu se sobresaltó, bloqueando el teléfono y guardándolo en el bolsillo con un movimiento rápido mientras se giraba. Era el capataz español, que lo miraba con el ceño fruncido desde el final del pasillo.

—Perdón, jefe —dijo Liu en un español roto, agachando la cabeza y agarrando el manillar de la transpaleta—. Rueda atascada. Ya voy.

Tiró de la carga y se alejó rápidamente. Solo necesitaba un poco más de tiempo.

Cristian Martínez

Lugar: Ático en El Viso, Madrid.
Fecha: Viernes, 20 de noviembre, 23:45.

El ático estaba en silencio absoluto. Había dejado el Audi en el garaje hacía media hora, pero no podía dormir. El encuentro en la sauna me había dejado claro que estaba en el centro de una guerra. Tenía que saber si existía alguna salida. Necesitaba contactar con un abogado penalista externo, alguien que no estuviera en la nómina de IberGlobal.

No podía usar mi iPhone corporativo, ni el terminal encriptado de Chen. Así que esa misma tarde había hecho todo el contraespionaje que pude improvisar: dejé mis dos teléfonos en la guantera del Audi, bajé al metro, pagué en efectivo, hice tres transbordos hasta Tetuán y compré un teléfono de prepago en un locutorio hindú. Pagué con un billete de cincuenta euros y no pedí el cambio.

Saqué el pequeño teléfono de plástico negro del bolsillo de mi abrigo. Aún conservaba el olor a plástico nuevo. Lo encendí. La pantalla se iluminó con un brillo azulado. Tres rayas de señal. Perfecto.

Marcé el número del bufete de abogados que había memorizado.

Nada. Ni siquiera un tono.

Probé con el número de David. Tampoco.

El teléfono funcionaba. Tenía cobertura. Pero no podía realizar llamadas salientes. Era como si alguien hubiera puesto un candado remoto.

Antes de que pudiera procesarlo, la pantalla parpadeó. Una llamada entrante. Número oculto.

Descolgué. No dije nada.

—Señor Martínez —la voz era neutra—. Ese terminal no está autorizado en nuestra red. Por favor, utilice exclusivamente los dispositivos que le hemos proporcionado. ¿Necesita que le recordemos las condiciones de su contrato?

Colgaron.

El teléfono se me resbaló de la mano y cayó al suelo. Me quedé mirándolo como si fuera una granada a punto de estallar. Chen Wei controlaba las redes. Y las redes tenían ojos.

Apoyé la frente contra la mesa de la cocina. El teléfono de prepago seguía en el suelo, su pantalla azulada iluminando la penumbra como un ojo abierto. Cerré los ojos. El terror me asfixiaba.

Cristian Martínez

Lugar: Museo Nacional del Prado, Sala 67 (Pinturas Negras), Madrid.

Fecha: Sábado, 21 de noviembre, 19:30.

El Museo del Prado, media hora antes del cierre, era un mausoleo. El flujo de turistas se había drenado hacia las salidas, dejando tras de sí un silencio denso que rebotaba contra los altos techos. Hacía frío. Un frío calibrado al milímetro para preservar el óleo y el lienzo, pero que a mí se me metía por debajo del abrigo de lana y me calaba los huesos.

Caminé por la galería principal escuchando el eco de mis propios pasos. Desde lo del teléfono la noche anterior, cada sombra me parecía una amenaza. El roce del cuero de mis zapatos contra la madera era lo único que me confirmaba que seguía vivo.

Giré a la derecha y entré en la Sala 67. Las Pinturas Negras de Goya.

Desde que firmé los planos de Algeciras, venía aquí cada vez que el peso se hacía insoportable. Me paraba frente a *El perro semihundido*. El animal atrapado en la arena ocre, asomando apenas la cabeza, mirando hacia un vacío inmenso que lo devoraba, era la única imagen que me devolvía mi propio reflejo.

Me detuve frente al cuadro. Metí las manos en los bolsillos del abrigo, rozando con los nudillos el teléfono encriptado de Chen. La humedad y la suciedad del polígono Cobo Calleja parecían no haberme abandonado.

—La perspectiva es fascinante.

La voz, suave y con la textura de la seda cortando el cristal, sonó a mis espaldas.

Me giré de golpe, con el pulso disparado.

Era Mei Lin. Estaba de pie en el umbral de la sala. Llevaba un abrigo negro de cachemira que le llegaba hasta los tobillos,

abotonado con un rigor casi militar, y una bufanda gris que le cubría la mitad del rostro. Parecía una aparición recortada contra la penumbra.

Escruté las sombras detrás de ella. No había gorilas. No estaba Goran. Estaba sola.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté, mi voz reducida a un susurro ronco—. ¿O te han enviado los informáticos de tu marido?

—Goran cree que estoy admirando a los primitivos flamencos en el ala norte. Detesta el arte lúgubre —dijo ella, avanzando lentamente. El roce de la cachemira producía un sonido sibilante—. No te seguía a ti, Cristian. Venía a ver al monstruo.

Usó mi nombre de pila con una naturalidad que me desarmó.

—Ayer compré un teléfono de prepago —solté, acortando la distancia—. En efectivo. A kilómetros de mi casa. Tardaron menos de un minuto en bloquearlo. Al encenderlo, no podía hacer llamadas. Y luego recibí una llamada. Tienen mis redes intervenidas. Vigilan cada maldito paso que doy. No puedo respirar, Mei.

Mei no se inmutó. Se detuvo a mi lado, tan cerca que su hombro rozó el mío. El olor a sándalo chocó contra el tufo a óleo viejo y barniz.

—Por supuesto que lo hacen —respondió con una suavidad letal—. Eres un gestor de Sinosur. La red de seguridad de Wei es absoluta. No te están espiando para castigarte, te están protegiendo. Cuanto más hermético sea tu perímetro, menos posibilidades tendrán tus enemigos. Deberías estarle agradecido. Gracias a ellos, sigues vivo.

Tragué saliva. "Agradecido". Para ella, que me hubieran extirpado la libertad era solo una póliza de seguros.

Mei no miró al perro hundido. Levantó la vista hacia el inmenso lienzo que dominaba la pared adyacente: *Saturno devorando a su hijo*.

Me quedé mirándola de perfil. El contraste entre la brutalidad descarnada de Goya —el dios demente arrancando a mordiscos el brazo ensangrentado de su propio hijo— y la perfección altiva de su rostro era hipnótico. Recordé la mansión de Chen, la primera vez que fui. Él también tenía un Goya. No supe si era una reproducción o

el original, pero me dijo algo que no entendí entonces: *"Nadie se considera un monstruo. Todo el mundo cree que está justificado"*.

—Mi marido colecciona porcelana de la dinastía Ming —dijo Mei, sin apartar los ojos del lienzo—. Piezas perfectas. Inmaculadas. Si viera esto, ordenaría quemarlo. Chen Wei no soporta que la violencia sea tan explícita. Necesita que la sangre esté oculta en los balances de cuentas, en las transferencias bancarias, en las dársenas aduaneras.

Y sin embargo lo tiene en su casa, pensé. Pero no lo dije.

Era la primera vez que hablábamos fuera de la sala de cristal. Lejos de las pizarras y de las cámaras. Aquí, en la penumbra, ella ya no fingía ser mi profesora.

—Esta semana he cruzado la línea —confesé.

No sabía por qué se lo decía. Era una estupidez revelar debilidad a la reina del tablero. Pero ella era la única que habitaba el mismo infierno.

—Extorsioné a un intermediario. Un pobre diablo de Fuenlabrada. Lo amenacé con hundir a su familia si no despejaba la vía para los contenedores de Chen. Y lo peor, Mei... lo peor es que fue fácil. Destruir a alguien sabiendo que tienes el sistema de Sinosur detrás es… simple.

Mei apartó la mirada de Saturno y se volvió hacia mí. Sus ojos recorrieron mi rostro. No encontré piedad. Encontré una fascinación oscura, un brillo de excitación contenida.

—El sistema de mi marido está diseñado para eso —susurró, girándose hasta quedar frente a mí—. Te otorga el poder de aplastar a otros para que te olvides del terror de saber que tú también eres aplastable. Es una anestesia para el ego.

Dio medio paso, invadiendo mi espacio. Sentí el calor de su respiración contra mi cuello.

—¿Qué pasa cuando la anestesia deja de funcionar, Mei? —pregunté. Me odié por el temblor de mi voz, pero no podía retroceder.

Ella levantó la mano. Sus dedos enfundados en cuero negro se posaron sobre la solapa de mi abrigo, justo encima de mi corazón.

—Cuando la anestesia deja de funcionar, Cristian... —murmuró, con los labios casi rozando mi mandíbula— te das cuenta de que tú eres el hijo del cuadro. Y que el dios ya ha empezado a masticarte las piernas.

Un guardia tosió al final del pasillo, anunciando el cierre con el tintineo de unas llaves.

Mei retiró la mano, deslizándola por mi pecho como una caricia envenenada. Se subió la bufanda y se dio la vuelta, desapareciendo hacia las galerías iluminadas.

Me quedé a solas con Goya, escuchando el eco de sus tacones desvanecerse. El corazón me latía con una fuerza brutal. Ella era leal a Chen. Y yo, a pesar de todo, necesitaba tenerla cerca.

Cristian Martínez

Lugar: Torre de Cristal, Planta 21, Madrid.
Fecha: Lunes, 23 de noviembre, 20:45.

La sesión de mandarín había terminado hacía diez minutos, pero ninguna de las dos se había movido. Mei seguía sentada frente al ventanal, con las luces de Madrid recortando su perfil contra el cristal. Yo estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, sintiendo el leve temblor que el alprazolam ya no lograba disimular del todo.

Llevaba días sin dormir. Cada sombra en el pasillo me parecía una amenaza. Pero allí, con ella, el ruido blanco de la paranoia se amortiguaba. No sé si era su perfume de sándalo o la forma en que la luz de la ciudad suavizaba sus facciones, pero por primera vez en semanas, mi cerebro dejó de calcular rutas de escape.

No pueden espiarme si está Mei conmigo, pensé. *No van a espiar a Mei, ¿no?*

La duda flotó un segundo, pero la ahogué mirándola. La miraba demasiado. Lo sabía. Pero no podía evitarlo. Su lunar junto al pómulo, el modo en que se mordía el labio cuando pensaba… Me imaginé paseando con ella por una calle cualquiera, sin traje, sin escoltas. Ver la tele en un sofá, ella con los pies encima de mí. Reírnos de algo estúpido. Abrazarla.

La fantasía fue tan vívida que la pregunta salió sola.

—¿Te quedas a cenar?

Mei se giró. Sus ojos me escanearon, como si buscara el cálculo detrás de la invitación. No lo encontró. Esbozó una sonrisa leve. Era más hermosa todavía.

—¿Cenar? ¿Aquí?

—En la nevera de la zona de descanso hay cocido. De mi madre.

—¿Cocido? —arqueó una ceja, con un escepticismo que era casi burla—. ¿El impecable Arquitecto de Sinosur come cocido de tupper?

—El impecable Arquitecto de Sinosur también tiene madre. Y ella cree que su hijo se muere de hambre en esta pecera de cristal.

Mei soltó una risa corta, sincera. Era un sonido que no le había escuchado nunca. Por un instante, su mascara se resquebrajó, y vi a la mujer que había detrás. Mi corazón iba a mil, sentía cosquillas en las palmas de las manos, en el estomago.

—Está bien —dijo, levantándose—. Chen está en una cena de inversores en Frankfurt. Iba a cenar sola en la mansión. Prefiero esto.

Sentí una alegría incontenible, pero algo me frenó.

—¿Y Goran? —pregunté, sin pensar—. ¿Tu guardaespaldas?

—Goran nunca pregunta. Es normal que me retrase. —Mei se encogió de hombros, como si fuera la cosa más natural del mundo —. Estoy trabajando.

Fuimos a la pequeña cocina del *office*. Abrí la nevera. Allí estaba el tupper azul, igual que aquella primera noche en que no me atreví a comérmelo solo. Esta vez lo saqué sin dudar. Lo metí en el microondas mientras Mei se apoyaba en la encimera, observándome con una curiosidad que no se molestaba en ocultar.

—Nunca había visto a nadie calentar cocido con tanta devoción —dijo.

—Es la única receta que mi madre no ha querido enseñarle a Rosita. Dice que es su arma secreta.

—¿Rosita?

—La señora que cuida de ella. Es ecuatoriana. Hace el mejor ceviche del mundo, pero el cocido no le sale.

—¿Y tu padre? —preguntó Mei, con una naturalidad que me desarmó—. ¿También cocina?

Mi sonrisa se congeló. El microondas emitió un pitido.

—Mi padre murió hace años —dije, sacando el tupper—. Infarto. Lo echaron de la fábrica después de treinta años, y su corazón no lo aguantó.

Mei no dijo «lo siento». No ofreció consuelo vacío. Solo asintió, como si entendiera algo que no necesitaba palabras.

Serví el caldo en dos tazas de papel. No había platos, solo las tazas del dispensador y un par de cucharas de plástico. Nos sentamos en la mesa de la sala de juntas, frente al ventanal. Era ridículo. Ella, con su vestido de seda, soplando caldo de cocido en una taza de papel. Yo, con mi traje de tres mil euros, partiendo una zanahoria con una cuchara que se doblaba.

—Está bueno —dijo, sorprendida.

—Mi madre no falla.

Compartimos el cocido en un silencio que no era incómodo. Era un silencio de gente que está demasiado cansada para fingir. Y mientras ella sorbía el caldo, me di cuenta de que había pasado varios minutos sin pensar en cámaras, sin contar las salidas de emergencia, sin calcular el tiempo que tardaría Goran en subir la escalera si saltaba la alarma.

Estoy cambiando, pensé. *O ella me está cambiando a mí.*

—Mi padre no cocinaba —dijo Mei de repente—. Perdía el dinero en el juego. Todo. La casa, el negocio, el honor. Nos vendió a las Tríadas para pagar una deuda. A mí y a Jian.

El tenedor de plástico se me dobló en la mano. Dejé de comer.

—¿Y tu madre?

—Mi madre se quedó. No hizo nada. Se quedó mirando, envejeciendo en silencio, esperando que alguien la rescatara. Nadie lo hizo. —Mei sopló el caldo, como si estuviera hablando del tiempo —. A veces creo que por eso acepté casarme con Chen. No porque me salvara. Porque no quería terminar como ella.

—¿Y ahora? —pregunté.

Mei me miró. La luz de Madrid se reflejaba en sus ojos, dándoles un brillo líquido.

—Ahora no sé qué quiero.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. Pero era un silencio distinto. Era como si hubiéramos firmado un contrato que ninguno de los dos había leído, pero que los dos entendíamos.

—Tu hermano —dije al fin—. Jian. ¿Sabe todo esto?

Mei negó con la cabeza.

—Jian cree que Chen es un héroe. Que le ha dado un futuro. Yo le dejo creerlo. Es más fácil que decirle la verdad.

—¿Y tú? ¿Tú qué crees?

Mei dejó la taza sobre la mesa. Se recostó en la silla y miró hacia el techo, como si buscara una respuesta escrita en el falso techo de la Torre de Cristal.

—Creo que voy a pedir más cocido —dijo.

Sonreí. Ella también.

No era una declaración de amor. Era algo más pequeño y más frágil. Era un respiro en medio de la tormenta. Y por un momento, mientras ella sorbía el caldo y yo le ofrecía el último trozo de carne, el mundo de Chen Wei parecía muy lejano.

¿Notará ella cómo la miro?, me pregunté. *¿O ya lo sabe?*

Cristian Martínez

Lugar: Calles de Madrid / Garaje de El Viso, Madrid.
Fecha: Martes, 24 de noviembre, 19:10.

Había salido de la Torre de Cristal más tarde de lo habitual. La reunión con los de Valencia se había alargado hasta las siete, y mi cabeza, vacía de cafeína y llena de alprazolam, apenas podía procesar las cifras de tonelaje.

El aparcamiento subterráneo olía a goma quemada y a humedad. Llegué al Audi, abrí la puerta y me dejé caer en el asiento. Cerré los ojos un segundo.

Cuando los abrí, el reloj del salpicadero marcaba las 19:43. Había pasado casi media hora allí dentro, con la cabeza apoyada en el reposacabezas, sin recordar haber dormido. Me sequé la boca con el dorso de la mano. Sabía a ansiolítico y a miedo.

Arranqué y salí a la M-30.

El tráfico era denso pero fluido. Las luces rojas de los frenos se encendían y apagaban como un código que mi cerebro intentaba descifrar. Me incorporé al carril central, dejando que el piloto automático me llevara hacia el norte, hacia El Viso.

Fue entonces cuando lo vi.

Un sedán negro, un BMW de la generación anterior, con los cristales tintados. Estaba tres coches detrás de mí, en el carril derecho. No le presté atención al principio. Madrid está llena de coches negros.

Pero cuando cambié al carril izquierdo para adelantar a una furgoneta, el BMW también cambió. Se mantuvo a la misma distancia. Tres coches detrás.

Coincidencia, pensé. *Es una coincidencia.*

Tomé la salida hacia la A-2. El BMW también la tomó. Reduje la velocidad, dejando que los coches me adelantaran. El BMW

también redujo. Se quedó atrás, a una distancia constante, como si llevara mi coche atado con una cuerda invisible.

Apreté el volante.

No puede ser, me dije. *Estás paranoico. Llevas semanas sin dormir. Ese coche es de alguien que va a su casa, igual que tú.*

Pero hice la prueba. En la siguiente rotonda, di una vuelta completa. El BMW también dio una vuelta completa. Salí por la misma salida por la que había entrado. Él también.

El sudor frío me empapó la camisa bajo la chaqueta.

Llegué a mi calle. El garaje de El Viso estaba a trescientos metros. En lugar de entrar directamente, rodeé la manzana. Pasé por delante de mi portal. El BMW pasó por delante de mi portal, a la misma velocidad, sin detenerse. Seguí recto. Di otra vuelta. El BMW también dio otra vuelta.

Entonces, algo cambió.

Cuando volví a pasar por delante de mi portal, el BMW no estaba. Había desaparecido. Miré el retrovisor. Nada. Miré los laterales. Solo coches aparcados.

Me quedé en medio de la calle, con el intermitente puesto, sin saber qué hacer. Esperé un minuto. Dos. El BMW no volvió.

Entré en el garaje.

Al bajar la rampa, el eco de mis propios neumáticos rebotaba en las paredes de hormigón. Estacioné en mi plaza. Apagué el motor. El silencio era tan denso que podía oír mi propia respiración.

Me quedé dentro del coche, con las manos en el volante, mirando el techo de hormigón. No quería salir. No quería cruzar el garaje vacío hasta el ascensor. No quería estar a solas con la certeza de que me habían seguido.

¿Y si no me han seguido? La duda me corroía. *¿Y si solo es un coche cualquiera y yo he imaginado todo?*

Pero la imagen del BMW dando la vuelta a la rotonda, pegándose a mi ruta como una sombra, no se iba.

Salí del coche. Caminé hacia el ascensor con pasos rápidos, mirando por encima del hombro cada dos segundos. El garaje estaba desierto. Solo mi respiración y el zumbido de los fluorescentes.

Cuando llegué a mi puerta, saqué las llaves con dedos temblorosos. Antes de entrar, miré hacia el final del pasillo.

Nadie.

Cerré la puerta con doble vuelta. Eché el pestillo. Apoyé la frente contra la madera fría.

Mañana, cuando vuelva a salir, el coche estará allí otra vez, pensé. *O no. Y nunca sabré si fue real o si fue mi cabeza.*

Esa noche no dormí. Me quedé sentado en el sofá, con las persianas bajadas, mirando la pantalla negra del televisor. Cada tanto me levantaba a mirar por la rendija de la persiana.

El BMW no volvió.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho de David Velasco, Departamento de *Compliance*, Planta 18, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 25 de noviembre, 20:30.

El reflejo del cristal de la ventana me devolvió la imagen de un fantasma embutido en un traje de tres mil euros. Tenía ojeras que parecían magulladuras y la piel de un tono grisáceo, casi translúcido. Llevaba diez minutos mirando fijamente a un sedán negro aparcado en la avenida, cuatro pisos más abajo. El coche no se había movido. Nadie había salido de él.

Mi cerebro, bañado en *alprazolam* y ginebra, no dejaba de calcular probabilidades, saltando de una amenaza a otra. *¿Es el tipo de la lavanda? ¿Son los gorilas de Goran vigilándome? ¿Es un coche camuflado de la aduana?*

Escuché el clic metálico del pestillo a mis espaldas. Me giré de golpe. Era David. Acababa de entrar, de cerrar la puerta con llave y de bajar los estores que daban al pasillo. Luego se asomó a la ventana para ver qué miraba yo con tanta fijación. Me miró a mí y de nuevo hacia abajo.

—Ese coche es de un puto Uber esperando a un cliente, Cris —dijo David, leyendo mi paranoia con una facilidad que me aterrorizó.

Caminó hacia mí y se apoyó en el borde de su escritorio. No llevaba la chaqueta del traje y tenía la corbata aflojada. Me miró de arriba abajo, y lo que vi en sus ojos no fue la evaluación fría de un auditor de riesgos. Fue lástima. Pura y devastadora lástima.

—Hueles a destilería y a menta barata —susurró—. Estás temblando. Te estás cayendo a pedazos, Cristian. Mírate.

—Estoy bien. Solo es la presión del despliegue de Algeciras —mentí, frotándome la cara con las manos, intentando borrar el rastro

del pánico, deseando que dejara de mirarme así—. Necesito dormir, eso es todo.

—Deja de tratarme como a uno de tus clientes —la voz de David se endureció, pero no levantó el tono—. Soy tu amigo. Y te estoy diciendo que estás a punto de reventar. Has perdido cuatro kilos en un mes. Miras por encima del hombro cada vez que entras en el ascensor. Sea lo que sea que Sinosur te está obligando a hacer, tienes que parar. Tienes que salir de ahí.

—No puedo salir, David. Ya te lo dije en las gradas del club. Si altero la ruta, Chen me destruye. Si la mantengo, esa otra facción que me acorraló en la sauna vendrá a por mí. Soy la piedra angular del sistema.

David negó con la cabeza lentamente.

—No eres la piedra angular, Cris. Eres el fusible.

El tono lúgubre de su voz me heló la sangre. Di un paso hacia él, alejándome por fin de la ventana.

—¿De qué estás hablando?

David tragó saliva, mirando hacia la puerta cerrada antes de hablar.

—Garrido te está aislando —dijo, pronunciando cada palabra como si fuera una sentencia—. He estado revisando las auditorías internas de las últimas dos semanas. Las que no pasan por el circuito oficial. Garrido ha modificado los protocolos del sistema para que tu certificado digital sea el único validador en los manifiestos de carga de la Terminal Sur. Él no firma nada. El consejo de administración no firma nada. Todo el peso penal de las rutas ciegas recae exclusivamente sobre tus claves.

Sentí que el suelo de la planta dieciocho desaparecía bajo mis pies. La oficina aséptica, el sueldo obsceno, las alabanzas corporativas... todo había sido una trampa.

—Y hay algo más —continuó David, pasándose una mano por el pelo, visiblemente angustiado—. He detectado movimientos de capital inusuales desde la matriz de IberGlobal. Garrido está transfiriendo fondos masivos a una cuenta fiduciaria en Zúrich.

—Se está preparando un paracaídas... —murmuré. Mi propia voz sonó hueca, lejana.

—Se está preparando para el impacto —me corrigió David, agarrándome por los hombros. Sus dedos se clavaron en mi chaqueta—. Cris, escúchame. Garrido sabe que Chen está metiendo algo radiactivo por esos puertos. Y sabe que cuando la policía, o la Interpol, o quien cojones sea esa mafia que te persigue, haga estallar la operación, la onda expansiva arrasará IberGlobal. Garrido está construyendo un cortafuegos. Y te ha puesto a ti en el lado que se va a quemar.

Me solté del agarre de David, retrocediendo a trompicones hasta chocar contra la pared de pladur. Me faltaba el aire. La corbata me ahorcaba.

—Tienes que ir a la policía, Cristian —suplicó David—. Antes de que Garrido termine de armar el expediente contra ti. Si confiesas ahora, si explicas que te han extorsionado...

—¡Si voy a la policía, Goran me meterá una bala en la cabeza antes de que llegue a la comisaría! —estallé, en un susurro ronco y desesperado—. ¡Chen no va a dejar cabos sueltos, David! ¡Me matará!

—¡Pues huye! —David dio un golpe en la mesa, perdiendo los nervios por primera vez—. Coge un puto avión y desaparece.

—¡No puedo! —grité en un susurro ahogado, sintiendo que me asfixiaba—. Mei me lo dejó muy claro. El equipo de Chen vigila cada maldito paso que doy. Dicen que es por mi "protección". Su red es absoluta, David. Vigilan mi teléfono, mi coche, mis tarjetas. Si intento comprar un billete, si enciendo un teléfono no autorizado, el sistema de Sinosur salta antes de que termine de marcar. Vivo en una jaula de cristal.

Lo miré. Miré su rostro honesto, asustado y leal.

«He estado revisando las auditorías internas...».

«Su amigo bebe demasiado».

—No voy a huir —dije.

Mi voz cambió. Adoptando la frialdad metálica, arrogante y aséptica del Arquitecto. Me ajusté el nudo de la corbata con manos temblorosas, levantando la barbilla.

—Es mi diseño, David. Yo lo construí y yo lo controlaré. Yo asumo los riesgos.

—Cris, por favor... te van a destruir. No sabes con quién te estás metiendo.

—Deja de investigar a Garrido —le ordené, mirándolo con una dureza gélida que me destrozó por dentro—. Borra tus registros de acceso a los expedientes de la Terminal Sur ahora mismo. No vuelvas a mirar mis cuentas, no vuelvas a auditar los nodos de Sinosur y no te acerques a mis firmas. Mantente al margen de mi estructura, David. Tú no tienes el nivel de autorización, ni la visión, para entender lo que estoy haciendo.

David se quedó de piedra. El dolor y la incredulidad cruzaron su rostro como un latigazo.

No dijo nada más.

Me di la vuelta, quité el pestillo y salí de su despacho, dejándolo solo.

Fernando Garrido

Lugar: Despacho de Dirección General, Planta 22. Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Jueves, 26 de noviembre, 23:45.

El zumbido del tubo fluorescente en el despacho de Dirección General había empeorado, pero no quería que cambiaran. Ahora no solo parpadeaba de forma esporádica, sino que emitía un quejido eléctrico bajo y constante, como el de un insecto atrapado en el falso techo.

Fernando Garrido no lo apagó. Sentado en su sillón direccional de cuero negro, con el nudo de la corbata aflojado y los ojos irritados por el exceso de pantalla, necesitaba ese sonido molesto. Le ayudaba a mantenerse despierto en el silencio sepulcral de la planta veintidós.

Delante de él, sobre la inmensa mesa de caoba despejada, había un disco duro externo del tamaño de una caja de cerillas, conectado al puerto USB de su portátil mediante un cable encriptado. En la pantalla, una barra de progreso de color verde avanzaba con una lentitud agónica: *78% Completado. Copiando Archivos Logísticos (Matriz_Algeciras_CM.enc).*

Garrido se frotó la base del cuello con los nudillos. Estaba exhausto.

Las cosas se estaban moviendo demasiado rápido. La inyección de capital de Sinosur había sido brutal, propulsando las acciones de IberGlobal a máximos históricos y asegurándole a él un bonus que le permitiría retirarse a Sotogrande antes de los sesenta. El consejo de administración estaba eufórico. Pero Garrido era un perro viejo; sabía que el dinero de Chen Wei era como inyectar combustible de cohetes en el motor de un sedán. La aceleración era espectacular, pero el riesgo de que el motor estallara en pedazos y los matara a todos era inminente.

Y el motor de esa maquinaria, el Arquitecto, estaba empezando a agrietarse.

Garrido no era ciego. Llevaba semanas observando el deterioro de Cristian Martínez. Había visto el temblor levísimo en sus manos cuando firmó las autorizaciones aduaneras de la Terminal Sur. Había notado el brillo vidrioso en sus ojos, delatando el abuso de ansiolíticos, y el olor a menta fuerte con el que intentaba camuflar el aliento a alcohol o a bilis por las mañanas. El traje *Zegna* ya no le sentaba como una armadura; le colgaba como el uniforme de un condenado a muerte.

Cristian estaba perdiendo el control, consumido por Chen, su mujer y por la monstruosidad de las rutas que había construido. Garrido no sabía exactamente qué iba a mover Chen Wei por Algeciras, prefería no saberlo, pero no hacía falta ser un genio para deducir que aquel nivel de opacidad no se pagaba para traer zapatillas de imitación.

La barra de progreso avanzó al 82%.

Garrido suspiró, sintiendo un extraño pinchazo en el pecho, justo debajo del esternón. No era acidez estomacal esta vez. Era algo que se parecía sospechosamente a la culpa.

Él lo había reclutado. Él había sacado a Cristian del departamento de optimización, había alimentado su ego desmedido y lo había arrojado directamente a las fauces de Chen Wei. Había utilizado al chico más brillante de su plantilla como un escudo térmico para proteger a IberGlobal, y a sí mismo, de la radiación penal de las rutas ilegales.

Por un brevísimo instante, en la soledad de la madrugada, Garrido dudó. Miró el pequeño disco duro negro. Podía desconectarlo. Podía llamar a Cristian a su despacho a la mañana siguiente, confesarle que todo se había salido de madre, utilizar los fondos de emergencia de la empresa para pagar la penalización a Sinosur y romper el contrato con el asiático antes de que la Audiencia Nacional o alguien peor derribara la puerta de cristal de su despacho.

Podía intentar salvar al chico.

La barra de progreso avanzó al 85%.

Garrido cerró los ojos y negó con la cabeza, riéndose de su propia debilidad. Era una estupidez sentimental. Chen Wei no aceptaría una ruptura de contrato. Si IberGlobal intentaba dar marcha atrás, el magnate asiático los destruiría financieramente y, con toda probabilidad, físicamente. El sistema ya estaba en marcha. La inercia del contrabando era imparable.

Y, además, Fernando Garrido no era un héroe. Nunca había pretendido serlo. Era un superviviente corporativo.

Abrió los ojos y volvió a mirar la pantalla con fría determinación. La punzada de culpa se disipó, devorada por el instinto calculador.

Lo que se estaba descargando en ese disco duro no eran las cuentas oficiales de la empresa. Eran todos los correos encriptados de Cristian, los borradores de las rutas ciegas, los registros de acceso al sistema aduanero fuera del horario laboral, las transferencias de los setecientos cincuenta mil euros a Zúrich y, lo más importante, las firmas electrónicas que autorizaban el diseño de los cuellos de botella en el puerto.

Era el mapa completo del laberinto, firmado por su creador.

Garrido estaba fabricando su propio salvavidas. Si la operación de Chen Wei colapsaba, si la policía, Hacienda o Dios sabía quíen intervenía, el Director General necesitaba poder demostrar que él solo era el administrador engañado de una consultora legítima. Necesitaba demostrar que un empleado descarriado y brillante había operado a sus espaldas en connivencia con una mafia logística.

Ese disco duro era la soga de Cristian, cuidadosamente trenzada por su propio jefe para usarla cuando llegara el momento inevitable de arrojar al Arquitecto a los lobos.

100% Completado. Extracción segura del hardware.

Garrido desconectó el cable. Cogió el disco de aluminio, lo sopesó en la palma de la mano por un segundo, sintiendo su peso letal, y luego giró la silla.

Introdujo el código de seis dígitos en la cajonera blindada de su izquierda. Abrió el *Archivo Gris*, el cajón ignífugo donde guardaba las auditorías privadas, las debilidades de los socios y las miserias de

sus empleados. Dejó caer el disco duro dentro de la carpeta de cartón grueso que llevaba el nombre de Cristian Martínez.

Cerró el cajón con un empujón seco. El pestillo electrónico hizo un clic definitivo.

El zumbido del fluorescente pareció intensificarse sobre su cabeza. Se levantó, se puso la chaqueta del traje y salió del despacho, apagando la luz.

Liu

Lugar: Nave Logística Trans-Iberia, Polígono Los Olivos, Getafe.

Fecha: Domingo, 29 de noviembre, 02:15.

El turno de noche era un territorio silencioso. Solo un par de operarios patrullaban los pasillos principales, dejando la inmensa zona de oficinas acristaladas del altillo completamente a oscuras.

Liu avanzó pegado a la pared de pladur, subiendo las escaleras metálicas con pasos precisos, apoyando la punta del pie en los bordes para no hacer ruido. Llevaba ropa oscura y guantes de látex. Su respiración era rápida y poco profunda.

La orden implícita de Zhào Ruì era no arriesgarse, pero Liu sabía que el convoy armado salía hacia el puerto de Algeciras en menos de cuatro horas. Si no copiaba los manifiestos de carga ahora, el vínculo documental entre Cristian Martínez y el contrabando de armas ucranianas desaparecería para siempre en la burocracia andaluza.

Llegó a la puerta de la oficina del capataz. Sacó un bypass electrónico casero y lo conectó a la cerradura magnética. La luz roja parpadeó y cambió a verde con un levísimo clic. Liu entró y cerró la puerta a sus espaldas, encendiendo una minúscula linterna táctica.

Fue directamente a la bandeja de "Salidas Confirmadas". Iluminó los papeles. Allí estaban. Los manifiestos de carga, sellados y visados por IberGlobal, listos para entregárselos a los camioneros. El nombre del Arquitecto, Cristian Martínez, brillaba en la parte inferior de los documentos, validando un peso y una mercancía que eran una mentira absoluta.

Liu sacó su teléfono, preparó la cámara y empezó a fotografiar los folios.

Uno, dos, tres. Estaba a punto de hundir el imperio de Chen Wei. Solo necesitaba un minuto más para terminar.

Valon

Lugar: Vehículo de vigilancia (Furgoneta Fiat Ducato), exterior de la nave, Getafe.

Fecha: Domingo, 29 de noviembre, 02:18.

Valon se llevó el cigarrillo a los labios. Las cicatrices pálidas que le surcaban el rostro se tensaron al exhalar el humo. Tenía treinta y cinco años y había sido militar en Albania antes de que Chen Wei lo contratara. Era el líder táctico de Sinosur para la logística terrestre.

El auricular que llevaba en la oreja izquierda emitió un chasquido de estática encriptada.

—*Valon, tenemos una brecha* —la voz metálica, aséptica y con acento israelí resonó en su tímpano. Eran los analistas de la Unidad 8200 que Chen Wei tenía contratada—. *Una firma térmica no autorizada acaba de cruzar el pasillo K-4 y ha puenteado la cerradura magnética de la oficina de control logístico.*

Valon apagó el cigarrillo contra el salpicadero con un gesto mecánico. No mostró sorpresa.

—¿Es la policía? —preguntó en un español áspero.

—*Negativo. Es un lobo solitario. Procedimientos de infiltración avanzados. Probablemente inteligencia estatal* —respondió el operador israelí—. *Está fotografiando los manifiestos de IberGlobal.*

—Entendido. —Valon pulsó el transmisor de su garganta para conectar con los dos hombres de su equipo táctico que patrullaban el interior de la nave—. Sector de oficinas. Hay una rata en los archivos. Armas no letales, lo quiero vivo y consciente. Silencio de radio hasta la extracción.

Valon abrió la puerta de la furgoneta y bajó al asfalto mojado. Sacó una porra extensible de acero templado de su cinturón táctico y echó a correr hacia la puerta lateral de la nave, moviéndose en la

oscuridad con la fluidez letal de un depredador que ya ha olido la sangre.

Liu

Lugar: Nave Logística Trans-Iberia, Polígono Los Olivos, Getafe.

Fecha: Domingo, 29 de noviembre, 02:22 .

Liu terminó de fotografiar el último documento y lo devolvió a la bandeja de salida. Guardó el teléfono en su bolsillo interior y apagó la linterna táctica. La misión era un éxito.

Se giró hacia la puerta de la oficina. Estaba a punto de agarrar el pomo cuando la luz de emergencia del pasillo exterior se apagó de golpe, sumiendo todo el altillo en una oscuridad absoluta.

El corazón de Liu dio un vuelco. El aire acondicionado dejó de zumbar. Alguien había cortado la energía de ese sector desde el cuadro de mandos principal.

Retrocedió un paso instintivamente.

La puerta de la oficina se abrió con un estruendo brutal. Liu no tuvo tiempo ni de levantar los brazos. Una bota militar le golpeó directamente en el pecho, lanzándolo por los aires. Chocó contra la mesa de melanina, astillando la madera, y cayó al suelo tosiendo, sin aire en los pulmones.

La figura delgada pero fibrada de Valon se recortó en el umbral. No iba solo; a su izquierda, otro mercenario encendió una linterna cegadora que apuntó directamente a los ojos del joven espía.

—Inteligencia china, supongo —dijo Valon, avanzando despacio, golpeando el acero de su porra extensible contra la palma de su mano enguantada—. El señor Chen respeta mucho a vuestro país, muchacho. Pero odia a los ladrones.

El pánico inundó el cerebro de Liu. No podía dejar que lo capturaran vivo. Si lo interrogaban, destaparían la base de operaciones del Ministerio en Usera.

Movido por la pura adrenalina, Liu agarró un pisapapeles de mármol del suelo y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la linterna del segundo mercenario. El cristal estalló. Aprovechando el milisegundo de confusión y oscuridad, Liu rodó por el suelo, esquivó un barrido mortal de la porra de Valon y se lanzó literalmente a través de la cristalera de la oficina.

El cristal templado estalló en mil pedazos. Liu cayó desde una altura de tres metros, aterrizando sobre una montaña de cajas de cartón vacías que amortiguaron el golpe, aunque sintió un crujido agudo en su tobillo izquierdo.

—¡Cerrad las putas salidas! —rugió Valon desde el altillo.

Ignorando el dolor cegador, Liu se puso en pie y echó a correr hacia el muelle de carga trasero. Atravesó la puerta doble de emergencia, saliendo al frío cortante del polígono industrial. Corrió hacia el laberinto de naves y contenedores abandonados, con los pulmones ardiendo y cojeando severamente.

Mientras corría, desbloqueó el teléfono encriptado con el pulgar ensangrentado. Pulsó el icono rojo de la interfaz del MSS.

«Contacto visual perdido. Persecución activa. Solicito extracción inmediata en punto Delta.»

Se escondió detrás de un contenedor de basura, temblando incontrolablemente, viendo los haces de luz de las linternas de Valon barrer la calle a menos de cincuenta metros. Apretó el teléfono contra su pecho, rezando para que Zhào Ruì enviara a la caballería a sacarlo del infierno.

Zhào Ruì

Lugar: Piso franco del MSS, Barrio de Usera, Madrid.
Fecha: Domingo, 29 de noviembre, 03:00.

El piso franco olía a polvo frito en las resistencias de los radiadores, a fideos instantáneos recalentados y al ozono estático que desprendían los equipos electrónicos. Era un olor estancado, el olor de la vigilancia que nunca descansa.

Zhào Ruì estaba sentado frente a una mesa plegable de camping cubierta por un banco de servidores. Llevaba tres días sin dormir más de un par de horas seguidas. Sus ojos, enrojecidos y secos, estaban fijos en el parpadeo verde de una línea de comandos en el monitor central. El mensaje acababa de entrar a través del canal de emergencia encriptado.

«*Contacto visual perdido. Persecución activa. Solicito extracción inmediata en punto Delta*».

El remitente era Liu. El punto azul de su rastreador GPS parpadeaba de forma errática sobre el mapa digitalizado del polígono de Getafe. Los datos biométricos indicaban ciento sesenta pulsaciones por minuto. Pánico absoluto. El analista había tensado la cuerda demasiado cerca del núcleo de Sinosur y ahora lo estaban cazando.

Zhào apoyó los codos sobre la mesa de contrachapado. Las matemáticas de la situación eran de una crueldad perfecta. Si activaba a los equipos tácticos de la embajada para extraer a Liu, habría un tiroteo en suelo europeo. El ruido alertaría a la CIA y a Chen Wei. La ruta de Algeciras se blindaría y el flujo de armas hacia Hong Kong se volvería invisible. Para ganar la guerra, Liu debía ser el sacrificio.

El cursor verde parpadeaba, esperando la orden: «Confirmar extracción (Y/N)».

Los dedos de Zhào se suspendieron sobre el teclado de plástico duro. De pronto, el monitor, con su fondo negro absoluto, le devolvió el reflejo de su propio rostro. Las ojeras, la piel cetrina, la mirada vacía de un hombre que ya no recordaba quién era antes del servicio.

Y entonces, la imagen cambió.

Por un segundo, el reflejo de Zhào se superpuso con el de su hermana Jia. No hubo palabras, solo esa imagen grabada a fuego en su memoria: Jia mirándolo desde el camión que se la llevaba a la fábrica de Cantón, con esa sonrisa llena de una esperanza que él sabía que no se cumpliría. Vio sus ojos claros, la misma mirada de confianza que Liu le procesaba antes de salir al campo.

El calor de los procesadores se desvaneció, ahogado por un olor afilado, limpio y abrumador: jabón de lavanda artesanal. El olor de Jia.

Zhào sintió un nudo en la garganta que amenazaba con quebrarle la mandíbula. Estaba ocurriendo de nuevo. Estaba ante la montaña de escombros de la fábrica colapsada, decidiendo que su carrera valía más que denunciar las grietas en los pilares. Liu era su nueva fábrica. Liu era su nueva Jia. No era un monstruo frío; era un hombre que estaba matando su última pizca de humanidad para que el sistema pudiera seguir girando.

Sus ojos se volvieron vidriosos, empañados por una lágrima que se negó a rodar. Apretó los dientes hasta que le dolió el oído y, con una rigidez cadavérica, empezó a teclear.

No pulsó la "Y".

Tecleó una secuencia de comandos de purga de nivel 4. Ordenó al servidor central que borrara los códigos de acceso de Liu, que eliminara su perfil del registro de agentes y que detonara de forma remota la placa base del terminal del chico. Borró su existencia en tiempo real.

Pulsó *Enter*.

La línea de comunicación se cortó. El punto GPS desapareció del mapa.

Zhào se quedó inmóvil, mirando la pantalla ahora vacía. En la oscuridad repentina del piso franco, el olor a lavanda de su hermana

se quedó flotando, denso y acusador, llenando cada rincón de la habitación. Zhào alargó la mano y, con un movimiento mecánico, apagó el monitor.

Se quedó a oscuras, solo con el zumbido de los ventiladores y la certeza de que, para salvar al Estado, acababa de convertirse definitivamente en el mismo demonio que intentaba destruir. El olor a lavanda lo acompañó hasta que el sol empezó a salir sobre Usera.

Chen Wei

Lugar: Hospital Mount Sinai, Hong Kong.
Fecha: Hace quince años.

El pasillo de la unidad de cuidados intensivos olía a yodo y a lejía diluida. Era un olor aséptico, diseñado cuidadosamente para enmascarar la putrefacción orgánica y el fracaso de la carne que ocurría en las habitaciones contiguas.

Chen Wei estaba sentado en una silla de plástico moldeado. Tenía treinta y cinco años. Llevaba el mismo traje oscuro de corte impecable que vestiría como una armadura el resto de su vida, pero en aquella madrugada lluviosa, el nudo de su corbata de seda estaba aflojado. Sería la última vez en su existencia que alguien lo vería físicamente desaliñado.

En sus manos sostenía unas gafas de lectura. Los cristales estaban finamente agrietados, formando una telaraña de fracturas que distorsionaba la luz del fluorescente del techo. La montura de carey estaba torcida, manchada de un rojo oscuro en la patilla izquierda.

Eran las gafas de Lin.

El médico, un hombre de rostro agotado y bata blanca arrugada, salió de la habitación 402. No miró a Chen directamente a los ojos. Clavó la vista en el suelo de linóleo.

—Lo siento, señor Chen. La hemorragia interna... el impacto lateral destruyó los órganos vitales antes siquiera de que llegara la ambulancia —el médico tragó saliva, frotándose la nuca—. Hicimos todo lo que pudimos.

Chen no lloró. No gritó. Se quedó mirando las gafas rotas que descansaban en la palma de su mano.

El camión de transporte que se había saltado el semáforo en rojo y había aplastado el coche de Lin no era un capricho del destino, ni un simple accidente de tráfico. Era el síntoma de un

ecosistema enfermo. El camión pertenecía a una flota controlada por una Tríada local; un sindicato que sobornaba a los inspectores de vehículos del Estado para no pasar los controles de frenos, y que obligaba a conductores exhaustos a empalmar turnos de dieciocho horas consumiendo anfetaminas para optimizar los márgenes de entrega en el puerto.

El hombre que había matado a su esposa no era un asesino. Era la herramienta de un sistema podrido, caótico y chapucero. Lin no había sido víctima del destino; había sido simplemente un obstáculo físico, un obstáculo en la ruta de un camión sin frenos operado por la avaricia de hombres mediocres.

Chen pasó la yema del pulgar sobre el cristal astillado de las gafas. Una esquirla afilada le cortó la piel. Una gota minúscula, perfectamente esférica y oscura, brotó del corte.

No sintió dolor. Sintió una claridad absoluta, cegadora y gélida.

Comprendió en ese instante que el mundo de los hombres no estaba gobernado por la justicia, sino por la entropía. Si dejabas que el caos y la corrupción de bajo nivel fluyeran libremente, tarde o temprano la aleatoriedad te arrebataría todo lo que amabas.

Chen se levantó lentamente de la silla de plástico. Guardó las gafas rotas en el bolsillo interior de su chaqueta, justo sobre el corazón.

Si el mundo era una máquina brutal que trituraba vidas para mantener el flujo del capital, él no iba a ser nunca más la carne. Él iba a ser el que condujera la máquina.

Chen pasó junto al médico sin decir una sola palabra, con el rostro convertido para siempre en una estatua de piedra lisa. Abandonó el olor a yodo del pasillo y salió a la noche húmeda de Hong Kong.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho personal (Estudio), Ático en El Viso, Madrid.
Fecha: Lunes, 30 de noviembre, 18:45.

Me había atrincherado en mi propia casa. Había bajado los estores de todos los ventanales, excepto el del estudio, y había echado la doble cerradura de seguridad.

Estaba de pie frente a mi mesa de dibujo arquitectónico, con los planos de Algeciras extendidos, el frasco de *alprazolam* a la derecha y un vaso de whisky a la izquierda. Mi reflejo en el cristal de la ventana me daba asco.

Entonces, el teléfono vibró sobre la mesa.

El pánico me paralizó la mano a escasos centímetros del vaso. No era el terminal encriptado que usaba para la red de Chen; era mi teléfono personal. Miré la pantalla.

Mamá.

Tragué saliva. La garganta me ardía. Deslicé el dedo por la pantalla y me llevé el aparato a la oreja.

—Hola, mamá.

—Cris, cariño. ¿Te pillo trabajando? —su voz sonó cálida, ligeramente distorsionada por el altavoz, con ese tono inconfundible de quien está haciendo dos cosas a la vez en la cocina. De fondo se escuchaba el murmullo lejano de un televisor con las noticias de la tarde.

—Sí. Revisando unos planos —respondí. Mi voz sonó robótica, vacía. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no me temblara.

—Ya me imagino, a estas horas. Tienes que descansar más, hijo. Hoy he visto a la señora Concha en el supermercado, ¿te acuerdas de ella? Me ha preguntado por ti. Le he dicho que eras director en esa consultora tan importante. Se ha quedado de piedra.

Cerré los ojos con fuerza. El contraste entre su orgullo y mi realidad era una tortura física. Mi madre estaba en el piso que le había comprado su hijo, presumiendo de él con las vecinas, ajena por completo a que ese hijo acababa de extorsionar a un intermediario de aduanas, operaba para una red de contrabando internacional y estaba siendo cazado por mafias internacionales.

—Me alegro, mamá.

—Ya sé que te lo digo mucho, pero es que tu padre estaría tan orgulloso de ti, Cristian —continuó ella, bajando el tono, llenándolo de una ternura que se me clavó en el pecho como un cuchillo al rojo vivo—. Siempre me dijo que llegarías lejos. Que serías un hombre de provecho. Un hombre respetable.

Me apoyé con ambas manos en el borde de la mesa de cristal. Me faltaba el aire. *Un hombre respetable*. El Arquitecto impecable. Si ella supiera que el dinero que le enviaba cada mes para pagarle la hipoteca estaba manchado con el polvo de tiza de Sinosur y la prejubilación forzosa de un estibador honesto llamado Santiago...

—Mamá... —mi voz se rompió. Solo una fracción de segundo, pero se rompió. El impulso de llorar, de confesarle que estaba aterrorizado, me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías.

—¿Cris? ¿Estás bien? Te noto la voz rara.

Abrí los ojos. Miré los planos del puerto. Miré el frasco de pastillas. Si le contaba la verdad, o si dejaba que notara mi miedo, solo conseguiría poner una diana en su espalda. Tenía que cortarla. Tenía que aislarla del monstruo en el que me había convertido.

—Estoy bien —mentí, forzando el tono corporativo, frío y resolutivo—. Solo es cansancio. Tengo que dejarte, mamá. Tengo una reunión telemática con unos clientes asiáticos en cinco minutos.

—Oh, claro, claro. No te entretengo. Come caliente, por favor. Te quiero, hijo.

—Y yo a ti. Adiós.

Colgué. El pitido de la línea desconectada resonó en el despacho. Dejé el teléfono boca abajo sobre los planos.

La soledad que me invadió en ese instante fue absoluta, aplastante y definitiva. David me odiaba. Mi madre era un fantasma

de otra vida. Estaba completamente solo en el abismo.

Quince minutos después, a las siete en punto de la tarde, el timbre del interfono rompió el silencio del ático.

Era Mei Lin.

Mei Lin

Lugar: Despacho personal de Cristian (Estudio), Ático en El Viso, Madrid.

Fecha: Lunes, 30 de noviembre, 19:00.

El estudio en el ático de Cristian estaba diseñado para la concentración absoluta. Paredes forradas en madera de fresno, una inmensa mesa de dibujo arquitectónico inclinada y un ventanal que ofrecía una vista panorámica de las luces de la Castellana. Era un refugio caro y aséptico, suspendido por encima del ruido de Madrid.

Pero aquella tarde, el caos ya había cruzado la puerta.

Cristian estaba de pie frente a la mesa de cristal, apoyando ambas manos sobre los diagramas de flujo del puerto de Algeciras. A su izquierda, descansaba la pluma *Namiki* que le habíamos regalado; a su derecha, un frasco naranja de *alprazolam* a medio vaciar.

Chen me había enviado a su casa bajo la excusa de repasar los contratos de las empresas pantalla en un entorno privado. Pero la verdadera misión era otra: Valon y el equipo táctico del puerto habían atrapado a un espía husmeando en la nave de Getafe la noche anterior, y aunque el intruso no había hablado, Chen sabía que la presión sobre nuestra red iba a multiplicarse. Necesitábamos que el Arquitecto mantuviera los muros de la ruta en pie. Y Cristian estaba a punto de desmoronarse.

Lo observé en silencio desde el otro extremo de la habitación. Llevaba la camisa arrugada, sin corbata. Su respiración era agitada, errática. El terror a las facciones que lo perseguían lo estaba devorando por dentro.

Mientras lo miraba, un pensamiento oscuro y denso echó raíces en mi cabeza.

Tocar a Cristian no sería una traición a Wei. Mi marido era mi salvador, sí, pero también mi carcelero. Nuestra lealtad estaba forjada en el acero, en el respeto absoluto, no en el calor. Pero si me

dejaba llevar… Y tenía muchas ganas de hacerlo. Lo que podía ocurrir en este ático no tenía nada que ver con el amor ni con la lealtad matrimonial. Pertenecía al reino de la carne, a mis propias fantasías oscuras y a la pura necesidad táctica.

Wei debería entenderlo. Si Cristian se rompía, el algoritmo caía. Si para mantener a este hombre atado a Sinosur necesitaba darle mi cuerpo como ancla, Wei lo entendería. Él, mejor que nadie, sabía que a veces los nodos necesitan lubricante. Yo solo iba a asegurarme de que el Arquitecto nos perteneciera hasta el final. Esa idea me estaba creciendo en el vientre desde que entré por la puerta.

Me acerqué a él lentamente. El roce de mi pantalón de pinzas y mi jersey de cachemira fue el único sonido en la habitación.

—Están cerrando el cerco, Mei —susurró él, sin levantar la vista de los planos. Su voz era áspera, rasgada—. Lo noto. El tipo de la lavanda... los cárteles rivales. Si saben lo de Getafe, vendrán a por mí. Me van a matar. No puedo sostener la matriz si me están apuntando a la cabeza.

Me detuve justo a su lado. El olor químico de las pastillas para la ansiedad se mezclaba con su colonia amaderada y el sudor frío de su piel.

—Mírame, Cristian —ordené, con una suavidad que no admitía réplica.

Él giró el rostro. Tenía los ojos inyectados en sangre, las pupilas dilatadas y la mandíbula tensa. Era la viva imagen de un hombre ahogándose, buscando desesperadamente la superficie. Tan vulnerable…

—Nadie va a matarte —dije, levantando una mano—. Estás dentro de nuestro sistema. Eres intocable.

Posé mis dedos fríos sobre su mejilla. Cristian cerró los ojos al instante, soltando un suspiro tembloroso y entrecortado. Se inclinó hacia mi tacto, como un animal herido buscando el calor de la hoguera que iba a consumirlo.

Esperaba sentir el triunfo frío y calculador de la manipuladora. Esperaba que aquel acto fuera puramente instrumental. Pero cuando

Cristian abrió los ojos y me miró con esa mezcla de terror absoluto y devoción ciega, algo se fracturó dentro de mí.

Acorté los últimos centímetros que nos separaban y lo besé.

Fue un choque brutal. Cristian respondió con una fuerza desesperada, agarrándome por la cintura y atrayéndome contra su cuerpo con una violencia que me dejó sin aliento. Sus labios sabían a sal, a miedo y a amargor químico.

Mi cerebro intentó recordarme que esto era solo una transacción, una forma de garantizar su silencio, pero mi cuerpo me traicionó al instante. Gemí contra su boca, abriendo los labios, permitiendo que su desesperación me invadiera. Él enredó una mano en mi cabello, destruyendo la perfección de mi recogido con tirones torpes y hambrientos, mientras me empujaba hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra el borde de la mesa de dibujo, esparciendo los planos de Algeciras por el suelo de madera.

La sangre me hervía en las venas. Chen era una estatua de mármol; perfecto, inamovible, siempre en control. Pero Cristian era fuego y caos. Cristian se estaba quemando vivo, y por primera vez en mi vida, descubrí el placer salvaje e irracional de dejarme arder con alguien. Le devolví el beso con la misma ferocidad, mordiéndole el labio inferior, clavando mis uñas en su espalda a través de la camisa, empujándolo hacia el abismo de mis propias necesidades.

Cuando nos separamos un palmo para coger aire, los dos estábamos jadeando. Sus ojos clavados en los míos ya no buscaban una salida en los algoritmos; solo me buscaban a mí.

Le había dado la anestesia que necesitaba. Lo había encadenado a mi voluntad para siempre. Había cumplido mi función táctica para proteger a mi familia.

Pero mientras Cristian volvía a lanzarse sobre mis labios, arrastrándome hacia el sofá de cuero del estudio, supe con terrorífico deleite que la Flor de Hielo acababa de derretirse.

Cristian Martínez

Lugar: Habitación principal, Ático en El Viso, Madrid.
Fecha: Lunes, 30 de noviembre, 20:15.

El techo de mi habitación estaba sumido en la penumbra, solo roto por el parpadeo lejano de las luces de la Castellana que se colaban a través de los estores a medio bajar.

Estaba tumbado boca arriba, mirando a la nada, con el pecho subiendo y bajando de forma errática. Todavía jadeábamos, los dos, con la respiración rota y pesada, como si acabáramos de correr una maratón a través de un campo de minas. El aire de la habitación olía a sudor, a sexo y al sándalo inconfundible de Mei.

Mi cerebro, normalmente una máquina diseñada para ordenar el caos en hojas de cálculo y diagramas de flujo, estaba completamente colapsado. No podía creer lo que acababa de pasar.

Por mi mente seguían cruzando, como fogonazos estroboscópicos, las imágenes de los últimos cuarenta minutos. El choque brutal en el estudio. El frío del cuero del sofá contra mi espalda mientras ella me arrancaba la camisa. La forma salvaje, casi animal, en la que habíamos tropezado por el pasillo, chocando contra las paredes, incapaces de separarnos el uno del otro hasta caer sobre las sábanas de mi cama. No había habido ternura, ni pausas, ni palabras románticas. Había sido una colisión pura, un exorcismo de terror y deseo donde ambos intentábamos devorarnos vivos.

Giré la cabeza. Mei estaba tumbada a mi lado, de espaldas, con la piel pálida cubierta por un ligero brillo de sudor. La curva de su columna vertebral me pareció la cosa más hermosa y a la vez más letal que había visto en mi vida.

Y entonces, con la sangre empezando a enfriarse, la anestesia desapareció. Y el terror real me golpeó con la fuerza de un mazo.

Chen Wei. El hombre que controlaba los puertos. El dios de la logística que tenía a gente rastreando mis teléfonos y mis tarjetas. El monstruo que ordenaba amputar extremidades de su propia red y que había comprado mi alma por setecientos cincuenta mil euros. Acababa de traicionarlo de la forma más imperdonable y absoluta posible. Me acababa de follar a su mujer en mi propia cama. Si Chen lo descubría, Goran no me metería una bala en la cabeza; me desollaría vivo.

—Mei... —susurré, con la voz tan ronca que apenas la reconocí como mía—. ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa ahora?

Ella no se movió. Su respiración siguió siendo pesada, pero la tensión en sus hombros fue inmediata.

—¿Lo que hemos hecho... está bien? —insistí, incorporándome sobre un codo, sintiendo que el pánico me cerraba la garganta—. Dios mío, Mei. Chen. Si Chen lo sabe... Si su equipo nos ha seguido hasta aquí o si notan algo raro... Nos va a matar. Me va a matar a mí.

Mei se incorporó de golpe, dándome la espalda. El movimiento fue tenso, rígido. Se levantó de la cama, recogió su ropa interior del suelo y empezó a vestirse a una velocidad vertiginosa, con movimientos bruscos y mecánicos. Se puso el pantalón de pinzas y agarró su jersey de cachemira.

Al verla abotonarse a la fuerza, restaurando la armadura de la mujer fría, el estómago se me encogió. Vi el pánico en su postura. Creí ver el peso demoledor del arrepentimiento en sus ojos oscuros cuando me miró de soslayo por un segundo. Se había dado cuenta de la locura. Había cruzado la línea, había cedido al caos, y ahora el terror a su propio marido la estaba haciendo huir.

Me incorporé rápidamente, ignorando mi propia desnudez y arrastrando las sábanas revueltas. Tenía que calmarla. Tenía que asegurarle que el secreto estaba a salvo.

—Mei, escúchame —dije, acercándome a ella mientras se intentaba arreglar el cabello destrozado—. Mírame. No pasa nada. Jamás diré una palabra. Te lo juro por mi vida. Esto se queda aquí, entre tú y yo. Actuaré como si nunca...

No pude terminar la frase.

Antes de que pudiera prometerle que me llevaría el secreto a la tumba, Mei se giró de golpe. No había rastro de arrepentimiento en su rostro, ni disculpas, ni miedo. Había un fuego oscuro, una posesión absoluta.

Me agarró por la nuca con ambas manos, clavando sus uñas en mi cuero cabelludo, y me besó.

Fue un beso hambriento, posesivo, que me cortó la respiración y destruyó cualquier argumento lógico que mi cerebro estuviera intentando formular. El terror a Chen Wei, el miedo a la muerte, la paranoia de las cámaras y sus agentes... todo se evaporó en un instante, carbonizado por el calor de su boca.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato, traicionando a mi instinto de supervivencia. Mis manos volvieron a encontrar su cintura, aferrándome a ella, atrayéndola de nuevo hacia mí mientras el abismo se abría bajo nuestros pies, dispuesto a tragarme entero y, lo que era peor, haciéndome desear la caída.

Mei Lin

Lugar: Sala de juntas de cristal, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Martes, 1 de diciembre, 12:30.

El rotulador negro chirrió contra la pizarra blanca, trazando el carácter *Xìn* (confianza).

Estábamos en la inmensa sala de reuniones de la planta veintiuna de IberGlobal. A través de las paredes de cristal esmerilado, podíamos ver las siluetas borrosas de los ejecutivos yendo y viniendo por los pasillos, ajenos a lo que ocurría en el interior de la pecera. Oficialmente, el Arquitecto y yo estábamos repasando la fonética de los contratos de aduanas de Sinosur.

Extraoficialmente, el aire de la sala estaba tan cargado de electricidad que costaba respirar.

Cristian estaba de pie a menos de medio metro de mí. Llevaba un traje gris marengo impecable, pero yo no veía al consultor. Mi memoria táctil me traicionaba una y otra vez, devolviéndome a las sábanas revueltas de su ático catorce horas atrás.

Mi mente racional me gritaba que lo de ayer había sido un error de cálculo imperdonable. Un impulso suicida que no podía volver a ocurrir. Yo era la reina del imperio; no podía arriesgar mi corona por un simple peón.

Pero mi cuerpo no escuchaba razones.

Me dolían los muslos y sentía un calor denso, pesado y palpitante en el bajo vientre. Cada vez que Cristian se movía y su colonia amaderada llegaba a mi nariz, una descarga eléctrica me recorría la espina dorsal. Solo podía pensar en la brutalidad de sus manos sobre mis caderas, en la forma salvaje en la que me había embestido contra el sofá de cuero, en la sacudida de los orgasmos que me habían dejado sin aliento y en la sensación física, arrolladora

y absoluta, de sentir cómo me llenaba por todas partes. Lo deseaba con cada fibra, con cada poro de mi piel. Tenía hambre de él.

Dejé el rotulador en la base de la pizarra y me crucé de brazos, intentando mantener la compostura de la Flor de Hielo.

—Tenemos que hablar de lo que pasó ayer —susurró Cristian. Su voz era grave, apenas un hilo de aire que no cruzaría el cristal insonorizado de la sala.

—No hay nada de qué hablar —mentí, mirándolo a los ojos con fingida frialdad—. Fue una válvula de escape. Un error producido por el estrés. Ambos lo necesitábamos para no volvernos locos, pero se acabó.

Cristian acortó los centímetros que nos separaban. Su pecho rozó casi imperceptiblemente mi brazo. Tenía los ojos oscuros, inyectados en una mezcla de agotamiento y devoción ciega.

—Yo no voy a traicionarte, Mei —dijo, con una urgencia que me hizo tragar saliva—. Jamás. Preferiría que Goran me pegara un tiro antes de decir una sola palabra que pudiera hacerte daño. Te lo juro.

Mantuve el rostro inescrutable, pero por dentro sentí un temblor. Wei me hablaba de estructuras, de algoritmos, de lealtad corporativa. Cristian me hablaba con sangre, con desesperación.

—No he podido pegar ojo en toda la noche —continuó él, bajando la vista hacia mis labios por un segundo antes de volver a mirarme a los ojos—. No he dejado de pensar en ti ni un solo segundo desde que te vi entrar por primera vez en esta puta sala hace meses. Eres la mujer más hermosa y sensual que he visto en mi vida, Mei. Es... es como si te hubieran sacado directamente de mis fantasías más oscuras y locas. Me tienes completamente… No sé cómo decirlo.

Las palabras me golpearon con la fuerza física de una ola. Nadie me había hablado nunca así. Los hombres de negocios me miraban como a un florero de jade carísimo; Chen Wei me miraba como a una inversión estratégica brillante. Nadie me había mirado como a una mujer de carne y hueso, imperfecta, deseable y letal. Su adoración me fascinaba de una forma embriagadora. Alimentaba un ego que había tenido anestesiado durante años.

Quise decirle que se callara. Quise apartarlo y salir de la sala. Pero no pude. Fui incapaz de negarme a la posibilidad de volver a tenerlo.

—Puedes venir a mi ático cuando quieras —sugirió Cristian, al ver que la máscara de hielo de mi rostro empezaba a resquebrajarse —. Yo dejaré lo que sea que esté haciendo. Inventaré una excusa con Garrido, te abriré la puerta y... Dios, Mei. Solo ven. Siempre puedes decirle a la seguridad de tu marido que necesitas aclarar dudas del idioma en un entorno privado. Hasta ahora hemos tenido carta blanca. Nadie sospechará. Si quieres, envíame un mensaje al móvil cuando estés de camino y yo...

—No —lo corté en seco, agarrándolo por la solapa de la chaqueta con una brusquedad que lo asustó—. Escúchame bien, Cristian. Nunca. Cero mensajes. Cero llamadas. Ni siquiera un maldito correo electrónico.

Cristian parpadeó, confundido por mi reacción.

—Es evidente que toda tu vida digital está intervenida por los analistas de mi marido —le expliqué, bajando la voz hasta convertirla en un siseo letal—. Vigilan tu teléfono corporativo, tus cuentas, tu GPS. Eres un riesgo estructural para Sinosur, y Chen te mantiene bajo el microscopio. Si me envías un mensaje, o si yo te llamo fuera de los horarios establecidos, las alarmas saltarán de inmediato.

—Pero... ¿y tu teléfono? —preguntó él, asustado.

Sonreí levemente.

—Wei jamás me haría eso. Él confía en mi lealtad más que en su propia vida. Mi perímetro está limpio —le aseguré—. Pero el tuyo no. Si voy a tu casa, apareceré sin avisar. Y si te digo que no puedes abrir la puerta, no la abres. Yo dicto las reglas en la oscuridad, Cristian. ¿Lo entiendes?

Cristian asintió lentamente, completamente sometido a mi voluntad. La forma en que su nuez subió y bajó al tragar saliva me provocó una punzada de deseo tan intensa que tuve que apretar los dientes.

—Lo entiendo, Mei —murmuró.

No le di una respuesta afirmativa. No le dije si volvería a su cama esta noche, mañana, o nunca. Dejé la promesa suspendida en el aire, cociéndolo a fuego lento en su propia desesperación.

Di un paso atrás, agarré mi bolso de diseño y caminé hacia la puerta de cristal de la sala de juntas. Mientras cruzaba el umbral para salir al pasillo, tuve que clavar mis uñas en las palmas de mis manos con tanta fuerza que casi me hice sangre. Todo mi cuerpo gritaba, exigiéndome que me diera la vuelta, que lo agarrara por la corbata, que lo arrastrara al rincón más oscuro del despacho y lo besara hasta perder el conocimiento.

Me contuve. Me alejé por el pasillo de la planta veintiuna con la cabeza alta y el paso firme.

Mei Lin

Lugar: Despacho privado de Chen Wei, Mansión de La Moraleja.

Fecha: Miércoles, 2 de diciembre, 11:30.

La regla no escrita más importante de la mansión era sencilla: el despacho de Wei estaba estrictamente prohibido. Ni el servicio de limpieza, ni Goran, ni yo teníamos autorización para cruzar el umbral de doble hoja de roble macizo sin él.

Pero mi marido estaba en Frankfurt cerrando la compra de unos astilleros, y yo sabía que Goran hacía su ronda perimetral exterior entre las once y cuarto y las doce menos cuarto.

Deslicé la tarjeta magnética que había sustraído del control de seguridad. El lector emitió un leve *bip* verde. Empujé la puerta y entré.

El aire dentro del despacho estaba filtrado, gélido y olía a madera antigua y a ozono.

Me temblaban las manos. Mi presencia allí era un riesgo irracional que la antigua Mei jamás habría asumido. Pero desde el lunes, desde que Cristian y yo nos habíamos devorado en aquel sofá de cuero y entre las sábanas de su ático, algo en mi interior se había roto de forma definitiva.

Me sentía viva. Por primera vez en años, la sangre me corría por las venas, caliente, exigiendo más. El terror constante a que Wei lo descubriera, a que los malditos analistas israelíes de Chen hubieran captado una mirada o un cambio en mi ritmo cardíaco, me asfixiaba, pero la adrenalina era más fuerte. Me negaba a parar. Necesitaba volver a tocar a Cristian.

Fui directa al escritorio de ébano. Sobre él reposaba el iPad secundario de Wei. No era el dispositivo corporativo; era el terminal táctico que utilizaba para monitorizar las arterias más oscuras de Sinosur. Wei confiaba en mi lealtad absoluta y nunca me ocultaba el

pad numérico cuando tecleaba el pin maestro frente a mí. Creía que yo jamás interferiría en su arquitectura.

Tecleé 884201. La pantalla se iluminó.

Mi objetivo original era puramente temerario. Quería revisar los registros de vigilancia para confirmar que la Plataforma de Telemetría de mi marido no sabía nada de mi infidelidad. Y, sobre todo, quería acceder al plan de vuelo privado de Wei para calcular cuántas horas me quedaban para escabullirme de nuevo al ático del Arquitecto.

Pero al abrir la aplicación de seguridad, no vi informes de cámaras ni vuelos desde Alemania. Lo que llenaba la pantalla era un mapa topográfico de Europa, centrado en el Reino Unido.

Con los dedos tensos, amplié la imagen sobre la ciudad de Londres. Había un punto verde parpadeando con fuerza en la zona de Hackney. El apartamento de estudiantes de mi hermano.

Pulsé sobre el punto verde. Se desplegó una ventana de texto con el sello del departamento cibernético de la firma israelí que operaba en nuestro sótano.

«Operativa de Compras. Sujeto: J-L. Nodo: Londres. Estado: Exitoso y Asegurado. Los rastreadores del MSS (Pekín) han intentado romper la triangulación Tor durante la adquisición de material ucraniano en la Dark Web. Nuestro equipo ha desplegado contramedidas, blindando la IP del Sujeto J-L y desviando a la inteligencia china hacia servidores fantasma en Europa del Este. Adquisición completada. El sujeto J-L sigue operando de forma encubierta bajo nuestra protección absoluta.»

El aire abandonó mis pulmones. Tuve que apoyarme en el borde del escritorio para asimilar lo que estaba leyendo.

Jian. Mi hermano pequeño.

Yo siempre había creído que sus ideas revolucionarias eran juegos de niños universitarios, rebeldía barata financiada a mis espaldas. Siempre había vivido con el terror de que Wei descubriera que el dinero de su matrícula acababa en las calles de Hong Kong y lo castigara.

Qué estúpida había sido. Qué ciega.

Jian no estaba actuando a espaldas de Chen Wei; estaba actuando **para** Chen Wei. Mi marido, el gran estratega, había convertido a mi hermano pequeño en su comprador fantasma de armamento. Había alimentado su idealismo revolucionario, le había puesto el dinero en las manos y lo había convertido en un criminal internacional, operando bajo el escudo cibernético de los mercenarios israelíes de Sinosur.

Jian estaba a salvo de la policía y de Pekín, sí. Su vida física no corría peligro. Pero estaba profunda e irremediablemente manchado.

La imagen del niño inocente de Macao, el niño por el que yo me había vendido al monstruo para asegurarle un futuro limpio y brillante, se hizo pedazos en mi mente. Jian era un fanático. Un soldado leal en el ejército oscuro de Wei, embriagado por el poder y la falsa revolución que mi marido le permitía liderar desde un teclado. Si Jian supiera lo que yo acababa de hacer con Cristian... me repudiaría. Le sería más leal a Chen Wei, su dios y benefactor, que a su propia sangre.

Una risa amarga y silenciosa me arañó la garganta.

Había pasado cuatro años convirtiéndome en una estatua de hielo, soportando el peso aplastante del imperio de Wei, sacrificando mi propia alma bajo la falsa creencia de que, al menos, el alma de mi hermano seguía intacta. Pero Wei también se la había devorado.

El dolor de la pérdida fue agudo, pero duró apenas unos segundos. Fue reemplazado de inmediato por una ligereza embriagadora. Una liberación brutal.

Si la pureza de Jian ya no existía, mi sacrificio no tenía sentido. Ya no le debía nada a nadie. Ya no tenía que ser la hermana mártir ni la esposa intachable.

Lentamente, deslicé el pulgar hacia el botón de inicio. Cerré la aplicación. Bloqueé el dispositivo. El iPad se apagó, devolviéndome mi propio reflejo oscuro en la pantalla negra.

Me alejé del escritorio de ébano sin hacer ruido. Salí del despacho, asegurándome de que el pestillo encajara a mis espaldas. Mi respiración era tranquila. El miedo y la culpa que me habían

atormentado al entrar en la habitación habían desaparecido por completo.

Si mi hermano había elegido arder en el infierno de Sinosur por pura voluntad, yo también tenía derecho a arder con lo único que me hacía sentir viva. Tenía cuatro horas y media antes de que el vuelo de Wei aterrizara en Barajas. Tiempo más que suficiente para coger el coche y volver al ático de Cristian Martínez.

Cristian Martínez

Lugar: Dormitorio, Ático de Cristian, Madrid.
Fecha: Miércoles, 2 de diciembre, 13:00.

La luz grisácea de un diciembre plomizo se filtraba por el ventanal, dibujando sombras alargadas sobre las sábanas revueltas.

Habíamos ido a "comer".

Mei no se movía. Estaba tumbada de lado, dándome la espalda a medias, con la mirada perdida en un punto fijo de la colcha. Me incorporé sobre un codo y seguí su dirección. No miraba el vacío; sus dedos rozaban una hebra de seda blanca que se había desprendido de su lencería, un hilo finísimo que brillaba bajo la luz mortecina.

—¿En qué piensas? —susurré, temiendo romper la fragilidad del momento.

Esperaba que hablara de Chen, de los códigos de Sinosur o del peligro de que Goran estuviera vigilando el portal. Pero Mei no se tensó. Su voz, cuando llegó, era un susurro que parecía venir de otra vida.

—Jian tenía siete años cuando descubrió dónde guardaba mi padre los dulces para las ofrendas —dijo, sin apartar la vista de la hebra de seda—. Eran unos caramelos de jengibre y miel, envueltos en un papel rojo que crujía muchísimo. Mi padre era un hombre severo; decía que los dulces enturbiaban la disciplina. Si lo pillaba, el castigo sería pasar la noche rezando en el suelo de piedra.

Me quedé inmóvil, escuchando por primera vez una historia que no tuviera que ver con la logística o la supervivencia.

—Él no podía evitarlo. Tenía una debilidad absoluta por ellos —continuó, y una pequeña sonrisa, triste y remota, asomó en la comisura de sus labios—. Así que yo empecé a robarlos por él. Los escondía en el hueco de un ladrillo suelto detrás de su cama. Cada noche, antes de dormir, yo le daba uno. Él lo masticaba muy

despacio, tapándose la boca con la manta para que no se oyera el crujido del papel. Yo me quedaba sentada a su lado, vigilando la puerta, sintiéndome la persona más poderosa del mundo porque podía proteger su pequeño secreto.

Mei dejó de tocar el hilo. Sus dedos se cerraron sobre la sábana, apretándola con fuerza.

—Corría detrás de él cuando aprendió a montar en bici por los jardines de Macao. "No me sueltes, Mei-Mei", me gritaba. Y yo le juraba que no lo haría. Le juraba que siempre estaría detrás, sujetando el sillín.

Entonces lo oí: un sollozo seco, casi imperceptible. Mei no se cubrió la cara. Se quedó allí, con los ojos abiertos, dejando que las lágrimas corrieran libres sobre la almohada. No era el llanto de una mujer asustada por un marido mafioso; era el llanto de una niña que se había dado cuenta de que el sillín llevaba años vacío.

—Lo perdí mucho antes de que se fuera a Londres, Cristian —confesó, y su voz se quebró definitivamente—. Lo perdí el día que acepté casarme con Chen Wei para "salvarlo". Me convertí en una extraña para él. Me convertí en la mujer de seda y hielo, y mientras yo creía que lo protegía desde mi torre, él buscaba el calor en las ideas de otros. En la violencia de otros. Le fallé. Le solté el sillín y ni siquiera me di cuenta de cuándo empezó a pedalear hacia el abismo.

No supe qué decir. Yo era hijo único, y lo más parecido a un hermano que conocía era David. No hay una fórmula para la culpa fraternal. Así que hice lo único que podía hacer: me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos, pegando su espalda a mi pecho.

En ese momento, Mei Lin no era mi socia en una traición. No era la mujer que manejaba los hilos de Sinosur. Era solo una hebra de seda a punto de romperse. La abracé con fuerza, ocultando mi rostro en su cuello, dejando que su dolor se filtrara en mi propia piel.

Chen Wei

Lugar: Despacho privado, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 2 de diciembre, 19:45.

El vuelo desde Frankfurt había aterrizado con 40 minutos de retraso, pero la mente de Chen Wei ya no estaba en la adquisición de los astilleros alemanes.

Entró en su despacho, cerró las pesadas puertas de roble y dejó el maletín sobre el sofá de cuero. La habitación estaba exactamente como la había dejado, sumida en su silencio gélido y calculador. Se acercó al escritorio de ébano, se sentó y encendió el monitor principal.

No tecleó ninguna contraseña. Introdujo una llave USB biométrica en el puerto oculto bajo la mesa y apoyó el pulgar en el lector.

La pantalla se conectó directamente mediante una red privada virtual (VPN) a los servidores alojados a quince kilómetros de allí, en un aséptico parque empresarial de Alcobendas. Oficialmente, aquellas oficinas pertenecían a *Horizon Data Solutions*, una consultora de análisis de mercado. Extraoficialmente, era el centro neurálgico de la Plataforma de Telemetría: dos docenas de ex-hackers y analistas de inteligencia privada que operaban la ciberseguridad global de Sinosur.

La interfaz de texto negro sobre fondo gris se iluminó. El operador principal, al que Chen solo conocía como "Gideon", ya estaba en línea.

«Señor. Operación de Londres finalizada con éxito», apareció en la pantalla. *«El MSS chino ha perdido el rastro de la IP. El Sujeto J-L (Jian) ha sido reubicado y sigue siendo un activo seguro para nuestras compras en la Dark Web.»*

Chen asintió, satisfecho. Su cuñado, el joven y moldeable Jian, seguía siendo su peón ciego. Había sido arriesgado dejarle

jugar a la revolución, pero Jian era brillante y, lo más importante, indetectable bajo el paraguas de Sinosur.

Chen tecleó una respuesta: *«Excelente. ¿Alguna anomalía en mi ausencia?»*

Hubo una pausa al otro lado.

«Sí, señor. Registramos una brecha de nivel bajo en el perímetro local. A las 11:34 AM, la puerta de su despacho privado fue abierta utilizando la tarjeta magnética del guardia de seguridad del turno de noche.»

Chen frunció el ceño. El guardia del turno de noche debería estar durmiendo a esa hora en los barracones de la finca.

«Sin embargo», continuó escribiendo Gideon, *«el sistema de sensores de masa volumétrica instalados bajo la tarima de roble de su despacho registró un peso exacto de 51 kilos, con un patrón de pisada ligero, sin calzado de seguridad. El intruso permaneció en la sala cuatro minutos y doce segundos.»*

Chen apartó las manos del teclado.

Cincuenta y un kilos. Tarjeta robada al guardia dormido. Pasos ligeros.

Mei.

Nadie le había contado a su esposa que el suelo del despacho calculaba el peso y la densidad de todo lo que cruzaba el umbral. Chen procesó la información con una frialdad matemática. Mei había entrado en su santuario. ¿Para qué?

Volvió a colocar los dedos sobre el teclado. *«¿Se comprometió algún activo de la sala?»*

«Sí, señor. El iPad secundario. Se desbloqueó sin usar biometría, introduciendo el PIN de emergencia maestro. La sesión duró tres minutos. La aplicación de monitoreo del Sujeto J-L en Londres fue abierta y consultada.»

La temperatura de la habitación pareció descender de golpe. La ecuación se completó en su cerebro con una precisión letal. Solo dos personas en el mundo conocían ese PIN. Él, y la mujer que acababa de deducir que estaba en la sala.

La había subestimado. Chen siempre había sabido que su esposa era inteligente, por eso la había elegido, pero pensaba que el

respeto la mantendría siempre a raya. Y, sin embargo, Mei había robado una tarjeta, se había colado en su despacho, había usado el código que fingía no mirar y había visto el mapa. Mei sabía ahora que Sinosur había convertido a su querido e inmaculado hermano pequeño en un traficante de armas en la sombra.

Chen se levantó de la silla y caminó hacia el ventanal que daba al jardín trasero de la mansión.

Abajo, en la penumbra del atardecer, Mei estaba sentada en un banco de piedra junto a la fuente. Llevaba un abrigo de lana blanca. Goran vigilaba a diez metros de distancia, como una estatua.

Chen la observó con la frialdad de un entomólogo estudiando a un insecto bajo el microscopio. Esperaba ver a una mujer destrozada. Esperaba ver a la hermana mártir temblando de pánico, tecleando furiosamente en su teléfono para intentar contactar con Londres, o llorando por la pureza perdida de su hermanito.

Pero Mei no estaba llorando.

Estaba leyendo un libro. Tenía las piernas cruzadas con una elegancia perezosa y, de vez en cuando, levantaba la vista hacia el cielo de Madrid con una expresión que Chen no le había visto en cuatro años. No era sumisión. No era miedo.

Era alivio. Estaba radiante.

Las variables no cuadraban. Si Mei sabía que él controlaba a Jian y que el chico era un criminal, debería odiarle o temerle aún más. Pero esa mujer que leía en el jardín irradiaba una vitalidad nueva y peligrosa. Una emancipación silenciosa.

¿Qué sabía realmente? ¿Hasta qué punto el descubrimiento sobre su hermano había roto sus cadenas psicológicas? Chen no podía permitirse una esposa que tuviera agendas ocultas, acceso a su cama y conociera la ubicación de sus servidores. Mei podía convertirse en un riesgo incalculable.

Tenía que saber qué estaba haciendo y con quién estaba hablando.

Chen volvió al escritorio de ébano. Puso las manos sobre el teclado y escribió con pulsaciones rápidas y secas:

«Gideon. Inicia la Directiva de Auditoría Interna: Protocolo de Telemetría Ambiental*.»*

Ese era el protocolo preestablecido por Sinosur para investigar la posible traición de altos ejecutivos de la compañía o miembros de la familia directa de Chen. Era el nivel de escrutinio más invasivo que existía.

«¿Cuál es el objetivo de la auditoría, señor?»

«Mi esposa», tecleó Chen. *«Intervención completa. Clona su teléfono personal. Activa los micrófonos ambientales en remoto. Rastrea el GPS y el odómetro de sus vehículos. Quiero saber dónde ha estado cada minuto que yo he pasado en Alemania, con quién habla y qué respira. Y mantén a Goran y al equipo de seguridad física al margen. Solo recolección de datos.»*

«Entendido, señor. Protocolo de Telemetría Ambiental activado. Inyectando el spyware en los terminales objetivo.»

Chen cerró la conexión y retiró la llave biométrica. Miró de nuevo hacia el jardín. Mei seguía allí, hermosa e indescifrable, una pieza de porcelana que de repente había desarrollado voluntad propia.

Chen no tomaría ninguna decisión todavía. Castigarla ahora, sin saber qué planeaba hacer con la información sobre Jian, sería un desperdicio estratégico. Iba a dejar que Mei creyera que su incursión en el despacho había sido un éxito absoluto. Iba a dejar que pensara que él era un marido ciego.

Zhào Ruì

Lugar: Parking subterráneo, Planta -3, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Miércoles, 2 de diciembre, 20:05.

El aire en la planta menos tres del parking estaba estancado, denso, cargado del olor a goma quemada, monóxido de carbono y esa humedad rancia que siempre se filtra desde los cimientos profundos de los rascacielos. La iluminación fluorescente parpadeaba esporádicamente, tiñendo el hormigón desnudo de un tono verdoso y enfermizo, acentuando la sensación de entierro prematuro.

Zhào Ruì estaba apoyado contra la puerta del copiloto del Audi A5 de Cristian Martínez.

Había esperado en las sombras durante dos horas. Tras perder a su agente Liu en el polígono de Getafe y verse obligado a borrar sus huellas digitales, el Ministerio de Seguridad se había quedado a oscuras respecto a la carga física. El tiempo se agotaba. Necesitaba infiltrar la red desde la cúpula, y sabía que el Arquitecto solía bajar tarde, cuando el parking ya estaba casi desierto.

El sonido de unos zapatos de cuero de suela dura resonó en el pasillo que conectaba con los ascensores. Zhào se enderezó ligeramente, ajustándose la chaqueta oscura.

Cristian apareció por la esquina. Llevaba el maletín en la mano derecha, caminando con la cabeza gacha, arrastrando ligeramente los pies. Tenía un aspecto deplorable. Cuando vio a Zhào recostado contra su coche, se detuvo en seco. Su rostro, iluminado por el parpadeo verdoso del fluorescente más cercano, perdió el poco color que le quedaba.

—Usted... —susurró Cristian, apretando el asa del maletín de cuero hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Dio un paso atrás instintivo—. Le dije que no me siguiera. No tengo nada que hablar con su cártel.

Zhào no se inmutó. No adoptó una postura de combate ni alzó la voz. El entorno cerrado y asfixiante ya hacía la mitad del trabajo de intimidación por él. Se limitó a dar un paso lateral, apartándose de la puerta del coche.

—No soy de ningún cártel, señor Martínez —dijo Zhào, su voz resonando plana y metálica en el vacío del parking—. Mi nombre es Zhào Ruì. Trabajo para el Ministerio de Seguridad del Estado de la República Popular China. Y he venido a ofrecerle una salida del matadero.

El Arquitecto parpadeó, aturdido. La mención a una superpotencia estatal pareció descolocar sus esquemas, sumando un peso titánico a su terror.

Con un movimiento rápido y fluido, Zhào extrajo una tableta extraplana envuelta en una funda de cuero negro del interior de su chaqueta. Tecleó un código rápido y giró la pantalla hacia Cristian, apoyándola sobre el capó gris metalizado del Audi.

La luz azulada del dispositivo iluminó el rostro pálido del español.

En la pantalla había un mosaico de imágenes y documentos clasificados.

—No me mire como si leyera la mente, Martínez —dijo Zhào, señalando la pantalla—. El equipo de ciberseguridad de IberGlobal es lamentable. El cortafuegos de la concesionaria portuaria es un coladero, y las cámaras de vigilancia del polígono de Getafe transmiten en una frecuencia sin encriptar. Llevamos semanas cruzando los metadatos de sus teléfonos corporativos y leyendo todo.

Cristian dio un paso vacilante hacia el coche y bajó la vista hacia la tableta.

Lo que vio no era una extorsión barata; era su autopsia legal. El primer documento en pantalla era un extracto de transferencias bancarias internacionales desde la cuenta matriz de IberGlobal hacia una fiduciaria en Zúrich a nombre de Fernando Garrido. El segundo era una copia de la auditoría interna de la Terminal Sur, con la firma digital de Cristian como único validador legal. El tercero era una

captura de vídeo en blanco y negro, granulada, donde se veía a Goran descargando armamento camuflado en la nave de Sinosur.

El maletín se le resbaló de las manos a Cristian. El cuero impactó contra el hormigón manchado de aceite con un golpe sordo.

—No... —murmuró Cristian. Su respiración se aceleró de golpe, convirtiéndose en un jadeo ruidoso, casi asmático—. Garrido...

—Su amigo del departamento de Compliance tenía razón —intervino Zhào—. Fernando Garrido sabe lo que mueven los mercenarios de Chen Wei. Y le ha convertido a usted en el único salvoconducto legal. Cuando las autoridades europeas intervengan la ruta de Algeciras, Garrido estará en Suiza, y usted enfrentará treinta años de prisión por terrorismo internacional.

—¿Terrorismo? —Cristian retrocedió, tropezando con su propio maletín. Se llevó las manos a la cabeza, tirándose del pelo. La impecable fachada de directivo quedó completamente destruida bajo la luz verde del sótano.

—Tienen mi teléfono hackeado... la red de Chen... sus informáticos lo saben todo —balbuceó Cristian, mirando a su alrededor con los ojos desorbitados, buscando cámaras ocultas en el techo de hormigón—. Si Chen descubre que he hablado con usted, me matará. Su jefe de seguridad me volará la cabeza.

—Chen Wei está ciego en este momento. Sus analistas controlan sus dispositivos, no las sombras de este garaje —lo cortó Zhào, su voz bajando un tono, volviéndose fría y letal—. El domingo por la noche, mi unidad intentó interceptar los contenedores en Getafe. Los mercenarios de Chen descubrieron a nuestro hombre. La guerra ya ha empezado, y usted está atado al bando que nosotros vamos a aniquilar.

Zhào dio un paso hacia él, invadiendo el espacio vital del español.

—Las únicas dos opciones que tiene en este parking son estas —susurró Zhào, como un juez dictando sentencia—. O me entrega la arquitectura completa de la trampa... los planos *as-built* de las dársenas ciegas de Algeciras y los algoritmos que ha diseñado para burlar a la aduana... y a cambio el Estado chino le garantiza

impunidad y una extracción segura a un país sin extradición. O me doy la vuelta, envío estos documentos a Europol ahora mismo, y dejo que el sistema de seguridad de su querido cliente registre que la policía va a por usted. Goran le meterá una bala en la nuca antes de que logre hacer la maleta.

Cristian miró la tableta sobre el capó del coche. El extracto de Zúrich. Su firma solitaria en los manifiestos. Luego miró el rostro de granito de Zhào.

El aire del parking se volvió de repente irrespirable. La mezcla del olor agrio a gasolina, la humedad del hormigón, la certeza de la traición de Garrido y la pura toxicidad de su propio pánico le revolvió el estómago de una forma violenta e incontrolable.

Quería huir. Zhào pudo ver cómo estaba intentando calcular si tenía alguna posibilidad. Vio cómo se arqueó un poco hacia adelante, y los músculos del espía chino se tensaron por puro instinto, preparándose para interceptarlo.

Pero el Arquitecto se dobló sobre sí mismo, apoyó una mano temblorosa contra la aleta delantera del costoso Audi y vomitó todo el contenido de su estómago directamente sobre el asfalto sucio.

El sonido húmedo de las arcadas rebotó contra las paredes de la planta menos tres, un eco patético y profundamente humano que contrastaba con la fría y despiadada geometría del poder que acababa de aplastarlo.

Zhào observó cómo Cristian se limpiaba la boca con el dorso de la mano, todavía temblando. Luego, con un movimiento lento, metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y extrajo un sobre de papel manila de tamaño reducido, sin ningún tipo de membrete.

—Esto es un pendrive encriptado —dijo Zhào, tendiéndoselo —. Solo usted tiene la clave para abrir los archivos que necesito. Los planos as-built de Algeciras, los algoritmos de enrutamiento ciego y los registros de acceso de Garrido a las cuentas de Zúrich. Todo tiene que estar ahí.

Cristian miró el sobre sin atreverse a tocarlo.

—¿Un pendrive? —Cristian lo miró como si fuera un artefacto explosivo—. No puedo enviarlo por correo. Chen...

—No me diga lo que ya sé —le interrumpió Zhào, con un deje de impaciencia controlada—. Por eso no va a enviarlo. Va a depositarlo.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una llave pequeña, del tamaño de un mechero, con una etiqueta adhesiva donde se leía *«Consigna 47»*.

—Estación de Atocha. Planta de cercanías. La consigna está junto a los taquillas automáticos. Cuando tenga el material preparado, lo deja ahí dentro. No tiene que verme. No tiene que llamarme. Yo lo recogeré.

Cristian guardó el pendrive en el bolsillo. La llave, en cambio, se quedó en su mano, temblando. Sus dedos temblaban tanto que el metal tintineó contra sus nudillos.

—¿Y si Chen descubre que voy a Atocha? —susurró—. Me siguen. Controlan mis movimientos.

—Por eso no va a ir a Atocha —respondió Zhào, con una paciencia gélida—. Va a pedir a su secretaria que le compre un billete de tren para un viaje de inspección a Valencia. Va a coger el AVE, y en el trayecto, antes de llegar a destino, se baja en Atocha. Un desvío de diez minutos. Cualquiera puede necesitar ir al baño. ¿O acaso sus sombras le siguen hasta el lavabo?

Cristian tragó saliva.

—¿Y si no tengo el material listo?

—Entonces no vaya —dijo Zhào, encogiéndose de hombros con una frialdad insultante—. Pero recuerde lo que le he enseñado en esa tableta. Cada día que pasa sin que yo tenga esos planos, Garrido se acerca más a Zúrich y Chen Wei más a convertirlo en un cadáver con su firma en la frente.

Zhào dio un paso atrás, apartándose definitivamente del coche.

—Cuando decida salvarse, ya sabe dónde dejarlo. No me busque. Yo lo encontraré a usted.

Se dio la vuelta y caminó hacia la oscuridad del parking, desapareciendo entre las sombras de los pilares de hormigón.

Cristian se quedó solo, apretando la llave de la consigna contra la palma de la mano, sintiendo cómo el metal frío se

calentaba con el sudor de su miedo.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho personal, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Jueves, 3 de diciembre, 11:30.

Estaba sentado frente a mi ordenador, con la puerta del despacho cerrada. En la inmensa pantalla panorámica, los planos topográficos de la nueva concesión portuaria de Algeciras se superponían con infinitas hojas de cálculo que cruzaban el volumen físico de los contenedores con las declaraciones ciegas de aduanas. Era mi obra maestra logística. Y era mi sentencia de muerte.

El peso de mis propias estructuras me estaba aplastando. Zhào Ruì me había dado un ultimátum. Por otro lado, la red invisible de Chen Wei escaneaba cada paso digital que yo daba, esperando una sola anomalía para enviar a Goran a volarme la cabeza.

Y, en el centro de todo, el fuego cruzado del que David me había advertido: mi propia firma digital avalando legalmente todo este infierno mientras Garrido preparaba su cuenta en Zúrich.

Las paredes de cristal de mi despacho en la planta veintiuna ya no me parecían un símbolo de transparencia corporativa, sino las paredes de un inmenso terrario donde tres depredadores distintos observaban mis últimos movimientos, esperando a ver quién daba el primer mordisco.

Me temblaban las manos. Un temblor fino, de alta frecuencia, que me impedía sostener el ratón con precisión.

Abrí el cajón inferior del escritorio, el que estaba reservado para los documentos confidenciales impresos, y saqué mi pequeño frasco naranja de plástico. *Alprazolam*. Dos miligramos.

Desenrosqué el tapón blanco de seguridad con un chasquido que sonó ensordecedor en el silencio del despacho. Volqué el contenido sobre la impecable superficie de cristal de mi mesa, justo

sobre los manifiestos impresos de la Terminal Sur, los mismos documentos que me incriminaban en solitario.

Las pastillas blancas, ovaladas y marcadas con una ranura central, se esparcieron por el cristal. Empecé a contarlas, deslizando cada una con la yema del dedo índice hacia un pequeño montón.

Dieciséis, diecisiete, dieciocho...

La cuenta era un ancla. Un conteo de unidades simples, tangibles, que mi cerebro arquitectónico podía procesar sin entrar en pánico. Estructura y cantidad.

Veintiuna, veintidós.

Veintidós píldoras. A dos miligramos por píldora, tenía cuarenta y cuatro miligramos de anestesia química separándome del colapso total de mis propios cimientos.

Agarré una, sintiendo el polvo calcáreo en la yema del pulgar. Sin embargo, el gesto automático de llevármela a la boca se detuvo en seco.

Mi mente escapó del terrario de cristal y voló hacia Mei.

El recuerdo de su olor a sándalo, de sus uñas clavándose en mi espalda desnuda, del fuego irracional que nos había consumido en mi ático... Todo ello barrió la paranoia por un instante. Pensar en ella, en la electricidad que había llenado la sala de juntas el día anterior cuando le supliqué que volviera, cuando vino a mi piso, era lo único que inyectaba sangre caliente en mis venas heladas. Ella era mi verdadero pulso. Si soportaba este infierno, si seguía tejiendo esta red de contrabando y eludiendo al gobierno chino, era solo por la posibilidad de que su mano volviera a llamar a mi puerta.

Me había convertido en un adicto, y mi droga ya no venía en un frasco de farmacia; llevaba un abrigo de cachemira, dictaba las reglas en la oscuridad y era la esposa del hombre más poderoso que conocía.

Miré la píldora blanca que sostenía entre los dedos. Tal vez no la necesitaba. Si tenía el valor y la locura suficientes para traicionar al mismísimo Chen Wei y arrastrar a su reina a mi cama, no necesitaba ayuda química para sobrevivir a una mañana en la oficina. Iba a dejar la pastilla sobre el cristal. Iba a aferrarme a la esperanza de Mei.

Justo en ese instante, la sombra de Fernando Garrido se proyectó tras el cristal esmerilado de mi puerta. Dos golpes secos con los nudillos. La puerta se abrió sin esperar respuesta.

—Cris, reunión de coordinación de infraestructuras en tres minutos —dijo Garrido, asomando la cabeza. Llevaba su impecable traje azul marino y esa sonrisa paternal de mentor que, hasta hace una semana, yo había venerado. Ahora, sabiendo que me había convertido en su escudo humano, aquella sonrisa me produjo unas náuseas violentas.

—Voy en un segundo, Fernando —respondió una voz que salió de mi garganta, sorprendiéndome por su firmeza artificial y metálica.

Garrido asintió, ajeno a mi descubrimiento, y volvió a cerrar la puerta.

El eco de sus pasos alejándose por el pasillo destrozó mi frágil espejismo de control. La realidad me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías. Mei no estaba allí para salvarme de las auditorías, y yo no era un dios conquistador; solo era un peón a punto de ser masacrado. El terror volvió a cerrarme la garganta, asfixiante e implacable.

Levanté la mano temblorosa, me metí la pastilla en la boca y me la tragué en seco. El sabor amargo se adhirió a mi paladar.

Con un movimiento de barrido rápido, devolví las veintiuna pastillas restantes al frasco, lo escondí bajo una carpeta de licencias de obra y me ajusté el nudo de la corbata. La química tardaría veinte minutos en hacer efecto, pero la máscara corporativa ya estaba puesta. Salí al pasillo, sonriendo al vacío.

Cristian Martínez

Lugar: Sala de reuniones A, Planta 22, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Jueves, 3 de diciembre, 11:50.

La sala de reuniones A era un cubículo de cristal y acero, suspendido en la planta veintidós como una pecera para ejecutivos. Las vistas de Madrid eran impresionantes, pero yo solo veía el reflejo de mi propio rostro pálido en la pantalla apagada del proyector.

La reunión de coordinación de infraestructuras duró cuarenta minutos. Cuarenta minutos de gráficos de barras, proyecciones de tonelaje y asentimientos mecánicos. Fernando Garrido ocupaba la cabecera, deslizando diapositivas con la seguridad de un director de orquesta. Habló de sinergias, de cuellos de botella logísticos y de la importancia de mantener la excelencia operativa en las próximas 48 horas.

Yo asentía cuando tocaba asentir. Mi mano derecha, oculta bajo la mesa, no dejaba de frotar el borde del asiento de cuero. El alprazolam que me había tragado veinte minutos antes empezaba a hacer efecto, pero solo lograba embotar los bordes del pánico, no eliminarlo.

A mi izquierda, David Velasco tomaba notas con una pulcritud obsesiva. No me había mirado ni una sola vez desde que entramos. Soportaba su silencio como un castigo merecido.

Al terminar la reunión, los asistentes comenzaron a recoger sus carpetas. Yo me levanté, dispuesto a escapar al refugio de mi despacho, pero la voz de Garrido me detuvo en seco.

—Cristian, un momento. Quédate.

Esperé. Los últimos ejecutivos salieron, dejándonos solos en la sala vacía. Garrido cerró la puerta de cristal con un gesto casual y se apoyó en la mesa, cruzando los brazos. Su sonrisa era la de un

mentor satisfecho, pero sus ojos tenían un brillo que nunca había aprendido a descifrar.

—Chen Wei me ha llamado esta mañana —dijo, como quien comenta el tiempo—. Antes de que llegaras.

El corazón me dio un vuelco tan violento que tuve que apoyar las yemas de los dedos en la mesa para no tambalearme.

—¿Sí? —logré articular. Mi voz sonó extrañamente neutra, un mecanismo de defensa automático.

—Quiere una auditoría exprés de tus accesos al sistema de la Terminal Sur. Nada personal, dice. Pero en las próximas 48 horas todo tiene que estar blindado. No puede permitirse ningún cabo suelto.

Garrido se enderezó y caminó hacia mí. Me puso una mano en el hombro con esa familiaridad paternal que durante años había interpretado como protección.

—Tú tranquilo, Cris. Eres el mejor. Chen lo sabe. Pero ya sabes cómo es... —hizo una pausa, y su sonrisa se tensó ligeramente—. No perdona los errores. Así que asegúrate de que todo esté en orden, ¿vale? Cualquier anomalía, cualquier acceso raro, cualquier cosa que pueda levantar sospechas... la pagamos los dos.

Me dio una palmada en el hombro y salió de la sala antes de que pudiera responder.

Me quedé solo, de pie en medio del cubículo de cristal, mirando la puerta por la que había desaparecido.

No perdona los errores.

La frase resonó en mi cabeza como un eco de acero. ¿Era una advertencia genérica? ¿O Chen sabía algo? ¿Había detectado mi conversación con Zhào Ruì en el parking? ¿Habían intervenido mis llamadas? ¿Había visto Garrido algo en los registros de acceso?

El sudor frío me empapó la nuca.

Caminé hacia la puerta con pasos mecánicos. Al salir al pasillo, me crucé con Carmen, mi secretaria. Me dijo algo sobre unos documentos, pero sus palabras llegaron a mis oídos como un zumbido incomprensible. Asentí sin saber a qué. Ella me miró con una mezcla de preocupación y confusión, pero no insistió.

Llegué a mi despacho. Cerré la puerta. Eché el pestillo.

Me apoyé contra la madera fría, respirando con la boca abierta, sintiendo cómo el alprazolam luchaba contra una oleada de adrenalina pura que me quemaba las venas.

No perdona los errores.

¿Y si no era una advertencia? ¿Y si era una sentencia? Chen no amenazaba. Chen constataba hechos. Si decía que no perdonaba los errores, era porque ya había identificado uno.

Me llevé las manos a la cara. Las yemas de los dedos olían a tiza, a café frío y a miedo.

—Tranquilo —me susurré a mí mismo, pero mi voz sonó hueca, rota—. No sabe nada. Es imposible que sepa nada.

Pero mi cerebro, adiestrado para calcular probabilidades, ya había empezado a hacer números. Si Chen había ordenado una auditoría de mis accesos, encontraría el rastro de mi conversación con Zhào. Encontraría las horas muertas en las que mi certificado digital no se había usado. Encontraría la llamada que hice desde el parking. Los agentes de Chen no dejaban piedra sin remover.

Estaba muerto.

A menos que tuviera un seguro.

Algo que impidiera que Chen me borrara del mapa cuando descubriera la verdad. Algo que pudiera usar para negociar, o para que, si me mataban, el mundo supiera lo que había pasado.

La idea se instaló en mi cabeza como un clavo oxidado.

El diseño. Los planos reales de Algeciras. La prueba de que Sinosur no movía repuestos industriales.

Si eso llegaba a las manos adecuadas, Chen Wei no podría simplemente desaparecerme. Tendría que negociar. O huir.

Guardé la idea en un rincón de mi mente, a salvo del alprazolam, y esperé a que llegara la noche.

Cristian Martínez

Lugar: Baño principal, Ático en El Viso, Madrid.
Fecha: Viernes, 4 de diciembre, 02:15.

El mármol me helaba las rodillas, pero el frío era lo único que me recordaba que seguía vivo. Estaba sentado en el suelo, encogido entre la bañera y la pared de espejos. La única luz era el parpadeo azulado de la caldera.

Tenía el frasco naranja entre las manos. Lo volqué. Las pastillas blancas parecieron dientes arrancados sobre las baldosas.

Empecé a contarlas con dedos de trapo.

—Ocho, nueve... diez.

Me detuve. Había empezado el día con veintidós. Me había tragado doce comprimidos de alprazolam en quince horas. Lo suficiente para apagar a cualquiera, pero mi pánico corría más que la química

Metí dos más en mi boca.

La anestesia empezó a desconectar los cables de mi sistema nervioso. Estaba entre Zhào y Chen. Necesitaba un seguro. Algo que impidiera que Chen Wei me borrara del mapa cuando dejara de serle útil.

Alargué la mano hacia el iPhone. La pantalla no se quedaba quieta; la luz me hería los ojos. Entré en la carpeta de archivos encriptados. Allí estaba: «AL_NODO_Z.pdf». El diseño real del agujero negro de Algeciras. La prueba de que Sinosur no movía repuestos, sino algo que no figuraba en ningún manifiesto.

Tenía que enviárselo a David. A su cuenta privada. Pero cada vez estaba más sedado.

Escribí la "D" en el destinatario, me costó darle a la letra. El autocompletado sugirió una dirección. Me costaba mover los dedos. Cada vez era más dificil leer. Las letras se superponían. Solo quería terminar y dormir. Adjuntar. Dudé un segundo, con el pulgar

suspendido sobre el cristal. Pulsé dos veces enviar para estar seguro.

Clic. El correo salió.

Me recosté contra la bañera, sintiendo por fin el peso del sueño. Pero justo antes de que la oscuridad me tragara, miré la pantalla una última vez. La veía doble, pero no… No podía ser.

El horror fue más potente que el fármaco.

En "Enviados", el destinatario no era David.

Era support@sinosur-global.com.

Había enviado la prueba del fraude directamente al servidor central de Chen Wei. Desde mi IP privada. Sin protección.

Quise levantarme, pero mis músculos eran gelatina. El alprazolam me aplastó contra el suelo, reclamando su deuda con una fuerza implacable. Mientras mis ojos se cerraban, supe que no iba a despertarme igual.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, Planta 21. Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Viernes, 4 de diciembre, 08:02.

La luz de la mañana era demasiado limpia.

Entraba por los ventanales del despacho y se estrellaba contra la mesa de caoba, revelando cada mota de polvo, cada huella. El mundo había vuelto a su lugar. Ordenado. Funcional.

Yo no.

Me había vestido y llegado al trabajo sin prestar atención a lo que estaba haciendo. El recuerdo de la noche anterior me fue llegando en fragmentos: el mármol frío, la pantalla doble, borrosa, el clic del envío.

Me incorporé en la silla con una lentitud mecánica. La boca seca. La lengua pastosa. El pulso irregular. Miré el teléfono sobre la mesa.

Ninguna llamada perdida.

Ningún mensaje.

Nada.

Abrí el correo con un gesto automático, como si revisara una tarea pendiente sin importancia. La bandeja de salida confirmó lo que ya sabía.

support@sinosur-global.com

El error seguía ahí. Inalterado. Perfecto.

Esperé.

No sabía exactamente qué, pero esperé.

Cinco minutos. Diez.

El silencio no era ausencia. Era proceso.

El teléfono fijo de la mesa sonó.

Descolgué.

—Sí.

—Buenos días, señor Martínez —la voz de Chen Wei no tenía rastro de sueño—. Confío en que haya descansado.

—Sí.

—Hemos recibido su informe adicional esta madrugada.

No preguntó. No insinuó. No acusó.

Afirmó.

Sentí cómo el estómago se cerraba sobre sí mismo.

—No era un informe —dije—. Fue… un error.

Silencio.

—En Sinosur no utilizamos ese término —respondió Chen—. Los errores son variables no controladas. Y las variables no controladas se integran o se eliminan.

Noté el sudor frío en la nuca.

—Puedo solucionarlo —añadí—. Acceder al servidor, limpiar el rastro,—

—No —interrumpió Chen, con una suavidad quirúrgica—. Ya está solucionado.

—La eficiencia —continuó Chen— consiste en convertir cada evento en un activo.

—Su correo nos ha proporcionado algo más importante: Trazabilidad absoluta —dijo Chen—. Ha enviado el diseño real a Sinosur. Ahora su diseño y su identidad están totalmente ligados.

Intenté hablar. No salió nada.

—Entiendo que pueda interpretar esto como una amenaza —añadió—. Pero le sugiero que no lo interprete así.

—A partir de este momento, señor Martínez, su error lo une a nosotros, quiera o no.

Tragué saliva.

—No lo entiendo.

—Lo entenderá —respondió Chen—. Si alguien externo intenta comprometerle, lo primero que encontrará será esto. Su firma. Su entorno. Su envío. No es un testigo. Es el origen.

El peso de la frase cayó con una claridad brutal.

—Ha dejado de ser un activo externo —continuó Chen—. Ahora es una pieza fundamental de este sistema.

No podía denunciar.

No podía huir.

No podía explicarlo.

—Trabaje con normalidad hoy —dijo Chen—. A las doce tendrá una reunión con el equipo de Valencia. Confío en que su rendimiento no se vea afectado.

Clic.

La línea se cortó.

Me quedé inmóvil, con el auricular en la mano.

Dejé el auricular. Miré mis manos. Ya no temblaban. Eso fue lo peor. Ni siquiera el recuerdo de Mei conseguía calentar el hielo que me subía por los brazos.

Jian Lin

Lugar: Apartamento franco, Distrito de Hackney, Londres.
Fecha: Viernes, 4 de diciembre, 14:00.

El zumbido del tráfico londinense se filtraba a través de la única ventana del apartamento franco, un ruido sordo y gris que no lograba tapar la frecuencia aguda de los ventiladores que refrigeraban la torre de servidores.

Jian Lin estaba sentado en el borde de un colchón tirado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared descascarillada. No había tiempo que perder. Había abandonado el piso compartido de estudiantes en *Earl's Court* meses atrás, cuando el juego dejó de ser una teoría universitaria y se convirtió en fuego real. Ahora operaba desde aquí, un agujero aséptico y blindado, pagado con los fondos ilimitados de la red matriz de su cuñado.

En la pantalla de su portátil, una ventana de chat encriptado parpadeaba con un mensaje de la Plataforma de Telemetría , el equipo de analistas y mercenarios cibernéticos que Chen Wei tenía a su disposición.

«Carga ucraniana asegurada. El MSS chino ha mordido el anzuelo en los servidores fantasma de Estonia. Su IP local en Londres vuelve a estar en nivel verde. Buen trabajo, Sujeto J-L.»

Jian soltó un suspiro tembloroso y se frotó los ojos. Las ojeras oscuras le comían la mitad del rostro, haciéndolo parecer febril, consumido por una mezcla de agotamiento extremo y una adrenalina adictiva. Acababa de comprar dos toneladas de armamento militar ligero en la *Dark Web*. Y cuando los sabuesos de la inteligencia de Pekín habían estado a punto de triangular su posición, los fantasmas digitales de Chen Wei habían descendido como ángeles protectores para aniquilar el rastreo.

Se sentía intocable. Se sentía como un dios.

Jian cerró el portátil y se acercó al único espejo del apartamento, una luna rota apoyada sobre un lavabo atascado.

Se miró. Ya no quedaba rastro del estudiante brillante y asustadizo de Macao que dependía de la caridad familiar. La ropa de marca había sido sustituida por una sudadera negra y gastada. Ahora era un soldado. Un general en las sombras.

Una pequeña sonrisa, torcida y arrogante, se dibujó en sus labios.

El mundo entero estaba equivocado con respecto a Chen Wei. Los medios, la policía, incluso su propia hermana... todos veían a Chen como un simple empresario logístico, un monstruo de hielo al que solo le importaban los balances de cuentas. Pero Jian conocía la verdad. Chen Wei era un visionario. Chen había entendido que las revoluciones no se ganaban con pancartas en las calles de Hong Kong, sino controlando las arterias oscuras del planeta, el flujo del dinero y del plomo.

Chen le había dado los millones, le había dado la coraza cibernética y le había enseñado que para desinfectar un sistema podrido, tenías que mancharte las manos de sangre.

El reflejo distorsionado del espejo le devolvió la imagen de Mei. Pensar en su hermana mayor siempre le producía una punzada de ternura mezclada con una profunda lástima.

Pobre Mei, pensó Jian, apoyando las manos en la porcelana agrietada del lavabo. *Tan hermosa, tan perfecta, tan frágil.* Mei estaba convencida de que él estaba estudiando, alejado de la violencia del mundo real, ignorando por completo la guerra global que su marido y su hermanito estaban librando en las sombras. Si Mei supiera que él acababa de autorizar la compra de explosivos C4 que acabarían con la vida de decenas de policías antidisturbios del partido... su frágil corazón se rompería.

Jian se prometió a sí mismo que nunca se lo diría. La protegería de la verdad. Alguien tenía que mantener las manos limpias en la familia, y él estaba dispuesto a asumir toda la oscuridad por ella.

Cristian Martínez

Lugar: Sala de Juntas Principal, Planta 22, Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Lunes, 7 de diciembre, 09:00.

El reloj en la pared de la sala de juntas marcaba las nueve y doce minutos. Era la primera vez en mis cuatro años en IberGlobal que llegaba tarde a una reunión de socios.

Empujé la pesada puerta de roble macizo. Las bisagras cedieron con un silencio lubricado y costoso.

Siete cabezas se giraron hacia mí al unísono. Siete hombres y mujeres con trajes perfectamente planchados, peinados impecables y cafés humeantes en tazas de porcelana. En la cabecera de la mesa, Fernando Garrido detuvo su presentación, con el puntero láser congelado sobre un mapa logístico de la Península Ibérica proyectado en la pantalla.

—Disculpad el retraso —dije, cerrando la puerta a mis espaldas. Mi voz sonó rasposa, casi gutural, como si no la hubiera usado en semanas.

Avancé hacia mi silla habitual, sintiendo el peso de sus miradas evaluadoras.

Yo no era el mismo hombre que les había vendido la "optimización de espacios portuarios" tres meses atrás. Mi traje azul marino, antes una armadura a medida, me colgaba holgado de los hombros. No había tenido tiempo —ni energía— para pasar por la tintorería, y el tejido de lana desprendía un levísimo olor a tabaco rancio y al whisky que había consumido la noche anterior para lograr dormir dos horas.

Me senté. El cuero de la silla crujió bajo mi peso mermado.

A mi derecha, David Velasco apartó su libreta de notas un par de centímetros hacia su lado de la mesa, un gesto milimétrico, pero cargado de un rechazo casi físico. No me miró a los ojos. Seguía sin

perdonarme que lo hubiera apartado, y yo no podía decirle que lo había hecho para salvarle la vida.

—Como iba diciendo... —Garrido retomó la palabra, clavándome una mirada gélida antes de volver al mapa de la pantalla—. La reestructuración de las zonas de tránsito en Algeciras y la red de naves que diseñó Cristian han incrementado el flujo de mercancías no inspeccionadas en un catorce por ciento. A efectos prácticos, hemos reducido los tiempos de entrega a la mitad.

El láser rojo se movió por la pantalla, bailando sobre los polígonos industriales y las rutas de camiones.

Yo no miré el mapa. Miré a Garrido. *Tú estás enviando millones a Zúrich*, pensé, sintiendo que la bilis me subía por la garganta. *Estás armando tu paracaídas dorado y me vas a dejar a mí todo el peso penal de esta basura*.

Zhào Ruì me había dejado claro en el parking que mi única salida era entregarle los planos. Y cada día que pasaba sin hacerlo, la soga se apretaba más. Mañana, pensé, mañana tengo que hacerlo. No puedo seguir así. Por otro lado, esa misma mañana, al intentar acceder a los servidores de IberGlobal, mi certificado digital había sido bloqueado durante cinco minutos por una "auditoría de rutina externa".

Me estaban acorralando físicamente. Me estaban asfixiando.

Miré mis propias manos, apoyadas sobre la mesa de caoba. Estaban sudando. Un sudor frío, pegajoso. Bajo la manga de mi camisa, oculta por el pesado reloj de pulsera, la piel me picaba. Sentía el roce de la tela como si fuera papel de lija. La mujer del fondo, la directora financiera, no apartó la vista de mis manos temblorosas durante toda la intervención de Garrido.

—...y por lo tanto, el consejo ha decidido aprobar la expansión del modelo de distribución del señor Martínez a las terminales del puerto de Valencia para el próximo trimestre — concluyó Garrido, desencadenando un murmullo de aprobación.

—Cristian.

Levanté la vista lentamente. Garrido me estaba mirando directamente. Todos me estaban mirando.

—¿Tienes preparada la planimetría y el estudio de viabilidad de las nuevas naves para Valencia? —preguntó Garrido, su tono corporativo intentando enmascarar la tensión evidente al ver mi estado deplorable.

Abrí la boca para responder, pero mi garganta estaba sellada. Intenté tragar saliva. El aire acondicionado de la sala, ajustado a unos gélidos dieciocho grados, chocó contra mi sudor frío, provocándome un escalofrío violento que sacudió mis hombros.

El silencio se prolongó.

Vi cómo la irritación en los ojos de Garrido se transformaba en alarma. Vi cómo David Velasco dejaba de tomar notas por completo y me observaba con una mezcla de horror y lástima desde su asiento. El consultor intachable, el fichaje estrella de Múnich, estaba sentado frente a ellos, incapaz de articular una sola palabra. Estaba a un segundo de derrumbarme sobre la mesa.

Pero entonces, cerré los ojos por una fracción de segundo.

Mei.

Me aferré al recuerdo de Mei con la fuerza de un animal moribundo. Su imagen era el único pilar que sostenía el edificio de mi mente. Si me derrumbaba ahora, Garrido sospecharía, Zhào atacaría y perdería a Mei para siempre.

—El informe de infraestructuras... —conseguí graznar, abriendo los ojos. Mi voz sonó frágil, pero la mantuve estable—. Estará sobre tu mesa esta tarde, Fernando. Solo estoy puliendo unas licencias de impacto ambiental.

Garrido asintió, rápido, queriendo cerrar la grieta antes de que los demás socios vieran el abismo que se abría justo debajo de nuestras sillas.

—Perfecto. Seguimos entonces con el punto cuatro.

La reunión continuó, y las cifras de tonelaje volvieron a convertirse en un zumbido sin sentido. Yo bajé la vista de nuevo hacia mis manos sudorosas.

Mei Lin

Lugar: Ático de Cristian, El Viso, Madrid.
Fecha: Lunes, 7 de diciembre, 18:00.

El silencio en la habitación solo estaba roto por la respiración pesada de Cristian. Estaba tumbado bocarriba, con la cabeza apoyada en mi regazo. Yo le acariciaba el pelo lentamente, desenredando los mechones húmedos de sudor.

Habíamos hecho el amor con la misma urgencia desesperada de aquella primera noche en el estudio, cuando los planos de Algeciras volaron por los aires. Pero hoy había sido diferente. Él estaba ausente. Físicamente estaba allí, aferrándose a mí como un náufrago a un trozo de madera, pero sus ojos estaban vacíos, hundidos en unas ojeras que parecían magulladuras. Había perdido al menos cinco kilos en la última semana. Su cuerpo, antes tonificado y firme, se estaba consumiendo desde dentro.

Mi mirada se desvió hacia la mesita de noche. El frasco naranja de alprazolam estaba a medio vaciar.

Un nudo doloroso se me formó en la garganta. El imperio de mi marido lo estaba triturando. Sabía que las presiones sobre la ruta de Algeciras eran inmensas, y aunque Cristian no me había contado los detalles de sus amenazas externas, podía oler el pánico rezumando de sus poros.

—Te estás apagando, Cristian —susurré, deslizando las yemas de mis dedos por su mejilla afilada.

Él abrió los ojos lentamente. Me miró con esa devoción absoluta que me desarmaba, pero no intentó fingir que estaba bien.

—No sé cuánto más podré sostener todo esto, Mei —confesó, con la voz rota y áspera—. El peso... todo se está cayendo a pedazos. Estoy acorralado. Si cometo un solo error, tu marido me enterrará en los cimientos de sus naves.

Me incliné sobre él y le besé la frente. Una ternura extraña, casi protectora, brotó de un rincón de mi pecho que yo creía carbonizado. Ya no lo veía como a un peón táctico. Era mío. Y no iba a dejar que Wei lo destruyera.

—Escúchame —dije, apartándole el pelo de los ojos—. Wei tiene un simposio logístico en Milán el próximo fin de semana. Se irá el viernes por la mañana y no volverá hasta el domingo por la noche.

Cristian parpadeó, sin entender a dónde quería llegar.

—Nos vamos a ir —continué, con una firmeza que no admitía réplica—. Voy a alquilar una cabaña aislada en la Sierra de Guadarrama. Cerca de Navacerrada. Lejos de las cámaras, de la oficina y de la red de Sinosur. Solo tú y yo, rodeados de nieve y silencio. Cogeremos tu coche. Dejaremos los teléfonos apagados en la guantera. Nadie sabrá dónde estamos. Durante cuarenta y ocho horas, el mundo no existirá.

Cristian se incorporó de golpe, apartándose de mí. Se puso en pie y caminó desnudo hasta la ventana, apoyando la frente contra el cristal frío. La luz anaranjada de las farolas de El Viso recortaba su silueta temblorosa.

—¿Te has vuelto loca? —dijo sin girarse. Su voz era un susurro áspero, cargado de una rabia que no iba dirigida a mí, sino al terror que lo consumía—. ¿Crees que podemos desaparecer un fin de semana entero sin que salten las alarmas? Goran es un maldito sabueso. Los hombres de Chen respiran el mismo aire que nosotros. Si descubren que estamos juntos, si nos siguen... me meterán un tiro en la cabeza antes de que lleguemos al peaje de Villalba.

Me levanté despacio. Fui hacia él y apoyé una mano en su espalda tensa. Sentí cómo sus músculos se contrajeron bajo mi palma.

—No nos van a seguir —dije con calma—. Chen vuela a Milán el viernes a primera hora. No vuelve hasta el domingo por la noche.

—¡Goran se queda aquí! —Cristian se giró de golpe, y vi el pánico crudo en sus ojos—. ¡Es su perro de presa!

—Goran recibe órdenes mías en ausencia de Wei —le corté, endureciendo el tono—. Ya he preparado el terreno. Llevo dos días

quejándome de migrañas insoportables. Le he dicho al equipo de seguridad que necesito un retiro de silencio y meditación en la sierra para aislarme de los estímulos de la ciudad. No es la primera vez que lo hago. No sospecharán.

Cristian negó con la cabeza, paseando las manos por su pelo revuelto.

—Incluso si Goran se traga lo de la migraña... los teléfonos, Mei. Los malditos GPS. La Plataforma de Telemetría puede triangular nuestra posición con un margen de error de tres metros. Chen tiene a los mejores analistas israelíes. No vamos a pasar desapercibidos.

Sonreí. Fue una sonrisa arrogante, segura, la sonrisa de quien cree tener todas las cartas.

—Tus teléfonos, tanto el personal como el encriptado, se quedarán apagados en la guantera de tu coche, congelándose bajo la nieve. Usaremos el mío para el trayecto y luego lo desconectaré. Está limpio. No tiene los rastreadores de Goran porque yo misma me aseguré de cambiar los terminales el mes pasado.

Cristian me miró fijamente. Sus ojos recorrieron mi rostro, buscando la mentira, la fisura. No la encontró.

—Cristian —dije, acercándome hasta que mi pecho rozó el suyo—. Yo controlo mi propio perímetro. A mí no me vigilan. Soy intocable en esa casa. Goran jamás se atrevería a cuestionar mis órdenes ni a rastrearme sin el permiso explícito de Wei. ¿Y sabes qué? Wei estará demasiado ocupado lidiando con inversores italianos como para pensar en mí.

Levanté la mano y le toqué la mejilla. Su barbilla tensa, la mandíbula apretada.

—Nadie sabe que existimos fuera de este ático. Solo necesito que resistas en la oficina el viernes por la mañana. Conduce hasta Navacerrada por la tarde. Te estaré esperando. El mundo no va a encontrarnos allí. Estarás a salvo conmigo.

Por un instante, sus hombros se relajaron. La tensión de su mandíbula se disolvió. Volvió a ser el hombre que yo había conocido antes de que todo esto empezara.

Cristian me sujetó la cara con ambas manos. Sus dedos seguían temblando, pero su beso fue profundo, cargado de una

gratitud desesperada.

—Te lo prometo —susurró contra mis labios.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Jueves, 10 de diciembre, 12:30.

La impresora láser llevaba un rato escupiendo papeles con un sonido mecánico y rítmico.

Estaba sentado frente a mis monitores, con la corbata aflojada y los ojos ardiéndome por la falta de sueño. Mi pantalla mostraba los algoritmos de flujo para las dársenas de Algeciras, pero yo solo veía los documentos que Zhào Ruì me había mostrado sobre el capó del coche en el parking. Las transferencias de Garrido. Las fotos de los contenedores. Todo lo que necesitaban para destruirme. Abrí el cajón inferior de mi escritorio, saqué el blíster de alprazolam y partí una pastilla por la mitad con dedos temblorosos. Me la tragué sin agua, frotándome los ojos hasta ver destellos de luz.

La puerta de cristal de mi despacho se abrió. Di un respingo tan violento que mi rodilla golpeó la parte inferior de la mesa.

Era Fernando Garrido. El director general cerró la puerta a sus espaldas, bajó las persianas venecianas para bloquear la vista desde la zona de cubículos y se sentó frente a mí. Llevaba su habitual traje italiano a medida, pero su expresión era una máscara de preocupación paternal.

—Mírate, Cris —dijo Garrido, bajando la voz—. Estás sudando frío. Llevas toda la semana siendo la sombra del directivo que eras. El comité de dirección empieza a hacer preguntas.

—No puedo más, Fernando —susurré, inclinándome hacia adelante, sintiendo que la úlcera me quemaba el estómago—. Los chinos nos están vigilando. Y no me refiero a competidores, me refiero a inteligencia estatal. Si Chen Wei descubre que el Ministerio de Seguridad sabe lo de los contenedores de Getafe... nos va a matar a los dos.

Garrido no parpadeó. Apoyó los codos sobre mi mesa y me miró con esa calma magnética que siempre había utilizado para manipular a los consejos de administración.

—Tranquilízate. Respira —ordenó Garrido, con un tono suave pero firme—. No nos van a matar, y no vas a ir a la cárcel. Llevo días moviendo hilos, Cris. Estoy estructurando un cortafuegos legal a través de unos fideicomisos en Zúrich. Si la policía o los chinos intentan tirar del hilo de las aduanas, se encontrarán con un laberinto societario suizo impenetrable. Nos blindará a los dos.

—¿Cuándo? —pregunté, desesperado, aferrándome a su mentira como un náufrago a una tabla podrida—. ¿Cuándo va a estar listo ese blindaje?

—El miércoles de la semana que viene —respondió Garrido sin titubear—. Mis abogados en Suiza necesitan unos días más para asentar las transferencias de capital y sellar las actas corporativas. Solo necesito que aguantes el tipo hasta el miércoles, Cristian. No hagas ninguna locura. Sigue validando las cargas de Sinosur y mantén la cabeza baja. ¿De acuerdo?

Asentí lentamente. Hasta el miércoles. Parecía una eternidad, pero era un plan. Una salida.

—Fernando —dije, carraspeando para aclarar la voz—. La ruta de Valencia está dando problemas. Los tiempos de descarga en la terminal han aumentado un siete por ciento. Creo que debería ir a verlo en persona. Llevar lubricante, por así decirlo.

Garrido me miró un instante. Sus ojos evaluaron mi estado deplorable, mi traje arrugado, mis manos sudorosas. Por un segundo temí que viera a través de la excusa. Pero luego esbozó una sonrisa cómplice, de esas que solíamos compartir cuando cerrábamos acuerdos turbios en cenas de alto nivel.

—Buena idea, Cris —dijo, incorporándose—. Que la ruta no se atasque precisamente ahora. ¿Cuándo piensas ir?

—El lunes que viene —respondí, con la voz más firme de lo que me sentía—. Así vuelvo con un informe fresco para la junta de mitad de mes.

Garrido asintió, satisfecho.

—Perfecto. Pídele a Carmen que te gestione el billete. Pero duerme un poco, te necesito despierto.

Me palmeó el hombro, se levantó y se dispuso a abrir la puerta, pero se detuvo en seco. A través del cristal esmerilado, vimos cómo el murmullo habitual de la planta 21 se silenciaba de golpe.

La puerta de mi despacho se abrió desde fuera. Chen Wei llenó el marco de la entrada.

Llevaba un traje de tres piezas gris marengo que parecía cortado con láser. Su postura era de una rectitud antinatural, imponente y gélida. A un metro de distancia, cubriéndole la espalda, estaba Goran, analizando la habitación con sus ojos grises y muertos. Garrido recuperó al instante su máscara de director ejecutivo y forzó una sonrisa profesional.

—Señor Chen. No esperábamos su visita hoy. Creí que volaba a Milán mañana a primera hora para...

—Mi agenda no es asunto suyo, Fernando —lo cortó Chen, con una voz tan suave y plana que cortaba el aire como un bisturí—. Déjenos solos. Necesito hablar con mi Arquitecto.

Garrido tragó saliva, asintió rápidamente y abandonó mi despacho sin mirar atrás, dejándome a solas con el depredador alfa y su ejecutor.

Chen Wei caminó despacio hacia mi escritorio. Se detuvo a escasos centímetros de la mesa. No se sentó. Su mirada negra descendió hacia mis manos, que temblaban levemente sobre el teclado, y luego subió hasta clavarse en mis ojos. El silencio se prolongó durante diez segundos agónicos. Era como ser examinado a través del cristal de un microscopio.

—En ingeniería civil, señor Martínez —comenzó Chen, con una calma glacial—, existe un concepto llamado fatiga de materiales. Ocurre cuando una estructura se somete a cargas cíclicas constantes. A simple vista, el pilar de hormigón parece intacto. Pero por dentro, a nivel microscópico, el material está lleno de grietas.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones. Goran cruzó los brazos sobre el pecho.

—Al final —continuó Chen, ladeando ligeramente la cabeza—, la estructura cede de forma catastrófica, sin previo aviso. Cae por su propio peso. Y aplasta a todo lo que hay debajo. Asegúrese de que sus pilares no tengan grietas ocultas, Cristian. Los grandes envíos comienzan el miércoles. Y odio los derrumbes imprevistos.

Se dio la vuelta con un movimiento militar y salió del despacho, seguido de cerca por la sombra gigante de Goran.

Me quedé a solas, paralizado en mi silla. La pastilla que acababa de tragar no servía de nada.

El interfono de la mesa emitió un pitido.

—¿Sí, Carmen?

—Acabo de recibir el correo de Garrido. ¿De verdad quieres que te compre el billete para el lunes? Con el estado que tienes...

—Cómpralo —la interrumpí—. Primera clase. Y que sea para el AVE de las diez de la mañana.

—Está bien, Cristian. Como digas.

Corté la comunicación.

El billete era real. El viaje, también. En Atocha, antes de subir al tren, haría un pequeño desvío a la consigna 47. Zhào tendría su pendrive. Y yo tendría mi cobertura.

El zumbido de la impresora cesó de golpe, dejando un silencio sepulcral en la habitación.

Me levanté y recogí el fajo de folios de la bandeja. Eran cientos de páginas: el rastro de correos, advertencias ignoradas e inventarios reales, contratos... Las grapé en bloques pesados y las metí en un sobre de papel manila tamaño A3. De mi maletín saqué los dos discos duros externos, pequeños y negros, y los coloqué sobre el fajo de documentos.

Abrí la caja fuerte empotrada detrás del panel de madera. Metí el sobre grande al fondo, asegurándome de que quedara bien visible.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba desaparecer.

David Velasco

Lugar: Despacho de Fernando Garrido, Planta 22, Torre de Cristal.

Fecha: Viernes, 11 de diciembre, 19:30 PM.

El despacho de Fernando Garrido olía a cuero caro y a ese vacío esterilizado de las plantas de dirección de la Planta 22 de la Torre de Cristal. Fuera, Madrid era una mancha de luces borrosas tras el triple acristalamiento. Garrido estaba en una cena con inversores kuwaitíes; su silla ergonómica, vacía y orientada hacia el ventanal, parecía vigilar la habitación.

David Velasco entró sin encender la luz. Su reflejo en el cristal le devolvió la imagen de un tipo con las ojeras hundidas y las manos metidas en los bolsillos para ocultar el temblor. No miró el ordenador; conocía el software de intrusiones de IberGlobal. Se agachó bajo el escritorio de caoba y sacó el maletín de cuero. Garrido despreciaba la nube; solo protegía lo que podía tocar.

Subió el maletín a la mesa. Las cerraduras de combinación brillaban bajo la luz de emergencia del pasillo. David no necesitó un kit de espía. Garrido era un hombre de costumbres analógicas y una arrogancia ciega que abría ese maletín delante de su subordinado en el coche, en los restaurantes o en mitad de una junta, como si David fuera parte del mobiliario. Había memorizado el movimiento de los dedos de su jefe hacía meses. 1, 4, 8, 0. El año de su nacimiento. Una clave de viejo que no creía que nadie se atreviera a mirar. Introdujo la secuencia. Las diminutas pestañas cedieron con un chasquido seco.

Dentro no había contratos. Había una carpeta de cartón rojo con el sello del departamento penal.

«Informe de Auditoría Interna: Desviación de Protocolos y Actividades Ilícitas en la Terminal Sur».

A medida que David pasaba los folios bajo la luz del móvil, el suelo de la Torre de Cristal pareció volverse líquido. El informe detallaba cada movimiento de Cristian Martínez, pero con una torsión quirúrgica: Cristian aparecía como el cerebro único de la trama, operando a espaldas de un Garrido "engañado" que ahora denunciaba los hechos para salvar la empresa. David llegó a la última página. Era una copia sellada de la denuncia ante la Audiencia Nacional, fechada para el miércoles, 16 de diciembre. Pasado mañana.

Garrido iba a entregar a Cristian a la policía en menos de cuarenta y ocho horas. Eso activaría inevitablemente el protocolo de limpieza total de Chen Wei. Si la policía entraba en la Red de Seda, Chen no dejaría testigos.

David se acercó al mueble bar con las piernas pesadas. Agarró la botella de Lagavulin de dieciséis años y bebió directamente del cuello. El humo espeso y la turba del whisky le quemaron la garganta, ayudándole a tragar la bilis. Dejó la botella sobre la barra, se secó la boca con el dorso de la mano y volvió a la mesa. Sacó su teléfono móvil. Encuadró y fotografió rápidamente cada página del dosier, asegurándose de que el membrete y las cuentas suizas de Garrido quedaran legibles. El sensor capturó la sentencia de muerte de su mejor amigo.

Guardó los folios, cerró los pestillos desordenando los números y devolvió el maletín a su lugar exacto bajo la sombra de la mesa.

Mei Lin

Lugar: Cabaña La Tejera, Sierra de Guadarrama, Madrid.
Fecha: Viernes, 11 de diciembre, 22:30.

El silencio de la sierra era absoluto, un vacío pesado y blanco que se extendía más allá de las ventanas de la cabaña. No había zumbido de servidores, no había sirenas de policía en la Castellana, no había ni siquiera el roce del viento. Solo el peso de la nieve acumulándose sobre los pinos de Navacerrada.

Chen estaba en Milán, presidiendo el simposio logístico internacional, y yo había orquestado nuestra desaparición con una precisión que habría enorgullecido a mi propio marido. Había dicho que me iba un par de días a la sierra sola. Que necesitaba un momento de soledad total para calmar la migraña que había fingido tener las ultimas horas. No era la primera vez que lo hacía así que no sospecharon. Vine a la misma cabaña que había usado el año pasado para un retiro real.

Estaba de pie frente a la chimenea del salón principal, observando cómo un tronco de roble se consumía lentamente. Llevaba un jersey grueso de lana y unos pantalones vaqueros. No había seda, no había collares de zafiros que pesaran como grilletes. Me froté los brazos, disfrutando del calor del fuego en la piel.

Me giré hacia el centro de la sala.

Cristian estaba dormido en el sofá de cuero rústico, cubierto a medias por una manta de cuadros. La química del *alprazolam* y el agotamiento extremo lo habían derribado apenas una hora después de llegar. Al mirarlo, con el rostro relajado por primera vez en semanas, el pecho se me encogió. Las sombras bajo sus ojos seguían ahí, marcando el desgaste brutal al que Garrido y la inteligencia china lo estaban sometiendo, pero la tensión de su mandíbula había desaparecido.

Aquí no era el Arquitecto acorralado. Era solo un hombre exhausto al que yo había rescatado.

Me había contado todo, lo que el espía chino le había pedido, las amenazas de Wei y lo que estaba preparando Garrido. Estaba acorralado y yo no sabía como ayudarlo.

Había creído que huir de la mansión de La Moraleja me haría sentir vulnerable, pero el efecto había sido exactamente el contrario. A pesar de todo, en esta cabaña de madera, aislada del mundo dueña de mi destino. Había tomado lo que quería. Había dejado atrás la preocupación por mi hermano Jian, aceptando que él había elegido su propio destino al servicio de Chen, y yo había abrazado el mío al arrastrar a este hombre a mi cama.

Cristian se removió en el sofá. Abrió los ojos despacio, desorientado al principio por la luz anaranjada de las llamas y el olor a leña quemada.

Me acerqué a él y me senté en el borde del cojín.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó, con la voz ronca, frotándose la cara con las manos.

—Un par de horas —respondí, acariciándole el pelo—. El temporal de nieve ha cortado la carretera secundaria. Estamos completamente aislados.

Cristian dejó caer la cabeza hacia atrás, soltando un suspiro largo y tembloroso. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa débil, la primera sonrisa real que le veía en días.

—Es tan silencioso... —murmuró—. En Madrid, incluso de madrugada, siento que el zumbido de los servidores me persigue. Siento que Goran o los chinos me respiran en la nuca. Aquí... casi parece que el mundo real no existe.

—No existe —le aseguré, inclinándome para besarle el cuello. Su piel estaba caliente y olía a limpio—. Chen no vuelve de Italia hasta el domingo por la noche. Goran cree que estoy en un retiro de meditación para la migraña, y en tu oficina creen que estás enfermo en tu ático.

Cristian me rodeó la cintura con los brazos, atrayéndome hacia su pecho.

—Los teléfonos... —dijo de repente, con un destello de la vieja paranoia asomando a sus ojos—. Si nos geolocalizan...

—Tranquilo —lo interrumpí, besándole los labios para silenciarlo—. Tu teléfono corporativo y el encriptado están apagados, congelándose en la guantera de tu Audi bajo medio metro de nieve.

—¿Y el tuyo?

Levanté la mano y señalé hacia la pequeña mesa de madera rústica que había junto a la ventana. Mi *smartphone* reposaba allí, bocabajo, junto a una botella de vino blanco a medio empezar y dos copas.

—Está encendido por si Goran hace una llamada de control de rutina, pero está limpio. Mi perímetro es intocable, Cristian. A mí no me vigilan —dije, destilando una arrogancia ciega y absoluta—. Nadie sabe que estamos aquí. Eres mío este fin de semana. Ni Garrido, ni los espías chinos, ni mi marido pueden tocarte mientras estés conmigo. Estás a salvo.

Sus dudas parecieron disolverse. Por un instante, volvió a ser el hombre que yo había conocido antes de que todo esto empezara.

Cristian me miró como si yo fuera la única luz en medio de un océano oscuro. Me devolvió el beso con una gratitud desesperada, arrastrándome sobre él en el sofá, buscando perderme de nuevo en el único refugio que conocía.

Yo me dejé llevar, cerrando los ojos, embriagada por la falsa sensación de poder.

A tres metros de distancia, sobre la mesa de madera, la pantalla de mi teléfono seguía negra y apagada. No había ninguna luz parpadeante. No había ninguna señal visible.

Chen Wei

Lugar: Suite Presidencial, Hotel Armani, Milán, Italia.
Fecha: Viernes, 11 de diciembre, 22:45.

A mil quinientos kilómetros de la tormenta de nieve de Guadarrama, en el interior del teléfono móvil de Mei Lin, el micrófono ambiental de alta ganancia llevaba dos horas abierto.

Cada suspiro del Arquitecto, cada roce de la ropa cayendo al suelo de madera y cada una de las palabras de la arrogante confesión de la Flor de Hielo habían sido comprimidas en paquetes de datos encriptados. La señal había viajado invisible a través de la ventisca de la sierra, rebotando en una antena de telefonía aislada hasta aterrizar directamente en los servidores de Alcobendas. Allí, el Protocolo de Telemetría Ambiental procesó el audio, fue etiquetado con las coordenadas GPS exactas y retransmitido a través de una red privada.

En la silenciosa y minimalista suite presidencial del Hotel Armani en Milán, la pantalla del ordenador portátil táctico de Chen Wei parpadeó con una luz blanca.

Chen estaba de pie frente al inmenso ventanal que daba a la Via Manzoni, sosteniendo una copa de *Barolo* a medio terminar. Llevaba un pantalón de traje oscuro y una camisa blanca sin corbata, impecable tras un día entero de reuniones sobre fusiones ferroviarias.

Se giró hacia el escritorio al escuchar el leve pitido de la alerta entrante.

Caminó despacio, dejó la copa de vino sobre el posavasos de cuero y deslizó el dedo por el escáner biométrico del portátil. La interfaz gris de la Plataforma de Telemetría se abrió, mostrando un archivo de audio etiquetado con máxima prioridad. El remitente era Gideon.

Chen pulsó el botón de reproducción.

El sonido crujiente del fuego de una chimenea llenó la aséptica habitación de hotel, seguido por la voz distorsionada, pero inconfundible, de Cristian Martínez.

—Los teléfonos... Si nos geolocalizan...

Chen frunció el ceño ligeramente. Luego, la voz de su esposa sonó a través de los pequeños y potentes altavoces del portátil. No era la voz sumisa, controlada y aterciopelada que él conocía. Era una voz fiera. Desatada. Temeraria.

—Mi perímetro es intocable, Cristian. A mí no me vigilan. Nadie sabe que estamos aquí. Eres mío este fin de semana. Ni Garrido, ni los espías chinos, ni mi marido pueden tocarte mientras estés conmigo. Estás a salvo.

El archivo de audio terminó con el sonido inequívoco de un beso húmedo, urgente y desesperado, seguido de un silencio estático y el roce de dos cuerpos cayendo sobre el cuero de un sofá.

El silencio inundó la suite.

La pantalla mostraba el gráfico de ondas de sonido congelado, pero la mirada de Chen Wei estaba vacía. De pronto, un dolor agudo, físico y desgarrador le atravesó el centro del pecho, dejándolo sin aliento. Su pulso, siempre meticulosamente controlado bajo cualquier presión financiera o táctica, se disparó hasta martillearle las sienes con una violencia que lo mareó.

Levantó la mano temblorosa hacia su pecho, agarrando la tela de la camisa de seda.

Su reina. Su compañera. La mujer que él había sacado de la miseria, a la que había coronado y a la que le había entregado las llaves de su imperio, de su vida y de su cama, lo acababa de apuñalar por la espalda. Y no lo había hecho por una ideología, ni por dinero. Lo había hecho por el deseo irracional hacia un peón asustado. Un español patético que se estaba desmoronando bajo la presión.

Chen agarró la copa de *Barolo* con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Cerró los ojos.

«Eres mío este fin de semana».

La pasión en su voz... Chen nunca había escuchado esa urgencia cuando ella estaba con él. ¿Había fingido durante cuatro

años? ¿Alguna vez lo había querido, o siempre lo había visto como a su carcelero? La humillación le quemó la garganta con sabor a bilis. Había creído que Mei y él estaban hechos de la misma materia gélida y superior, pero ella había preferido revolcarse en el barro con un hombre roto antes que gobernar a su lado.

El instinto primario, el fuego del hombre traicionado, rugió dentro de él. Abrió los ojos, se inclinó sobre el teclado y empezó a teclear. Iba a ordenar a Valon que condujera hasta Guadarrama. Iba a ordenar que quemaran la cabaña con Cristian Martínez dentro y que trajeran a Mei arrastrada por el pelo de vuelta a la mansión. Su pulgar rozó la tecla de envío.

Pero se detuvo.

La pantalla del portátil pareció devolverle su propio reflejo fracturado.

Faltaban apenas unos días para que dieran un golpe mortal al gobierno chino. Miles de armas estaban en tránsito. Las rutas de Algeciras y la Terminal Sur debían fluir sin un solo contratiempo burocrático, o el levantamiento armado en el que había invertido su vida entera sería aplastado por Pekín antes de empezar. El certificado digital que mantenía todo el sistema en pie pertenecía a una sola persona: Cristian Martínez.

Chen Wei retiró las manos del teclado. Suspiró, un sonido roto y tembloroso que jamás había permitido que nadie escuchara.

El dolor era insoportable. Le desgarraba las entrañas. Pero el amo del sistema sabía que su deber estaba por encima de su propio corazón. Tenía que fingir. Tenía que volver a Madrid, mirar a los ojos a la mujer que le había destrozado el alma, sonreírle al hombre que se acostaba con ella, y actuar como el marido ciego y perfecto hasta que la revolución estallara. Tenía que tragar veneno y sonreír.

Buscó el canal directo con el servidor de Alcobendas y tecleó una única línea de órdenes para Gideon, con las manos aún temblando:

«Auditoría registrada. Mantengan el monitoreo pasivo absoluto. Cero intervención física hasta nueva orden.»

Cerró el portátil, apagando la pantalla. La suite volvió a quedar a oscuras. Chen se acercó al mueble bar, ignoró la elegante

copa de cristal y agarró la botella entera de whisky escocés de malta. Se dejó caer pesadamente sobre el sofá de diseño, desenroscó el tapón y bebió directamente de la botella, dejando que el alcohol le quemara la garganta en la oscuridad, sabiendo que ni todo el licor de Milán podría anestesiar el abismo que acababa de abrirse en su interior.

Mei Lin

Lugar: Autovía A-6 / Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Domingo, 13 de diciembre, 18:00.

El viaje de regreso a Madrid fue un descenso suave, casi triunfal.

Conducía mi Porsche Macan negro, dejando atrás la tormenta de nieve de la sierra. A medida que la A-6 me acercaba a la capital, el paisaje blanco fue sustituido por una lluvia fina y constante que lavaba el asfalto.

Me miré en el espejo retrovisor. Tenía un aspecto radiante. La mujer pálida, tensa y asustada que había huido de la ciudad el viernes por la tarde había desaparecido por completo. En su lugar, el espejo me devolvía la imagen de una reina que acababa de reclamar su propio territorio. Las últimas cuarenta y ocho horas en la cabaña con Cristian habían sido un exorcismo. Lo había consumido y me había dejado consumir, borrando mis preocupaciones por mi hermano y el peso asfixiante del imperio de mi marido.

Había dejado a Cristian en su ático hacía apenas una hora, exhausto pero con una nueva luz en los ojos. Tenía la sensación de haberlo salvado. Le había inyectado la fuerza necesaria para seguir engañando a los del MSS y a Garrido.

Miré la pantalla de la consola central del coche. Las seis y diez de la tarde. El vuelo privado de Wei desde Milán no aterrizaría en Barajas hasta las ocho. Tenía tiempo de sobra para llegar a La Moraleja, darme una ducha caliente, deshacerme del olor a humo de chimenea y sándalo, y volver a ponerme la máscara inmaculada de la Flor de Hielo antes de que Wei cruzara la puerta.

Tomé la salida de la urbanización. Las inmensas verjas de hierro forjado de la finca se abrieron en silencio al detectar la matrícula de mi coche.

Aparqué en la explanada de gravilla frente a la entrada principal.

Apagué el motor y agarré mi bolso de cuero. Al abrir la puerta, el frío húmedo de Madrid me golpeó el rostro. Subí la pequeña escalinata de piedra y, antes de que pudiera sacar mis llaves, la pesada puerta de roble macizo se abrió desde dentro.

Era Goran.

Mantuvo su postura rígida, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Bienvenida, señora —dijo Goran, apartándose a un lado—. El señor Chen la espera en el salón principal.

El corazón me dio un vuelco contra las costillas, estrellándose contra mi esternón. El aire pareció abandonar mis pulmones de golpe.

¿Wei está aquí? Mi mente, adiestrada para calcular variables, buscó una excusa frenéticamente. *Los jets privados pueden adelantar su plan de vuelo. No pasa nada. Es solo un cambio de horario. Tú estás limpia. Nadie te ha visto.*

—Gracias, Goran —respondí. Mi voz sonó tranquila, sedosa, perfectamente controlada.

Le entregué mi abrigo empapado y caminé hacia el salón principal. Mis tacones repicaron sobre el mármol del pasillo, marcando un ritmo que me obligó a mantener la cabeza alta.

Entré en la inmensa sala de estar.

Chen Wei estaba allí. De pie junto al ventanal que daba al jardín trasero, vestido con un pantalón oscuro y una camisa blanca impecable, sin corbata. Sostenía un vaso corto de cristal tallado con una cantidad inusual de whisky ámbar. No estaba revisando su tableta. No estaba hablando por teléfono. Solo miraba la lluvia caer sobre el césped.

Al escuchar mis pasos, se giró hacia mí.

Había algo extraño en su mirada. Una sombra densa, una pesadez inusual que no supe descifrar. La luz tenue de las lámparas acentuaba unas ligeras ojeras bajo sus ojos, como si no hubiera dormido en todo el fin de semana. La operación que había organizado le estaba consumiendo.

—Mei —dijo mi marido. Su voz sonó un poco más ronca de lo habitual, desprovista de su habitual filo metálico—. Has vuelto.

—El trafico estaba un poco denso por la nieve, Wei —respondí, acortando la distancia entre nosotros y ofreciéndole mi mejilla. Él se inclinó. Sus labios rozaron mi piel. El corazón me latía con fuerza, pero mi voz salió serena —. Pensé que tu vuelo aterrizaba a las ocho.

—La fusión en Milán se cerró rápido —Chen le dio un sorbo largo a su whisky. Era raro verlo beber con tanta ansia—. ¿Consiguió el retiro en la sierra curar tu migraña?

Me sostuvo la mirada. Sus ojos oscuros parecían estar buscando algo en el fondo de los míos. Un rastro. Una confesión.

—El silencio hace milagros —mentí, sintiendo que la arrogancia volvía a mi cuerpo. Estaba superando el interrogatorio. Mis barreras estaban intactas—. Solo necesitaba alejarme del ruido de la ciudad y desconectar un poco. Ya me conoces.

Chen cerró los ojos un breve instante. Un músculo vibró en su mandíbula. Por un segundo, creí ver una infinita tristeza cruzar su rostro, pero desapareció tan rápido que pensé que era un truco de las sombras del salón.

—Sí. Te conozco —murmuró Chen, dando un paso atrás, como si necesitara poner distancia entre nosotros—. El silencio puede ser muy engañoso, Mei. A veces, la gente cree que el aislamiento los protege, cuando en realidad solo los deja expuestos a sus propios errores.

Un leve escalofrío me recorrió la nuca, pero lo descarté. Era solo Wei siendo Wei, siempre hablando en parábolas logísticas. Yo había ganado esta partida. Él no sospechaba absolutamente nada.

—Sube a ducharte y descansa un poco —añadió Chen, girándose de nuevo hacia el ventanal, dándome la espalda—. He mandado a Valon a recoger a Cristian a su casa. Cenará con nosotros esta noche.

Me quedé de piedra, pero logré controlar la expresión de mi rostro antes de hablar.

—¿Cristian? ¿Hoy? Pensaba que querías descansar tras el viaje.

—Estamos a pocos días de iniciar un movimiento logístico sin precedentes. El proyecto más importante de nuestras vidas —respondió Chen, su voz sonando hueca y lejana contra el cristal—. Necesito saber que nuestro Arquitecto está centrado. Necesito mirarle a los ojos y confirmar que su lealtad sigue intacta. Y quiero que tú estés presente, Mei. Al fin y al cabo, somos una familia, ¿no es así?

—Claro, Wei —dije suavemente.

Me di la vuelta y caminé hacia las escaleras, con el pulso ligeramente acelerado. Iba a ser una cena tensa, sí, pero Cristian y yo lo superaríamos. Éramos más fuertes ahora.

Mientras subía los escalones de mármol, no miré hacia atrás.

Cristian Martínez

Lugar: Comedor principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Domingo, 13 de diciembre, 21:00.

El comedor de la mansión de La Moraleja era una caverna de mármol blanco y caoba, iluminada por una lámpara de araña que proyectaba una luz cálida sobre la inmensa mesa. Ya había estado allí una vez, hacía casi dos meses, cuando Chen Wei me recibió para hablarme de su imperio. Entonces fui un invitado curioso, halagado por la atención del magnate. Ahora volvía como un traidor que acababa de acostarse con su mujer.

Goran me había recogido en mi ático hacía cuarenta y cinco minutos. El trayecto en el BMW blindado lo había pasado intentando controlar mi propia respiración. Aún tenía el olor a humo de leña y al perfume de Mei incrustado en la memoria de la piel. El alprazolam que había tomado lograba anestesiar mi miedo a Zhào Ruì y a Garrido, pero no podía silenciar la punzada corrosiva de la culpa que me asaltó al cruzar de nuevo las puertas de la finca.

Chen Wei me esperaba en la cabecera de la mesa.

A un par de metros a su espalda, fundido con las sombras del rincón que la lámpara no lograba iluminar, estaba Goran. El jefe de seguridad mantenía su habitual postura rígida, con las manos entrelazadas detrás de la espalda y los ojos grises fijos en mí. Su presencia en una cena íntima era inusual y opresiva, un recordatorio físico y letal de que, en ese comedor, la única ley era la del hombre sentado a la mesa.

—Siéntese, Arquitecto —dijo Chen, con un gesto lento de la mano.

Llevaba una camisa blanca impecable, pero al sentarme a su derecha, noté que algo en él se había apagado. Su postura, habitualmente erguida como una columna de acero, parecía hundida bajo un peso invisible. Las sombras bajo sus ojos oscuros le daban

un aspecto febril. Sostenía un vaso corto de cristal con whisky, del cual bebía con una cadencia pesada, mecánica. Ya no era el hombre sereno que me había servido té frente al jardín de piedras. Era otro.

—Gracias por invitarme, señor Chen. Creí que seguiría en Milán —dije, desdoblando la servilleta de lino sobre mi regazo.

—Los negocios en Italia concluyeron —respondió, su voz desprovista del filo cortante al que me tenía acostumbrado. Sonaba apático, como si hablar le costara un esfuerzo físico—. Estamos a pocos días de iniciar el mayor movimiento de carga de nuestra historia. Quería asegurarme de que los puertos están listos.

—Las dársenas de Algeciras están operativas. Las licencias, firmadas —le aseguré.

Chen asintió lentamente, mirando el líquido ámbar de su vaso. No hizo ninguna pregunta incisiva. No cuestionó mis algoritmos. Parecía ausente. Por un segundo, sentí un nudo en el estómago. En el fondo, y a pesar de todo el terror corporativo, Chen siempre me había tratado con respeto. Me había dado un imperio para diseñar. Y yo estaba a punto de destruir su sistema, sentado en su propia casa, después de haberme acostado con su mujer. La culpa era un ácido quemándome la garganta.

Un clic metálico resonó a mis espaldas.

Me giré. Mei acababa de entrar en el comedor. Goran apenas inclinó la cabeza un milímetro a modo de saludo, como un autómata, sin despegar los labios.

Llevaba un vestido de seda negra que se ceñía a su figura con una elegancia minimalista y devastadora. Llevaba el pelo recogido, su rostro era una máscara de porcelana inescrutable y sus ojos no delataban la más mínima emoción. Era la mujer imperturbable en su máxima expresión.

Tragué saliva. Me obligué a mirar mi plato de vieiras recién servido.

—Buenas noches, Cristian —dijo Mei, con una frialdad aterciopelada perfecta. Se sentó a la izquierda de Chen, justo frente a mí.

—Buenas noches, Mei —logré articular.

La cena avanzó envuelta en un silencio extraño. Chen mantenía la conversación en el terreno estrictamente logístico, preguntando sobre volúmenes de carga y tiempos de tránsito, pero lo hacía con una monotonía exhausta. Parecía un hombre obligándose a seguir caminando con los huesos rotos. Decaído, pero con una persistencia casi suicida.

Yo intentaba mantener la vista fija en mi copa de agua o en Chen, pero era inútil. Mi mirada, traicionera, volvía una y otra vez a la mujer que tenía enfrente.

Mei cortó un pequeño trozo de pescado. Observé cómo se llevaba el tenedor a los labios. Seguí el movimiento de su boca, la forma suave y rítmica en la que masticaba, la línea perfecta de su garganta al tragar. Era de un magnetismo abrumador. Una sensualidad contenida que yo sabía, mejor que nadie en el mundo, cómo se desataba en la oscuridad. El recuerdo del fin de semana en la cabaña me golpeó con tanta fuerza que perdí el hilo de lo que Chen estaba diciendo. Dios, era tan jodidamente perfecta. No podía apartar la vista.

De pronto, un latigazo de lucidez me sacudió. *La estás mirando demasiado.* Parpadeé, rompiendo el trance, y giré el rostro bruscamente hacia la cabecera de la mesa, aterrorizado por mi propio descuido.

Chen no estaba mirando su plato. No estaba mirando a Mei.

Me estaba mirando fijamente a mí.

Me quedé paralizado, con la respiración contenida, esperando la explosión. Esperando que le hiciera un simple gesto a Goran para que me partiera el cuello allí mismo, o que estrellara el vaso de cristal contra la mesa.

Pero no hizo nada de eso. Goran permaneció inmóvil en su rincón, una estatua de carne y hueso esperando una orden de ejecución que no llegó.

Su mirada me heló la sangre precisamente porque no había ira en ella. Sus ojos oscuros estaban clavados en mi rostro con una expresión indescifrable. ¿Era curiosidad? ¿Fascinación mórbida? No. Esos ojos inyectados en sangre eran otra cosa. Dolor. Una oleada de compasión y culpa me invadió.

Nunca había visto al dios de Sinosur tan inmensamente vulnerable. La máscara de acero había desaparecido por una fracción de segundo, revelando a un hombre roto, mirándome desde el fondo de un pozo insalvable.

—El diseño... —murmuró Chen de repente, rompiendo el contacto visual y volviendo a mirar su vaso de whisky, como si nada hubiera pasado—. El diseño de las naves ciegas es brillante, Cristian. Confío en que la estructura soporte la presión de los próximos días.

—Lo hará, señor Chen —respondí, con un hilo de voz, sintiendo un escalofrío recorrer mi espina dorsal mientras la mirada muerta de Goran seguía clavada en mi nuca.

Jian Lin

Lugar: Apartamento franco, Distrito de Hackney, Londres.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 02:30.

El apartamento en Londres estaba a oscuras, iluminado únicamente por el resplandor azulado de los monitores. Jian Lin terminaba de empaquetar los discos duros encriptados en una mochila de lona negra. Su vuelo hacia Hong Kong, con escala en Estambul bajo una identidad falsa proporcionada por Sinosur, salía en apenas diez horas.

De repente, una alerta roja apareció en la pantalla principal.

Era una solicitud de videollamada directa a través del canal Out-of-Band (OOB) no rastreable. Solo una persona en el mundo tenía acceso a esa cuenta.

Jian dejó la mochila en el suelo y se sentó rápidamente frente al teclado. Aceptó la conexión.

La imagen tardó un segundo pasar de un borrón a estar en alta definición. Cuando lo hizo, Jian frunció el ceño, desconcertado.

No vio el habitual fondo aséptico y perfectamente iluminado de la Plataforma de Telemetría o del despacho diurno de su cuñado. Chen Wei estaba sentado en la penumbra de su biblioteca privada en La Moraleja. Llevaba la camisa blanca desabrochada en el cuello, sin corbata, y el pelo ligeramente desordenado, algo que en la métrica de Chen equivalía a un absoluto caos.

Sobre la mesa de ébano, iluminada por una pequeña lámpara de lectura, había una botella de whisky *Macallan* con menos de un cuarto de su contenido, y un vaso de cristal grueso.

—¿Wei? —preguntó Jian, acercándose a la pantalla—. ¿Ocurre algo con las rutas? ¿Se ha filtrado mi identidad al Ministerio?

Chen Wei levantó la vista hacia la cámara. Tenía los ojos enrojecidos y rodeados de unas sombras profundas. Bebió un sorbo largo del vaso y exhaló el aire despacio.

—Las rutas están perfectas, Jian —respondió Chen. Su voz era grave, arrastrando ligeramente las consonantes por el efecto del alcohol, pero extrañamente suave, desprovista de su coraza de emperador—. La revolución sigue en marcha. Tu vuelo está asegurado.

Jian se relajó un poco, pero la inquietud no lo abandonó. Nunca había visto a Chen beber a solas de madrugada. Nunca lo había visto así de... frágil.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó el chico, bajando el tono de voz, como si le hablara a un hermano mayor herido—. Pareces cansado, Wei. Deberías dormir. Te necesitamos fuerte para los próximos días.

Chen soltó una risa seca, un sonido amargo que carecía por completo de alegría. Miró el líquido ámbar de su vaso y lo hizo girar lentamente.

—Creía que lo controlaba todo, Jian —susurró Chen, hablando más para sí mismo que para el chico—. Creía que el mundo era una simple ecuación matemática. Cargas, trayectos, lealtades compradas. Yo diseñé un imperio perfecto para protegerla. La saqué del barro. Le di el mundo entero envuelto en lujos... y resulta que el sistema tenía un fallo estructural desde el primer día.

El corazón de Jian se aceleró.

—¿De quién hablas, Wei? ¿De Mei? ¿Le ha pasado algo?

Chen Wei levantó la vista hacia la cámara. El dolor abisal que reflejaban sus ojos negros traspasó la pantalla y golpeó a Jian en el pecho.

—Mei nos ha traicionado, Jian —dijo Chen, y su voz se quebró por una fracción de segundo—. Lleva semanas acostándose con Cristian Martínez. Nuestro Arquitecto. El español.

El silencio cayó sobre el apartamento de Londres como una losa de hormigón.

Jian parpadeó, incapaz de procesar las palabras. *¿Mei? ¿Su hermana perfecta, frágil e inmaculada?* —No... no puede ser —balbuceó Jian—. Ella te debe la vida, Wei. Nos salvaste a los dos. Ella jamás haría algo tan... tan sucio. Tiene que ser un error de tus analistas.

—He escuchado los audios, Jian —lo cortó Chen, con una calma devastadora—. Estuvieron este fin de semana juntos en una cabaña en la sierra, mientras yo estaba en Milán. Y esta noche... esta noche la he tenido que sentar en mi propia mesa, a cenar con ese patético cobarde, y he tenido que mirarlos a los ojos y fingir que no sabía que se están riendo de mí.

Chen se inclinó hacia delante, acercando su rostro a la cámara, revelando la devastación total de su alma.

—Lo que más me duele, Jian... no es la carne —confesó Chen, con un hilo de voz—. Es la lealtad. No la reconozco. En esos audios no escuché a la mujer fría y racional que yo conocía. Escuché a una mujer salvaje, hambrienta, dispuesta a hundirme para salvar a su amante. Y me pregunto... ¿Alguna vez me quiso? ¿O tan retorcida es tu hermana que ha fingido todo este tiempo, esperando el momento exacto para clavar el cuchillo?

Jian sintió que un calor tóxico y furioso le subía por la garganta.

La imagen de su hermana —la figura intocable por la que él estaba dispuesto a dar la vida— se hizo añicos en su mente, revelando a una ramera traidora y desagradecida. Chen Wei los había sacado de las calles de Macao. Chen había pagado su universidad, le había dado poder, le había confiado un puesto en la vanguardia de la revolución. Chen era más padre para él que el ludópata que los había vendido a ambos.

Y Mei, por un capricho asqueroso con un oficinista español, había destruido el corazón del único hombre que había hecho algo por ellos.

—Es una puta —escupió Jian, con los ojos llenos de lágrimas de rabia, golpeando la mesa de su apartamento—. Es una puta traidora. No merece llevar nuestro apellido. No merece respirar el mismo aire que tú, Wei. Me da tanto asco… No lo puedo entender. Sería capaz de matarla, a ella y al español.

Chen lo miró, y por primera vez en toda la noche, una sonrisa melancólica, cargada de un afecto genuino, curvó sus labios.

—Eres un buen chico, Jian. Tienes fuego en la sangre —susurró Chen, asintiendo lentamente—. Daría lo que fuera por tener

tu edad y poder ir a China a reescribir la historia contigo. Pero mi lugar está aquí. En la sala de máquinas.

Chen se acabó el whisky de un trago, y cuando volvió a mirar a la pantalla, la mirada del emperador implacable había regresado, aunque sus ojos siguieran rotos.

—No vamos a matarlos, Jian.

—Pero Wei, no puedes permitir...

—El español tiene los códigos de las aduanas. Los necesitamos vivos hasta que los contenedores lleguen a los puertos y la revolución comience —sentenció Chen, con una frialdad matemática que se imponía a su propio dolor—. Confío en ti. Confío en que no le dirás nada de esto a tu hermana. Tienes que ser fuerte, Jian. Tienes que tragar este veneno conmigo, en silencio, hasta que nuestra obra esté terminada.

Jian se enderezó en la silla. Se secó una lágrima de rabia que resbalaba por su mejilla y asintió con firmeza marcial. La duda y la culpa que lo habían atormentado días atrás habían desaparecido por completo. Ya no lo hacía solo por ideología. Lo hacía por el honor de Chen Wei.

—Lo haré, Wei. Iré a China y encenderé la mecha junto con nuestros compañeros —prometió Jian, con una devoción ciega e indestructible—. Y cuando todo termine, cuando tengamos el control... tú y yo daremos su merecido a Mei y al español.

Chen asintió en silencio y cortó la conexión.

La pantalla se volvió negra, devolviendo a Jian su propio reflejo en la habitación oscura. Ya no sentía lástima por su hermana. En su mente, Mei Lin acababa de morir, y él estaba a punto de incendiar el mundo para construir uno nuevo y mejor junto al hombre que acababa de llorar frente a él.

Mei Lin

Lugar: Vestidor principal, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 08:15.

Chen acababa de salir. El silencio de la casa era denso, como si las paredes escucharan.

Me quedé un momento en el vestidor, con la bata puesta, sin ganas de vestirme. La cena de anoche me seguía dando vueltas. Chen no había sido el de siempre. No había mirado a Cristian con rabia. Lo había mirado con algo peor: con una tristeza que no le conocía.

Tenía una inquietud en el estómago. Desde que volvimos de la cabaña. Desde que Chen me recibió en el salón con esa mirada vacía y aquella frase: "El silencio puede ser muy engañoso".

Necesitaba saber si Jian estaba bien. O mejor dicho: necesitaba saber qué sabía Jian.

Desde que Chen le había dado un propósito revolucionario, mi hermano se había vuelto un extraño. Le hablaba a diario con él, por teléfono, por mensajes encriptados. Chen le había llenado la cabeza de ideas grandiosas. Y si Chen había descubierto lo de Cristian, lo primero que habría hecho sería contárselo a Jian. Para ganarse su lealtad absoluta. Para que Jian la viera como una traidora.

Saqué el teléfono del compartimento secreto del joyero. Marqué el número de Jian.

Tardó en contestar. Cuando lo hizo, noté ruido de fondo. Megafonía. Voces metálicas. No parecía la universidad.

—¿Dónde estás? —pregunté, sin preámbulos.

—En un aeropuerto —dijo. Su voz era rara. Demasiado tranquila.

—¿Qué aeropuerto? ¿A dónde vas?

—A casa. Wei me ha dado un billete.

Sentí un vuelco en el estómago. No era solo que se fuera a Hong Kong. Era la forma en que lo decía. Como si fuera lo más normal del mundo. Como si hubiera estado esperando ese momento toda su vida.

—¿Y las clases? —pregunté, buscando una excusa, una grieta —. ¿La universidad?

—Eso ya no importa.

—Jian, escúchame bien. No sé qué te ha dicho Wei, pero no es lo que crees. Te está utilizando.

Hubo un silencio. Largo. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, pero más firme.

—¿Y tú? ¿Tú qué has estado haciendo, Mei?

Me quedé helada.

—¿A qué te refieres?

—A nada. Solo digo que Wei confía en mí. Me ha contado cosas. Muchas cosas.

No dijo más. Pero fue suficiente. No acusó. No nombró a Cristian. Solo dejó caer la frase, como quien suelta una piedra al agua y espera que las ondas hablen por sí solas.

Jian no iba a delatar a Chen. Era leal. Demasiado leal. Pero estaba furioso. Y la furia se le escapaba por los bordes, aunque él creyera que la estaba controlando.

—Jian, por favor, no vayas a Hong Kong. Es una trampa.

—Wei me ha dado un propósito. Tú nunca lo hiciste.

—Te he protegido toda mi vida.

—Sí. Y mira cómo te ha ido.

Colgó.

Me quedé con el teléfono en la mano, escuchando el zumbido de la línea muerta.

No había dicho nada explícito. Pero lo sabía. Chen le había contado lo de Cristian. Por eso Jian estaba así. Por eso se iba a Hong Kong. Porque ya no me consideraba su hermana. Me consideraba una traidora.

Y Chen, mientras tanto, nos observaba desde lejos. Esperando.

Me levanté. Fui al armario y cogí un abrigo. Tenía que llegar al ático de Cristian. Para avisarle. O para huir. Todavía no lo sabía. Pero no podía quedarme ahí.

Zhào Ruì

Lugar: Piso franco del MSS, Barrio de Usera, Madrid.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 08:32.

Zhào Ruì estaba sentado frente a la mesa plegable, con una taza de té de jazmín entre las manos. Fumaba lentamente, con el pitillo apoyado en el borde de un cenicero de metal. Las cortinas gruesas bloqueaban la luz de la mañana. El único sonido era el zumbido de los servidores.

El analista de comunicaciones, sentado junto a él, consultó la pantalla.

—Confirmado. Jian Lin tiene billete a Hong Kong vía Estambul. Sale en tres horas.

Zhào asintió. Exhaló una nube de humo.

—¿Cristian Martínez?

—En su casa. No ha salido. Teléfonos apagados.

—¿Mei Lin?

—Salió de La Moraleja hace unos minutos. Se dirige hacia el domicilio de Martínez.

Zhào apagó el pitillo. Bebió un sorbo de té. Procesó las variables. Jian volaba a Hong Kong. Mei iba a ver a Cristian. Los planos de Algeciras seguían sin aparecer.

—Voy a buscarlos —dijo, levantándose.

Se puso el abrigo oscuro. Sacó un sobre del cajón y se lo guardó en el bosillo.

—Si no llamo en una hora —dijo al analista—, avisa a Pekín.

El analista asintió.

Zhào salió.

Cristian Martínez

Lugar: Ático de Cristian, El Viso, Madrid.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 08:42.

Prácticamente no había dormido. Por mucho que tuviese un tiempo extra para descansar llevaba vestido desde las 6 de la mañana dando vueltas por el piso.

El teléfono vibró sobre la isla de la cocina cuando me estaba preparando mi tercer café.

Mamá.

Dejé que sonara hasta el final. No podía hablar con ella. No ahora. No con la cabeza así.

Me tragué una pastilla de alprazolam en seco. Llevaba toda la noche dándole vueltas a la cena en La Moraleja. A la mirada de Chen. No había sido amenaza. Había sido… no sabía qué. Pero me había dejado helado.

El timbre de la puerta me sacó de los pensamientos.

Me asomé al videoportero. Mei. Llevaba gafas de sol, el pelo recogido de cualquier manera. Algo iba mal.

Bajé a abrir. Subió sin decir nada. La noté tensa, mirando hacia atrás.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No respondió. Entró. Fui a cerrar la puerta, pero la hoja se topó con algo. Una mano. Alguien la empujaba desde fuera.

Retrocedí, esperando ver a Goran.

Era Zhào.

El espía entró, cerró la puerta a su espalda y pulso un botón de un pequeño dispositivo negro que llevaba en la mano asegurándose de que lo viéramos.

—Es un inhibidor —dijo, guardándolo—. Podemos hablar.

Mei se giró hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos.

—Chen lo sabe todo —dijo sin preámbulos—. Se lo contó a Jian. Por eso mi hermano me odia. Por eso se va a Hong Kong… a ser un héroe.

La noticia me golpeó. Todo el rato, en la cena, Chen lo sabía. Por eso me miraba así.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté a Mei.

—He hablado con Jian hace un rato. No me ha dicho nada directamente, pero le conozco. Está furioso. Lo conozco. Jamas me había hablado así. Créeme, lo sabe.

Zhào intervino, mirándome a mí.

—Lo que sabemos seguro es que hemos detectado el viaje de Jian. Eso es un síntoma de que todo se está precipitando. Ya no es solo una cuestión de planos, tenemos que saber cuando llega el último cargamento y a donde va.

Me llevé las manos a la cabeza. Estábamos acorralados.

—¿Qué va a pasar con Jian? —preguntó Mei.

Zhào la miró sin compasión.

—Si usted me da lo que necesito, el ministerio lo interceptará antes de que llegue a Hong Kong. Lo detendrán. Pasará el resto de su vida en una prisión de máxima seguridad. Pero vivirá.

—¿Y nosotros? —pregunté.

—Ustedes desaparecen —dijo Zhào—. Les daré pasaportes limpios y un contacto en Lisboa para que cojan un carguero fuera de Europa. Pero ahora mismo lo que necesito son los planos que me debe y acceso a su terminal corporativa. No hay más opciones.

Me quedé en silencio. Miré a Mei. Asintió.

—El pendrive está en mi estudio —dije—. Y el ordenador está encendido. Puede hacer lo que necesite.

Zhào se limitó a señalar el pasillo.

—Pues adelante. No tenemos todo el día.

EL COLAPSO

Cristian Martínez

Lugar: Ático de Cristian, El Viso, Madrid.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 12:00.

Me quedé un momento en silencio, mirando a Zhào. Luego fui al estudio, saqué el portátil de la empresa y lo abrí sobre la isla de la cocina. Mis manos temblaban.

—¿Qué necesita exactamente? —pregunté.

Zhào se acercó al ordenador. Sacó un pequeño dispositivo USB del bolsillo.

—Conecte su terminal. Inicie sesión, entre en la aplicación de control de dársenas y démelo.

Introduje mi contraseña. Hice lo que me dije. Se lo pasé y me aparté.

Zhào ocupó mi lugar. Conectó el USB. Tecleó durante unos segundos. Luego retiró el dispositivo.

—Ya está —dijo.

—¿Ya está? —Mei lo miró, desconcertada.

—Hemos creado un espejo. Los analistas de Chen verán los datos que nosotros queramos. Nosotros veremos los reales. Él no sabrá que lo estamos viendo.

—Pero los técnicos de Chen son profesionales Israelíes, ellos lo verán…

—Lo sabemos. Ya lo tenemos en cuenta. No se preocupe. Son buenos. Pero nosotros somos mejores —respondió Zhào con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Mei asintió despacio.

—¿Y ahora qué?

Zhào metió la mano en el abrigo y sacó un sobre de papel manila.

—Ahí dentro tienen dos pasaportes limpios, teléfonos desechables y las llaves de un coche. Estará en el parking de

IberGlobal, plaza cuarenta y dos. Saquen dinero en efectivo, pero sin llamar la atención.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar? —pregunté.

—Horas… días. No lo sabemos. Hasta que la operación esté lista.

Mei se cruzó de brazos.

—¿Y nosotros qué hacemos mientras?

Zhào la miró.

—Fingir. Usted vuelve a su casa y sonríe a su marido. Usted —se giró hacia mí— vuelve a la oficina y sigue trabajando como si nada. Si desaparecen ahora, Chen sabrá que algo pasa. Y entonces sí que los matará.

—Pero Chen ya lo sabe todo —dije—. Si vuelvo a la oficina y él me ve…

—No le hará nada. No todavía. Necesita que los contenedores lleguen. Necesita sus claves. Mientras usted sea útil, estará vivo.

Zhào abrió la puerta.

—Lleven el teléfono encima. Cuando suene, corran al coche que les he dejado y vayan hacia Portugal. Les daré más instrucciones más adelante. No esperen a nadie. No miren atrás.

Salió. La puerta se cerró.

Me quedé mirando la pantalla del portátil. El flujo de datos era normal. Una mentira perfecta.

Mei seguía abrazada a sí misma, apoyada en la pared.

—Tienes que volver a la mansión —le dije.

Cerró los ojos. Asintió.

Mei Lin

Lugar: Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Lunes, 14 de diciembre, 20:30.

El motor del coche se apagó en silencio sobre la grava de la explanada principal.

Me quedé sentada frente al volante durante un minuto entero, escuchando el repiqueteo de la lluvia contra el parabrisas. A través del cristal empañado, la inmensa fachada de la mansión de Chen Wei era un mausoleo de mármol iluminado.

Respiré hondo, intentando frenar el temblor de mis manos. En el bolsillo interior de mi abrigo de lana descansaba el pequeño teléfono que Zhào Ruì nos había entregado. Ese aparato era el único salvavidas que nos quedaba a Cristian y a mí.

Salí del coche. El aire helado de diciembre me golpeó el rostro.

Antes de que pudiera sacar mis llaves, la pesada puerta de roble se abrió. Goran me esperaba en el umbral.

Me miró con sus ojos grises y muertos. Por un instante, el pánico me paralizó. *¿Lo sabe? ¿Le ha dado Wei ya la orden de matarme?* Pero el jefe de seguridad se limitó a apartarse a un lado y hacer una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señora Chen. El señor la espera en el comedor.

—Gracias, Goran —respondí. Mi voz sonó milagrosamente sedosa, un mecanismo de defensa automático.

Crucé el inmenso vestíbulo. Mis tacones repicaban sobre el suelo pulido, sonando como el segundero de un reloj a punto de estallar. Subí rápidamente a mi vestidor. Fui directa a la zona más oscura del armario, saqué un bolso de noche que no usaba desde hacía años, y escondí el teléfono desechable de Zhào Ruì en el doble fondo.

De repente, una ola de calor me subió por la nuca. El estómago se me revolvió con violencia.

Corrí hacia el baño, me arrodillé frente al inodoro y tuve una arcada seca que me desgarró la garganta. Me abracé el estómago, jadeando, con la frente apoyada contra la porcelana fría.

Es el terror, me dije a mí misma, cerrando los ojos con fuerza. *Es la pura adrenalina de saber que estás muerta.* Me enjuagué la boca, apliqué un poco de polvo translúcido sobre mis mejillas pálidas y me obligué a mantener la compostura.

Bajé al comedor.

Chen Wei estaba sentado en la cabecera de la mesa. No estaba bebiendo whisky como la noche anterior, sino una copa de vino tinto. Su postura era de nuevo erguida, perfecta. Al verme entrar, esbozó una sonrisa que me congeló la sangre. Era la sonrisa de un depredador que ya tiene a su presa atrapada en las fauces.

—Mei —dijo mi marido—. Llegas tarde. ¿Qué tal tu día en el centro?

Me senté a su izquierda. El servicio me sirvió un plato de crema de espárragos.

—Agotador, Wei —mentí, desdoblando la servilleta sobre mi regazo—. Demasiadas reuniones con la fundación y tráfico en la Castellana.

—El tráfico... siempre es un factor imprevisible —comentó Chen, dándole un sorbo a su vino, sin apartar sus ojos oscuros de mí —. Pero afortunadamente, lo imprevisible está a punto de desaparecer de nuestras vidas.

Tragué saliva.

—¿Te refieres a los envíos? —pregunté, obligándome a sostenerle la mirada.

—Me refiero a la obra maestra logística que nuestro brillante Arquitecto ha diseñado —Chen apoyó los codos sobre la mesa de caoba y entrelazó los dedos—. En unas horas, Mei, el todo este esfuerzo cobrará sentido.

Chen me sonrió de una forma que no podía descifrar, como intentando leer mis gestos.

—Brindo por eso, Wei —dije. Levanté mi copa de agua. No me tembló la mano—. Por el éxito absoluto de tu esfuerzo.

Chen levantó su copa de vino y la chocó suavemente contra la mía.

—Por la lealtad, querida —susurró él, y el brillo letal en sus ojos me confirmó que la cuenta atrás había comenzado—. Sabes lo que valoro la lealtad y la justicia.

—Lo sé —he hice un esfuerzo por tragar el agua.

Mei Lin

Lugar: Callejones de San Lázaro, Macao.
Fecha: Hace 15 años.

El calor en Macao era una manta húmeda que olía a incienso quemado y a pescado seco. Jian, que apenas tenía seis años, temblaba detrás de mis piernas. Su camiseta de algodón blanco estaba sucia de barro y tenía el labio inferior partido, goteando una sangre brillante que intentaba sorberse con miedo.

Frente a nosotros, tres chicos mayores, hijos de los estibadores del puerto, se reían mientras sostenían el pequeño avión de madera que nuestro abuelo le había tallado a Jian.

—Devuélveselo —dije. Mi voz de niña de diez años sonó más firme de lo que me sentía.

El más alto me empujó el hombro. —¿O si no qué, princesita? Tu hermano es un llorón. Siempre escondido tras tus faldas.

No lo pensé. Era una loba defendiendo su camada. Me abalancé sobre él con las uñas por delante, gritando con una furia que los pilló desprevenidos. Le arrebaté el avión de un manotazo y le propiné una patada en la espinilla que lo hizo aullar. Los otros dos retrocedieron, asustados por la violencia repentina de una niña que parecía poseída.

—¡Largaos de aquí! —rugí.

Cuando se perdieron por el callejón, me giré hacia Jian. Él me miraba con los ojos muy abiertos, asustado y admirado a partes iguales. Le tendí el avión de madera.

—Toma. No dejes que te vean llorar nunca, Jian —le dije mientras le limpiaba la sangre del labio con el dobladillo de mi vestido—. Si lloras, ganan ellos.

—Tenía miedo, Mei —susurró él, abrazando el juguete contra su pecho.

Me arrodillé para estar a su altura y le puse las manos en los hombros. —Escúchame bien. Mientras yo esté cerca, nadie va a tocarte. Nunca. Te protegeré siempre, Jian. Te lo prometo.

Él asintió, creyéndome con esa fe ciega que solo tienen los niños pequeños. En aquel momento, yo era su mundo entero y él el mío.

Me invadió una ternura que me dolía en el pecho. Lo rodeé con mis brazos, atrayéndolo hacia mí, y le planté un beso sonoro y húmedo en la mejilla, justo encima de una mancha de barro.

—¡Puaj, Mei! —protestó él de inmediato, arrugando la cara y limpiándose el beso con el dorso de la mano con energía, como si intentara quitarse veneno.

Le hice una mueca exagerada, sacándole la lengua y entornando los ojos. Fue una expresión tan ridícula que mi propia risa estalló, una risa que rebotó en las paredes de piedra del callejón. Jian se quedó mirando un segundo, intentando mantener la seriedad, pero no pudo evitarlo. Su risa, aguda y sincera, se unió a la mía. Me encantaba su risa.

En aquel callejón de Macao, bajo el sol abrasador, éramos invencibles. Éramos solo nosotros dos contra el mundo.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Martes, 15 de diciembre, 09:00.

El zumbido del aire acondicionado en la planta veintiuno, que siempre me había parecido el murmullo aséptico, sonaba como el sistema de ventilación de una cámara de gas.

Llevaba dos horas sentado frente a mis monitores. No había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los párpados, veía el rostro de Goran, o imaginaba a Mei tumbada en su cama junto al hombre que ya había decidido ejecutarnos a ambos.

El café que me había traído la secretaria se había quedado frío sobre la mesa. Sabía a ácido de batería.

A través de la cristalera de mi despacho, veía a los consultores junior moviéndose por los cubículos, riendo, sosteniendo carpetas, discutiendo sobre hojas de cálculo. Felices, irresponsables, ajenos a todo lo que se nos venía encima.

Bajé la vista hacia mi pantalla. El panel de control de IberGlobal mostraba el flujo logístico de Sinosur. Los indicadores parpadeaban en un verde tranquilizador. Los contenedores de la "Carga Prioritaria C" —la carga de Chen— habían superado los controles aduaneros automatizados y estaban en tránsito.

Pero todo era mentira. Estaba mirando un espejismo. El *script* fantasma que Zhào había inyectado estaba desviando una copia idéntica de toda esa telemetría hacia los servidores de la inteligencia militar en Pekín.

Metí la mano derecha en el bolsillo interior de mi chaqueta de traje. Mis dedos rozaron el plástico barato del teléfono que me había dado Zhào Ruì.

«Da igual dónde estén. Da igual qué estén haciendo. Cuando ese teléfono suene, corran».

Me pasé la mano izquierda por la cara, empapada en un sudor frío y pegajoso. Estaba en el corredor de la muerte, esperando a que el verdugo tirara de la palanca, y mi única tarea era fingir que seguía siendo un exigente director de proyectos de la compañía.

La puerta de cristal de mi despacho se abrió sin previo aviso.

Di un respingo tan violento que mi rodilla golpeó la parte inferior de la mesa. La mano derecha se me agarrotó alrededor del teléfono desechable en mi bolsillo.

Era Fernando Garrido.

El director general cerró la puerta a sus espaldas, giró el pestillo y bajó las persianas venecianas para bloquear la vista desde el exterior. Llevaba un traje italiano impecable, gris marengo, y su habitual aura de invulnerabilidad.

—Mírate, Cris —dijo Garrido, acercándose a mi mesa, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero—. Pareces un puto cadáver. El comité de dirección empieza a hacer preguntas.

Retiré despacio la mano de mi chaqueta y la apoyé sobre la mesa, intentando que no temblara.

—No he dormido bien, Fernando —logré articular. Mi voz sonó hueca, rasposa—. La presión de las dársenas... los flujos de Algeciras...

—Los flujos están perfectos —me interrumpió, apoyando ambas manos sobre mi escritorio e inclinándose hacia mí—. He visto la monitorización de esta mañana. El sistema de Chen Wei está tragando los contenedores sin un solo fallo. Has hecho un trabajo soberbio.

Garrido me sonrió. Era una sonrisa cálida y paternal.

—Necesito que resistas un poco más, Cristian —continuó Garrido, empleando ese tono hipnótico que usaba con los accionistas —. No hagas locuras. No llames la atención. Sigue validando las cargas. Mañana es miércoles. Mañana mis abogados en Zúrich terminarán de blindar nuestros fideicomisos y toda esta pesadilla habrá acabado para nosotros. Te lo prometo. Solo mantén el barco a flote veinticuatro horas más. ¿Puedes hacer eso por mí?

Lo miré a los ojos. En otro tiempo, aquel hombre había sido mi mentor. Mi ídolo. Ahora, solo veía a un burócrata arrogante que

se creía el jugador más listo de la partida. Garrido pensaba que él controlaba los tiempos.

—Sí, Fernando —dije, devolviéndole la sonrisa, una mueca mecánica y vacía—. Puedo hacerlo.

Garrido me palmeó el hombro, satisfecho.

—Ese es mi chico. Descansa un poco esta noche. Mañana celebraremos que hemos sobrevivido a Sinosur.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y salió, perdiéndose de nuevo entre el bullicio corporativo de la planta veintiuno.

Me quedé a solas. El silencio volvió a cerrarse sobre mí como una losa de hormigón.

Volví a mirar la pantalla. La barra de progreso de un carguero en el Mar de China Meridional avanzaba un milímetro. Volví a meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, agarrando el teléfono de plástico con fuerza.

No sonó.

Tragué saliva, sintiendo que me faltaba el aire.

Jian Lin

Lugar: Almacén clandestino, Distrito de Kwun Tong, Hong Kong.

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 02:00 (Hora local).

El aire en Hong Kong era una masa sólida, densa y cargada con el olor a lluvia sucia, pescado frito y ozono.

Jian Lin avanzaba por un callejón estrecho y oscuro, esquivando charcos aceitosos. Delante de él caminaba el señor Zhang, el enlace de máxima confianza de su cuñado en Asia. Zhang no había dicho una sola palabra desde que lo recogió en la pista privada del aeropuerto. Jian, sin embargo, llevaba el pecho hinchado por la adrenalina. Había vuelto a casa. Tras meses de negociaciones en Europa y esperas agónicas, traía consigo la promesa de un arsenal que cambiaría la historia. Iba a ser el libertador de su ciudad.

Zhang se detuvo frente a una persiana metálica oxidada, golpeó tres veces con los nudillos y la hoja se elevó chirriando lo justo para dejarlos pasar.

Entraron en la planta baja de una fábrica textil abandonada. El lugar estaba iluminado por focos halógenos portátiles que proyectaban sombras alargadas. Había cajas de munición apiladas, mapas tácticos desplegados sobre mesas de corte y un hedor insoportable a sudor y tabaco.

En el centro del improvisado centro de mando, tres figuras los esperaban.

Jian reconoció de inmediato a Leung, el líder de la oposición. Era un hombre cincuentón, de rostro endurecido y mirada analítica, que había pasado media vida entrando y saliendo de las cárceles del Partido Comunista.

A su derecha, apoyado contra una columna de hormigón, había un occidental. Llevaba una camisa de lino arrugada y sudada.

Tenía el pelo corto, casi militar, y una postura relajada.

Y a la izquierda de Leung, limpiando el mecanismo de un fusil de asalto, había una chica. No debía de ser mayor que el propio Jian, pero tenía el pelo rapado a los lados, los nudillos destrozados y una cicatriz de quemadura que le trepaba por el cuello.

—Señor Leung —dijo Jian, dando un paso al frente, intentando proyectar la autoridad de la familia de su cuñado—. El envío de Sinosur está en ruta. Los contenedores tocarán puerto en menos de veinticuatro horas.

Leung lo miró durante unos segundos, evaluandolo. No le dio las gracias. Ni siquiera le tendió la mano.

—Zhang, asegura el perímetro exterior —ordenó el líder rebelde en cantonés. El emisario de Chen Wei asintió y desapareció en las sombras. Luego, Leung miró al occidental—. *Status?*

—*Satellite feeds confirm the cargo is moving on schedule* —respondió. Su inglés era aséptico, neutro, pero evidentemente americano—. *The hardware will arrive.*

El occidental se llevó un cigarrillo a los labios y le dedicó a Jian una mirada de absoluta indiferencia. Como si él fuese el responsable del envío y no Jian.

—¿Cuándo empezamos a distribuir la carga a las células? —preguntó Jian, también en inglés, intentando integrarse en la mesa de los adultos—. Tengo los códigos de acceso de la última milla. Quiero estar en la primera línea cuando repartamos los fusiles. Conozco las especificaciones técnicas de lo que he comprado mejor que nadie.

La chica de la cicatriz soltó una carcajada seca, carente de cualquier rastro de humor. Dejó el fusil sobre la mesa con un golpe sordo y clavó sus ojos oscuros en él. Unos ojos llenos de desprecio.

—¿Primera línea? —repitió ella en cantonés, con una voz rasposa—. Leung, dime que es una broma. No me vas a endosar a este turista.

Jian sintió que la sangre le hervía en las mejillas. Cambió rápidamente al cantonés.

—No soy un turista. Fui yo quien cerró el trato de los drones en Ucrania. Fui yo quien puenteó los pagos. Sin mí, no tendríais

nada de esto.

La chica se acercó a él hasta invadir su espacio vital. Olía a sudor y a falta de sueño.

—Tú pasaste la tarjeta de crédito dorada de tu cuñado, niñato —siseó, golpeándole el pecho con un dedo huesudo y duro como el hierro—. Mientras tú bebías champán en Madrid y jugabas a ser un revolucionario de salón, nosotros estábamos tragando gas lacrimógeno en Nathan Road. A mí me rompieron dos costillas los antidisturbios del Partido en octubre. A ti no te han roto ni una uña en toda tu vida.

Jian abrió la boca para defenderse. Iba a corregirla —*estaba en Londres, no en Madrid*—, pero se mordió la lengua justo a tiempo al darse cuenta de que la puntualización lo hacía sonar aún más patético.

Miró a Leung, buscando apoyo, pero el veterano se limitó a cruzar los brazos.

—Jian, vas a estar en el equipo de Kwan —dictaminó Leung, señalando a la chica—. Ella coordina la distribución en el distrito de Kowloon. Harás exactamente lo que ella te diga. Sin cuestionarla.

—Pero señor Leung... —protestó Jian, sintiendo cómo su fantasía se desmoronaba—. Yo represento a Sinosur. Necesito un arma y un escuadrón.

—No te voy a dar un arma, imbécil —lo cortó Kwan, mirándolo con puro asco—. Te pegarías un tiro en el pie o se la regalarías a la policía en el primer control. Llevarás las baterías de los inhibidores, cargarás con el agua y te encargarás de la radio encriptada. Si dejas caer el equipo, te juro que te pego un tiro yo misma.

—¡Me he ganado mi lugar! —estalló Jian, incapaz de contener la humillación, apretando los puños—. He sacrificado mucho para poder llevar a cabo todo lo que se me encargó ¡Valgo lo mismo que cualquiera de los que están en esta puta sala!

El silencio cayó a plomo sobre el almacén.

El americano exhaló una densa nube de humo gris, sacudiendo la cabeza con una sonrisa cínica.

Kwan lo miró de arriba abajo, y su expresión de ira fue sustituida por algo que a Jian le dolió mucho más: lástima.

—Ese es tu problema, Jian —susurró la chica, dándose la vuelta para recoger su fusil—. Te crees que tu sacrificio te hace especial. En esta ciudad, la sangre joven es lo más barato que hay. Si quieres ser útil, cállate la boca, siéntate en esa caja y espera a que lleguen los juguetes de tu cuñado.

Jian se quedó allí, plantado en medio del hormigón sucio. El rubor de la vergüenza le quemaba el rostro. Tragó el nudo de rabia que tenía en la garganta y caminó en silencio hacia las cajas del fondo, sentándose en la penumbra.

Miró sus propias manos, inmaculadas y sin cicatrices. Kwan y Leung se equivocaban. El americano se equivocaba. Creían que solo era el hermano mimado de la mujer de un magnate. No tenían ni idea del fuego que ardía en su interior. Apretó los dientes en la oscuridad. Cuando las armas llegaran, cuando las calles de Hong Kong ardieran de verdad, él no se quedaría atrás cargando radios. Tomaría un fusil. Lideraría la carga.

Les demostraría a todos, incluso a su propia hermana, lo que realmente valía la sangre de Jian Lin.

David Velasco

Lugar: Piso de David, Madrid.
Fecha: Martes, 15 de diciembre, 21:30.

La lluvia golpeaba con una insistencia monótona contra el cristal del salón cuando sonó el timbre. David no esperaba a nadie. Al abrir la puerta, se quedó paralizado.

Era Cristian. Pero no el "Arquitecto" impecable que le había escupido a la cara en su despacho tres semanas atrás. El hombre frente a él parecía un edificio después de un bombardeo: la estructura seguía ahí, pero el interior estaba en ruinas. Tenía el abrigo empapado, las ojeras hundidas hasta el hueso y una mirada que ya no buscaba una salida, sino un lugar donde caer.

Se miraron en silencio. David aún sentía el escozor de sus últimas palabras: «Tú no tienes el nivel de autorización para entender lo que estoy haciendo».

—¿Vienes a decirme que soy un analista de segunda otra vez? —le soltó David, aunque su voz carecía de la rabia que había intentado cultivar.

Cristian bajó la cabeza. Una gota de agua resbaló por su nariz y cayó al suelo.

—Vengo de ver a mi madre —dijo, con un hilo de voz que le heló la sangre a David—. Rosita le estaba dando la cena. Hacía tiempo que no iba. La veo más mayor… y no voy a estar para cuidarla.

David se hizo a un lado y le dejó pasar. Cristian entró en el salón y se quedó de pie, evitando mojar la alfombra, como si ya no se sintiera con derecho a ocupar espacio en la vida de su amigo.

—Lo de la oficina... —empezó a decir Cristian, mirándose las manos temblorosas—. Aquel día en la planta dieciocho...

—Me trataste como a una puta basura, Cris —le recordó David.

—Lo sé —lo cortó Cristian, alzando la vista. Por primera vez en meses, David vio al chico de Huertas, no al ejecutivo de la Torre de Cristal—. Tenía que sacarte del radio de explosión. Chen Wei te estaba vigilando. Si seguías husmeando en *Compliance* para salvarme, Goran te habría roto el cuello en un callejón. Era la única forma de que estuvieras a salvo cuando todo esto saltara por los aires.

El nudo que David llevaba semanas sintiendo en el pecho se aflojó de golpe. El idiota se había inmolado socialmente para protegerlo.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes? —susurró David, sintiendo que los ojos le escocían.

Cristian esbozó una sonrisa triste y se metió la mano en el bolsillo interior del abrigo. Sacó un sobre de papel, sellado con cinta adhesiva, y se lo tendió a David.

—¿Qué es esto? —preguntó David.

—La pensión de mi madre —dijo Cristian, obligándolo a cogerlo—. Ahí dentro hay una lista de veinticuatro palabras. Es la clave para una cartera de criptomonedas. He movido mis ahorros... todo lo que he podido limpiar de Sinosur. Es para ella. Rosita tiene que seguir en ese piso. Prométeme que irás a verla.

David agarró el sobre, pero su mirada se clavó en la de Cristian, detectando algo más. Una chispa de determinación bajo el cansancio.

—¿Por qué me das esto ahora? ¿Qué vas a hacer? —David dio un paso hacia él, bajando la voz—. Cris, esto es una locura. ¿No harás? No harás ninguna locura, ¿no?

Cristian se detuvo en el umbral de la puerta. Se ajustó el abrigo empapado y miró a David con una media sonrisa triste, pero cargada de una lucidez que David reconoció.

—Funcionará, David —respondió Cristian con firmeza—. He dejado algo preparado. Un diseño final. Es el único edificio que he construido en toda mi vida que sé que no se va a derrumbar.

David no entendió a qué se refería, pero la seguridad en su voz le dio escalofríos. Cristian dio un paso adelante y le dio un abrazo breve, desesperado, que olía a lluvia y a despedida.

—Confía en tu instinto —le susurró Cristian al oído—. Y vigila tu correo.

Antes de que David pudiera reaccionar, Cristian ya estaba en el rellano.

—¡Cris! —le gritó David—. ¡Mañana te veo en la oficina! ¡Mañana lo arreglamos!

Él no se giró. Solo levantó una mano mientras caminaba hacia el ascensor.

—Cuida de mi madre, David. Es lo único bueno que dejo atrás.

David escuchó el cierre metálico del ascensor. Se quedó solo en el pasillo, apretando el sobre que le acababa de dar Cristian.

Jian Lin

Lugar: Almacén clandestino, Distrito de Kwun Tong, Hong Kong.

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 17:30 (Hora local).

El aire dentro del almacén era pesado, una mezcla de polvo acumulado y el olor penetrante a grasa de motor y metal frío. Jian contempló la hilera de cinco contenedores de cuarenta pies que dominaban la nave central. Eran bloques de acero azul con el sello de IberGlobal, piezas de un rompecabezas que él mismo había ayudado a encajar desde su terminal en Madrid. Oficialmente, el cargamento consistía en bombas hidráulicas de alta presión y componentes de transmisiones industriales destinados a una planta de montaje en la zona económica de Shenzhen. Un envío rutinario, pesado y denso; el escondite perfecto.

Cuando Leung ordenó abrir las pesadas puertas de los contenedores, el estruendo del metal resonó en las vigas del techo como un disparo. Los primeros palés que salieron confirmaban la historia oficial: inmensas cajas de madera reforzada que contenían bloques de motor y válvulas de acero quirúrgico. Pero, tras esa muralla de legalidad, en el centro de los contenedores donde los rayos X perdían nitidez debido a la densidad del metal circundante, apareció el verdadero cargamento.

Bajo las carcasas de las bombas hidráulicas, en compartimentos estancos diseñados para resistir la humedad del océano, descansaban los fusiles europeos. Jian dio un paso adelante, sintiendo el corazón martilleando contra sus costillas. Vio cómo los hombres de Leung retiraban las cubiertas de las máquinas para revelar los arsenales encajados en sus moldes de espuma técnica. No eran solo unos pocos rifles; era un flujo constante de armamento alemán de última generación, miles de cargadores y cajas de granadas de mano ocultas en los huecos de la maquinaria

pesada. Había suficiente acero allí para equipar a un pequeño ejército de insurgentes urbanos.

La actividad se desató de forma frenética. El almacén se convirtió en un corazón bombeando sangre a través de las arterias de la ciudad. Una flota de casi quince furgonetas de reparto —algunas con logotipos de empresas de mensajería locales, otras rotuladas como servicios de lavandería o mantenimiento de aire acondicionado— entró en la nave en oleadas coordinadas.

Jian observó cómo el contenido se atomizaba de inmediato. Nada permanecía junto más de diez minutos. Los fusiles se sacaban de las carcasas industriales y se introducían en bolsas de deporte o cajas de electrodomésticos antes de pasar a los vehículos. Vio cómo un pequeño camión de verduras se llenaba de cajones de munición ocultos bajo capas de col china, mientras una furgoneta de mantenimiento eléctrico recibía los equipos de radio y los fusiles de precisión. Los conductores, jóvenes con rostros curtidos y la mirada fija, recibían sus destinos finales: trastiendas de restaurantes en Mong Kok, garajes comunitarios en Central y sótanos olvidados en los Nuevos Territorios. La red se estaba ramificando, volviéndose invisible en el tráfico caótico de Kwun Tong.

Jian sintió una oleada de orgullo que casi le impedía respirar. Él había sido el encargado en comprar esas armas. Mientras ayudaba a pasar un rifle a un operativo que esperaba junto a una furgoneta de flores, acarició el polímero negro del arma. Sintió su peso, gélido y definitivo.

Kwan se le acercó, secándose el sudor de la frente. —En sesenta minutos, el ejército de las sombras tendrá los colmillos afilados, Jian. Cinco distritos armados hasta los dientes. El Partido no va a saber por dónde le vienen los golpes.

Jian asintió, colgándose su propio fusil al hombro. Por primera vez en sus veinte años, no se sentía el hermano pequeño de nadie ni el peón prescindible de Chen Wei. Se imaginó la confusión de las unidades de élite de la policía cuando se encontraran con algo más que paraguas y cócteles molotov.

Jian Lin

Lugar: Barrio de Mong Kok, Hong Kong.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 18:15 (Hora local).

Fuera, en las calles de Mong Kok, el rugido de la multitud era un latido sordo y constante. Miles de personas con pancartas amarillas y máscaras negras coreaban eslóganes por la democracia, bloqueando el tráfico bajo los carteles de neón que empezaban a encenderse. Era una marea humana pacífica, una protesta de familias, estudiantes y trabajadores que no sospechaban que el asfalto que pisaban estaba a punto de convertirse en un campo de batalla.

Jian apretó el volante de la furgoneta blanca mientras Kwan, sentada en el asiento del copiloto, consultaba un mapa en su tableta. La furgoneta avanzó por un callejón lateral, sorteando cajas de cartón y puestos de comida callejera, hasta detenerse frente a la persiana metálica de un restaurante de *dim sum* cerrado por "reformas".

La persiana se levantó lo justo para que la furgoneta entrara. En cuanto estuvieron dentro, el ruido de la manifestación se amortiguó, sustituido por el eco de los motores al ralentí y el olor a aceite rancio y especias.

—Bajad las armas. Rápido —ordenó Kwan.

En el muelle de carga del restaurante, entre sacos de arroz y cajas de repollo, esperaban veinte hombres y mujeres. No eran soldados profesionales; eran jóvenes con cascos de obra y rodilleras de patinaje, con los rostros cubiertos por pañuelos. Sus ojos, sin embargo, reflejaban una determinación fanática.

En el centro del grupo estaba Táng, un hombre de unos cuarenta años con el rostro marcado por una cicatriz antigua y una mirada que calculadora. Era el líder de este escuadrón..

—¿Llegáis tarde? —preguntó Táng, mirando su reloj.

—La multitud es más densa de lo previsto —respondió Kwan, bajando de la furgoneta. Ella era la segunda al mando de Táng.

Jian abrió las puertas traseras del vehículo. El cargamento de bombas hidráulicas de IberGlobal estaba allí, pero ahora las carcasas estaban abiertas. Los veinte operativos se acercaron en silencio, formando una cadena humana. Con una eficiencia mecánica, empezaron a extraer los fusiles alemanes de los huecos de la maquinaria pesada. El sonido de los cerrojos metálicos al ser montados por primera vez en suelo chino llenó el almacén, un clic rítmico que sonaba como una sentencia.

Táng sacó un teléfono satelital del bolsillo de su chaleco. Un pitido corto anunció un mensaje entrante. Luego otro. Y otro más.

—Confirmación recibida —anunció Táng con una voz que heló la sangre de Jian—. Las quince furgonetas han llegado a sus centros. Mong Kok, Central, Tsuen Wan, los Nuevos Territorios... Todo el arsenal está siendo distribuido. Estamos en posición.

Kwan asintió, cogiendo su propio fusil y comprobando la mira óptica. —Fuera creen que hoy solo van a gritar —dijo, mirando hacia la persiana metálica, hacia donde el clamor de la manifestación seguía creciendo—. No saben que les hemos traído una guerra.

Jian sintió un escalofrío. Miró a los veinte jóvenes que ahora sostenían armas automáticas capaces de atravesar blindajes policiales. Fuera, la gente normal llevaba pancartas de cartón pidiendo libertad; dentro, Táng y Kwan estaban repartiendo la muerte en cajas de maquinaria industrial.

—Jian —Táng lo llamó por primera vez, fijando sus ojos gélidos en él—. Tú hiciste que esto cruzara el océano. Ahora asegúrate de que estas cajas queden vacías antes de que el sol se ponga.

Jian tragó saliva y asintió, agarrando con fuerza su fusil. El peso del acero contra su pecho ya no se sentía como un escudo, sino como una responsabilidad que lo aplastaba. A través de la persiana metálica, el cántico de "¡Libertad para Hong Kong!" se escuchaba con claridad. Jian cerró los ojos un segundo, dándose cuenta de que la gente de fuera no era su ejército, sino su

cobertura. Eran el escudo humano que Chen Wei había diseñado para ocultar el mayor cargamento de armas de la historia del puerto.

Capitán Chen Wáng

Lugar: Puesto de Mando Avanzado, Mong Kok, Hong Kong.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 18:22 (Hora local).

El interior del furgón de mando olía a ozono y al vapor suave del té verde que reposaba en varios termos de acero inoxidable. Chen Wáng mantenía la vista fija en el mosaico de quince pantallas que parpadeaban frente a él. Eran transmisiones de alta resolución en escala de grises, filtradas por sensores de infrarrojos de onda corta y provenientes de drones colibrí y fibroscopios térmicos deslizándose bajo las juntas de las puertas en toda la ciudad.

—Equipo Tres en posición. Callejón trasero de Nathan Road bloqueado —susurró una voz por el auricular—. La multitud es densa. Tenemos a trescientos manifestantes a menos de diez metros de la zona de brecha. Si hay intercambio de fuego, el rebote será una carnicería.

Chen no respondió. Sabía los riesgos. Fuera, el clamor de la manifestación era tan potente que hacía vibrar las paredes del furgón. Miles de gargantas gritando eslóganes servían de camuflaje acústico perfecto para el despliegue de sus hombres, pero también eran una pesadilla táctica.

—Visual confirmado en el objetivo de Mong Kok —informó el líder del Equipo Siete—. Están abriendo las carcasas de la maquinaria. Veo fusiles de asalto, calibre 5.56. Los operativos están equipándose. El objetivo está maduro.

Chen observó la pantalla central. A través de una cámara térmica instalada en el edificio de enfrente, vio las siluetas naranjas y amarillas de Táng, Kwan y Jian moviéndose como fantasmas dentro del almacén del restaurante. Eran puntos de calor distribuyendo muerte en medio de la penumbra.

—Informe de estado global —ordenó Chen. Su voz era tan plana y fría como el metal de su termo.

—Equipos Uno a Quince en posición —respondió el operador de radio—. Perímetros sellados. Brechas cargadas. Todos los objetivos han recibido sus furgonetas. Los arsenales están abiertos.

Chen Wáng sabía que en operaciones de esta escala la duda era el mayor enemigo. Tenía a un pequeño ejército insurgente repartiéndose armas alemanas en el corazón de una de las ciudades más densas del mundo, rodeado por una muralla humana de manifestantes que no tenían ni idea de que estaban parados sobre un barril de pólvora.

—Francotiradores, informad —dijo Chen.

—Visual sobre el líder del escuadrón Mong Kok. Confirmado. Visual sobre la mujer. Confirmado. El joven está en el centro, fuera de ángulo de tiro limpio.

La manifestación fuera alcanzó un pico de intensidad; una granada de humo estalló en la avenida principal, lanzada por la policía local para contener a la masa. Era la distracción final que necesitaban. El estruendo de los botes de gas y los gritos ahogarían el sonido de las cargas de brecha.

Chen Wáng apretó el botón de su radio, conectando con todas las unidades simultáneamente. Dejó el termo a un lado.

—A todas las unidades. Aquí Mando Central. Confirmación de armamento hostil en todos los puntos. Sincronía en tres, dos, uno...

Chen fijó la vista en la pantalla del restaurante de Mong Kok. Vio a Jian sonriendo, acariciando por última vez el acero de su fusil.

—¡ENTRAD! ¡ENTRAD! ¡ENTRAD! —rugió Chen.

En quince puntos diferentes de Hong Kong, el aire se fragmentó. Las persianas metálicas saltaron por los aires bajo la presión de las cargas direccionales y el estruendo de las granadas cegadoras devoró, por un instante, el sonido de la protesta.

La oscuridad de los almacenes se llenó de luz blanca y gritos de guerra. El asalto había comenzado.

Zhào Ruì

Lugar: Piso franco del MSS, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:22.

Zhào Ruì esperaba en silencio, con la mirada fija en el flujo de información que llegaba desde Asia.

El terminal satelital emitió un pitido seco.

El técnico de comunicaciones leyó el mensaje cifrado que acababa de entrar desde el Centro de Mando Táctico en Hong Kong.

—Señor —dijo el técnico—. Confirmación recibida. Las quince furgonetas han completado la descarga de la "maquinaria industrial" en los puntos de control. El armamento ha sido desembalado. El Capitán Chen Wáng ha dado la orden de brecha sincronizada bajo la supervisión de Mando Central. El asalto es total en este preciso instante.

Zhào Ruì asintió. La operación en el terreno ya no dependía de él; ahora era una cuestión de fuerza bruta y precisión militar.

—Monitoriza la reacción de los servidores de Chen Wei en Alcobendas —ordenó Zhào, sacando un teléfono desechable del bolsillo—. Voy a sacar a nuestros peones del tablero antes de que los israelíes den la voz de alarma en Madrid.

Zhào marcó el número del terminal secreto de Mei Lin. El teléfono dio señal tres veces antes de que saltara el silencio. Cortó la llamada sin inmutarse. Era lo lógico: con Goran cerca o Chen Wei en estado de alerta, Mei no arriesgaría su posición. Su vida ahora era una carrera contra la noticia del asalto que pronto daría la vuelta al mundo.

Sin perder un segundo, Zhào marcó el segundo número. El del hombre que, sin saberlo, había servido de llave para toda la operación. El número del Cristian Martínez.

Cristian Martínez

Lugar: Despacho, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:16.

Llevaba cuarenta y siete horas esperando, convertido en un muerto viviente dentro de mi propio traje de tres mil euros. El café se había vuelto amargo en mi garganta y cada vez que alguien pasaba frente a mi puerta de cristal, el corazón me golpeaba las costillas con una violencia sorda.

Frente a mí, la pantalla del ordenador mostraba la telemetría de Sinosur fluyendo con absoluta normalidad. Una calma ficticia. De repente, el zumbido seco del teléfono de plástico vibró contra mi cadera.

Saqué el terminal con la mano temblorosa. Descolgué.

—Pekín ha entrado. La redada acaba de comenzar —la voz de Zhào Ruì sonó gélida, despojada de cualquier emoción—. El centro de operaciones de Chen Wei detectará la brecha en cualquier momento. El reloj está a cero, Martínez. Salga de ahí.

—¿Y Mei? —pregunté, sintiendo que el aire se me escapaba de los pulmones.

—Voy a intentar contactar con ella en cuanto cuelgue con usted. Su único contacto es este terminal. Diríjase hacia La Moraleja; le informaré del punto de encuentro en cuanto ella confirme que está fuera. Muévase.

Zhào cortó la comunicación. La línea se quedó muerta.

El pánico intentó paralizarme, pero el instinto de supervivencia fue más rápido. Me levanté y me dirigí al pequeño armario empotrado de mi despacho. Detrás de una hilera de carpetas de auditoría, abrí la caja fuerte electrónica.

Dentro estaban los dos paquetes de dinero en efectivo que había logrado reunir. Eran fajos gruesos, el precio de mi traición. El paquete más grande era demasiado voluminoso; lo dejé en el fondo

de la caja fuerte y cerré la puerta metálica. Cogí el segundo paquete, unos veinte mil euros, y lo metí de golpe en la mochila de viaje que ya tenía preparada. Junto al dinero, agarré el objeto más importante: el pasaporte que Zhào me había entregado semanas atrás. Lo guardé en el compartimento interior, pegado a mi espalda. Era mi única llave para salir de Europa.

Me quité la chaqueta del traje y la arrojé al suelo. Me puse una sudadera oscura con capucha y unos vaqueros; ropa discreta para alguien que ya no quería ser visto. Dejé mi tarjeta de identificación de la Torre de Cristal sobre la mesa de caoba, junto al ordenador que seguía procesando datos que ya no me pertenecían.

* * *

Mei Lin

Lugar: Mansión de Chen Wei, La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:24.

Sentía el peso del teléfono en el bolsillo de mi bata como si fuera una brasa ardiendo contra mi muslo. Durante las últimas dos horas, no había sido capaz de pasar más de cinco minutos sin encerrarme en la intimidad del vestidor para comprobar la pantalla. Sabía que el tiempo se había agotado; lo percibía en el silencio antinatural que reinaba en la casa y en la forma metódica en que Goran revisaba su arma en el salón.

Volví a sacar el terminal. Esta vez, el corazón me dio un vuelco contra las costillas.

Una llamada perdida. Número desconocido.

No necesitaba que nadie me lo confirmara. Era la señal de Zhào Ruì. El asalto en Hong Kong había comenzado y la red logística de mi marido estaba siendo desmantelada en este preciso instante. En cuestión de minutos, los técnicos de seguridad de Wei detectarían la intrusión y esta mansión dejaría de ser mi hogar para convertirse en una ratonera.

Mis dedos volaron sobre el teclado físico del terminal. Solo había un contacto guardado, una línea que era mi único puente hacia la libertad.

«5 minutos. Esquina de Camino Ancho con Paseo de la Marquesa. Recógeme», escribí con el pulso acelerado.

Guardé el teléfono y me moví con una precisión mecánica que me sorprendió a mí misma. Fui directa al doble fondo del armario de los zapatos y saqué la bolsa de lona negra que guardaba allí. Dentro estaban los cincuenta mil euros en billetes usados y el pasaporte que me había entregado Zhào. Lo apreté contra mi pecho un segundo; era mi nueva identidad, mi única forma de dejar de ser una sombra en la vida de Wei.

Me puse una gabardina oscura sobre los hombros. A través de la ventana, vi cómo el cielo de Madrid se cerraba, gris y pesado. Empezaban a caer las primeras gotas, golpeando el cristal con un sonido rítmico, como una cuenta atrás.

Cogí un paraguas del paragüero del pasillo. Crucé el salón principal manteniendo el paso firme, sin permitirme mirar hacia la zona de los servidores donde mi marido daba órdenes por teléfono, ajeno a que su imperio se desangraba. Goran estaba de espaldas, concentrado en una tableta.

No dudé. Salí por la puerta lateral de servicio, la que daba al jardín trasero y al sendero de los pinos. El aire gélido y la lluvia fina me golpearon el rostro. Abrí el paraguas para ocultar mi perfil de las cámaras y caminé hacia la verja trasera sin mirar atrás ni una sola vez.

Cristian Martínez

Lugar: Escaleras de emergencia y Garaje (Sótano 3), Torre de Cristal, Madrid.

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:25.

Bajaba las escaleras de emergencia de dos en dos, con la mochila golpeándome rítmicamente contra la espalda. El silencio en el hueco de la escalera era sepulcral, solo roto por el eco metálico de mis propias zancadas. De repente el teléfono de Zhào emitió un pitido seco.

Me detuve en seco en un rellano. El brillo azulado de la pantalla iluminó mis dedos en la penumbra. Era un mensaje de texto:

«Camino Ancho con Paseo de la Marquesa. 5 minutos. Recógela».

Un escalofrío de alivio puro me recorrió la columna; estaba viva, estaba fuera de la mansión. Pero el alivio fue devorado al instante por una urgencia ciega. Cinco minutos. La Moraleja estaba a menos de diez kilómetros, pero el tráfico de Madrid bajo la lluvia podía convertirse en un muro infranqueable. Guardé el terminal y reanudé la bajada, casi saltando los últimos peldaños.

Empujé la puerta del Sótano y corrí hacia la plaza cuarenta y dos.

Allí estaba el Peugeot gris que el espía nos había prometido. Un coche vulgar, invisible, la antítesis de mi Porsche. Tiré la mochila en el asiento del copiloto; dentro iba el otro pasaporte del sobre y los veinte mil euros que había rescatado de mi caja fuerte.

Salté al asiento del conductor. El interior olía a tapicería vieja y a encierro. Metí la llave en el contacto y arranqué; el motor rugió con una vibración bronca que pareció sacudir los cimientos de la Torre de Cristal sobre mi cabeza.

Puse el GPS con la dirección que me había enviado Zhào.

Enfilé la rampa de salida y atravesé la barrera hacia la lluvia de Madrid, sabiendo que, si fallaba en esos cinco minutos, lo perdería todo para siempre.

Jian Lin

Lugar: Almacén del restaurante de *dim sum*, Mong Kok, Hong Kong.

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 18:22 (Hora local).

Dentro del almacén, el aire era una mezcla viciada de vapor de cocina antiguo y el olor a aceite mineral de los fusiles recién desembalados. Táng, con el rostro iluminado por la pantalla de su tableta, acababa de recibir la confirmación de que el ejército de las sombras estaba listo.

Jian se sentía en la cima del mundo. Tenía el fusil europeo colgado al hombro, notando el peso del acero contra su pecho. Se sentía, por primera vez, el hombre que Chen Wei le había prometido que sería. Un libertador. Un símbolo.

—Sacad las cajas de munición —ordenó Táng—. En diez minutos, nos uniremos a la marea de fuera.

Jian se agachó para agarrar un cajón, pero no llegó a tocarlo.

El mundo entero estalló en blanco.

La persiana metálica del restaurante no solo se abrió; se desintegró hacia dentro bajo el impacto de una carga de brecha direccional. El estruendo ensordecedor le reventó los tímpanos a Jian, dejándolo sumergido en un pitido agudo y constante. Inmediatamente después, dos granadas cegadoras inundaron el espacio con una luz de magnesio que le quemó las retinas.

Hombres de negro, envueltos en equipo táctico pesado y máscaras de gas, irrumpieron como espectros a través de la nube de humo. Decenas de láseres rojos cortaron la bruma, fijándose como puntos de sangre en los pechos de los insurgentes.

—¡FSDU! ¡ARMAS AL SUELO! —rugió una voz que parecía venir de otra dimensión.

Táng, el veterano, reaccionó con la velocidad de quien sabe que la partida ha terminado antes de empezar. Soltó su arma y

levantó las manos, gritando a sus hombres que no dispararan. Kwan, a su lado, maldijo mientras dejaba caer su fusil al suelo de cemento.

Jian, sin embargo, estaba atrapado en una parálisis de terror y arrogancia. Cayó de rodillas, tosiendo por el humo acre de los botes de gas que empezaban a rodar por el suelo. A través de las lágrimas, vio a los policías avanzando con escudos balísticos, una muralla negra imparable.

Recordó a Chen. Recordó el respeto en la voz de Kwan cuando vio las armas. Recordó la promesa que se había hecho de no volver a ser el "hermano pequeño y débil" al que Mei siempre tenía que rescatar. Su mente, envenenada por la necesidad de validación, se negó a aceptar que su revolución durara menos de un segundo.

No podía rendirse. No él.

Con un grito de furia que se ahogó en su garganta seca, Jian agarró la empuñadura de su fusil. Se puso de pie con torpeza, alzando el arma alemana contra los escudos negros que se abalanzaban sobre ellos.

—¡Jian, no! ¡Suéltala! —chilló Kwan, intentando abalanzarse sobre él para bajarle el cañón.

Fue la chispa definitiva. Al ver a Jian encañonarlos y a Kwan moverse bruscamente hacia delante, el equipo táctico aplicó la doctrina de respuesta letal inmediata.

Jian apretó el gatillo con todas sus fuerzas, esperando sentir el retroceso del poder real, esperando ver el fuego salir del cañón.

Clic.

Nada.

El seguro estaba puesto. Ni siquiera había montado el arma antes de que el asalto comenzara. No sabía cómo funcionaba. Era un turista con un objeto de muerte que no comprendía.

El almacén se convirtió en un matadero. El estruendo de los fusiles de asalto de la policía, disparando en ráfagas cortas y quirúrgicas, devoró cualquier otro sonido. Jian sintió los impactos como martillazos hidráulicos: uno en el hombro, dos en el abdomen, uno final que le destrozó la base del cuello.

La fuerza de las balas lo lanzó hacia atrás contra un palé de madera. A su alrededor, la carnicería fue total. Táng cayó con la

cabeza destrozada y Kwan fue abatida antes de que pudiera tocar el suelo, su cuerpo acribillado por la imprudencia de Jian. Los veinte jóvenes del escuadrón pagaron con sus vidas el error.

Jian Lin se desplomó sobre el hormigón sucio. El pitido de sus oídos empezó a desvanecerse, sustituido por un silencio frío y pesado. El humo del gas lacrimógeno se mezclaba con el olor de su propia sangre, que manaba en borbotones calientes.

Mientras su visión se oscurecía, la realidad del almacén desapareció. De repente, ya no estaba en Hong Kong. Estaba en un callejón húmedo de Macao, hace quince años. El sol quemaba y olía a pescado seco. Podía ver a Mei, una Mei niña de diez años, riendo con una claridad que le dolía.

Oyó la risa de su hermana. Una risa contagiosa, limpia, llena de una promesa de protección que él mismo acababa de romper para siempre.

—Mei... —intentó decir, pero solo salió un gorgoteo de sangre.

Cerró los ojos y se dejó llevar por esa risa.

Chen Wei

Lugar: Despacho privado, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:35.

Chen Wei miraba la pantalla de su portátil de alta seguridad. El mapa logístico de Asia, que llevaba días fluyendo en un verde tranquilizador, acababa de teñirse de un rojo sangre absoluto. Las conexiones se caían en cascada, como fichas de dominó golpeadas por una mano invisible.

El intercomunicador de su mesa parpadeó con una luz roja insistente. Era el centro de operaciones de Alcobendas.

—Señor Chen —la voz del técnico jefe sonaba al borde del colapso—. Hemos perdido el control total de los nodos de Hong Kong. La telemetría que veíamos era un espejo, una fachada digital. Acabamos de identificar el origen de la brecha. Se han usado las credenciales maestras y la firma digital de Cristian Martínez. Pekín está dentro de nuestra red.

Chen sintió que el aire abandonaba la habitación. No era un fallo fortuito. Era una ejecución perfecta orquestada por el Estado chino y ejecutada desde el corazón de su propia empresa. Martínez, el hombre al que había moldeado y enriquecido, acababa de demoler su imperio.

La puerta del despacho se abrió de golpe. Era Goran. Su rostro reflejaba una confusión que Chen nunca le había visto.

—Señor... la señora Lin —dijo Goran, con voz ronca—. No está en su habitación. He revisado el vestidor y el jardín trasero.

Chen Wei cerró el portátil con un golpe seco.

—Han estado fingiendo todo este tiempo —susurró Chen. Su voz era tan grave y mortífera que Goran retrocedió un paso—. Martínez nos ha vendido.

Chen cruzó el pasillo a grandes zancadas y entró en el inmenso salón. Estaba vacío, inundado por la luz grisácea de la

tormenta que arreciaba fuera. Se acercó al sofá de cuero blanco. Allí, solitario y mudo, descansaba el iPhone oficial de Mei.

La furia, que siempre había sido su motor, se transformó en un vacío gélido.

—Reúne a los hombres —ordenó Chen a Goran, sin girarse, con una calma que daba más miedo que cualquier grito—. Puede que caigamos hoy, pero ellos no van a sobrevivir para verlo.

Chen Wei apretó los puños, mirando la lluvia tras el cristal.

—Búscalos. Usa los contactos de la red analógica. No quiero informes, Goran. Quiero resultados. Mata a Cristian Martínez en cuanto lo veas. Y a ella... a ella tráemela. Quiero que vea cómo desmonto cada trozo de su mundo antes de que deje de respirar.

Goran asintió en silencio y salió del salón a paso rápido. Chen Wei se quedó solo en la inmensidad de la mansión, escuchando cómo el trueno retumbaba sobre La Moraleja.

Cristian Martínez

Lugar: Perímetro sur, La Moraleja / M-40, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:40.

El cielo de Madrid se había desplomado. Una tormenta de invierno, negra y prematura, había convertido el mediodía en un crepúsculo sucio. La lluvia golpeaba el techo del Peugeot gris con una violencia metálica, ensordecedora, como si intentara aplastar el coche contra el asfalto.

Al girar en la esquina de Camino Ancho, la vi.

Mei estaba allí, una mancha oscura bajo un paraguas de mango de madera que apenas la protegía de las ráfagas de viento. Su inmovilidad me resultó aterradora; parecía la imagen de alguien que ya ha aceptado que puede morir en cualquier segundo.

Frené a su altura y empujé la puerta del copiloto. Mei subió de un salto, cerrando el paraguas con un movimiento brusco antes de meterse en el habitáculo. El olor a ozono, lluvia y miedo inundó el coche.

—¿Estás bien? —pregunté, con la voz rota. Mi mano, aún en la palanca de cambios, temblaba de forma incontrolable.

—Arranca, Cristian. Vamos.

Enfilé hacia la salida de La Moraleja y, en pocos minutos, nos estrellamos contra la realidad de Madrid: la M-40 era un cementerio de luces rojas de freno. El atasco era total.

Nos quedamos atrapados en el carril central, rodeados de miles de coches anónimos, avanzando a paso de tortuga bajo el aguacero.

—Tenemos el depósito lleno —dije, más para convencerme a mí mismo que a ella—, pero con este tráfico tardaremos horas en salir de la provincia.

—¿Y si nos han seguido? —la voz de Mei era un susurro gélido. Sus ojos no dejaban de saltar de un espejo retrovisor a otro

—. ¿Y si hay una baliza en este coche?

—Es imposible —respondí, aunque el sudor frío me bajaba por la nuca—. El coche es de Zhào. No figura en ningún registro de IberGlobal. Es un fantasma.

Pero la paranoia era un virus que se alimentaba del silencio. Miraba los coches de al lado, buscando rostros conocidos tras los cristales empañados. Cualquier furgoneta blanca me parecía un equipo táctico de Chen Wei. El Peugeot, que antes me parecía el escondite perfecto, ahora se sentía como una vitrina de cristal en medio de la autopista.

—Cristian —dijo ella de repente, girándose hacia mí—. ¿Llevas encima tu móvil de empresa?

—Sí. Pero está apagado —respondí, dándole una palmadita a mi bolsillo—. Lo saqué de la Torre por si...

—Dámelo.

Se lo tendí sin cuestionarla. Mei bajó la ventanilla apenas unos centímetros. El viento y el agua entraron con furia en el coche, empapándonos al instante. Sin dudarlo, lanzó el dispositivo de mil euros al asfalto de la autopista, donde fue aplastado casi al instante por las ruedas de un camión que avanzaba pesadamente a nuestro lado.

Cerró la ventanilla y se recostó en el asiento, cerrando los ojos.

—Ya no existe el "por si" —sentenció ella—. Ahora somos dos sombras en un coche viejo.

Miré el flujo interminable de coches frente a nosotros.

Goran

Lugar: Perímetro de la Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:45.

Goran se movía entre los pinos con la agilidad silenciosa de un lobo, a pesar de su masa muscular. El agua le resbalaba por las cicatrices del rostro y empapaba su chaqueta, pero él apenas lo notaba. Su atención estaba fijada en el rastro. Había notado la ausencia de Mei Lin apenas tres minutos después de que ella abandonara el salón, y el instinto le decía que no estaba escondida en ninguna de las habitaciones de la mansión.

Llegó a la puerta lateral de servicio, la que daba al Camino Ancho.

Se detuvo en seco. La puerta estaba entornada, apenas un par de centímetros, desafiando las estrictas normas de seguridad de la finca. Goran desenvainó su pistola por puro reflejo, cubriendo el ángulo muerto antes de salir al exterior.

No había nadie.

Solo la lluvia cayendo con una violencia monótona sobre el asfalto. Se acercó al borde de la calzada y observó el barro acumulado en la cuneta. Había huellas frescas, pequeñas, que se detenían justo donde el asfalto se encontraba con la tierra. Al lado, las marcas de unos neumáticos que habían arrancado con prisas, dejando un surco profundo en el lodo.

Goran escaneó la carretera en ambas direcciones. Hacia el norte, la calle se perdía en la bruma de la tormenta; hacia el sur, el tráfico denso que subía desde Madrid formaba una hilera de luces rojas indistinguibles. Había cientos de coches ahí fuera, miles de escondites en movimiento.

Bajó el arma lentamente y la enfundó. Se quedó de pie, bajo el aguacero, asimilando el hecho de que la mujer de su jefe se había

evaporado frente a sus narices. Había sido una extracción limpia, coordinada y ejecutada en el punto ciego de su vigilancia.

Sintió un peso frío en el estómago, más gélido que el agua de la tormenta. Conocía a Chen Wei mejor que nadie; sabía que el hombre que estaba dentro de la casa, viendo cómo su imperio estallaba en pedazos, no iba a reaccionar bien ante la noticia de que su última posesión también se había esfumado.

Goran escupió en el barro y se dio la vuelta.

Caminó de regreso hacia la mansión con pasos pesados. El tablero acababa de saltar por los aires. Entró por la misma puerta por la que Mei había escapado, cerrándola con llave tras de sí. Cruzó el salón, ignorando el charco de agua que dejaban sus botas sobre la alfombra, y se detuvo frente a la puerta del despacho de Chen Wei.

Se tomó un segundo para recuperar el aliento y llamó a la puerta.

Fernando Garrido

Lugar: Planta 22, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:45.

Fernando Garrido estaba revisando un informe de sostenibilidad cuando el silencio de la oficina se volvió denso. Miró su monitor de control logístico. La logística de Sinosur, el motor invisible que inyectaba millones en IberGlobal, acababa de apagarse.

CONNECTION TIMEOUT. ERROR 503.

Pulsó F5 tres veces. El sudor empezó a perlar su frente. No era una caída de servidor convencional. Levantó el teléfono y marcó la extensión de Cristian.

—¿Cristian? Explícame qué está pasando con la telemetría —dijo en cuanto alguien descolgó, pero no fue la voz de Cristian.

—Señor Garrido... —era Carmen, la secretaria de Cristian, y sonaba al borde de la histeria—. El señor Martínez... no está. Se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? —rugió Garrido—. ¿A una reunión?

—No, señor. Ha salido casi corriendo. Ha dejado su chaqueta, su tarjeta de identificación... y su despacho está abierto. No responde al móvil corporativo.

Garrido colgó el auricular lentamente. El aire de la habitación pareció enfriarse diez grados. Su mente analítica, la misma que le había permitido escalar hasta la cima de la Torre de Cristal, procesó la información en milisegundos. *Se ha quebrado. O peor aún, me ha traicionado.*

Si Cristian había huido y el sistema estaba caído…,¿Lo había hecho él? La redada en Asia o la intervención de la Europol eran inminentes. Si la policía llegaba y encontraba a Cristian desaparecido, él sería el siguiente en la lista. A menos que fuera él quien diera la voz de alarma.

Garrido abrió el cajón de su mesa y comprobó que el "Dossier Azul" —su recopilación de firmas de Cristian— seguía allí. Pero no era suficiente. Necesitaba que la policía entrara en IberGlobal bajo sus órdenes, no con una orden de registro contra él.

Sacó su teléfono personal y buscó un número: el comisario jefe de la UDEF.

—¿Rivas? Soy Fernando Garrido de IberGlobal. Tenemos un problema de seguridad nacional en la empresa —su voz era ahora firme, la de un líder tomando el mando—. Mi Director de Logística, Cristian Martínez, acaba de sabotear nuestros sistemas y se ha dado a la fuga. Creemos que ha estado operando una red de contrabando a espaldas de la directiva y ha destruido las pruebas antes de huir. Necesito un equipo aquí ahora mismo. Yo mismo les daré acceso a su despacho y a sus datos.

Garrido colgó. Respiró hondo y se ajustó el nudo de la corbata frente al espejo. Se sentía orgulloso de su reflejo. Iba a entregar la cabeza de su "hijo" corporativo para salvar su propio cuello.

Chen Wei

Lugar: Despacho privado, Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 11:50.

El agua sucia y embarrada goteaba de las botas de Goran, manchando la alfombra persa del despacho. El gigante balcánico estaba de pie frente al escritorio de caoba, con el pecho subiendo y bajando en respiraciones pesadas. La rigidez de su mandíbula delataba que sabía que estaba informando desde el borde de un abismo.

—No hay rastro, señor —informó Goran. Su voz ronca resonó en el silencio—. La puerta de servicio estaba abierta. Solo hay huellas de neumáticos en el barro, pero la lluvia las está borrando.

Chen Wei permanecía de pie frente a los ventanales, dándole la espalda. La rabia de hacía unos minutos se había condensado en un bloque de hielo oscuro en su estómago. El Arquitecto le había arrebatado su red, pero Mei... Mei le había arrebatado su orgullo. Lo había humillado fingiendo sumisión mientras preparaba el cuchillo.

—Prepara a tus hombres —dijo Chen, sin girarse—. Coged el armamento y todo el efectivo de las cajas fuertes. Sin la telemetría, IberGlobal es un cadáver. La policía española no tardará en llegar. Quiero a todo el equipo fuera de aquí en quince minutos.

Goran hizo una inclinación militar y salió. Chen Wei se quedó a solas. Caminó hacia la pared, desplazó un cuadro y abrió la caja fuerte. Sacó un teléfono satelital negro. Marcó la secuencia hacia Langley, Virginia.

Dos tonos.

—Overwatch —respondió una voz plana.

—Soy Chen —dijo, apoyando la mano en la mesa para no tambalearse—. La red en Madrid ha colapsado. Necesito el protocolo de extracción diplomática.

—No hay armas. No hay activo estratégico —sentenció la voz de Overwatch con una frialdad aterradora—. Nuestras fuentes informan de una masacre en Kwun Tong y detenciones en otros catorce puntos en Hong Kong. El MSS ha interceptado los contenedores. Tienen tus manifiestos y tus firmas.

—¡Vosotros pagasteis por esa carga! —gritó Chen, golpeando la caoba—. ¡Yo financié vuestra revolución!

—Y te lo agradecemos, Wei. Pero el MSS tiene pruebas contra Sinosur, no contra nosotros. Estás quemado. Eres un activo tóxico.

Chen sintió un vacío en el estómago que no tenía que ver con el dinero.

—El chico... —interrumpió Chen, y su voz flaqueó por primera vez—. Jian. ¿Qué hay de él?

Hubo una pausa breve al otro lado de la línea.

—No hay información —respondió Overwatch con indiferencia —. Hong Kong es ahora un agujero negro informativo. El MSS tiene el control total del perímetro. Si estaba allí, asume lo peor. No vuelvas a llamar.

Clic.

Chen Wei bajó el teléfono lentamente. Se sentó en su inmensa silla de cuero, sintiendo cómo el peso de la mansión parecía aplastarlo. La CIA le cargaba el muerto. Pekín lo quería muerto. Estaba completamente solo.

Abrió el cajón derecho de su escritorio. Al fondo, bajo unos documentos de embarque falsos, sacó un estuche de terciopelo raído. Lo abrió. Allí estaban: las gafas rotas de su primera mujer, el único objeto que conservaba de una época en la que su nombre no significaba nada y su corazón aún era capaz de sangrar.

Las miró fijamente. Un cristal estaba astillado, un recordatorio de la violencia que le había arrebatado lo único que amó de verdad antes de que la ambición lo convirtiera en piedra. Sacó su encendedor Dupont y lo encendió. Durante un instante, la llama bailó cerca del estuche. Quería quemarlas, romper ese último anclaje, convertirse finalmente en el monstruo puro que el mundo veía en él.

Pero su mano tembló.

Cerró el encendedor con un clic seco. No pudo hacerlo. Cerró el estuche y lo apretó contra su pecho, cerrando los ojos. En medio del colapso de un imperio logístico de miles de millones de euros, el hombre más poderoso de Sinosur se encogía sobre un par de cristales rotos.

La puerta se abrió. Goran estaba allí de nuevo.

—Señor, los coches están listos. Debemos irnos.

Chen Wei guardó el estuche en el bolsillo interior de su chaqueta. Se puso en pie y recuperó la máscara de granito. Su voz volvió a ser la de un soberano, aunque por dentro solo fuera ceniza.

—Reúne a los hombres, Goran —ordenó, mirando por última vez su despacho vacío—. Salimos ahora.

Chen Wei caminó hacia la salida, sintiendo el roce del terciopelo en su costado.

Chen Wei

Lugar: Mansión de La Moraleja, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 12:10.

Tenía menos de veinte minutos antes de que el protocolo de traición de Langley se completara y su ubicación fuera entregada a la Europol y a la UDEF.

Chen Wei se levantó de la silla con una lentitud que rozaba la parálisis. Se sentía un idiota. Un estratega de salón que había jugado a la guerra con los maestros del engaño y había perdido hasta la última moneda. Había confiado en la CIA, había creído que su "red de seda" era un escudo, cuando en realidad solo era la soga con la que acababan de ahorcarlo. No era un socio; era un residuo que Langley estaba limpiando.

—Goran —llamó con voz plana.

El gigante apareció en el umbral, con el rostro impasible.

—Saca el Range Rover. Solo nosotros. Coge el efectivo de la caja fuerte y los pasaportes de reserva. Tenemos quince minutos para estar fuera del perímetro.

Goran asintió y se retiró sin decir palabra. Chen sacó de su escritorio un terminal encriptado de un solo uso. Marcó el código del enlace en la central de inteligencia de la policía de Hong Kong, el hombre que monitorizaba los despliegues tácticos.

—Dame el informe de daños —ordenó Chen en cuanto escuchó la señal.

—Ha sido una barrida coordinada y limpia en trece de los catorce puntos, Wei —respondió la voz al otro lado, filtrada por un distorsionador—. El MSS chino ha liderado el asalto. Han detenido a todos los equipos. No ha habido resistencia... excepto en un sitio.

Chen cerró los ojos, sintiendo un nudo gélido en la garganta.

—No sabemos qué ha fallado —continuó la voz—. Táng y sus hombres se han atrincherado en el almacén. Ha habido un tiroteo

intenso. Los equipos de asalto han respondido con fuerza letal. No hay supervivientes en esa unidad, Wei. Han caído todos. Incluido el chico.

El chico. Chen Wei se apoyó en la mesa, apretando el teléfono con fuerza. —¿Jian estaba con Táng? Confírmalo.

—Lo confirmo. Jian Lin estaba en la lista de objetivos del equipo de Táng. Su descripción física coincide con una de las bajas confirmadas en el almacén. Wei, esto no ha sido un error táctico. Alguien ha filtrado la ubicación exacta y ha provocado la resistencia para asegurar que no hubiera testigos. Alguien ha vendido la...

Chen no le dejó terminar. Cortó la comunicación y dejó caer el teléfono sobre la alfombra.

—Jian... —susurró, y el nombre del chico sonó como una sentencia de muerte en la habitación vacía—. Jian.

La culpa lo golpeó con una violencia física. Se sentía responsable de cada bala que había atravesado el pecho de aquel muchacho. Lo había alimentado con sueños de revolución y heroísmo, y al final, Jian no había sido más que el daño colateral de su propia ingenuidad. Había creído a la CIA, se había creído el verdadero Arquitecto de una nueva era, y solo había sido el tonto útil que enviaba a sus seres queridos al matadero.

Se acercó a la pared lateral, desplazó el cuadro abstracto y abrió la pequeña caja fuerte empotrada. Sus dedos, temblorosos por primera vez en décadas, no buscaron el oro ni los documentos de chantaje. Se cerraron sobre una pequeña caja de terciopelo azul, gastada por los años.

La abrió con una delicadeza casi sagrada. Dentro descansaban las gafas de pasta de su primera mujer, con un cristal astillado y la montura desgastada. Eran el único resto de una vida anterior a la ambición, de cuando aún era un hombre capaz de amar sin calcular el beneficio. Chen acarició el cristal roto con la yema del pulgar, cerrando los ojos un instante mientras el frío del vidrio le devolvía la realidad de lo que había perdido. Con un movimiento lento y cuidadoso, guardó la caja en el bolsillo interior de su chaqueta, justo sobre el pecho.

Salió del despacho con pasos mecánicos. En el pasillo se cruzó con la asistenta, que llevaba un cesto de ropa blanca. La mujer le sonrió con timidez y se apartó. Chen pasó a su lado sin verla. No le advirtió de que la policía entraría en esa casa en minutos. No le importaba si la interrogaban o si perdía su empleo. Ella, el mayordomo que pulía la plata en el comedor, los jardineros... todos eran ahora sombras en un mundo que ya no le pertenecía.

Atravesó el salón principal. Dio una mirada a los cuadros carísimos y los muebles de diseño, y solo sintió asco. Había perdido su red, su orgullo, a su mujer y, lo peor de todo, había matado al único chico que lo quería como a un padre.

Salió al jardín bajo una lluvia fina que caló su abrigo. Goran ya lo esperaba en el garaje con el motor al ralentí. Chen subió al asiento trasero y se hundió en el cuero oscuro.

—Sal por las secundarias, hacia el sur —dijo Chen, mirando por la ventanilla tintada cómo la mansión desaparecía tras los pinos —. Fuera de España antes del amanecer.

No sentía odio. No sentía sed de venganza. Solo una fatiga insoportable y la humillante certeza de que él nunca fue el dueño del juego. Solo era un hombre viejo huyendo de sus propios fantasmas, cargando con la caja de terciopelo de sus gafas rotas como único equipaje en una huida hacia ninguna parte.

David Velasco

Lugar: Planta 18 / Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 13:15.

El ambiente en la torre era eléctrico. La noticia de que "algo gordo" pasaba en la 21 se había filtrado por los ascensores. David estaba en su puesto, manteniendo la vista fija en una hoja de cálculo vacía, cuando escuchó el sonido de los ascensores abriéndose en bloque.

Se asomó al pasillo. Un grupo de diez agentes de paisano, con chalecos de la Policía Nacional, cruzaba el vestíbulo hacia las escaleras internas. Iban escoltados por un Garrido que parecía haber recuperado toda su arrogancia, señalando y dando órdenes como si estuviera guiando una visita guiada.

Carmen apareció por el pasillo lateral, con el rostro desencajado. Se detuvo frente a David.

—David... es la UDEF —susurró, agarrándolo del brazo—. Han venido por Cristian. Garrido dice que lo ha denunciado por sabotaje y robo.

David sintió un escalofrío, pero su rostro permaneció neutro. Recordó el sobre que Cristian le había dejado y las 24 palabras. La pieza final del puzle estaba a punto de encajarse.

—No tengo ni idea de dónde está, Carmen —dijo David, alzando un poco la voz para que lo oyeran los que pasaban—. Sabes que no nos hablamos desde hace semanas. Si Martínez ha hecho alguna estupidez, que asuma las consecuencias.

Carmen asintió, secándose las lágrimas, y se alejó. David se quedó solo en el pasillo, observando cómo los agentes subían hacia el despacho de su amigo. Garrido sonreía mientras hablaba con el Inspector Rivas.

Imbécil, pensó David.

Fernando Garrido

Lugar: Despacho de Cristian Martínez, Planta 21, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de Diciembre, 13:30.

—Ahí la tienen —dijo Garrido, señalando la caja fuerte empotrada—. Martínez pasaba horas aquí encerrado. Estoy seguro de que los registros reales están ahí dentro.

El técnico de la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (UDEF) trabajó en silencio. El sonido del taladro de precisión contra el acero fue un bálsamo para los nervios de Garrido. Estaba a punto de terminar con el problema "Cristian" para siempre.

La puerta de la caja fuerte se abrió con un clic metálico. El Inspector Rivas, con guantes de látex, extrajo el sobre de papel manila grande. Solo había un fajo de papeles impresos y dos discos duros.

—¿Ven? —insistió Garrido—. Les dije que guardaba pruebas de sus fletes ilegales.

Rivas empezó a pasar las páginas. El inspector se detuvo en una página y frunció el ceño. Miró a Garrido y luego volvió al papel.

—Señor Garrido... estos correos están enviados desde la cuenta de Martínez a la suya —dijo Rivas, con un tono que ya no era de agradecimiento.

—Sí, bueno, Martínez me enviaba informes falsos para cubrirse... —empezó Garrido.

—No —le cortó Rivas—. Aquí Martínez le informa, punto por punto, de que las aduanas de Sinosur no cuadran. Le advierte de que el material que viaja no es el que figura en el manifiesto. Y aquí —el inspector señaló un párrafo resaltado— está su respuesta, desde su cuenta oficial, ordenándole que "deje de hacer preguntas de auditor y asegure el flujo de caja".

Garrido sintió que la sangre se le retiraba de la cara. Intentó hablar, pero su garganta estaba seca.

—Un momento… Aquí hay algo más interesante —continuó Rivas, sacando los contratos físicos del fondo del sobre—. Rutas de flete para clientes fantasma con su firma manuscrita, de hace cuatro años. Antes de que el señor Martínez tuviera acceso a estas claves.

Rivas cerró el sobre y miró a sus agentes. Luego se giró hacia Garrido.

—Señor Garrido, creo que se ha equivocado. Martínez no nos ha dejado pruebas contra él. Nos ha dejado el mapa completo de su organización, con usted en el centro.

Garrido dio un paso atrás, buscando la salida, pero dos agentes ya habían cerrado el paso.

—¡Es un montaje! —gritó Garrido, con la voz quebrada—. ¡Él ha manipulado los archivos! ¡Yo soy el Director General, yo he llamado a la policía!

—Y se lo agradecemos, porque nos ha ahorrado la necesidad de pedir una orden judicial para entrar —dijo Rivas, sacando unas esposas—. Fernando Garrido, queda usted detenido.

David Velasco

Lugar: Planta 21, Torre de Cristal, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de ciciembre, 13:45.

El silencio en la planta 21 era tan absoluto que se podía oír el zumbido eléctrico de los paneles de iluminación.

Hacía veinte minutos que las pantallas habían mostrado el primer «Connection Timeout», pero nadie hablaba. Los analistas estaban de pie junto a sus puestos, paralizados, mirando hacia el pasillo central con una mezcla de incredulidad y miedo. La oficina se había convertido en un bosque de estatuas de seda y algodón.

David estaba sentado en su cubículo, con las manos entrelazadas sobre el regazo. A través de la pared de cristal del despacho de Cristian, vio la chaqueta de su amigo abandonada en el suelo.

De pronto, el sonido rítmico de pasos pesados sobre la moqueta rompió el trance.

El Inspector Rivas y su equipo salieron del despacho de Cristian. En el centro de la formación, Fernando Garrido caminaba con la cabeza baja. Ya no era el hombre que, minutos antes, había guiado a la policía con suficiencia. El director general parecía haber encogido. Su traje, una armadura de tres mil euros, ahora se veía arrugado y sin vida, como si el hombre que lo habitaba se hubiera vaciado por dentro.

Garrido tenía la vista clavada en un punto inexistente de la alfombra, intentando ocultar sus manos esposadas a la espalda. El único sonido que emitía era el roce sordo de sus zapatos y el leve tintineo del acero contra su propia piel. Era un hombre aplastado por la vergüenza, consciente de que cada par de ojos en la planta estaba registrando su ruina.

Al pasar frente al cubículo de David, Garrido levantó la vista un instante, un reflejo involuntario. Sus ojos, antes cargados de una

autoridad magnética, estaban inyectados en sangre y vacíos de esperanza. David le sostuvo la mirada, observando cómo la máscara de perfección de Garrido se terminaba de cuartear. El director general volvió a bajar la cabeza de inmediato, acelerando el paso hacia los ascensores para huir de la mudez condenatoria de su propia plantilla.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, el silencio en la planta se volvió aún más denso, casi irrespirable.

—¡Atención todo el mundo! —la voz de un agente de la UDEF restalló en el vestíbulo, rompiendo la parálisis—. Permanezcan donde están. Esta oficina queda oficialmente clausurada bajo orden judicial.

El agente caminó hacia el centro de la zona de cubículos, mientras otros dos compañeros empezaban a desplegar cinta policial amarilla en los accesos.

—Nadie toca un solo teclado. Nadie sale de la planta hasta que se lo indiquemos. Tomen asiento y preparen sus documentos de identidad. Vamos a proceder a la identificación de cada persona presente y a la recogida de declaraciones preliminares. Colaboren y esto terminará antes.

David obedeció con una calma mecánica. Se sentó, apoyó las palmas sobre la mesa y esperó. Sabía que por delante quedaban horas de preguntas, actas y sospechas.

Mei Lin

Lugar: Estación de servicio, Autovía A-5 (Extremadura).
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 18:00.

El frente de nubes que cubría la península se había convertido en una niebla baja y una llovizna persistente. Cristian conducía con una pulcritud patológica, manteniendo la aguja clavada exactamente en los ciento veinte. Sabía que cualquier error nos expondría a una patrulla de la Guardia Civil; viajábamos sin carnets y con pasaportes falsos.

En teoría, con el tanque lleno al salir de Madrid, podríamos haber llegado a la frontera con cierto margen, pero la aguja bajaba con una rapidez alarmante. La luz naranja de la reserva llevaba diez minutos encendida, fija como un ojo acusador.

Me dolía el estómago de hambre y la vejiga me presionaba con una urgencia dolorosa. Llevábamos horas sin parar. El habitáculo olía a espuma vieja y humedad; normalmente era un olor al que te acostumbrabas a los cinco minutos, pero para mí se había vuelto un peso físico, una capa de grasa invisible que me asfixiaba.

—Podemos hacer veinte kilómetros más, Mei —masculló Cristian, aferrado al volante—. Si cruzamos la frontera con este depósito, ganaremos tiempo.

Noté que su respiración se entrecortaba. Sus manos temblaban sobre el cuero del volante.

—Cristian, mírame —le ordené. Él giró la cabeza un segundo —. Respira conmigo. Cuatro tiempos para inhalar, retén siete, suelta en ocho. Hazlo ahora.

Le guié durante tres ciclos de la técnica de relajación que Chen me había enseñado hacía años. Vi cómo sus hombros bajaban un centímetro. No eliminaba su ansiedad, pero al menos impedía que sus pulmones colapsaran.

—Para en la siguiente —añadí—. Necesito ir al lavabo. Ahora. Ya no me aguanto.

Tomó la salida de una estación de servicio que parecía un bloque de hormigón abandonado. Al detener el coche, bajó para llenar el depósito con una rigidez extraña. Yo bajé también y el impacto fue inmediato: el aire frío mezclado con el olor denso y químico de la gasolina me golpeó como un mazo. Sentí que el mundo giraba. La boca se me llenó de saliva amarga.

Caminé hacia la cabina sintiendo un sudor frío en la nuca y el olor a gasolina que se me había quedado pegado en la nariz. El empleado, un hombre con una camiseta sucia, me observó con una lentitud pegajosa mientras le tendía el billete de cincuenta euros. Su mirada era transparente; para él, yo era mercancía que el tipo que repostaba había alquilado para el trayecto.

—No se ven muchas de las tuyas por aquí —me dijo con una sonrisa sucia.

—¿El lavabo? —pregunté sin prestar atención a sus insinuaciones racistas.

—Aquí al lado; ten la llave, preciosa.

Sentí asco, pero recogí la llave atada a un trozo de madera sucia.

—Cristian, acompáñame —le pedí—. Quédate en la puerta, por favor.

Cristian me miró y luego observó al dependiente, que seguía clavando su vista en mí como si estuviera evaluando qué hacer.

—Sí, voy —dijo, dejando la manguera en el surtidor.

El lavabo era un agujero infecto. Entré aguantando la respiración. Primero, la urgencia física: el alivio de orinar fue casi doloroso tras tantas horas de retención. Pero el esfuerzo, sumado al hedor a amoníaco y moho del cubículo, terminó de romper mi resistencia. En cuanto terminé de subirme el pantalón, una arcada violenta me dobló por la mitad. Vomité bilis y jugos gástricos amargos sobre la porcelana manchada, tosiendo hasta que me saltaron las lágrimas. No quería que Cristian lo escuchara, pero era inevitable.

—¿Estás bien? —me preguntó desde el otro lado.

—Sí, sí... dame un minuto.

Necesitaba lavarme la boca, pero la pila estaba asquerosa. Ni de coña iba a beber de ahí. Fuera, escuché pasos sobre la grava.

—¿Está todo bien por ahí? —preguntó el empleado con tono burlón.

—Sí, todo bien —respondió Cristian. Su voz sonó fría, cortante.

—Ya... No hagáis nada raro ahí dentro, que el baño es para lo que es. Ya sabes, con tu amiguita...

—Es mi mujer —le cortó Cristian. No hubo vacilación.

Escuché al hombre alejarse refunfuñando. Dentro de aquel baño asqueroso, sentí un cosquilleo en el estómago que no tenía nada que ver con las náuseas. Escuchar "mi mujer" en su boca, defendiéndome de aquel miserable, despertó algo en mí que no sabía que existía.

Salí del baño con las piernas flaqueando. Cristian me esperaba bajo la lluvia fina. Me pareció más hermoso que nunca.

—¿Tu mujer? —le pregunté, deteniéndome frente a él.

Él me miró y me regaló una sonrisa limpia y extrañamente protectora.

—Claro —respondió.

Se inclinó para besarme, rodeándome la barbilla con los dedos. Yo me aparté apenas un milímetro, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—He vomitado —susurré muy suave.

Cristian se quedó quieto un segundo. Luego, contra todo pronóstico, soltó una carcajada breve, una risa sincera y cansada que rompió la tensión de la huida. Yo no pude evitarlo y me uní a él; una risa amarga que sabía a bilis y a libertad.

Sin importarle mis palabras, me dio un beso rápido en los labios.

—Vámonos —le dije, abrazándolo con fuerza—. A partir de ahora, conduzco yo.

Zhào Ruì

Lugar: Piso franco del MSS, Madrid.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 21:25.

La sala de operaciones encubierta olía a té y ozono. Estaba oculta en el sótano insonorizado de un bloque de oficinas anodino cerca de la Castellana, un espacio aséptico lleno de servidores encriptados que zumbaban con una eficiencia monótona.

El informe final de evaluación de daños llegó al terminal principal desde Hong Kong. Era un archivo masivo que contenía el destino de cientos de personas.

Zhào Ruì se sentó frente al monitor. La «Operación Barrido» había sido un éxito táctico absoluto para el Ministerio de Seguridad del Estado. La red logística que Chen Wei había construido durante años había sido desmantelada en menos de una hora. Las fotografías mostraban almacenes incautados, fardos de armamento pesado y filas de hombres jóvenes de rodillas con las manos sobre la nuca. Hubo más de doscientos detenidos; la insurgencia de Hong Kong se había desinflado en cuanto el primer equipo táctico reventó las puertas.

Sin embargo, el informe señalaba dos irregularidades.

La primera era la esperada: el enlace de la CIA en el terreno no figuraba entre los detenidos. Habían detectado el movimiento del MSS con antelación suficiente para escurrirse, abandonando a sus peones locales a su suerte sin disparar un solo cartucho.

La segunda irregularidad estaba en la fotografía número doce.

Zhào hizo zoom sobre la imagen. Era un chico joven, tirado boca arriba sobre el suelo de hormigón de un almacén de contenedores. Tenía el pecho destrozado por impactos de una ráfaga de 5.56 mm. El informe técnico era de una brutalidad burocrática: *«El sujeto número 4 ignoró tres órdenes de rendición. Levantó un fusil de asalto tipo QBZ-95 hacia el equipo de asalto. Fue*

neutralizado según el protocolo de amenaza letal. Post-mortem: el arma del sujeto tenía el seguro puesto».

Zhào suspiró, un sonido casi imperceptible. Era Jian Lin. El hermano de Mei había muerto armado con un fusil que ni siquiera sabía cómo disparar. Un mártir por accidente en una guerra de despachos.

—¿Confirmamos a Pekín la salida de los activos de España, señor? —preguntó el técnico de comunicaciones, de pie tras él.

—Confirma el cierre de la operación —respondió Zhào sin apartar la vista del cadáver del chico—. Purga el servidor local. No quiero rastros de esta conexión en la red diplomática.

Zhào guardó silencio un momento, calculando la siguiente jugada. Sabía que, en ese preciso instante, el Peugeot gris debía de estar cerca de la frontera con Portugal.

—Señor, ¿le informamos a Martínez y a la señora Lin de las bajas confirmadas? —insistió el técnico—. Siguen esperando la señal de que el chico está a salvo.

Zhào se quedó mirando la pantalla negra durante unos segundos, evaluando las variables con la frialdad de un procesador de datos.

—No —dictaminó—. La esperanza de haber salvado al chico es lo único que los mantiene en la carretera. Si saben que Jian está en la morgue, se sentirán traicionados y quebrarán. Cometerán un error o se entregarán a la primera patrulla por puro desespero. Necesitamos que lleguen a Lisboa y desaparezcan de forma limpia.

Zhào se levantó y se ajustó la chaqueta con parsimonia.

—Por ahora, Jian Lin seguirá «bajo custodia segura». Prepárame el enlace para la llamada de confirmación —concluyó Zhào.

Mei Lin

Lugar: Puente del Guadiana, Frontera Badajoz-Elvas.
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 21:30.

El asfalto del puente sobre el Guadiana brillaba bajo la llovizna como la piel de una serpiente negra. Conducía el Peugeot con una concentración gélida. A mi lado, Cristian era una sombra hundida; ya no temblaba, pero su respiración era un silbido irregular que delataba su agotamiento.

Me dolía el cuerpo. Al girar el volante, el roce de la tela del sujetador contra mis pezones me provocó un respingo. Estaban hipersensibles, con una tirantez que conocía por mis ciclos, pero ahora se sentía muy diferente. Más pesado.

A veces he tenido retrasos con el periodo, pero… Sumé mentalmente los días de náuseas: comenzaron hace días, el mareo, la arcada en la gasolinera, y está hipersensibilidad en los pezones…

No puede ser, pensé, y un escalofrío me recorrió la espalda. *No ahora.*

Pero si estaba pasando era de Cristian. De eso estaba segura. Hacía meses que no me acostaba con mi marido. Si había algo creciendo dentro de mí, no era un heredero para el imperio de Chen; era el hijo de un fugitivo. De pronto, imaginé a Cristian como padre. ¿Cómo sería yo como madre? Era demasiado pronto, en medio de esa sensación de vértigo sentí una calidez extraña, una ternura punzante, empezó a ganar terreno al miedo.

Un destello azul, rítmico y agresivo, rompió el pensamiento.

A menos de medio kilómetro de la frontera, la Guarda Nacional Republicana (GNR) portuguesa había montado un "filtro de seguridad". No era un control rutinario; buscaban algo. Habían canalizado el tráfico hacia un solo carril mediante conos reflectantes. Noté el nerviosismo en la fila de coches: frenazos bruscos, conductores asomándose por la ventanilla. Un par de coches por

delante de nosotros, un Mercedes antiguo ya venía haciendo maniobras raras, pegándose demasiado al arcén, como si buscara un hueco para saltar la mediana.

Mi corazón se detuvo. No llevábamos nada: ni carnets, ni papeles del coche.

—Cristian —susurré—. Control. No te muevas. Pase lo que pase, actúa como si estuvieras borracho o dormido. No abras los ojos.

Él emitió un gruñido vago. Reduje la velocidad, intentando que el Peugeot pareciera el coche más aburrido del mundo. Vi al agente portugués, con su impermeable oscuro, registrando agresivamente el maletero de una furgoneta blanca. Estaban tensos, con las manos cerca de las fundas de sus armas. Buscaban contrabando o gente, no familias de clase media.

Esa era mi única carta: el perfil.

El agente terminó con la furgoneta y, con un gesto seco, me ordenó avanzar. Su linterna barrió el parabrisas, cegándome un instante. Bajé la ventanilla lo justo para que el aire frío entrara, dejando que el olor a cansancio y a coche usado inundara el hueco. Me obligué a no tocar el bolso donde escondía los pasaportes falsos; cualquier movimiento brusco sería el final.

El oficial se detuvo a la altura de mi ventanilla. Tenía el rostro curtido y los ojos inyectados en sangre por el turno de noche. Observó a Cristian, desplomado y con la boca entreabierta, y luego me miró a mí. Yo no aparté la vista, pero le di una sonrisa de "estoy agotada de aguantar a este hombre".

—*Puede seguir* —dijo él, pero su tono era distraído. Su mirada se desvió por encima de mi techo, hacia el Mercedes que venía detrás de nosotros.

El conductor del Mercedes, al que yo ya había visto dudar metros atrás, perdió los nervios en ese preciso instante. Al ver al agente inclinado sobre mi ventanilla y a otros dos policías acercándose con linternas, el hombre dio un volantazo violento hacia la izquierda, tratando de subirse al bordillo de la mediana para cambiar de sentido. El ruido del motor subiendo de vueltas y el

chirrido de los neumáticos sobre el asfalto mojado estallaron en el silencio del puente.

El agente que tenía a mi lado ni siquiera terminó de pedirme los papeles.

—¡*Ei! ¡Para! ¡Para agora!* —gritó hacia la radio de su hombro mientras desenfundaba la linterna y empezaba a correr hacia el Mercedes.

Sus compañeros reaccionaron como un resorte, abandonando sus puestos para interceptar el vehículo que intentaba la huida. Se olvidaron de la mujer cansada y del marido dormido. En la lógica policial, el que huye es el que importa.

No esperé. No miré por el retrovisor. Metí primera y aceleré con una suavidad irreal, deslizándome por el hueco que habían dejado los conos. Crucé el puente sintiendo que la sangre volvía a mis extremidades. Solo cuando vi el cartel de "Bem-vindo a Portugal" y el asfalto cambió de textura, permití que mis manos temblaran sobre el volante.

Nadie nos seguía.

Habíamos pasado.

Cristian Martínez

Lugar: Autovía A6, entrada en la región del Alentejo (Portugal).

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 21:45.

Había cerrado los ojos solo un segundo, o eso quería creer. El balanceo rítmico del Peugeot y el susurro de los neumáticos sobre el asfalto portugués —más rugoso, más vibrante— me habían sumergido en un entresueño pesado. Intentaba aplicar la técnica de respiración que Mei me había enseñado en la gasolinera, contando los tiempos en mi cabeza, tratando de ignorar el sudor frío que me bajaba por la nuca.

De pronto, el teléfono desechable vibró contra mi muslo. El sobresalto fue tan violento que sentí una punzada eléctrica en el pecho.

Mei no se inmutó. Sus manos seguían firmes a las "diez y diez", conduciendo con una determinación que me hacía sentir pequeño. Ya habíamos dejado atrás las luces azules de la frontera; el milagro del Mercedes que nos salvó en el último segundo seguía flotando en el habitáculo como un olor a ozono.

Descolgué y activé el altavoz. La voz de Zhào Ruì entró de golpe, gélida y nítida.

—Están en territorio seguro —dijo Zhào sin preámbulos. No preguntó cómo estábamos; sabía exactamente dónde nos encontrábamos—. Los tengo en pantalla. Mantengan el rumbo por la A6.

Me quedé mirando el terminal. Sabía que nos rastreaba, pero escucharlo lo hacía todo más real.

—¿Y Chen? —logré articular, con la garganta seca.

—Chen Wei ha abandonado la partida. La CIA lo ha vendido. Ya no hay nadie persiguiéndoles, Martínez. En este momento, la

prioridad de Wei es no ser detectado por la inteligencia china o la Interpol.

Hundí la nuca en el reposacabezas, soltando un aire que no sabía que tenía retenido. La soga se aflojaba.

—Aun así, no se relajen —continuó Zhào—. La Europol activará sus nombres en las bases de datos de fronteras en menos de una hora. Tomen la salida hacia la N114, dirección Evora. Tienen que desviarse hacía un pueblo que llama Guadalupe. Busquen un hostal llamado *Pensão Estrela*. Es un lugar discreto; el dueño no hace preguntas y ya ha sido compensado. Refúgiense allí.

—¿Y Jian? —La voz de Mei cortó el aire. Se había inclinado hacia el teléfono, y pude ver el brillo de la ansiedad en sus ojos reflejado en el cuadro de mandos—. ¿Está a salvo? El trato era sacarlo de allí antes de que todo saltara por los aires.

Hubo un silencio. Un silencio técnico de tres segundos que me heló la sangre. Sabía que Zhào estaba calculando.

—La operación en Hong Kong ha finalizado, señora Lin —respondió Zhào finalmente. Su tono era de una neutralidad mecánica —. El cargamento ha sido interceptado. Las células terroristas se han rendido casi en su totalidad al verse rodeadas. Hemos detenido a casi todos.

—¡Mi hermano! —gritó Mei, y el coche dio un pequeño bandazo que corrigió al instante—. ¡Dígame dónde está Jian!

—Todavía no tengo confirmación —contestó Zhào—. En este momento están siendo todos procesados. No puedo darles más detalles hasta desntro de unas horas. Concéntrense en la carretera. Si los detiene la GNR ahora, no habrá nadie que pueda interceder por él.

La comunicación se cortó con un clic seco.

Mei apretó los labios y clavó la vista en la carretera, acelerando ligeramente. Podía sentir su angustia, pero también su determinación.

—Lo ha conseguido, Mei —le dije en voz baja, alargando la mano para tocar su brazo—. Jian está vivo. Se han rendido.

Ella no respondió, pero asintió muy despacio mientras las luces de Elvas quedaban atrás.

Yo me encogí en el asiento, mirando cómo la niebla del Alentejo empezaba a lamer el parabrisas.

Mei Lin

Lugar: Área de Serviço de Montemor-o-Novo, Autoestrada A6 (Portugal).

Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 22:45.

El hambre ya no era una sensación, era un dolor sordo y constante en el estómago que competía con las náuseas. Tenía la boca seca, con un sabor metálico persistente, y los ojos me ardían por el esfuerzo de escudriñar la carretera bajo la llovizna.

—Saída 6 —repitió Cristian. Su voz era un susurro ronco, forzado para sonar estable—. Tenemos que tomar la salida seis hacia la N114, dirección Évora. Luego, antes de entrar en la ciudad, hay un desvío hacia un pueblo que se llama Guadalupe. El hostal está en esa carretera secundaria. *Pensão Estrela*. No se me va a olvidar, Mei. Mi cerebro todavía sirve para retener coordenadas, aunque el resto se esté cayendo a pedazos.

—Necesitamos un mapa, Cristian. Y comida. Y agua. No vamos a llegar a ninguna parte si nos desmayamos al volante.

Vi las luces de la Área de Serviço de Montemor-o-Novo. Era un complejo grande de Galp, un oasis de neón en mitad de la negrura del Alentejo. Entré en el carril de deceleración con el corazón en un puño. Cada parada era un riesgo, pero el coche estaba en reserva de combustible humano.

—Quédate en el coche —le dije, deteniéndome en la zona más alejada de las farolas—. Baja el asiento. Si pasa alguien, que parezca que duermes.

Cristian no protestó. Estaba demasiado agotado para jugar al héroe, aunque mantenía los ojos fijos en el retrovisor con una lucidez febril.

Bajé del Peugeot y el aire del campo portugués, saturado de olor a tierra mojada y eucalipto, me golpeó con fuerza. Me subí el

cuello del abrigo y caminé hacia la tienda. Mis pasos eran rápidos, mecánicos.

Dentro, el lugar olía a café y limpieza industrial. Fui directa al fondo. Cogí dos botellas grandes de agua, un paquete de galletas saladas y un par de sándwiches envueltos en plástico. Era comida basura, pero en ese momento me pareció un lujo. Mientras buscaba un mapa de carreteras, pasé por delante de un pequeño estante de parafarmacia, un "Espaço Saúde". Allí, entre los cepillos de dientes y los apósitos, brillaba una caja pequeña con letras azules: *Teste de Gravidez*.

Sentí un vuelco en el pecho. El cajero, un hombre joven con auriculares, estaba distraído mirando una pantalla.

Caminé hacia el estante, cogí la caja del test de embarazo y la oculté bajo el mapa de carreteras de la región del Alentejo que acababa de elegir. Volví al mostrador y lo puse todo encima de los sándwiches. El chico pasó los productos por el escáner con la indiferencia de quien ha visto a mil viajeros cansados esa noche.

—*Vinte e dois euros con oitenta* —dijo sin mirarme.

Pagué en efectivo, cogí la bolsa de plástico y salí de allí.

Al llegar al coche, Cristian estaba con la cabeza apoyada en la ventanilla. Le puse una botella de agua fría contra la mejilla y dio un salto, con los ojos inyectados en sangre.

—Bebe —le ordené—. Y come algo.

Nos comimos las galletas en un momento. Nunca me habían parecido tan ricas unas galletas saladas.

—¿El mapa?

—Aquí está. —Lo desplegué sobre el volante, ignorando el hambre por un momento—. Mira. Tomamos la N114 aquí mismo. Pasamos Montemor y seguimos hacia Évora. El desvío a Guadalupe debería estar a unos treinta kilómetros.

Escondí la bolsa con el test de embarazo en el hueco de la puerta de mi lado, tapándola con una bufanda vieja. No podía decírselo. No todavía.

¿Qué diría Cristian? ¿Se sentiría atrapado?

Arranqué el motor. El Peugeot volvió a la carretera, alejándose de las luces del área de servicio para hundirse de nuevo en la noche.

Tenía el mapa desplegado, el estómago algo más asentado y un secreto ardiendo a mi lado.

—Vamos a llegar —dije, más para mí que para él.

—Sí —susurró Cristian, cuya voz parecía algo más firme tras el primer trago de agua—. Vamos a llegar.

Mei Lin

Lugar: Pensão Estrela, Guadalupe (Évora).
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 23:45.

El desvío hacia Guadalupe era una lengua de asfalto agrietado flanqueada por alcornoques retorcidos que la niebla convertía en figuras espectrales. Cuando por fin vimos el cartel de madera de la *Pensão Estrela*, iluminado por una bombilla amarillenta que se mecía con el viento, sentí que el Peugeot suspiraba de alivio tanto como yo.

Era una construcción de piedra blanca y zócalo azul, típica del Alentejo, aislada en mitad de una dehesa que parecía no tener fin.

Cristian bajó primero. Se movía con una lentitud cautelosa, como si temiera que sus articulaciones fueran a quebrarse bajo el peso de la humedad. El dueño, un hombre enjuto con el rostro surcado por arrugas profundas, nos esperaba en el porche. No hubo preguntas. No hubo registros. Zhào Ruì había pagado por nuestro anonimato mucho antes de que cruzáramos la frontera. El hombre nos entregó una llave pesada de hierro y señaló una puerta al final de un pasillo exterior.

La habitación olía a lavanda seca y a encierro. Era sencilla: una cama de forja, una cómoda de madera oscura y una ventana pequeña que daba al campo negro.

—Necesito una ducha —dije de inmediato. Mi voz sonó más aguda de lo normal.

Cristian me miró. Tenía el rostro ceniciento y las ojeras parecían manchas de tinta bajo sus ojos.

—Claro. Yo... voy a preparar lo que compramos —respondió, dejando las bolsas de la gasolinera sobre la cómoda—. Me muero de hambre. Siento que tengo un agujero en el estómago.

Asentí, evitando su mirada. Cogí la bolsa de plástico de la gasolinera donde había escondido el test de embarazo, camuflándolo

bajo mis mudas limpias, y me encerré en el baño.

Era un espacio minúsculo de azulejos blancos y desconchados. Abrí el grifo de la ducha para que el ruido del agua amortiguara cualquier sonido. El vapor empezó a llenar el cuarto, pero yo me quedé sentada sobre la tapa del inodoro, con las manos temblando mientras rasgaba el envoltorio de plástico azul.

No puede ser. No ahora, repetía mi mente, mientras seguía las instrucciones con una precisión quirúrgica, la misma que usaba para desencriptar archivos en Sinosur.

Dejé el dispositivo sobre el borde del lavabo. Tres minutos. Tenía que esperar tres minutos.

Me metí en la ducha. El agua caliente me golpeó la espalda, deshaciendo los nudos de tensión de los kilómetros, pero no podía relajarme. Mis dedos rozaron mis pezones y volví a sentir esa punzada eléctrica, ese aviso biológico que mi cerebro intentaba negar. Me lavé el pelo con un jabón que olía a pino, intentando quitarme el rastro de la gasolina y del miedo, pero el olor del jabón me provocó una nueva arcada.

Salí de la ducha, me envolví en una toalla áspera y me acerqué al lavabo, limpiando el vaho del espejo con la mano.

Allí estaba el test.

Me quedé petrificada, mirando las dos líneas rosadas que se recortaban contra el fondo blanco con una claridad insultante. Positivo.

Mei Lin

Lugar: Pensão Estrela, Guadalupe (Évora).
Fecha: Miércoles, 16 de diciembre, 23:55.

Salí del baño envuelta en el vapor que aún flotaba en el aire. Me había vestido rápido, con movimientos mecánicos. El test de embarazo, con sus dos líneas rosadas gritando una verdad que no estaba lista para procesar, estaba ahora oculto en el bolsillo interior de mi chaqueta, colgada tras la puerta.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor azulado y parpadeante de un pequeño televisor que descansaba sobre una cómoda coja.

Cristian estaba sentado al borde de la cama, encorvado, con los codos apoyados en las rodillas. Ni siquiera se había quitado los zapatos.

—Mei... —susurró sin apartar la vista de la pantalla. Su voz era un hilo quebrado, cargado de un miedo que me erizó el vello de la nuca.

Me acerqué lentamente. Era un canal de noticias portugués, RTP3. En la pantalla, las imágenes en bucle mostraban una calle acordonada bajo la lluvia nocturna. Reconocí los carteles de neón y los edificios industriales de Kwun Tong de inmediato.

No entendía bien el portugués del presentador, pero el faldón de texto en la parte inferior era una sentencia: *OPERAÇÃO ANTITERRORISTA EM HONG KONG. REDE DESMANTELADA. VÁRIOS MORTOS.*

—Muertos... —El aire se me atascó en los pulmones. Una náusea repentina, esta vez puramente psicológica, me revolvió las entrañas—. Zhào dijo que se habían rendido. Zhào dijo que había sido limpio.

Cristian cogió el mando a distancia con manos temblorosas y cambió de canal frenéticamente hasta encontrar la señal

internacional del Canal 24 Horas de Televisión Española.

Un tertuliano gesticulaba con vehemencia en un plató de Madrid, mientras a su lado se repetían las mismas imágenes: policías chinos sacando camillas bajo los focos de las ambulancias.

—...el régimen de Pekín se apresura a etiquetarlos de terroristas —decía el periodista—, pero lo que vemos son héroes caídos. Afirman que hubo un tiroteo iniciado por los insurgentes, pero en toda revolución se han empuñado armas contra la tiranía. Estos jóvenes sabían a lo que se enfrentaban...

Dejé de escuchar. El sonido de la televisión se convirtió en un zumbido blanco. En la pantalla, la cámara enfocó por un segundo el interior del cordón policial. Y justo delante, los sanitarios cargaban dos bolsas negras para cadáveres en un furgón.

Mi mente conectó la mentira de Zhào Ruì por teléfono, su prisa por colgar y la retórica barata de la televisión sobre «jóvenes héroes». Un presentimiento oscuro y absoluto me atravesó el pecho. Jian. Mi hermano pequeño. El chico terco que solo quería ser importante.

Me llevé las manos a la boca, ahogando un grito. Sentí la punzada de dolor en mis pezones al apretar los brazos contra el pecho, un recordatorio cruel de la vida que crecía en mí mientras veía la muerte de mi sangre en una pantalla a diez mil kilómetros.

No. Si lo decía en voz alta, se haría realidad. Zhào me lo había prometido. Era un trato de Estado. Jian tenía que estar vivo en alguna celda. Tenía que ser así.

Me giré hacia Cristian. Él me miraba con ojos inyectados en sangre. El teléfono de Zhào estaba sobre la colcha, junto a su mano.

—Dame el teléfono —exigí. Mi mano, extendida, temblaba de forma incontrolable.

—Mei, Zhào dijo que no podíamos contactar con él, que solo esperáramos el mensaje... —empezó a decir Cristian, retrocediendo ante la intensidad de mi mirada.

—¡Que me des el puto teléfono, Cristian! —grité, abalanzándome sobre él.

Le arrebaté el terminal. Mis dedos volaron sobre las teclas, buscando el número desde el que nos había llamado. No había

registro. Zhào era un fantasma. Entré en el canal de mensajería que nos había dejado como último recurso.

Escribí con furia, golpeando la pantalla: *«¿Dónde está mi hermano? He visto las noticias. Teníamos un trato».*

Le di a enviar. Cristian me miraba desde la cama, con una cara extraña.

—Mei, estás temblando —dijo él, levantándose con esfuerzo y rodeándome los hombros—. Escucha, los periodistas exageran... además, puede que Jian ni siquiera estuviera allí...

Me solté de su agarre con una violencia que lo dejó mudo. Me apoyé en la cómoda, apretando el teléfono contra mi pecho.

—Si está muerto, Cristian —susurré, con una voz que ya no parecía la mía—, quemaré este mundo hasta que no quede nada. Empezando por Zhào Ruì.

En el silencio de la habitación, solo se oía el zumbido del televisor y la lluvia golpeando el tejado del Alentejo. El teléfono vibró en mi mano. Un mensaje de un solo carácter.

Zhào había leído el mensaje.

Mei Lin

Lugar: Pensão Estrela (Guadalupe) y Puerto de Sines, Portugal.

Fecha: Jueves, 17 de diciembre, 08:59.

El teléfono desechable vibró sobre la mesilla de noche a las nueve en punto.

El sonido cortó el aire de la habitación como una cuchilla. Cristian, que había logrado dormitar las últimas dos horas sumido en una inquietud febril, se incorporó de golpe, con los ojos inyectados en sangre y el pelo revuelto.

Yo no me moví. Llevaba sentada en la única silla de madera del cuarto desde las cuatro de la mañana, vestida, con el abrigo puesto y la mirada clavada en la televisión apagada. No había pegado ojo. Tenía la boca amarga y una presión constante en el vientre, un recordatorio silencioso de que, mientras mi mundo se desmoronaba, algo nuevo intentaba abrirse paso.

Alargué la mano y descolgué.

—Dígame.

—Señora Lin —la voz de Zhào Ruì sonó cortante—. Tienen luz verde. Deben conducir hacia el sur, hacia la costa. El destino es el puerto de Sines. Busquen el muelle de carga número cuatro. Hay un carguero de bandera panameña llamado *Mar de Ferro*. El capitán ya ha recibido su pago. Zarpa a las diez de la noche hacia Montevideo. No lleguen tarde; no los esperará.

—Lo hemos visto en las noticias, Zhào —dije. Mi voz no era fría; era un susurro cargado de una rabia vieja y pesada—. Hemos visto las bolsas negras.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. El espía, siempre tan rápido en sus réplicas, guardó silencio durante tres segundos exactos. Escuché un leve suspiro, el sonido de alguien que decide dejar de jugar una mano perdida.

—¡Teníamos un trato! —estallé, poniéndome en pie. Cristian me miró, encogiéndose en la cama ante mi furia—. ¡Le entregamos el cargamento de Chen! ¡Le dimos las claves, los fletes, las rutas! Sabía que Jian iba a intentar hacerse el mártir, ¡usted me prometió que lo interceptaría vivo!

Cuando Zhào volvió a hablar, el tono robótico había desaparecido. Fue sustituido por una gravedad cansada, la de un hombre que ha visto demasiadas muertes inútiles.

—Le dieron a su hermano la oportunidad de vivir en una prisión, señora Lin —dijo el agente—. Se lo garantizo. Cuando los equipos de asalto entraron en el almacén, se dio la orden de rendición en tres idiomas. Los veteranos de Chen Wei bajaron las armas de inmediato. El enlace de la CIA huyó. Pero el chico... el chico no quiso rendirse.

—¡Es mentira! —grité, y las lágrimas que había contenido toda la noche empezaron a quemarme las mejillas—. ¡Él no era un soldado! ¡Era un niño jugando a la revolución!

—Precisamente por eso está muerto —replicó Zhào, implacable—. Agarró un fusil de asalto. Mis hombres le apuntaron con láseres al pecho, le ordenaron que se tirara al suelo y le dieron tres segundos de gracia. Pero él levantó el arma contra ellos y apretó el gatillo. Ni siquiera sabía que el arma tenía el seguro puesto. Mis hombres lo abatieron. Es el protocolo ante una situación así. No pueden esperar a ver si realmente dispara. Si se apunta un arma y se aprieta el gatillo te van disparar. Murió intentando disparar un fusil bloqueado.

Me quedé sin aire. Las rodillas me fallaron y tuve que apoyarme contra la pared de piedra para no caer.

Ese era el final de Jian. El trágico, estúpido e innecesario final de mi hermano.

—Tengo la grabación de la cámara táctica del sargento de asalto —añadió Zhào, golpeando donde más dolía—. El archivo está procesado. Puedo enviárselo por correo electrónico. Verá y escuchará cómo se le ordena rendirse, y cómo él hace apunta y aprieta el gatillo. ¿Quiere que se lo envíe, señora Lin?

—No... —susurré, con la voz rota, vaciada de toda rabia—. No me envíe nada.

—Lo siento —añadió Zhào. Y por primera vez, su voz sonó humana—. Ya no podemos hacer nada por su hermano. Sigan las instrucciones. Sines. El *Mar de Ferro*. Buena suerte.

La línea se cortó.

Bajé el teléfono lentamente. Cristian me miraba desde la cama, en silencio. Sabía que él también cargaba con su parte de culpa; al fin y al cabo, él había diseñado el sistema que había servido de cebo.

Me llevé la mano a la chaqueta, tocando a través de la tela el test de embarazo que guardaba en el bolsillo. Jian estaba muerto. Mi hermano se había ido intentando ser un hombre, y ahora yo tenía que huir para que el que llevaba dentro tuviera la oportunidad de ser, simplemente, un niño.

—Vámonos —le dije a Cristian, secándome la cara con el dorso de la mano—. Sines está a dos horas de aquí. No vamos a perder ese barco.

Mei Lin

Lugar: Carretera IP8, dirección Sines, Portugal.
Fecha: Jueves, 17 de diciembre, 11:33.

El paisaje del Alentejo desfilaba tras el cristal del Peugeot con una monotonía hiriente. Alcornoques, colinas bajas y una niebla que se negaba a levantar, envolviéndolo todo en un gris ceniciento. El silencio dentro del coche era tan denso que el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto me retumbaba en los oídos.

Cristian conducía con la mirada fija en la carretera. Sus manos, aunque algo más firmes que la noche anterior, todavía se aferraban al volante con una tensión excesiva.

En el bolsillo interior de mi chaqueta, el test de embarazo era un peso físico.

De pronto, solté una carcajada seca, un sonido áspero que se quebró de inmediato en un sollozo ahogado. No pude contenerlo más. Mi voluntad, esa estructura de hielo que Chen había moldeado durante años, se agrietó bajo la presión de la noche en vela y la voz de Zhào Ruì repitiendo el destino de Jian.

Lloré con una desesperación que nunca me había permitido. Lloré por el niño que corría por los pasillos de nuestra casa en Hong Kong y por el joven lleno de futuro que acababa de morir en un almacén sucio.

Cristian redujo la velocidad con un sobresalto y detuvo el coche bruscamente en el arcén, bajo la sombra de unos eucaliptos que goteaban humedad. Apagó el motor.

—Es una broma pesada, Cristian —dije entre sollozos—. Es una puta broma del destino.

Él se giró en el asiento. Sus ojos, hundidos por el cansancio, se clavaron en mí con una mezcla de miedo y una ternura que me dolía.

—Mei, ¿qué pasa? ¿Es por lo de Jian? Lo siento tanto, yo…

—No es solo Jian —le interrumpí, girándome hacia él con el rostro empapado—. Mi hermano está muerto. Lo sabía, Cristian. En el fondo de mi alma lo sabía desde que hablé con él mientras esperaba en el aeropuerto. Estaba aceptando su papel de martir. Lo deseaba. Me dijo que iba a morir por la revolución. Idiota. Siempre cumpliendo lo que decía.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, pero el pecho me seguía doliendo, como si tuviera cristales rotos en los pulmones.

—Y en medio de este cementerio… —metí la mano en el bolsillo y palpé el test— resulta que estoy embarazada.

El silencio que siguió fue absoluto. Cristian se quedó congelado, procesando la información como si fuera un código indescifrable. Miró mi vientre, plano bajo el abrigo, y luego volvió a mirarme a mí con una expresión de puro desconcierto.

—¿Embarazada? —logró decir al fin, con la voz apenas audible—. Pero… ¿es mío?

Solté una risa amarga, sin pizca de alegría.

—Claro, tonto. ¿De quién si no? —Me limpié la cara con rabia —. Hace meses que Chen y yo no nos acostábamos. El sexo nunca fue una prioridad en nuestra relación; era… un contrato, una puesta en escena para cubrir mis necesidades de cariño. Algo que al final acepte que era así. Lo nuestro había muerto mucho antes de que yo te conociera a ti.

Cristian parpadeó, abrumado. Vi cómo el miedo luchaba contra una chispa de esperanza en sus ojos, pero yo ya no estaba allí con él. Mi mente había vuelto a volar a diez mil kilómetros. La tristeza se transformó en una furia fría que me subió por la garganta como ácido.

—Lo peor es que Chen no lo usó como a un peón cualquiera —susurré, y esta vez mi voz era puro acero—. Fue mucho más cruel. Le metió en la cabeza esas ideas de lealtad absoluta, de heroísmo, de sacrificio. Chen proyectó en Jian todo lo que él quería ser pero nunca tuvo el valor de ejecutar. Le vendió un proyecto de hombre, una identidad de mártir, y Jian lo adoraba tanto que se lo tragó entero.

Golpeé el salpicadero con el puño, sintiendo el impacto en los huesos.

—Jian murió intentando ser el héroe que Chen le dijo que era. Lo mandó al matadero envuelto en una bandera de honor que solo servía para tapar su propio rastro. Sabía exactamente que Jian no soltaría ese fusil. Sabía que moriría por él. Jamás se lo perdonaré. Ni en esta vida ni en la otra.

Me giré hacia la ventanilla, mirando hacia el oeste. Ya podía oler el salitre.

—Si pudiera tenerlo delante ahora mismo —dije, sintiendo una oscuridad absoluta instalándose en mi corazón—, lo mataría con mis propias manos. Le arrancaría el corazón por lo que le hizo a mi hermano. Por dejar a este niño que llevo dentro sin la oportunidad de conocer a su tío.

Cristian no dijo nada. Se limitó a alargar la mano y apretar la mía. El calor de sus dedos me devolvió un poco de realidad, un anclaje en medio del naufragio.

—Vámonos —le dije, recuperando el control de mi voz—. El *Mar de Ferro* no va a esperarnos.

Cristian asintió, arrancó el motor y metió primera. El Peugeot volvió a la carretera, devorando los kilómetros hacia Sines.

Cristian Martínez

Lugar: Alrededores de Sines, Portugal.
Fecha: Jueves, 17 de diciembre, 15:20.

Mi cerebro, privado de su dosis química, había empezado a funcionar de una forma distinta: más lenta, pero extrañamente nítida en los detalles técnicos. Como analista de Sinosur, había pasado años gestionando fletes en puertos de aguas profundas; sabía que Sines no era un lugar para improvisar. Un carguero como el *Mar de Ferro*, un granelero tipo *Handymax* de unos 150 metros de eslora, no ofrece lujos. Sabía que nos esperaban al menos tres semanas de travesía por el Atlántico hacia Montevideo. Sabía que la comida sería escasa, el agua sabría a hierro y el frío del océano no perdonaba.

—Llegamos demasiado pronto —dije, mirando el reloj del salpicadero—. Si entramos en el puerto ahora, daremos vueltas como dos sospechosos bajo las cámaras de seguridad. El barco no empieza la maniobra de salida hasta la noche.

Mei asintió. Estaba pálida, con la mirada perdida en las dunas que empezaban a aparecer junto a la carretera.

—Necesitamos suministros, Mei. No vamos en un crucero. Necesitamos agua embotellada, mucha. Frutos secos, latas, vitaminas… —Hice una pausa, pensando en lo que ella me había confesado en el coche—. Fruta que aguante. Y ropa de abrigo de verdad.

Pasamos la tarde en la periferia de Sines, evitando el centro histórico. Fuimos a un hipermercado de una zona industrial, un lugar anónimo lleno de trabajadores portuarios. Nos movimos como fantasmas, llenando carros con lo esencial. Compré mantas térmicas, bidones de agua de cinco litros y cajas de galletas energéticas. Cada vez que Mei pasaba por la sección de farmacia, veía cómo apretaba el paso, con la mandíbula tensa. Yo me encargué de comprar

analgésicos básicos y algo para las náuseas, aunque no sabía si servirían para lo que ella tenía.

Cerca de las seis de la tarde, conduje hasta un mirador elevado desde donde se divisaba la terminal de carga general. Saqué los prismáticos que Zhào había dejado en la guantera.

—Ahí está —susurré, señalando el Muelle 4.

El *Mar de Ferro* era una mancha de óxido y acero negro destacando entre los contenedores de colores. Desde lejos, pude evaluar su calado; estaba cargado casi al límite. Eso era bueno. Un barco pesado se mueve menos con la marejada, y a Mei le haría falta estabilidad.

—Es un barco viejo, Mei. Probablemente un motor de dos tiempos. Hará un ruido infernal y vibrará hasta en los huesos, pero esos motores no fallan. Nos sacará de aquí.

Cenamos en el coche, escondidos en un pinar cerca de la costa. Sándwiches secos y manzanas, compartiendo el silencio que precede a las grandes tormentas. A las nueve de la noche, el puerto se convirtió en una constelación de focos de sodio. Era el momento.

Conduje hacia el recinto portuario. Antes de llegar a la zona restringida, busqué un callejón oscuro tras unos almacenes de logística de frío, a menos de diez minutos a pie del muelle 4.

Apagué el motor. El Peugeot hizo un último clic metálico, como si se despidiera.

—Aquí se queda —dije.

Salimos del coche cargados con las mochilas, los bidones de agua y las bolsas de provisiones. El aire de la noche olía a salitre. Caminamos hacia el Muelle 4, con el rugido del Atlántico dándonos la bienvenida.

Cristian Martínez

Lugar: Muelle 4, Puerto de Sines, Portugal.
Fecha: Jueves, 17 de diciembre, 21:15.

El puerto de Sines no era un lugar diseñado para seres humanos. Bajo las luces de sodio, que teñían el asfalto de un amarillo enfermizo, las grúas de carga se alzaban como esqueletos de una civilización mecánica. El viento del Atlántico soplaba con una violencia que me obligaba a entornar los ojos, cargado de una humedad salina que se pegaba a la piel como una película de barniz.

—Espérame aquí, junto a la escala —le dije a Mei, dejando las dos mochilas y la primera bolsa de provisiones en el suelo del muelle —. No quiero que cargues con peso.

Mei no protestó. Se quedó de pie, envuelta en su abrigo oscuro, mirando hacia la mole oxidada del *Mar de Ferro*. Su silueta parecía frágil frente al casco negro del carguero, pero su mirada seguía siendo puro acero.

Me di la vuelta y regresé sobre mis pasos hacia el callejón donde habíamos dejado el Peugeot. Mis piernas se sentían ligeras, casi irreales; la falta de medicación estaba empezando a jugarme pasadas, convirtiendo el cansancio físico en una especie de zumbido eléctrico que me recorría la columna.

Abrí el maletero. Allí estaban los cuatro bidones de cinco litros que habíamos comprado en el hipermercado. Veinte kilos de agua. En un barco como este, el agua dulce era un lujo que a menudo sabía a herrumbre o a cloro; no pensaba dejar nuestra hidratación, ni la del bebé que Mei llevaba dentro, al azar de un tanque mal mantenido.

Agarré dos bidones por las asas de plástico con cada mano. El peso me hundió los hombros y las asas se me clavaron en los dedos, pero el dolor me ayudó a anclarme a la realidad. Caminé de vuelta

por el muelle, sorteando charcos de aceite y restos de redes. Cada paso era una pequeña victoria.

Al llegar de nuevo a la sombra del *Mar de Ferro*, Mei ya estaba hablando con un hombre de impermeable amarillo que había bajado por la pasarela.

—*Rápido* —masculló el marinero, mirándome con impaciencia mientras yo subía los bidones por la rejilla metálica—. *O tempo non espera por ninguén.*

—Un momento —le dije y volví corriendo al coche a buscar los otros dos bidones.

Saqué el teléfono desechable. Sabía que Zhào nos tenía geolocalizados desde que salimos de Madrid; el GPS del terminal era su correa de perro invisible. Tecleé un mensaje corto, el último vínculo con el hombre que nos había salvado y condenado a la vez.

«Gracias por el billete, Zhào. El coche está en la calle de atrás de Frigolusa,. Ya sabes dónde. Buen viaje a ti también».

Le di a enviar y dejé el teléfono sobre el asiento del conductor. No quería llevarlo al barco. No quería más rastros digitales, ni más voces robóticas dándonos órdenes.

Llegué a donde estaba Mei con el hombre que me miraba con mala cara.

Subí la pasarela en dos viajes rápidos. Primero las mochilas, luego los bidones. El metal vibraba bajo mis botas, un pulso rítmico y profundo que subía desde las entrañas de la nave. Eran los motores diésel de dos tiempos, ya en marcha, calentando el corazón de la bestia. Sabía, por mi trabajo en Sinosur, que un *Handymax* como este no se detenía por nada una vez que soltaba amarras.

—*Quarto doze. Abaixo* —ordenó el hombre, señalando la superestructura de popa.

Descendimos por una escala casi vertical. El frío del Atlántico fue sustituido de golpe por un calor denso, cargado de olor a aceite quemado y pintura vieja. El camarote doce era una celda mínima: dos literas de hierro, una mesa de formica atornillada al suelo y un pequeño lavabo que vibraba con la misma frecuencia que el motor.

Acomodé los cuatro bidones de agua debajo de la litera inferior, asegurándolos con una de las correas de la mochila para

que no rodaran con el balanceo. Mei se sentó en el borde de la cama y se tapó la cara con las manos. El espacio era asfixiante, pero era el único lugar del mundo donde las bases de datos de la Europol y el odio de Chen Wei ya no tenían jurisdicción.

De repente, un estruendo metálico recorrió todo el casco, seguido de un tirón seco que nos hizo tambalear. El barco había soltado amarras.

—Ya está, Mei —dije, sentándome a su lado y rodeándola con el brazo—. Estamos fuera del mapa.

A través de la pequeña escotilla circular, vi cómo el muelle de Sines empezaba a deslizarse hacia atrás. Las luces amarillas del puerto, los focos de las grúas y la silueta oscura de Europa empezaron a encogerse, fundiéndose con la negrura absoluta del océano.

Mei levantó la cabeza y apoyó la frente contra el cristal reforzado. Fuera, el agua negra del Atlántico ya empezaba a batirse con la espuma blanca de las hélices.

Me apoyé contra la pared de hierro caliente, sintiendo cómo el carguero empezaba a cabecear suavemente al enfrentarse a las primeras olas de alta mar.

Cristian Martínez

Lugar: Cubierta del *Mar de Ferro*, Océano Atlántico.
Fecha: Jueves, 17 de diciembre, 22:15.

—No puedo quedarme aquí encerrada todavía, Cristian — susurró, levantando la vista. Sus ojos estaban hundidos, cargados con el peso de una noche en vela y el luto por Jian—. Necesito aire.

Asentí sin decir nada. Volvimos a subir por la escala metálica, sorteando las tuberías calientes hasta salir de nuevo a la cubierta superior.

El viento del Atlántico nos golpeó de frente, un bofetón de frío y salitre que nos obligó a cerrar los abrigos. Nos acercamos a la barandilla de babor. El puerto de Sines se desplegaba ante nosotros como una cuadrícula de luces y grúas gigantescas.

Miré a Mei de reojo. Su perfil se recortaba contra el resplandor amarillento de la costa, que empezaba a desplazarse muy despacio. A pesar de las ojeras, del cansancio que le tensaba la mandíbula, me pareció la mujer más hermosa y letal que había existido nunca.

Sentía una vibración extraña en el pecho, algo que no era producto de la abstinencia química ni del motor del barco. Era una alegría egoísta, casi obscena dadas las circunstancias. Desde que me lo había confesado en el coche horas antes, llorando por su hermano y por el futuro al mismo tiempo, una luz se había encendido en mi oscuridad. Llevábamos un lienzo en blanco hacia Montevideo. Dejábamos atrás a Chen Wei, las auditorías de Sinosur, la sombra de Garrido y al MSS.

Pero, al mismo tiempo, verla así me partía el alma. La muerte de Jian la estaba aplastando; era un peso que yo no podía aliviar.

Las sirenas del barco bramaron de repente, un sonido grave y visceral que nos hizo vibrar las costillas. Los motores diésel aumentaron su régimen y sentí cómo el buque cortaba

definitivamente amarras con el continente. El *Mar de Ferro* empezó a ganar velocidad, enfrentándose a las primeras olas de alta mar.

Di un paso hacia ella y puse mi mano sobre la suya en la barandilla de hierro helado. Mis dedos seguían teniendo ese leve temblor, ese recordatorio de que mi cuerpo aún reclamaba sus dosis de calma artificial, pero mi lealtad hacia ella era la única sustancia que me mantenía en pie.

Mei giró el rostro. Sus ojos, oscuros como el océano que empezábamos a surcar, brillaron bajo la luz tenue de la cubierta. No dijo nada, pero soltó el hierro frío para refugiarse en mi pecho, rodeándome con sus brazos.

La abracé con todas mis fuerzas, hundiendo el rostro en su pelo húmedo por la bruma, tratando de ser el escudo que la protegiera del viento y de sus propios recuerdos.

Vimos cómo la costa de Portugal se alejaba. Las luces de Sines se convirtieron en un collar de chispas borrosas, luego en una línea imprecisa sobre el horizonte y, finalmente, desaparecieron por completo en la niebla. Europa ya no era más que un recuerdo.

Entonces, Mei levantó la barbilla. Me miró con una vulnerabilidad que nunca le había visto, y acortó la distancia.

El beso empezó suave. Pero en segundos se volvió algo hambriento, feroz, casi violento. Nos besamos como si nos estuviéramos inyectando vida el uno al otro, como si tratáramos de arrancarnos el terror de los últimos días a mordiscos.

Solo quedábamos nosotros. Dos náufragos aferrados al único salvavidas que importaba.

EPÍLOGO

Mei Lin

Lugar: Playa de Punta del Diablo, costa atlántica, Uruguay.
Fecha: Noviembre, tres años después.

El sol austral de noviembre calentaba la arena blanca de la playa. No era el calor asfixiante de Madrid, ni la humedad pegajosa de Hong Kong; era una caricia tibia y constante, empujada por la brisa limpia y salvaje del océano Atlántico.

Me senté en la orilla, hundiendo los dedos de los pies en el agua cristalina y helada. A pocos metros, Cristian estaba de rodillas en la arena, riendo a carcajadas. Estaba construyendo un castillo desastroso con Nahuel.

Sí, Nahuel. No queríamos un nombre chino, ni español. Queríamos algo que perteneciera a esta tierra nueva que nos había acogido. Nahuel era una palabra que significaba "Jaguar". Era un nombre fuerte, indígena y libre de cualquier peso de nuestro pasado.

Miré a mi hijo. Tenía la piel dorada por el sol, ojos rasgados y la sonrisa ancha y luminosa de Cristian. Nunca en toda mi existencia, ni siquiera en las cimas más altas del poder, había imaginado que se podía querer tanto a una persona. Nahuel era el centro de gravedad de mi nuevo mundo. Su simple respiración me daba una paz que la «Flor de Hielo» nunca había conocido.

Observé a Cristian. Llevaba una camisa de lino desabrochada y tenía el pelo enmarañado por el salitre. Las ojeras habían desaparecido por completo, reemplazadas por líneas de expresión provocadas por la risa.

Cristian, al notar mi silencio, dejó que Nahuel siguiera cavando en el foso y se sentó a mi lado. Me miró a los ojos.

—He hecho algo, Mei —dijo en voz baja, con una seriedad que rompió por un segundo la armonía del mediodía—. Sin consultarte. Necesitaba hacerlo.

Lo miré con curiosidad. Cristian suspiró y miró hacia el pueblo, hacia las casas bajas de madera que se amontonaban frente a la costa.

—Hace dos días estuve en el cibercafé del pueblo —continuó, bajando la voz—. Necesitaba enviarle una señal a David Velasco.

Sentí un leve escalofrío, pero no lo detuve. Cristian me contó cómo, con las manos firmes, había creado una cuenta temporal para adjuntar una sola fotografía: Nahuel, de espaldas, caminando hacia el mar con sus pequeños rizos al viento. Una silueta de esperanza sin coordenadas ni rostros. Me dijo que el mensaje para David había sido breve, críptico y final: *«Ella tiene un nieto. Se llama Nahuel. Cuídala.».*

—Tenía que decírselo, Mei —añadió, buscando mi aprobación —. David se merece saber que estoy vivo y que tengo un hijo.

Asentí.

Lo entendía perfectamente.

Le di un beso y él me sonrió. Se giró y volvió a ir con Nahuel a ayudarlo con su castillo.

Mi mente quedó vagando. Volví mi atención a la arena.

Apreté el dedo índice contra la arena húmeda de la orilla y comencé a trazar una línea solo para sentir el tacto de la arena.

En mandarín, el concepto de "olvidar" no es una abstracción temporal. Es una autopsia. El carácter *wàng* (忘) está compuesto por dos radicales superpuestos. En la parte superior, *wáng* (亡), que significa "perecer" o "destrucción". En la parte inferior, *xīn* (心), que significa "corazón". Para el idioma de mis ancestros, el olvido no es simplemente dejar atrás un recuerdo; es, literalmente, la muerte del corazón.

Durante los primeros meses en Uruguay, sentí que mi corazón había muerto. Pero el nacimiento de Nahuel y el amor inquebrantable de Cristian me habían enseñado una lección diferente.

Había tenido que dejar que el recuerdo de Jian fluyera, como el agua. Él eligió su camino, seducido por las promesas de un hombre que solo sabía destruir. No podíamos cambiar el pasado,

pero aprendí que el sufrimiento es la resistencia al cambio. Había que permitir que el antiguo corazón pereciera para que uno nuevo pudiera latir.

Terminé de trazar el carácter *wàng* en la arena húmeda.

Nahuel se giró en ese momento, abandonando el foso del castillo. Sus ojos se clavaron en mí y una sonrisa inmensa iluminó su rostro.

—¡Mamá! —gritó, corriendo hacia mí.

Se abalanzó sobre nosotros, rodeándonos el cuello con sus bracitos. Me sentí completa. Una felicidad sencilla y absoluta.

Nahuel se separó un poco y me miró con curiosidad.

—¿Estás llorando, mamá?

Me llevé la mano a la mejilla y noté la humedad. Miré a Cristian, que también sonreía con los ojos vidriosos.

—No, mi amor —le respondí—. Se me ha metido un poco de arena en los ojos. Es solo eso.

Una ola del Atlántico, más fuerte que las anteriores, rodó por la orilla. El agua espumosa cubrió el carácter *wàng* que yo había dibujado. Cuando el mar se retiró, la arena quedó lisa, sin el más mínimo rastro del trazo.

Chen Wei

Lugar: Superyate *Oblivion*, alta mar, Océano Índico.
Fecha: Noviembre, tres años después.

El *Oblivion* cortaba las aguas del Índico con una suavidad insultante. Sesenta metros de acero y cristal diseñados para aislar al mundo exterior. En la cubierta superior, el calor de la tarde era denso, pero Chen Wei apenas lo sentía.

Llevaba una camisa de lino blanco y un Patek Philippe en la muñeca. A su lado, sobre la mesa de cristal, el whisky Macallan se había aguado tras horas bajo el sol. No lo había probado. Tenía la mirada clavada en la línea recta donde el mar se encontraba con el cielo, pero su mente estaba muy lejos de allí.

Estaba en un pequeño apartamento en Hong Kong, treinta años atrás. Recordaba el olor a jazmín y el sonido de la risa de su primera esposa mientras arreglaba aquellas gafas de montura fina. "Nada está roto para siempre, Wei", le había dicho ella con esa voz que aún resonaba en sus pesadillas. Él le había prometido una vida tranquila, lejos del fango y la violencia.

Había mentido. La ambición había sido un ácido que lo había corroído todo, empezando por esa promesa y terminando por ella, que murió esperando un futuro que él nunca tuvo intención de construir.

—Señor —la voz ronca de Goran rompió el silencio. El gigante balcánico estaba de pie junto a la puerta corredera—. El capitán necesita un rumbo. ¿Singapur o volvemos al Mediterráneo?

Chen Wei tardó en reaccionar. Goran era el último residuo de su imperio, un guardián de un tesoro que ya no tenía valor.

—Déjame solo, Goran. Dile al capitán que apague los motores. No hay ningún lugar al que ir.

Goran asintió, su mirada delatando una incomprensión silenciosa ante la capitulación de su jefe, y regresó al interior del

yate.

Chen Wei se quedó a solas con el océano. Parpadeó despacio, sintiendo la inmensidad aplastante del agua. Recordó a Mei Lin en los primeros años en Madrid. No era la Flor de Hielo en la que él la había convertido; era una mujer brillante, afilada, que lo miraba con una mezcla de admiración y desafío. Había momentos, antes de que él empezara a usarla como una pieza de ajedrez, en los que la Red de Seda parecía solo un proyecto, no una jaula. La culpa le oprimió el pecho: él la había adiestrado en la frialdad hasta que ella, inevitablemente, la había usado contra él.

Y luego estaba Jian. La risa de Jian en el jardín de La Moraleja, el niño que lo miraba buscando un padre y solo encontraba a un mentor implacable. Chen recordaba el día que le regaló el arco. No lo hizo para adiestrar a un operativo; lo hizo porque quería ver a Jian feliz, porque en ese niño veía la pureza que él había perdido hacía décadas. Pero incluso ese cariño había sido corrupto. Había convertido a Jian en un rehén de su propia ambición, en un peón para mantener a Mei a raya. Y al final, Jian había pagado el precio más alto.

Sobre la mesa de cristal, el teléfono móvil emitió una breve vibración. La pantalla se iluminó, interrumpiendo el flujo de los recuerdos. Una notificación de la aplicación de rastreo global brillaba en la penumbra:

ALERTA DE GEOLOCALIZACIÓN. OBJETIVOS LOCALIZADOS. URUGUAY (PUNTA DEL DIABLO). COORDENADAS ADJUNTAS.

Chen Wei bajó la vista hacia el terminal. Los nombres de Cristian Martínez y Mei Lin flotaban sobre las coordenadas. Podía enviar a Goran. Podía enviar a un equipo desde Buenos Aires en seis horas. Podía cerrar el balance con sangre, vengar su orgullo herido y recuperar su red.

Se quedó mirando los nombres un segundo más. Visualizó la playa de Punta del Diablo, la casa que Cristian habría construido y la mujer que, por fin, habría dejado de ser un activo para ser ella misma. Venganza. Justicia. Cierre. Las palabras le sonaron vacías, conceptos de un idioma que ya no hablaba. Nada de eso traería de vuelta a Jian. Nada de eso repararía el dolor de Mei. Nada de eso

borraría la mentira que le dijo a su primera esposa en aquel apartamento de jazmín.

Tomó el teléfono. El metal estaba caliente bajo sus dedos. Con un movimiento seco, apagó la pantalla, borrando la alerta y las coordenadas. El cristal negro le devolvió su propio reflejo, un rostro envejecido y hueco.

Caminó hasta la borda y lanzó el terminal al océano. El teléfono describió una parábola perfecta antes de desaparecer en el agua con un chapoteo insignificante. Chen Wei se quedó mirando el punto donde se había hundido, esperando sentir ira, alivio, o la satisfacción de la capitulación. No sintió nada. Solo el viento húmedo y el sonido de los generadores deteniéndose.

La derrota no era un flete perdido ni una red desmantelada. Era haberlo tenido todo y descubrir que lo único real era el peso de las ausencias que él mismo había provocado.

Chen Wei se recostó en la tumbona y cerró los ojos, permitiendo que el *Oblivion* empezara a derivar, convertido en una balsa de lujo sin rumbo, flotando sobre un abismo azul sin fronteras, sin propósito y sin destino, con los dedos aferrados al estuche de las gafas rotas.

Una pequeña petición.

Si has disfrutado de este libro, o si te ha removido de alguna forma, agradecería mucho que dejaras una reseña.

Las valoraciones ayudan a que esta obra llegue a nuevos lectores y sigan encontrando su lugar.

Gracias por leer con atención.

J. Quiroga ha desarrollado su carrera profesional en entornos donde la eficiencia y el silencio son las divisas de mayor valor. Tras años observando los mecanismos que mueven el comercio global y las estructuras de poder que operan en los márgenes de la legalidad internacional, decidió trasladar esa "arquitectura de lo invisible" a la narrativa. Con *La red de seda*, su primera novela, Quiroga disecciona con precisión quirúrgica el vacío ético de las élites corporativas y la fragilidad del individuo frente a los sistemas de control total. Actualmente reside en España, donde sigue analizando las rutas que todos usamos, pero que pocos se atreven a ver.
